

OBRAS  
DE  
D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN  

---

  
NOVELAS, CUENTOS Y ARTÍCULOS.



## TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del.....	1 al 50.
10 » en papel China, del.....	1 al X.





# NOVELAS CUENTOS Y ARTÍCULOS

POR

D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN

(EL SOLITARIO)

Cristianos y moriscos.—Los tesoros de la Alhambra.  
El collar de perlas.—El Fariz.  
Catur y Alicak.—Hiala, Nadir y Bartolo.  
D. Egas el escudero y la Dueña Doña Aldonza.  
Novela árabe.—El paraguas.—El natalicio.  
El sombrero.—Los amigos y los conocidos.  
La sorpresa.—La mujer.—Geografía árabe-hispana.  
Balcones viejos y nuevos.—Frontis en papel.  
Discurso.—Vidas paralelas.—Romance.

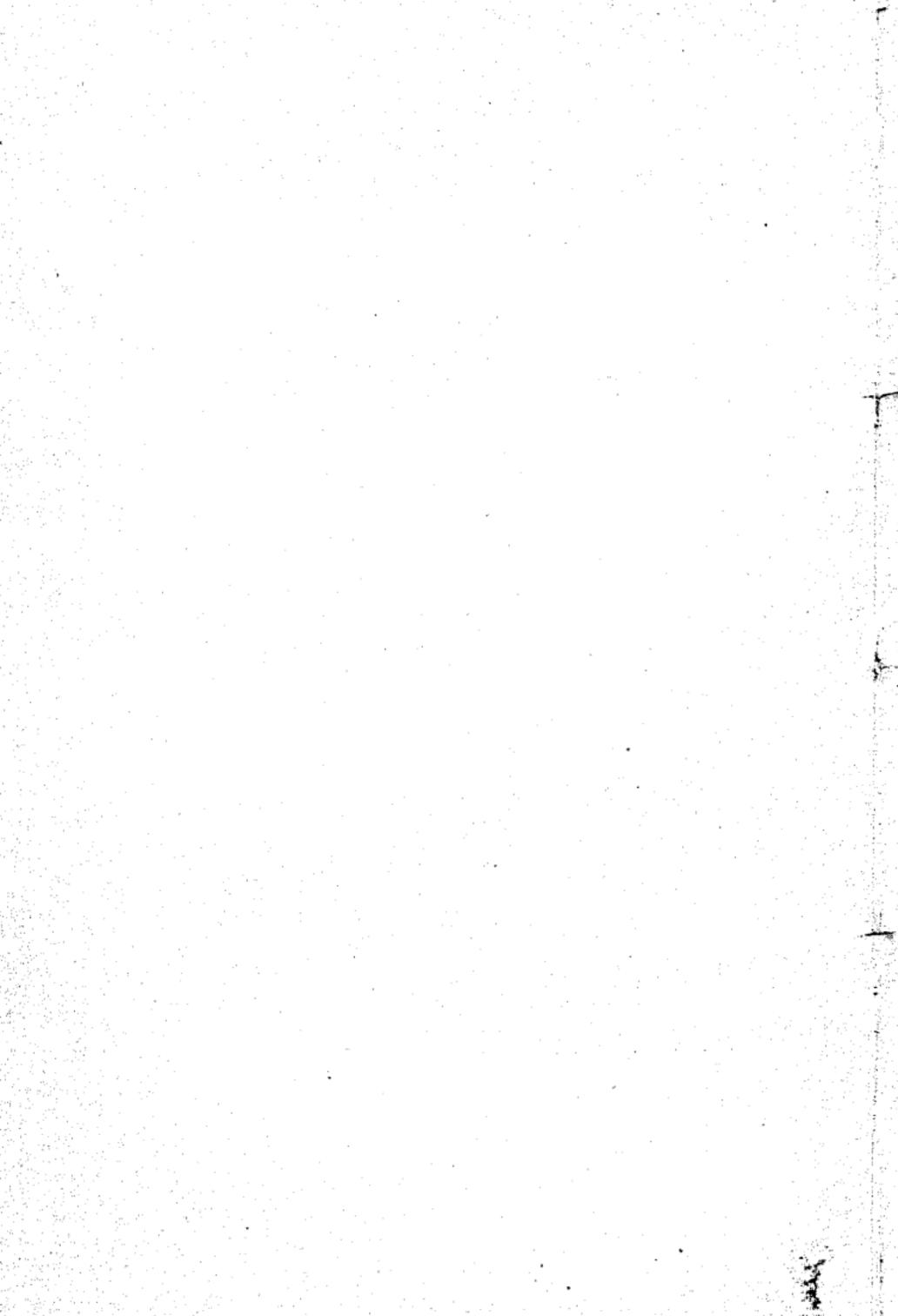


MADRID

EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE RIVADENEYRAS  
*Paseo de San Vicente, 20*

1893







## ADVERTENCIA.

---

Publicadas ya en esta *Colección de Escritores Castellanos* las *Escenas Andaluzas*, de D. Serafín Estébanez Calderón, hemos reunido en el presente volumen los demás opúsculos suyos en prosa, exceptuando los históricos, con los cuales nos proponemos formar otra serie. Compónese, pues, este tomo de novelas, cuentos y artículos varios.

Ocupa el primer lugar, tanto por su extensión como por su mérito, la preciosa novela histórica *Cristianos y Moriscos*, no reimpressa desde el año 1837, en que su autor la dió á luz, formando el primero y único volúmen de una *Colección de novelas españolas*, dirigida por el célebre bibliófilo D. Luis Usóz y Río.

Mucho menos conocida que la anterior, aunque no menos digna de serlo, es la novelita titulada *El Collar de perlas*, única que hemos podido hallar de la serie que su autor escribió ó pensó escribir con el rótulo general

de *Cuentos del Generalife*, á ejemplo, sin duda, de los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving.

De las *Cartas Españolas*, primera publicación periódica en que Estébanez colaboró, hemos tomado el cuento de *Los Tesoros de la Alhambra*, la *Novela Árabe*, en cartas, que quedó incompleta, el *Natalicio* y el *Frontis en papel*, que sirvió como de prospecto á las referidas *Cartas Españolas*.

Cuatro artículos de la primitiva edición de las *Escenas andaluzas*, que no habían sido reproducidos en la nuestra porque rompían en cierto modo la unidad de aquel libro, han encontrado aquí más natural cabida.

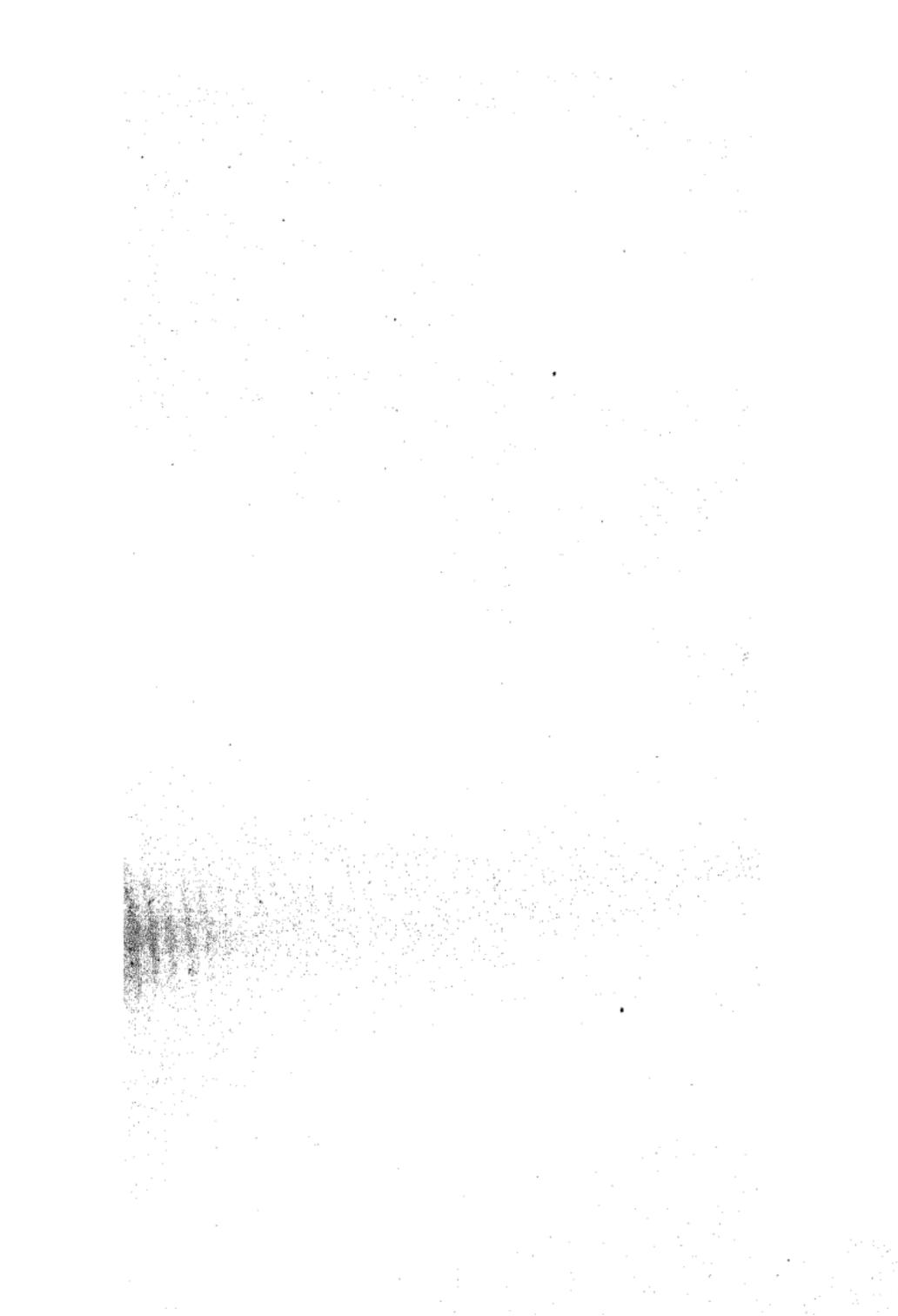
Son los titulados *Hiala*, *Nadir* y *Bartolo*, *Catur* y *Alicak*, *El Fariz* y *D. Egas el Escudero*.

Recorriendo escrupulosamente las colecciones de periódicos en que se encuentran artículos de *El Solitario*, hemos podido enriquecer este tomo con nuevos y casi desconocidos primores de su elegante pluma, ya en el género descriptivo de costumbres, ya en el humorístico, ya en el de investigación erudita. En amena variedad aparecen aquí, el discurso inaugural de la cátedra de Árabe y la carta al Sr. Simonet sobre *Geografía arábica*, al lado de la disertación sobre *El Sombrero*, de los *Balcones viejos y nuevos de Madrid* (donde

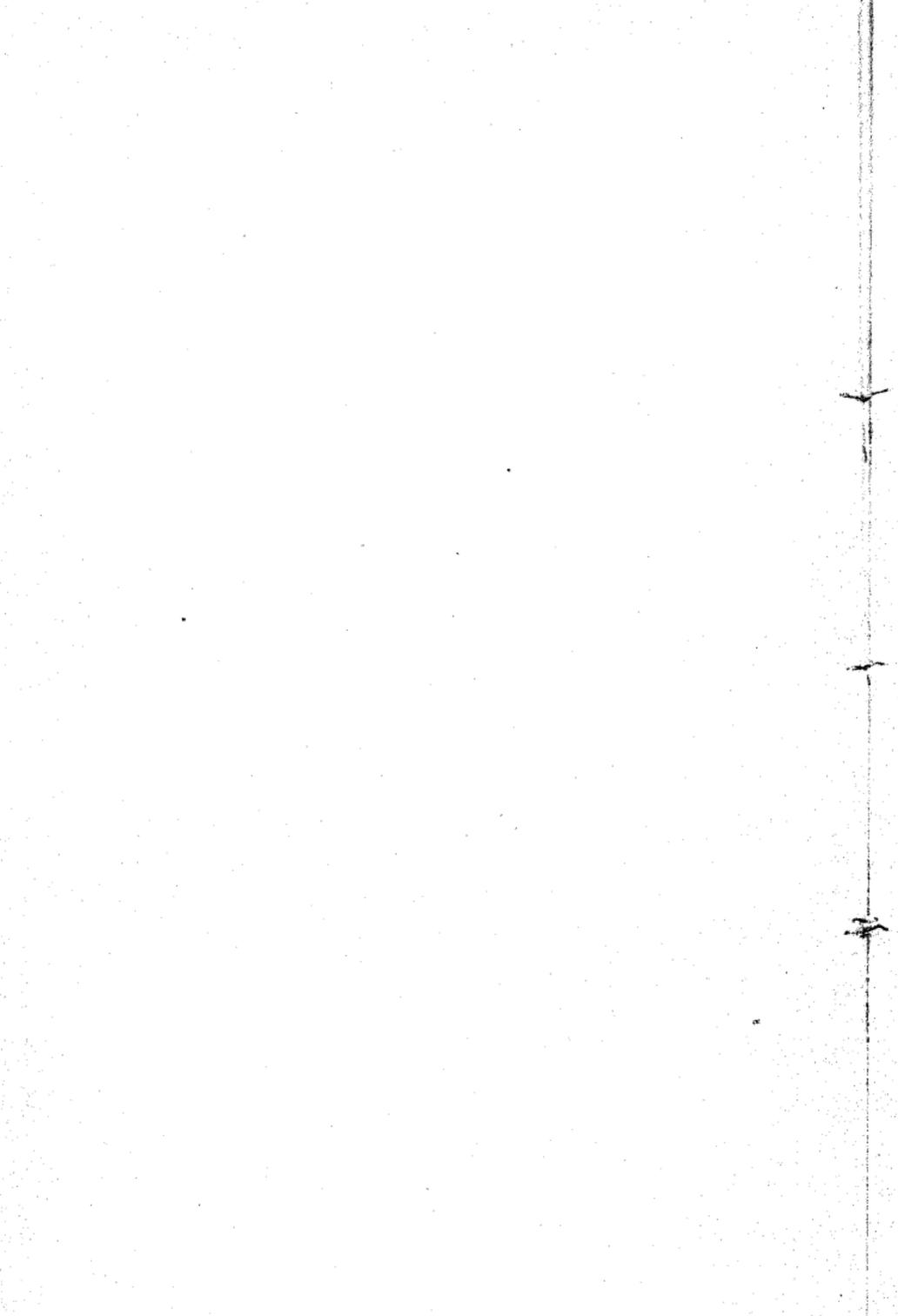
graves pensamientos históricos se insinúan en galana forma), y de una escena andaluza (*Vidas paralelas*) que, á juzgar por las muestras, hubiera sido de las mejores, pero que desgraciadamente apenas pasó de las primeras cuartillas.

Hemos recogido con amor estos breves fragmentos, porque tratándose de un escritor cuyo principal mérito se cifra en los donaires del estilo y en el conocimiento profundísimo que hizo de nuestra lengua, nada de cuanto dejó puede ser indiferente para el amante de la locución castiza.

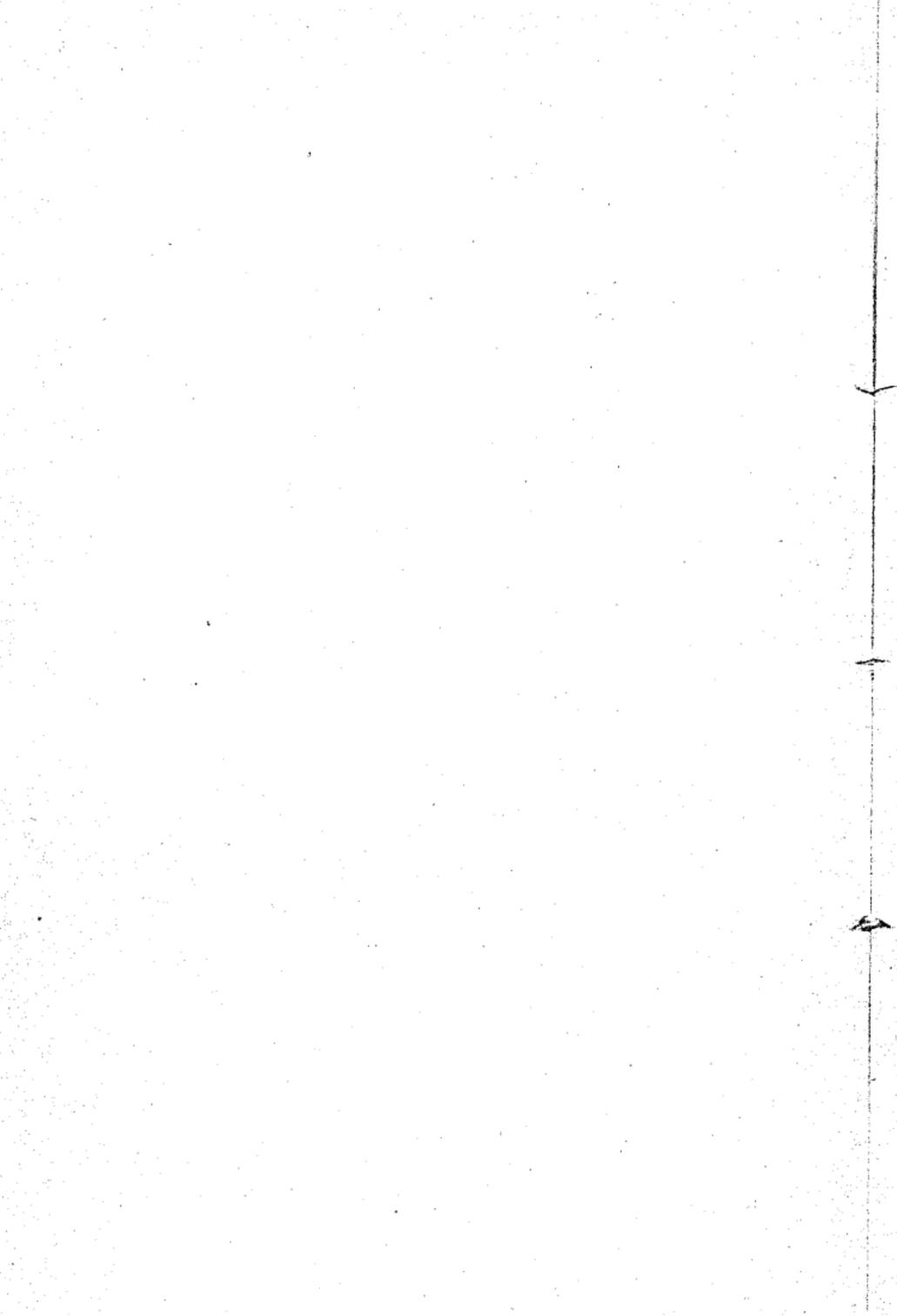


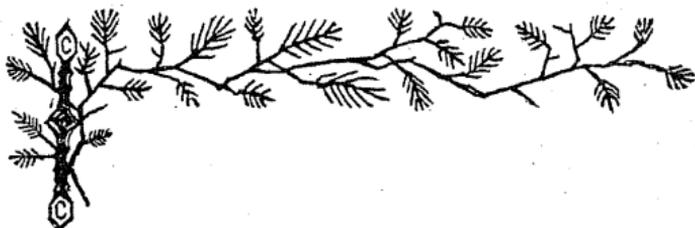


NOVELAS Y CUENTOS.



CRISTIANOS Y MORISCOS.





Á D. LUIS USOZ Y RÍO.

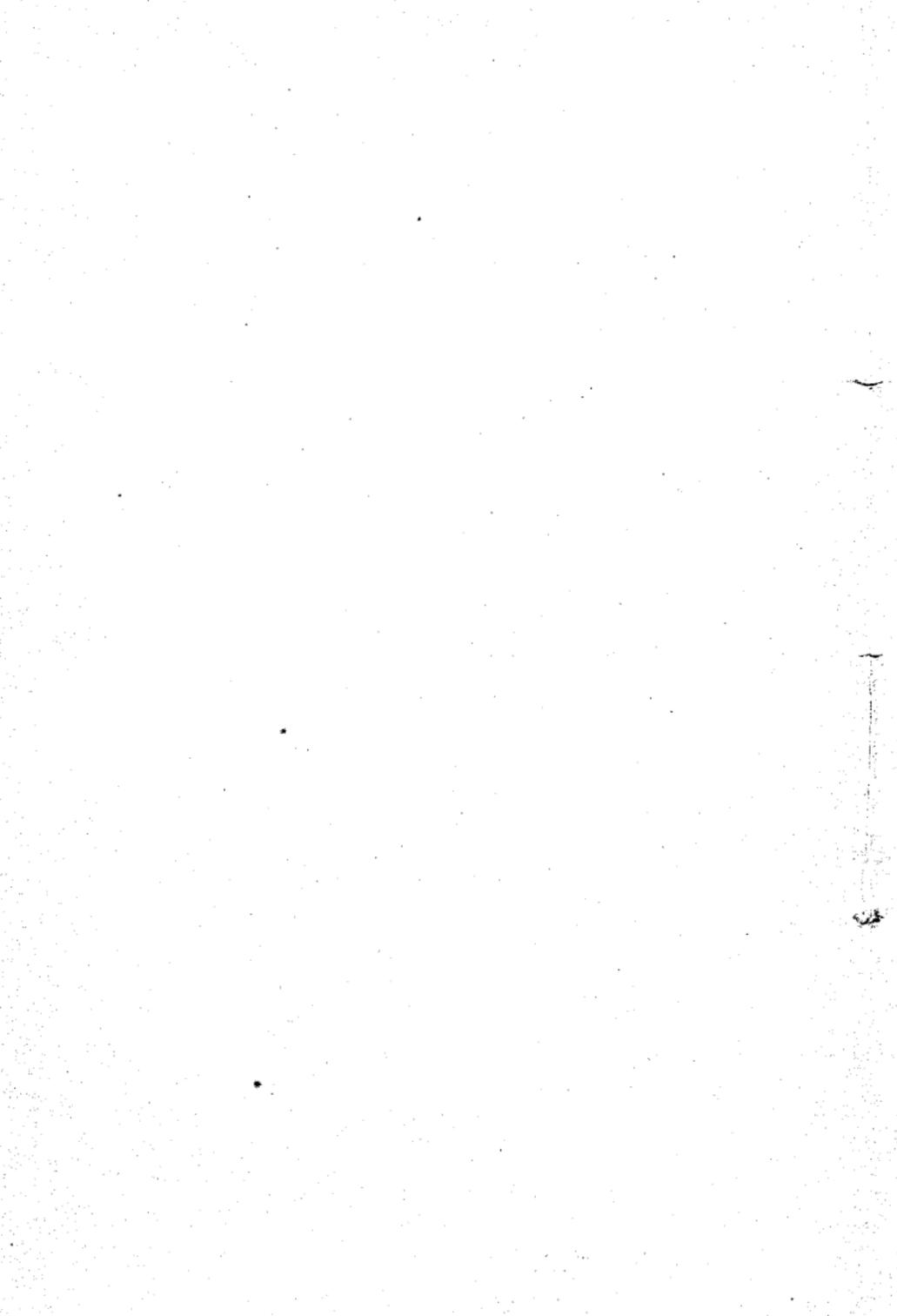
---

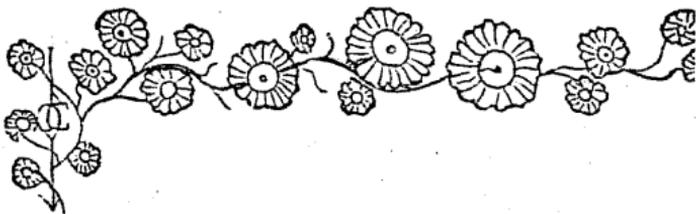
 COSA difícil por cierto será, querido amigo mío, el que esos desairados rasgos de mi pluma, y esas fantasías de mi imaginación abatida, logren de la severidad y corrección de tu gusto, y de tus conocimientos en los primores y galas de nuestro feliz idioma, la indulgencia de que tanto necesitan los frutos de mi estéril ingenio. Cosa será, por cierto, difícil; pues en época como la presente, en que por todas partes y en todas las lenguas de Europa se ven brotar obras de imaginación, hijas de ingenios esclarecidos, que se afanan por coger una hoja de laurel en senda tan áspera, á puro ser batida y trillada; es preciso achacar antes á lance de buena fortuna, que no á deliberado fruto del talento y del estudio, el crear,

el escribir algo por tal estilo, que merezca los honores de la lectura. Mas no todo lo que se escribe se escribió con el estudiado objeto de mantener la atención pública, con la pretensión de crear en los otros nuevas sensaciones, con el prurito de hacerse notable, de hacerse mirar, como ventana de donde sale disparado cohete volador. No, amigo mío: se escribe por fiebre, por enfermedad; se escribe también por consuelo, por desahogo, por verdadero remedio. ¿Quién podrá explicar á cuál de los dos instintos deban referirse esas inspiraciones que vas á leer? ¿Ni quién puede jamás, en medio de las borrascas de la vida, explicarse, comprenderse á sí mismo, darse cuenta de los resortes que han movido á su mente, ni de las ideas que han presidido á sus inspiraciones? Nadie, amigo mío. Tú, empero, leyendo esas mis fantasías nacidas en un suelo de azahares, en un país de ilusiones y recuerdos, retratando las desventuras de una Nación desgraciada, los infortunios de altos personajes traídos á menos, á la muerte, y al vilipendio por el desdén y la crueldad de la mala suerte, sabrás distinguir la realidad de la ficción, lo que son memorias lejanas de lo que son ecos de sensaciones más

inmediatas, de impresiones acaso palpitantes todavía. Tu sagacidad sabrá hacer tal distinción, y de todos modos un leve signo de aprobación tuya, un movimiento solo de simpatía de parte de tu corazón, llenará al mío de placer, y de cierto linaje de agradecimiento, que me enlaza con el sentimiento de la gloria y del porvenir.

EL SOLITARIO.





# CRISTIANOS Y MORISCOS.

NOVELA LASTIMOSA.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Otros declararon á sus naturales las cosas extrañas y peregrinas por interpretación, y perpetuaron las propias para un claro ejemplar en la memoria de las letras, dando á cada cual su medida como jueces de la fama, y testigos de la verdad.

LUIS DEL MÁRMOL.

**F**RESCA y apacible tarde del otoño hacía, y como domingo alegre después de vísperas, por gustoso recreo se derramaban allá en los ruedos y ejidos del lugar los habitantes rústicos de cierta aldea, cuyo nombre, si no lo apuntamos ahora, es por hacer poco al propósito de la historia que vamos relatando. Baste sólo decir que el tal lugar

estaba en lo más bien asentado de la Andalucía, para saber que era rico, y que no distando sino poco trecho de la ciudad de Ronda, disfrutaba del sitio más pintoresco y de más rústica perspectiva que pueden antojarse á los ojos que se aficionan de las escenas de riscos, fuentes y frescuras.

Aquellas buenas gentes, digo, unas subían á las más altas crestas de los montes, para divertir los ojos en la sosegada llanura del mar, que allá al lejos se parecía ; otras se entraban por entre las arboledas y frutales de tanto huerto y jardín como cercaban la aldea, y aquí ó allá grupos de mancebos granados ó muchachos de corta edad se entretenían en jugar al mallo y en tirar la barra, ó en soltar al aire pintadas pandorgas con la mayor alegría del mundo.

Entretanto, ciertas personas más graves y de mayor autoridad, como desdeñándose de participar de aquellos entretenimientos, ó comunicarse con tales gentes, buscaban separadamente su recreación, paseándose por cierta senda muy sombreada de árboles, y apacible por todo extremo.

Esta senda era la que conducía al principal pueblo de la comarca, y por ello, y por no ser tan riscoso el terreno por aquella parte, ofrecía cierta apariencia y espaciosidad muy de molde para emprender un buen paseo, que por tácito consentimiento de los paseantes, tenía su tér-

mino en una blanca capilla,alzada á San Sebastián por el buen celo de los cristianos viejos que habitaban entre los moriscos de aquellas quebradas.

El césped que crecía al pie de los tapiales de las heredades contiguas ofrecía asiento en todo lo largo del camino, y los ramos y follaje que rebosaban por cima de los setos y bardales, formando una bóveda de verdura, templaban los duros rayos del sol, ó las asperezas del viento en las estaciones rígidas del año.

En cierta anchura que abría la senda á distancia igual de la aldea y de la bendita capilla, al lado de una fuentecilla fresca, de clara y sonante agua, y bajo la frondosa sombra de dos nogales hermosos, estaba sentado un personaje, no de la mejor catadura, y que por ser sujeto de razonable influencia en este cuento, no será fuera de propósito presentarlo en este punto con ayuda de cuatro pinceladas.

Su estatura estaba entre los dos extremos, ni muy alto ni muy bajo, bien que si se tomaba en cuenta cierta curvatura de la espalda, que bien le embebía y menguaba dos pulgadas, más se alejaba de ésta que no de aquella medida: ciertas muletas que al lado tenía, mostraban no conservar sus piernas un paralelo bien exacto, y un parche que le obscurecía el siniestro ojo, lo daría por tuerto, á no ser que lo encendido, bermejizo y fontanero del otro no

lo pusiese casi casi en opinión de ciego, para todo el que tropezaba con tal figura.

El traje no era de gala, y distaba mucho de lo profano, pues del zapato hasta la rodilla no había más adorno que una pierna viva, que si bien tostada por el aire, daba lástima, por sus formas y su vigor, que adoleciese el amo de aquel achaque de la cojera. Desde la rodilla reinaban unas medias calzas de mal pardillo, condecorado con los cuatro títulos de revuelto, roto, raído y remendado, y con esto y un mal gabán pasado con mangas por los hombros se cumplía la buena traza de aquella persona, si es que no contamos un zurroncillo como de pastor que le adornaba las espaldas.

La cara de este mendigo (pues tal nombre antes que cualquiera otro merecía) estaba muy lejos de parecer tan triste como su mal porte pedía; muy al contrario, y con gran maravilla del que lo viera, mostrábase alegre y nada desalentado, y más bien avenido con las burlas, que no con lástimas y quejumbrierías. Estaba sentado con gran sosiego, halagando con una mano el lomo de un buen gozque, que le servía á un tiempo (rareza extraña) de sincera ayuda y de amigo desinteresado, mientras que risueñamente así hablaba con un muchacho, que frontero de él se veía sentado, respondiendo á las curiosas preguntas que le enderezaba el de las muletas.

—Con que dime, Mercado, ya que tus ojos linces por medio de tu bien cortada lengua me enteran y dan razón de lo que mi vista menguada no alcanza al rededor suyo, dime, repito, ese que pasó tan mesurado, ¿es el recién venido para completar las dos docenas de cristianos viejos que viven entre esta canalla morisca?

—Sí, hermano, éste es, Pero Antúnez el viejo.

—¿Éste es el que presta un celemín, y recoge dos fanegas de grano de los perros descreídos?

—Hermano, sí.

—He ahí una usura, respondió el soldado, que ningún mal acarrea ni al cuerpo ni al alma. ¿Y el otro que le acompañaba era Juan Molino, el corchete ganzúa, que lleva cuenta de los moriscos que ni van ni vienen á la iglesia?

—Sí, hermano.

—¿El que la hace pagar gallina por falta, ó maravedí por descuido?

—Sí, hermano.

—Bueno, bueno; he aquí el primer corchete que no ejecuta el mal, cumpliendo con su empleo. ¿Y pasó también la dueña Bermúdez, la que endotrina á las cristianillas nuevas, y las pellizca si no le toman sus aleluyas, y las repellicza si no la dan sendas blancas por ellas?

—Sí, hermano, ya pasó.

—¿Y el arcabucero Jinez, y el soldado Pin-

to, y el herrador Ortuño, todos han ido su paso, eh?

—Sí, sí, hermano.

—¿Y ninguno ha dicho, buen ciego, hermano Cigarral, tome ahí esa tarja, ó relámase con ese buen cuartalejo de pan?..... Vaya, vaya, fuerza será dejar el paso libre á estos cristianos viejos, y ponerse delante de los que no tienen tanta injundia de rancio en la caridad; pero, ¿quién que tenga sangre pura castellana alargará la mano ante estos miserables aljamisados, que por ladinos que sean, siempre huelen sus pensamientos á Mahoma, como sus palabras á la algarabía? Más vale morir por hambre..... Pero alto allá, Mercado hijo, gente suena..... Principiaremos las lástimas por si ablandamos la dureza de alguno de estos hombres de pedernal.

—Sí, hermano, respondió Mercado, pasos se sienten, y no haría mal en repetir la retahila.

Y de como esto oyó el del gabancillo y muleta, el manco y de entrambos ojos mal parado, aquél emparchado y éste manantial y bermejizo, así comenzó á perorar:

—¡Oh, caballeros, gente honrada, acudan á socorrer á un león de España, que aquí y allá y por diversas regiones y apartados países ha dado bizarras muestras de su persona en muchos encuentros y batallas, asaltos y escaramuzas; el que siempre acompañó al rayo de la

guerra, el glorioso imperante D. Carlos, y que se encontró en cuanta jornada de importancia ha tenido lugar de diez años para acá; al que se halló, tuvo parte, y puso mano en aquella famosa de Pavía, rindiendo á más de cuatro que decían *mon dieu*, y al que miró no de lejos aprisionar al rey Francisco, y no quiso su mala estrella ponerle tan cerca, que le cogiera alguno de aquellos diamantes tamaños como nueces que llevaba al cuello, cosa que al Rey de los lamparones no le hubiera hecho mayor mal, y á mí estorbara estos pesados trabajos! ¡Señores, al soldado pobre que ha sido blanco en su cuerpo de sendas rociadas de arcabucería, botes de las lanzas, y cintarazos de los infantes! ¡Al soldado, señores, al soldado que forzó sobre el campo de batalla á decir *viva España*, y en distintas y endiabladas lenguas, al francés, al tudesco, al esguízaro, al italiano, al turquesco, y cuantos soldados hay en el universo mundo; al estropeado, mal parado y peor herido arcabucero Moyano del Cigarral! ¡Caballeros, gente honrada, acudan, alivien, ayuden y den socorro al más granado de la compañía del bravo Francisco de Carvajal, al arcabucero Moyano.....! Pero, Mercado hijo, nadie mosquea; ¿es que vuelven atrás, ó que se traga la tierra á los paseantes?

—No, hermano: los pasos del que viene siguen muy reposados, y suenan muy al com-

pás; pero el ramaje, que tanto se inclina y enmaraña por este sitio, roba al alcance de los ojos lo que permite al sentido de las orejas.

—Si vienen con mucha pausa, es sin duda el doctor y boticario Gorgueran, el médico, que cura por igual todos los miembros del doliente.

—El médico, si anda á compás, tose sin medida, y ya por este son le hubiera yo conocido.

—Pues si él no es, será el notario Candurgo, cristiano viejo venido de Berbería.

—No será él; pues á serlo, vendría entonando algún buen salmo, para probar que sabe latín, y que es de los buenos y añejos.

—Pues, diablo, será el sacristán, tercera autoridad y persona grave del pueblo.

—Nones y más nones, que á ser él, ya entenderíamos algún ofertorio, que por buen ejemplo vendría entonando.

—Puesto—respondió Cigarral—que ni viene el doctor, ni suena el notario, ni asoma el sacristán, trinidad y compañía la más grave que está al comienzo y cabeza de este pueblo, no hay más que decir, sino que esa persona que autorizadamente marcha, y paso pasito llega, no es ni puede ser menos, y sin ofensa de parte, que el sardesco lucero, jumento principal de D. Antonio Gerif, que á esta hora y cotidianamente pasa, en conserva de algún sirviente, por regalos, frutas y flores de la

huerta que el rico Antón posee con tantos jardines allá en el río.

Y era así, como sospechaba el buen entender del estropeado Cigarral; pues decir esto y salir de entre las ramas y verdura que ocultaban la vista, un jumento lozano y de cabeza entonada, fué todo un punto, y allí mismo, y sin más parecer ni mejor licencia, dió al aire el cuello, y mostrando una boca risueña, soltó dos ó tres golpes de diapasón, que, si no muy armoniosos, no por eso dejaron de ser repetidos y revocados por la ninfa Eco, y llevados de monte en monte. Y nada de este cuadro ofrecía por sí algo de extraordinario; pues este nuevo interlocutor, que tomamos la libertad de ofrecer al leyente, como siempre, á la propia hora y en el mismo punto y sitio tomaba algún descanso, saludaba por las más veces con toda su garganta aquel asueto á su fatiga.

—Víctor, Víctor—dijo Cigarral—así haya consuelo con esta visita, como bien me suenan á mis orejas estos ásperos sonidos. Plegue á Dios que lleguen tiempos en que el clarín de la fama no sepa repetir sino estos sonos de mi buen amigo, y sírvale de premio tal corona, por las buenas obras de que me es portador.

Y no se engañaba en esto tampoco el cojo soldado; pues saltando quien cabalgaba en el rucio, así le decía, entregándole algo de vianda y algunos otros regalillos, que para entreteni-

miento de los dientes le sacó de los serones que adornaban al rucio; regalillos que bien pudieran despertar el paladar de un penitente, no que de hombre tan apetitoso como el soldado.

—La hermosísima María—le dijo—me encomienda os dé estas limosnas, que hoy domingo son más abundantes y de mejor gusto que otro día: mucho se encomienda á vuestra memoria, y aun más á las oraciones que digáis á la Santísima Virgen.

—Llegue ella al cielo—respondió el estropeado—como yo la subiré y ensalzaré, y encomendaré con palabras y pensamientos, hasta donde alcance mi humilde merecimiento, puesto que ni todo el lugar en junto, ni cada su morador apartadamente, ni el cristiano viejo por caridad, ni el morisco por el respeto que se debe á un soldado de S. A. como yo, me han dado tanto en un mes, como esta hermosísima doncella en un solo día. Lástima es que la naturaleza al sacarla del vientre de su madre, la dotase de tanta hermosura, dejándole así poco que hacer al resplandor de belleza que lleva consigo la caridad; pero cierto es que si la mujer es hermosa por sí, con la ayuda de su blando corazón y piadosa condición, menos que hermosa, es un ángel sobre la tierra, y arcángel será la hermosísima María.

—Amén, amén—respondieron á una el

muchacho Mercado y el mensajero del asno, quien, al seguir su paso, le dijo al soldado:

—Con algo de desabrimiento habláis de nosotros, pobres moriscos, y á fe á fe, que no sino moriscos son estos bocados que coméis, y no sino morisca es esa María que tanto alabáis, y que todos bendecimos.

—Buen Ferri—respondió el soldado—yo no hablo mal de la gente de tu nación, sino por esas malas voces que corren de vuestra mala creencia; por lo que toca á María, ángel es y ángel se estará, y libre se encuentra de tan negra mancha; yo la fío y la confío, y desde el niño Mercado, monaguillo de hopa y bonete, que esto escucha, hasta el licenciado y cura Tristán, y los dos beneficiados, darán la vida por ella. Esto en cuanto á fe y creencia, que por linaje y sangre, quien tiene como ella sangre de reyes, ninguna mácula le puede caber. ¿Quién no respeta á los Granadas y Benegas? (1). Con que así, hermano Ferri, sosegáos, y no echéis á mala parte lo que apunto y digo, que honrado sois, y honrado me conocéis, y sobre todo agradecido.

—La paz de Dios te acompañe, soldado—

---

(1) El apellido *Venegas* es árabe; por consiguiente, debe escribirse *Ben-Egas*. Los que le llevaban, por ocultar el origen mcruno, escribieron *Venegas*, y algunos después *Vanegas*.

dijo el Ferri;—Dios es grande, Dios es misericordioso, y mira por los suyos.

—Al diablo por estos tornadizos—dijo el estropeado Cigarral, así como vió trasponer al morisco hortelano;—al diablo por estos tornadizos que siempre responden con sentencias y palabras de compás y medida, que huelen todavía al Alcorán, como pólvora al azufre, y como vasija al primer caldo que encerró en ella. Pero, Mercado, alto allá y no murmuramos, que á fuer de agradecido, más hace el morisco con ser mensajero dadivoso que yo con callarle sus puntas y collares. Quédate conmigo, monaguillo insigne, que quiero con parte de estos regalillos pagar la buena gracia con que me acoges y hospedas toda noche en tu encogido aposento, librándome así del frío que derrama el zaguán de la iglesia ó las plagas que derrama y llueve el mesón único que permite gallardamente el Sr. Duque á estos infelices vasallos. Todavía, amigo Mercado, habrás de pagar tu costa en este banquete, vaciándome algunas de las vinajeras que habrás puesto, cual sueles tú, á recaudo, como varón prudente, pues sabes que el agua del cielo no siempre baja cuando hace sequía, y que para entonces sirven y tienen su acomodo y aplicación los aljibes y depósitos, y aunque no tanto, siempre me contentaré con una buena azumbre para mí solo, pues á ti ningún

provecho pueden hacerte estas bebidas ardientes, que en la primera edad previenen y disponen á los muchachos para ser sanguinolentos y coléricos, faltando así á la mansedumbre y humildad, que tanto nos encargan nuestros padres y maestros. En cambio partiré contigo todos estos adminículos y bastimento, y te alcanzaré, como mejor pueda, sendos jarros de agua de la fuente alta de la plaza, para que te refrigeres, y tomes todo placer á la comida.

—Admito—dijo el de la hopa—amigo Cigarral tan cordial convite, y en lo del vino nada me advierta, bastándole saber que muy bien sé y se me alcanzan las franquicias, gajes y libertades del oficio del despensero y sisón, para renunciar á lo más bueno y mejor parado de lo apartado, y puesto á seguro por estas mis manos, á hurto del sacristán. Pero entornad la parla inoficiosa, que ya vuelven de la capilla por lo alto del pueblo todos los paseantes que fueron para lo bajo; y siendo así que poco ó más nada les entra ni vuestra humildad, ni menos penetran vuestras plegarias estropeadas, soldadescas y lagrimosas, poned en campaña las buenas partes de vuestro gozque Canique, que lo que vos no alcanzáis, acaso lograránlo sus buenas gracias, saltos, danzas y donaires.

—Así sea—dijo Cigarral;—y dándole dos palmadas á su gozque Canique, éste se aliñó y preparó diligentemente para algo de importancia.

En tanto iban allegándose los paseantes, y en cuanto los sintió á tiro el estropeado, así dijo al gozque:

—Salid D. Canique, can honrado y placentero, y dad cuatro vueltas de villano ó de Bran de Inglaterra por lo alegre ó autorizado, según más os conviniere, ante los altos señores que os miran, todo por darles gusto y placer.

Y esto diciendo, con dos tejoletes que movía entre el meñique y pulgar de la siniestra, y un tris con tras que sacaba de los palos de las muletas, formaba una como manera de compás, que el can bailador se esforzaba por coger con sus patillas traseras lo más galanamente posible. Lo que no lograran las lástimas, lo alcanzaron las danzas y saltos caninos, cual presumió Mercado, y todos los vinientes se pararon formando corro, admirando y celebrando los donaires de la alimaña. El estropeado, con algo más de aliento, ya cautivada la atención de su auditorio, proseguía diciendo:

—Ahora D. Canique haced la salva por el Rey de Francia y los otros Príncipes de la cristiandad.

Y el perro daba tres ladridos alegres.

—Ahora haced la medida al señor Emperador, vuestro Señor natural.

Y el perro cruzaba las manillas, y bajaba humildemente la cabeza.

—Y ahora—repetía—cantad las alabanzas á D. Lutero y otros canes de herejes, peores y peorísimos que vos.

Y el avisado can ahullaba como un diablo del infierno.

—Ahora emplead las súplicas y pedid albricias, comenzando por el más rico y concluyendo por el más dadivoso.

El perro, que debía haber un mal espíritu en el cuerpo, así como esto oyó, se puso á los pies de aquel Pero Antúnez, usurero honrado, que, como ya se apuntó, prestaba un celemín, y recogía dos fanegas. El buen avaro, bien como se vió señalado y proclamado por el más rico del auditorio, dió un paso atrás, y poniéndose entrambas manos en los bolsillos, daba al diablo al perro, y apellidaba aquello por algo de brujería. El perro, aunque seguía en sus genuflexiones y zalemas, nada alcanzaba; hasta que enfadado el cojo por la esterilidad del tiempo, y la mezquina condición de tanto estante y ningún donante, así dijo á su cofrade, sirviente y amigo.

—Pues, amigo Canique, lo que no dan ni prestan, fuerza será tomarlo; entrad á saco á estas buenas gentes, como allá en antaño en el asalto y saco de Roma; mas contad y advertid que no les habéis de tomar, sino de lo superfluo y profano, dejándoles entera la piel, y menos interesar algo del tegumento de las

carnes, y sin detracción alguna, que todo lo demás, camisa inclusive, os lo fallo y declaro por buena y legítima presa.

Decir esto, y como cobijarse el maligno gozque con ligereza y travesura del mismo diablo, fué todo un punto, no habiendo arremetida en que no dejase alguna prenda por despojo bajo la salvaguardia del soldado, volviendo á la carga más desesperadamente, brincando, latiendo, lanzándose y agazapándose, siempre huyendo y siempre burlando los quites y reparos de aquella gente salteada. Esta, ya por lo intempestivo del asalto, y ya por la placentera traza del amo y sirviente, no acordaron en lo que les acontecía, hasta que vieron á los pies del soldado quien el lenzuelo del bolsillo, quien la caperuza, cual la gorra, y hasta la dueña Bermúdez miró con escándalo sus venerables tocas, siendo prenda pretoria del burlador soldado. Este tocó á recoger diciendo:

—Alto y parad, hermano Canique: bien lo habéis hecho, y ahora rescatemos estos trofeos, quiero decir, que nos los rescatarán, trocándolos por blancas y ochavos, no de otra suerte que hizo vuestro capitán y el mío, Francisco Carvajal en aquel de Roma. Y no os parezca mal esto, señores, ni se me amostacen por tal niñería, que mi capitán Francisco de Carvajal en aquel saco de Roma, como ya dije, no en-

contrando su parte de despojo, pues se entretuvo harto en pelear, al revés de otros que medran más, mientras menos se refriegan con los enemigos, tomó traza y medio para enmendar el disfavor de la fortuna; pues encontrando con uno como vos, seor Candurgo (hablaba con el notario del lugar), que era el notario de la santa Dataría, le pidió 200.000 escudos, que no dándoselos el italiano, puso á pique de poner fuego á un monte de papeles que de la notaría sacamos sus soldados á la inmediata plaza, para hacer lumbradas y candelarias; pero el notario, que daba mucha importancia á tanto papel, y que por ello le había amagado por aquel flanco mi capitán y vuestro señor, Canique, queriendo conservar las buenas cosas que allí se guardarían, sin más espera, y como deuda que tiene aparejada ejecución, le contó los 200.000 escudos á mi capitán Francisco Carvajal, que ahora en gracia de Dios y por méritos de sus manos, conquista y arregla esos imperios del Perú.

Los circunstantes, que no se maravillaban menos de aquella taravilla que de las artes caninas del D. Canique, mitad enfadados, mitad placenteros, rescataron por este ó aquel ochavo ó blanca cada uno la parte que perdieron de despojo, si exceptuamos al usurero Antón, que enroscándose como sierpe, y guareciéndose en sí propio contra el suelo, cual erizo

breñal, se libró de ser prendado en el primer asalto, y que ahora durante la plática se escurreó silenciosamente, dándose albricias que por su industria y buen ánimo pudo libertarse de todo empeño y de toda multa.

El campo quedaba ya del todo en todo despejado, según entender del soldado y del muchacho de la hopa; pero aquél, alzando los ojos, vió que tenía ante sí á otra tercera persona extraña, que sin duda había ocupado lugar al concluir el asalto del perro, y el saco de los paseantes.

Este nuevo personaje, vestido por aquella manera, mitad morisca, mitad castellana, que aun usaba la nación vencida, bien mostraba cuya era su estirpe; si bien el buen porte de sus arreos, lo venerable de su barba, y el respeto que derramaba su persona, mostraba por otra parte no ser de vulgar condición. Este personaje fué el primero que rompió el silencio, diciéndole al soldado:

—Mal hacéis en despojar, ni aun en burlas, ni por un ardite, á vuestros cristianos viejos; pues tenéis á tiro modo más llano de medrar, tomándolo todo de los moriscos. Lo que perdona la farda, lo que dejen las socaliñas y lo que olviden las derramas, tomadlo vos antes que otros de vuestros compatriotas; tomadlo, que según vuestros doctores y políticos entendidos, estamos á merced, y lo que nos dejéis,

eso debemos agradecer. Con todo ello, bien me place el donaire con que habéis burlado á tanto cristiano viejo. Entretanto, si queréis vos venir esta noche, entrad en mi casa, y asistiréis á la fiesta que doncellas y mancebos celebran hoy por el natalicio de mi sobrina, tu bienhechora. Quedad á Dios, y si mi sobrina María salta del puente acá, decidla que paso voy, para que pueda alcanzarme, pues no me vendrá mal la ayuda de su brazo para subir el último recuesto.

El venerado D. Antonio Gerif, pariente de los destronados reyes de la Alhambra, siguió el camino diciendo estas palabras, acompañado de una inclinación respetuosa del soldado y del muchacho; pues este poder tienen los grandes infortunios de las personas elevadas, que imponen el respeto hasta á los mismos enemigos.

Entretanto que esto pasaba, el de la hopa revolvía una al parecer como bolsa que divisó en el suelo, allí en el mismo sitio donde el usurero Antúnez se atrincheró, encorvándose y encogiéndose para no ser salteado por los tropeles del Canique.

Ya el muchacho se disponía á forzar insolentemente la bolsa, y revolverla y registrarla sin comedimiento alguno, cuando el soldado, levantándose de su asiento, que ni tenía cojín ni respaldo, diligentemente se acercó al muchacho, increpándole su intento, diciéndole:

—Alto allá, y entrégueme ese despojo, trofeo de mi sirviente Canique. El esclavo adquiere para su señor, según toda buena regla de derecho, y nadie me disputará el señorío que ejerzo sobre mi perro; y mirad, Mercado, en prueba de ello, cómo reclama con su inquieto latir, lo que le pertenece de derecho.

El monaguillo repugnaba y tomaba el largo, el cojo insistía y le daba caza á pesar de su manquedad de piernas, y el can, como práctico ya en tal guerra, brincaba y saltaba á las espaldas del muchacho, conociendo bien que no hay como amenazar la retirada para perturbar al enemigo.

Nadie sabe donde hubiera ido esta disputa, si Mercado, viéndose en tanto apremio y asedio, no hubiera dicho:

—Repórtese, Sr. Cigarral; su amigo soy, y prendas tiene de ello: si vuestro sirviente hizo el despojo, yo lo he restaurado con mi hallazgo; y bueno será que, si encontramos por sano y bueno el alznos con la presa, partamos como buenos hermanos, partiendo así las asechanzas al diablo, que quiere invadirnos y ponernos en rifa. Además, que cualquiera de entrambos que se disgustara haría mal tercio y peor obra al compañero, llevándole nuevas al usurero de la bolsa perdida.

Parecieron tan elocuentes tales razones al uno, y le mostró tal fuerza el último argu-

mento, que afirmándose en las muletas, y asegurando en tierra el zoquete que le sobrellevaba la pierna, así dijo alargando la mano al monaguillo:

—Tus palabras, niño, son tan discretas como razonables; en lo de la partija, si hay materia partible, estaba concedido sin ser demandado, pues tanta estimación me merecen tus buenas gracias: y como estaremos juntos hasta tarde, en tanto tiempo haremos toda composición, es decir, que en tu aposentillo, una cosa tras otra y por su orden, iremos ejecutando lo de la cena, lo de las vinajeras y lo de la visita y partija de la bolsa; á no ser que nos asistan razones que muevan á principiar por la bolsa, por preferencia á su linaje y calidad, en lo cual no podrán agravarse ni los bastimentos ni la bebida.

Acaso no concluyera tan presto este coloquio burlón como maligno, á no ser que el perro, dejándolos de un salto, no arrancara á correr con toda su carrera hacia un sitio señalado de esta escena.

Para mejor inteligencia deberá entenderse que el terreno, que por allí formaba una falda espaciosa, estaba dividido por un hondísimo tajo, practicado por la acción lenta de las aguas, ó por alguna otra explosión rabiosa de la naturaleza allá en los remotos siglos. De lejos no se advertía esta abertura horrible; pero de cerca parecía un anchísimo foso por donde pa-

saba un río entero, que desde lo alto sólo se escuchaba mugir pausadamente, divisándose apenas una como faja de plata, sin más distinción ni claridad ; pues tal y tanta es la altura desde donde se mira.

Por lo más encumbrado, en tiempos antiguos, practicaron los moros cultivadores de aquellas fértiles asperezas, un puentezuelo ó arcaduz, estribando entre las peñas de aquellos abismos, por donde hacían pasar las aguas de un lado á otro, para regar los jardines y verjeles de la parte inferior. Este puente acueducto se había roto y derrumbado por su clave, ya por la injuria del tiempo, ó ya por consecuencia de las revueltas pasadas; mas los aleros del arco, no estando sino separados por vara y media ó dos varas, muchas personas de agilidad y soltura, por librarse del cansancio y fatiga de bajar un gran recuesto, y volver á subir la rambla empinada que conducía á la aldea, de un salto ligero, salvando así el tajo, se miraban casi casi tocando á las primeras casas. Aunque el salto no era peligroso, todavía helaba de temor el ver lo profundo del abismo, las negras bocas que se abrían en las paredes cavernosas del tajo y el haber de andar cuatro ó seis pasos por el pretil no ancho del puente y arco dividido.

El verdín de la humedad resbalaba mucho; pero unos cuantos golpes de espadaña y juncia,

nacidos entre la fábrica y mantenidos por la frescura, prestaban ayuda y apoyo para los atrevidos pasajeros, y hacia este sitio salvaje y pintoresco fué adonde vieron partir Cigarral y Mercado al tercer interlocutor de la escena, el insigne gozque Canique.

Allí dirigiendo los ojos, y á pesar de lo que ya anochecía, vieron desprenderse desde el bosque obscuro de la ribera opuesta, una como sombra aérea, ligera como el viento, que, deslizándose sobre el pretil del arco destruído, y salvándolo de un vuelo, nó que de un salto, se acercaba ligeramente entre los saltos y caricias del gozque.

—Ya sabía yo —dijo el soldado— que la acometida alegre del perro no pudiera ser sino por la llegada de la hermosísima María; él paga con sus fiestas y escarceos sus obligaciones de agradecimiento, así como yo las guardo en lo más íntimo del corazón, para manifestarlas en tiempo que puedan ser de algún útil.

En esto llegó aquella tan celebrada por hermosa, tan amada por su piadosa condición y tan respetada por su religiosidad, y cierto que así como llegó y descorrió el velo que pendía de las tocas de su cabeza, mostró maravillosamente que aun pasaba su belleza al encarecimiento de la fama. Su traje era aún el usado por la nación vencida, esto es, toda la profusión oriental, realzada por los golpes de gracia y

capricho añadidos por los moros de Granada, que hacían de su vestido un adorno tan lindo, como peculiar á aquel país. El pelo recogido, las trenzas vagando por las espaldas, daban una picante extrañeza á su rostro, iluminado dulce y melancólicamente con ojos del linaje del Yemen. Dos leves y riquísimas girándulas de oro y esmeralda, pendientes de sus breves orejas, mostraban la riqueza de su dueño, así como una cruz que adornaba su joyel, mostraba la creencia de la doncella.

—Dios os guarde—dijo.

Y los cielos parecía que habían hablado por su boca; tal fué su acento de armónico y delicado, y el soldado, con su mejor gracia posible, replicó:

—Si no Dios, al menos los ángeles están en nuestra compañía; vuestro sirviente, dama hermosa, ha cumplido con vuestro dadivoso encargo, y mirad lo que mandáis, que obligación tengo de obedeceros, aunque menester fuera ir á las tierras del Catay, ó á la noche de la Noruega; mandad, señora, y no reparéis en este entorpecimiento de mi persona, apoyada en rodrigones de palo; mandadme, que tal fuerza haría la voluntad, que todavía se hiciese obedecer cumplidamente de la ligereza del cuerpo.

—Os lo agradezco en el alma, bravo soldado; pero esas tierras apartadas que por mí que-

ríais visitar, no se miran holladas por los tercios españoles. ¿No es cierto?

—Doncella—replicó el soldado;—yo no sé qué rincón del mundo no habrán ya visitado mis compañeros; pero cuando yo dejé las banderas del Emperador, quedaban nuestros tercios en Alemania, prestos para pasar el Danubio, y el que obedecía al bravo como mancebo Lope de Zúñiga, ya os he dicho.....

—Adiós, soldado—le dijo la doncella, dando un blando suspiro.—Adiós.

A pocos pasos de distancia volvió hacia el soldado, y le dijo:

—Esta noche hay velada en la casa de mi tío; podéis allá ir á recoger limosna. De este modo miraréis bien como cristiano viejo (y la doncella se sonreía agradablemente), que estos festejos distan mucho de las zambras y supersticiones con que los mal intencionados acusan á los de mi nación.

—Sí, iré, hermosísima María—replicó el estropeado;—pero entended que, aunque el mismo fiscal del diablo soplara y acusara á cuantos moriscos hay desde el Cairo hasta aquí, sólo así como os viera en un lugar bastaría para sobreseer y desistir de todo pensamiento sospechoso, cuanto más que de otras demostraciones más vigorosas; pues donde vos estáis, bien así como la noche de la luz, han de ir á mil leguas Mahomilla y don Satanás.

No pudo oír replicar el soldado, pues María ya traspuso por entre las sombras de los árboles desde la primera palabra, y la blanca alcanfora que vestía flotaba entre el verde oscuro de los ramos.

María se acercaba hacia la aldea diligentemente, para ayudar con su brazo los cansados pasos de su tío en el subir el recuesto fatigoso que ya hemos apuntado.

Llegó al apoyo de piedra, que servía de arranque á la subida, sitio donde siempre era esperada, y no encontrando al anciano tío, ocupó, mientras aguardaba, aquel asiento, entregándose á las imaginaciones que la soledad, lo apacible de la hora y la edad breve de diez y ocho años llevan siempre consigo en el blando corazón de una mujer.

Á un lado y otro volvía los ojos con tierna inquietud, hasta que dejando ir su diestra y linda mano debajo del pecho, y con la siniestra manteniendo la hermosura de su mejilla, fija la vista en la luna, que ya parecía entre los cielos, estuvo extática un breve instante, hasta que dando un blando aliento, y casi sin abrir los labios, y como si esta armonía se le deslizara furtivamente por ellos, cantó esta cantinela, por aquel tono triste y penetrante de los cantares moriscos.

## CANTINELA.

¡ Dónde estás,  
Dónde estás, amigo mío!  
Ora acaso gala y brío  
Mostrarás  
Cabe el Elba ó Reno frío.

Fiera lid,  
Fiera lid y sus azares  
Tú prefieres, ó ir por mares,  
Bravo Cid,  
Á este suelo de azahares.

No más ya,  
No más ya tu mente amada  
En placer embelesada  
Llorará  
Los verjeles de Granada.

Pienso en ti,  
Pienso en ti con dulce empeño,  
Cuando el plácido beleño  
Me da, sí,  
Con tu imagen, blando ensueño.

Otra flor,  
Otra flor de más belleza  
Prenda acaso tu fineza  
Con su amor:  
¡Ay mi Dios, qué cruel tristeza!

Mientras yo,  
Mientras yo, apartada y sola,  
Canto y lloro con mi viola:  
«No irás, no,  
Del pecho de tu española.»

Al llegar aquí, la titulada doncella sintió una mano desconocida que la llamó en el hombro, y estremeciéndose y volviendo el rostro, miró entre las ramas levantarse las blancas tocas de un turbante, y luego un mancebo saltar gallardamente ante sus ojos, diciéndola:

—No te asustes, prima, esposa y señora mía; tú, hermosa Zaida, como te nombra el corazón mío, ó bellísima María, como te nombran nuestros altivos vencedores, queriendo así los soberbios, trocándonos los nombres, arrebatarnos los títulos y motes de nuestra elección: tú, Zaida mía, has visto llegar la luna de Rajeb, término puesto por nuestro tío para este enlace afortunado, única dicha que les resta á los dos vástagos de los reyes de Granada, á los descendientes de los Califas del Oriente y sucesores de los Omiadas de Córdoba. Este término deseado lo vi llegar en estas costas de Berbería, donde buscaba apoyo para sacudir la funesta servidumbre que nos agobia: desde allí, alegre con mil promesas, y más alegre con las esperanzas de mi ventura, me embarqué en una goleta, que antes de ahora me hubiera echado en estas playas de España, á no tener que esquivarse de las Galeas de Leiva, que han vuelto de Sicilia. Al fin hace tres días que tomé tierra á despecho de los corredores y atalayas de la costa, y llegando como llegué á esta aldea, donde sabía que era

aguardado de los míos, y abrazando á nuestro tío en esas casas que se ocultan entre las alamedas, he venido á presentarme á tus ojos, ya para llevarme yo mismo las albricias, si tal merezco, ó para anticiparme á la pena, si es que mi desgracia no alcanza otro premio.

Luengos instantes estuvo la hermosa morisca, fijos los ojos en la tierra, sin articular palabra alguna, hasta que pasando la mano por la frente, como si pidiera ayuda á su discreción, algo más sosegada, le respondió al mancebo de esta manera:

—No sé, primo y señor, cómo es (si vuestra memoria no os ha abandonado), que os atrevéis á entrar por las puertas del alma mía, llamándome por otro nombre que el de María, único que reconozco, único que quiero, y sólo por el que responderé de hoy más hasta la muerte. Esta irrevocable determinación mía bien os mostrará cuál sea mi pensamiento en esas locas esperanzas de coronas y de imperios. Si es que nuestra miserable nación ha de emprender algún día el imposible de su libertad, aguarde á que los vencedores castellanos adolezcan de la misma enfermedad y corrupción que desmayó á los moros de Boabdil; y tomen este largo plazo, y conténtense ó resígnense al menos con él, ya que no supieron, ó no pudieron, ó por no lo decir, no quisieron defender su libertad y su independencia, dejando

para un *mañana* incierto, lo mejor que parecía en un *hoy* seguro de seguras y firmes esperanzas.

No quiera Dios que mi nombre ni la sangre de donde vengo entren á parte, para provocar tamañas desdichas sobre nuestros antiguos vasallos, y menos para arrebatarnos la mísera fortuna que les resta, dándoles, en cambio, la servidumbre y la muerte. Si alguna esperanza pueden tener las que nuestro tío ha podido inspirar sobre mi posesión, fuerza será que abandonen vuelos tan locos y osadías tan temerosas, por lo mismo que son tan atrevidas. No alhambbras, no coronas quiero, no ansío ni por esclavos ni por tesoros, no anhelo por las fiestas ni por las zambras; quietud quiero, mi hogar me basta, los bienes de mis padres me sobran en parte; y puesto que mi dicha me ha dado una en una religión santa, en ella quiero morir á trueque de los mayores bienes, ya que bienes queréis llamar á los que, si se consiguen, han de comprarse en tantos duelos, fuerzas, lágrimas, hogueras y muertes. No, primo, si os pude considerar árabe lejos de mis ojos, abanderizando el África, confiándoos en la fe berberisca, y combatiendo inútilmente en la Goleta y Túnez estos mismos castellanos que queréis vencer en nuestro país, nunca presumí, que en ánimo morisco, quien nació ya cristiano, viniese á ofrecer su amor á quien no quisiera ver

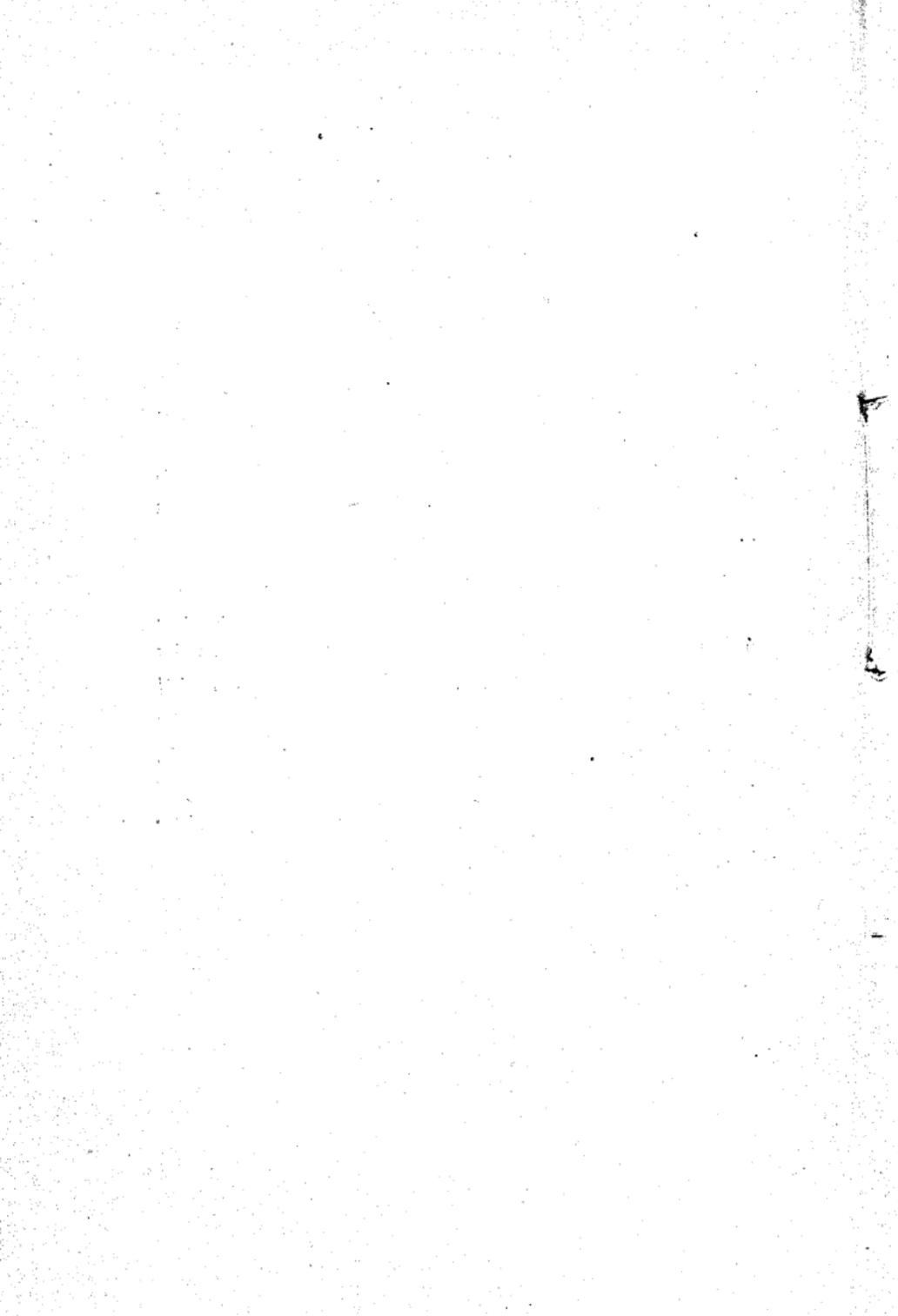
un Príncipe en un amante, sino sólo un caballero.

—No más, Zaida, le interrumpió el mancebo, tu palabra última revela cuánto pasa en tu corazón. Esa fe de que tanto blasonas acaso se sostiene más en ti con la memoria de un caballero, que no con las pláticas de las misiones; más con el recreo de los papeles y endechas, que con la lectura de catecismos; pero no cuentes con burlar á nuestro tío, ni burlar las esperanzas mías.

¡Vive Dios!.....

Algo más de colérico hubiera dicho el moro, á no haber llegado el viejo Gerif, quien, apoyándose en aquellos dos reales vástagos de su familia, los hizo andar hacia la aldea, él pensando en las grandezas pasadas de su estirpe, el mancebo en su engrandecimiento futuro, y María en el bien pasado, las angustias presentes, y en lo incierto del porvenir.







## CAPÍTULO II.

**E**N tanto de esto, el estropeado y Mercadillo, sentados en la celdilla del campanario, noble aposento del monaguillo, á la pavilosa luz de una de tantas candelillas como sisaba el muchacho, entrambos repasaban los papeles y envoltorios de la bolsa que olvidó el honrado usurero. Al cabo de buena pieza no pudo más el soldado, y dijo:

—¡Vive Dios! que todo el dinero lo tiene el bueno de Antúnez situado á ganancias, tal es la esterilidad de su bolsa. Pero en trueque papeles á carga: no queda más remedio..... nóminas..... listas de préstamos..... no resta más senda, Mercado amigo, que aplicarle á este prestamista la receta que mi capitán Francisco de Carvajal le aplicó al susodicho notario romano, el de los 200.000 escudos. O múltese Antúnez, ó sus papeles sufrirán el auto de fe

más riguroso que ha visto Toledo. Pero alto allá: este otro papel es de fresca data, y envuelve otro papel cerrado y sellado con blasones y armerías. Antúnez no se contenta ya con la delgada usura de los aldeanos, y presta también á los grandes señores. Pero leamos; y en seguida así leyó el soldado:

«Buen Antúnez, he llegado con órdenes de S. M. á la Aljecira en las galeras de Leiva: vuestras cuentas las he aprobado: no por ellas, sino para asunto de importancia quiero estar á recaudo en esa aldea y en vuestra casa, á hurto de todo curioso, por dos ó tres días. Ese billete entregadlo, y vuestra vida me responde de vuestra fidelidad.—*D. Lope de Zúñiga.*»

—Mejor dijera, dijo el soldado, vuestro dinero me responde, y fuera mayor encarecimiento. Pero este D. Lope y de Zúñiga, y viniendo con órdenes, y en las galeras de Leiva, no puede ser sino el superior de un tercio y amo mío; y ahora recuerdo, Mercado hijo, que oí decir que tenía heredamiento por estos rincones de Andalucía. Este D. Lope, amigo Mercado, es el más valiente hombre del mundo, capaz de dar el último maravedí, como la última estocada, si aquél le obliga ú éste le ofende. Y te digo esto para que moderes esa curiosa picazón que leo en tus ojos y que quisiera penetrar é insinuarse por los poros y resquicios de este cerrado billete; bien así como

si fueses pegajosa humedad que todo lo traspasa. Modera, repito, esa picazón, pues no nos valiera, si hiciéramos tal demasía, aunque nos sepultásemos en el nicho último de la honda bóveda de las ánimas. Entretanto resolvamos y fallemos qué hemos de hacer para obligar al que mata, es decir á D. Lope, para agradecer á la hermosa, quiero decir, á María, y para multar al honrado usurero.

Grandes debates tuvieron, y divididos en pareceres se mostraban entrambos amigables componedores, hasta que cansados por el fastidio, más que no convencidos por buenas razones, ejecutoriaron por capítulo principal, primero callar tal descubrimiento con la debida discreción, teniendo presente entre varios fundamentos la soberbia condición y brazo fuerte de aquel misterioso D. Lope. En segundo, que el billete buscaría el soldado medio aquella noche en la fiesta para ponerlo en manos de María; y último y final, que el rescate que se lograra por los demás papeles del honrado Antúnez se dividiría entre los dos, el soldado y el de la hopa, salvo el quinto, que antes de todo debería sacarse en pro y beneficio del gozque Canique, que tanta parte tuvo en aquella buena ocasión.

El soldado recogió sus ayudas y muletas, aseguró el zoquete que mantenía la siniestra rodilla, y en conserva de su gozque enderezó

derecho á la casa de Gerif, donde se admitían en fiesta aquella noche los principales moriscos de la aldea.

La casa de Gerif era de apariéncia; la puerta de entrada salía á uno como vestíbulo ancho y espacioso, sostenido en redondo por arcos moriscos, formado cada uno por cuatro pilastras arabescas. En medio surtían tres fuentes de agua cristalina, encerradas en cercos de álamo y albahaca puesta en tiestos de búcaro y azulejos: macetas de amáraco y verdonés halagaban el olfato ó la vista, según fuera el sentido que quisiera recrearse en tales plantas; y como al frente hubiese tres puertas que daban á los huertos y jardines, y como éstos iban subiendo en anfiteatro á medida de lo que allí se enriscaba la sierra, se gozaba desde el vestíbulo de la mejor vista del mundo entre doseles de enredadera y celinda, entre pirámides de verdura ó entre obeliscos altos de jazmines, álamos y cipreses.

Los pimpollos de las parras y los ramos de la madreSelva asaltaban desordenadamente aquella estancia, trayendo hasta en medio de ella los colores de la púrpura y los olores del ámbar, pareciendo todavía más encantada esta escena con los golpes de luces y luminarias que iban por las cornisas de las columnas, con las girándulas que se mecían en los arcos y con los fanales pintados y faroles caprichosos que

se sostenían de los ramos y pimpollos de los huertos.

Mucho concurso llenaba ya la casa cuando llegó el soldado á los umbrales.

Las costumbres árabes, alteradas antes que puestas en olvido, y las usanzas castellanas admitidas y siempre repugnadas, daban mucha extrañeza á este festejo.

Las doncellas moriscas con sus tocas en la cabeza, con sus velos arrojados sobre el hombro, con sus alcandoras pintadas, con sus carcajes de oro al comienzo del borceguí y sus brazaletes de piedras en las manos, ponían el colmo á su aliño con el alheño de los ojos.

Este afeite, ideado para dar mayor realce á los ojos, daba al rostro femenino una expresión de voluptuosidad irresistible para los moros españoles, y nunca fué posible arrancar este uso hasta que aquella infeliz nación fué descuajada de sus hogares.

Entre la turba alegre de aquellas bellas orientales, y sobre los almohadones de damasco, se hallaba María ó Zaida, como la nombraban los moriscos celosos, y que miraban en ella un vástago de sus pasados reyes. María sola descuidó el afeite de sus ojos, ya por despreciarlo como ocioso, ó porque fiase más en el poderío de los suyos.

En la parte inferior, y separados enteramente de las que ellos llaman el cielo en la

tierra, estaban los mancebos adornados con los bordados más ricos y con toda la ataujía oriental.

Los añafles y atabales, los albogues y tambores resonaban alegremente por la estancia: algunos mancebos ya habían dado muestras de su destreza ensayando los asaltos y bailes que tanto tenían de desenfado árabe, como de galantería castellana.

El primo de María, Muley para los moriscos, y D. Fernando entre los españoles, como desdiciendo de emplearse en tan frívolo pasatiempo, sirviéndole de arrimo una de las columnatas, no pensaba sino en sus proyectos, y sólo parecía asistir en la zambra por el ahinco con que derramaba á veces la vista en su hermosa María. El mancebo, venciendo por su riqueza á cuantos le rodeaban, sobresalía por su gentil estatura, descollando sobre los más aventajados en todo lo alto de la cabeza.

A este propósito llegaba nuestro estropeado á la puerta, y allí encontró dos castellanos que así hablaban:

—No hay duda, amigo Juan, sino que esta zambra tiene más apariencia que lo usual y ordinario. Se suena que cierto mozo principal ha tomado tierra en esas calas de la costa, viniendo de Berbería, y que á su buena venida es este festín y zambra. A fe á fe que todavía no ha entrado ni un cristiano viejo; y ¿cómo

han de venir si no los llaman? Y ¿cómo han de ser llamados, si los descreídos quieren estar solos para sus prácticas y maquinaciones? Vamos, hermano, que vos como alguacil, y yo como persona de autoridad del pueblo, debemos dar cuenta de todo al alcalde de nuestro Ayuntamiento.

Y al partirse, y reparando en el soldado, añadió el otro:

—Este Cigarral todo lo asalta y con todos se comunica: bien va, y será recibido á las mil maravillas, que á falta de otras hechicerías, bien podrá prestar á la chusma las buenas habilidades de su gozque.

Entretanto el estropeado entró seguido de su perro, y sin cuidarse del mal ojo y sobrejo con que muchos le miraban, soltó sus palos y tomó asiento en el suelo entre la gente inferior de la familia, poniendo por trinchera de sus rodillas al perro, que asentado con mucha compostura sobre sus piernas, se apoyaba en las zarpas delanteras alzando el cuello, levantando las orejas y mirando atentamente á su bienhechora María, á quien saludaba de su mejor modo, moviendo mansamente la cola. Acaso el agradecido perro la hubiera saludado más señaladamente desde lejos y á despecho de la fiesta, si no sintiera la mano de su señor, que según sus cuentas le mandaba quietud y silencio, y así todo quedó tranquilo.

María se sonrió blandamente al ver entrar el soldado: éste, contento con tal distinción, bajó humildemente la cabeza con tanta cortesía como reverencia, y al alzarla se encontró con la vista de Muley, que lo miraba con ojos de desprecio y de una cólera mal reprimida; pero el soldado, con gran enojo de algunos y mayor maravilla de todos, no huyó su rostro de tan feroz mirada, antes bien la provocaba con su gesto maligno y burlador.

Acaso la zambra se hubiera turbado desde aquel punto, á no ser porque María, dejándose vencer de tanto rogar y tanto suplicar, no pulsara la vihuela y entonara maravillosamente or lo blando y expresivo, el siguiente

#### ROMANCE.

En un alazán brioso  
Por entre bravos jarales,  
Huyendo, huyendo Jarifa  
En grupas va con su Zaide.

El caballo va contento,  
Contentos van los amantes,  
El corcel por ir saltando,  
Los dos por ir á gozarse.

Cabalgan los dos, cabalgan  
Por entre oscuros breñales,  
Que quien á hurto camina  
De ocultas sendas se vale,

La vuelta van de la playa,  
Huyendo el odio de un padre,  
Para echarse en un esquite  
Y en Tremecén repararse.

Ya llegan á la alta cumbre,  
Ya ven azular los mares,  
Ya ven mecerse las velas,  
Ya piensan hollar la nave.

Mira, mira, dice el moro;  
Mira, mi amada, cuál salen  
Inquiriendo nuestras huellas  
Los jinetes del algarbe.

No temas, ella responde;  
No temas, mi bien, mi Zaide,  
Que un encanto aquí me asiste  
Que presto á los dos nos salve.

Es un listón prodigioso  
Fadado con hados tales,  
Que dos que con él se ciñan  
Cierto, invisible se hacen.

Probemos, Zaide, probemos,  
Usemos mágicas artes,  
Y en su insensata pesquisa  
Nuestros verdugos se cansen.

Desdobra el listón Jarifa,  
Con él se anuda á su amante,  
Cuando de presto ¡oh qué espanto!  
Ven una sierpe soltarse.

El fiero dragón se enrosca,  
Los ciñe en negros dogales,

El pecho para oprimirles  
Y los pies por cautivarles,

Que tal listón receloso  
Dar hizo á Jarifa el padre  
Para que hallase la muerte  
Donde sus gustos buscase.

Llega el rey enfurecido  
Vibrando el sangriento alfanje,  
Y abrióle el pecho á Jarifa  
Y el cuello dividió á Zaide.

La algazara en los plácemes y vivas fué grande, los instrumentos redoblaron sus ecos y las bendiciones llovían sobre doncella tan hermosa, tan coronada y cumplida con cuantas dotes halagan los sentidos y cautivan el alma.

El soldado no podía resistirse en tanto á la admiración que le movía aquella estancia y aquella riqueza; allá en su imaginación todo lo confería con las mejores y más ricas cosas del mundo que había contemplado, y para sí decía:

«Estos moros denles agua, y os sacarán verdura de una peña; denles verdura, y os darán un jardín, y con jardines y su idea allí os levantarán una alhambra donde mismo se os antoje el pedirla. Ellos dicen que su paraíso no es sino verjeles; pero entretanto, y por lo que acontecer puede, no son sus moradas sino otros tantos paraísos. ¡Descreídos! ¡Y nosotros

siempre astrosos y sin tener un árbol donde gozar la sombra y la frescura!»

Mientras esto él imaginaba, un suelto mancebo danzaba en medio del cerco lo más galanamente posible. Hería el suelo tan blandamente, que no parecía sino que se deslizaba por sobre el pavimento, ó que algunos hilos invisibles le sostenían de arriba y le columpiaban al son de la música. Con la mano diestra mostraba un adufe revuelto con listones de colores, y que engarzando mil campánulas y pequeñuelos y sonantes címbalos, correspondían, ya viva, ya suavemente con la armonía de los músicos. Á veces el danzador, en medio de su carrera, pasaba y repasaba ligeramente el adufe por debajo de sus hombros, á veces lo lanzaba perdidamente por los hombros, y como si estuviese atado á la voluntad del mancebo, siempre le venía á las manos limpia y galanamente. Los ojos se perdían en tantas ruedas, sesgos y revueltas; involuntariamente todos seguían el cadencioso moverse del que danzaba, y todos, inmóviles en sus asientos, todavía se engañaban fantásticamente, creyendo cada uno ser el bailaror, que no el que real y ciertamente llevaba la danza.

Cada cual de aquel concurso, tanto hermosas como galanes, fué dando, para contento de todos, cumplidas muestras, aquéllas de sus gracias y éstos de sus destrezas, aplaudiendo siem-

pre y cordialmente el soldado á todo, como si tuviese mayor placer en ello, por lo mismo que recogía aquellas visualidades por el encogido arcaduz de un ojo solo, y éste también lisiado y enfermizo. Pero también tuvo que ponerse en plaza y público anfiteatro, pues no faltando quien adivinase las buenas gracias del gozque, los chistes del amo y las retahilas que relataba, todos apremiaron al estropeado para que divirtiese la fiesta, no pudiendo excusarse éste de tanto ruego, ya por la demanda y ganancia que pudiera haber, ya por cierta idea que le bullía en su magín.

Ello es que todo era hacerse consejos y consultas sobre aquel negro billete del D. Lope, y de ver cómo podría hacerle llegar á verdadero recaudo, según y conforme al deseo de su dueño.

Según las veras y ahinco con que trazaba esta trama el soldado, bien parecía tener alguna estrecha obligación que le inducía á ello; pero de ello, quier que fuese, es cierto que pidió la vihuela, y después de acordada y de dar las palmadas á su gozque, comenzó éste á saltar de buena manera y el amo á tocar por la escuela más extremada del mundo; hubo lo del Rey de Francia, lo del saludo al Emperador, el besar las plantas de la más hermosa, el señalar las que estaban de boda, y otros donaires de tal parecer.

En todas las gracias del gozque se veía una preferencia señalada por su bienhechora María, no habiendo vuelta en que no diese muestras de sumisión ó contento cuando pasaba cabe la hermosa morisca. Cuando la señaló por la más bella nadie paró atención en ello, pues cada cual en su imaginación aprobaba lo mismo, y era fácil imaginarse que el gozque estaba ya adiestrado en el donaire; pero cuando la señaló también por estar de boda, y que como queriendo huir de ella y como buscando otra en quien hacer señalamiento, y no encontrándola, volvió á María, y la señaló definitivamente; el gozque dejó entonces escapar un gemido tan lastimoso, que erizó el cabello á todo el concurso. Pero esta impresión fué pasajera y como relámpago en noche serena; así pasó como fué olvidado enteramente en la memoria.

El soldado, llamando á sí el perro, prosiguió:

—Ahora, D. Gozque, vais á ser mensajero del amor, oficio que requiere examen de destreza y título de fidelidad; cuidado con trocar los frenos, que de tan lastimoso descuido suelen provenir grandes desaciertos, y en ello vuestro buen nombre debe quedar á salvo de cargo y responsabilidad. Tomad la posta, y tanto dure vuestro viaje como la música y letra de vuestro amo.

Y esto diciéndole, y pasándole la mano por la boca como si le pusiese algo en ella, y después inclinándose á su oreja como para encomendarle alguna cosa, lo dejó ir, agarrándose él á la vihuela, la que rasgueando diestramente, cantó con ella.

## MOTETE.

Mensajero,  
Corre y ve,  
Corre y ve presto y artero,  
Y de ausente caballero  
Llévale  
Á su amor  
El billete más sincero.

No está lejos,  
Muy más fiel,  
Muy más fiel á tus consejos:  
Busca ansioso los reflejos  
De un clavel  
Que dejó  
Entre búcaros y espejos.

El gozque corría desesperadamente en torno de los festejantes; dió tres vueltas, y á la tercera, cuando cesaba la cantinela de su amo, saltando delante de María, provocando las caricias de ella con sus donaires y juegos, no descansó hasta que aquellas blancas manos de espuma y armiño viniesen halagosamente sobre su figura canina, y entonces, como si tu-

viese un instinto superior á su naturaleza (tanto puede el arte), lo dejó caer y depositó entre las manos de la doncella el billete que tantas ansias y anhelos había arrancado á diversas personas.

María, que muy bien entendió la inteligencia del cantar, y que ni una mínima palabra de él dejó ir de su memoria, viendo las señas casi discretas del perro, recordando que por aquel mismo tiempo en que estaba debería tener nuevas de su ausente, percibiendo en aquel punto un papel entre sus manos, y, más que todo, sintiendo levantarse en su alma mil esperanzas de contento y gusto, no pudo resistirse de tomar aquel mensaje, y lo que es más, de tomarle encubiertamente y sin dar sospecha á nadie. Su discreción alcanzaba la tempestad que hubiera alzado si á la borrascosa condición del primo, y al receloso natural del tío, y al odio de todos los moriscos para con sus vencedores, hubiera venido á juntarse una sospecha, verificada al punto con la prueba plena de un billete.

Muley ó D. Fernando (pues cualquiera de estos dos nombres no da ni quita nada á lo riguroso y altivo de su condición) seguía con el alma, que no con los ojos, todo el curso de aquella farsa; y si bien es verdad que si no vió el embutir del billete en la boca del gozque, ni el pase del tal depósito á las manos de María,

siempre sospechó que allí hubiese algo que se escondía de la atención común. Por lo mismo, y para salir de tanta incertidumbre, puso en obra al punto el pensamiento que le sugirió su recelosa sospecha.

—María —dijo dirigiéndose á la hermosa prima — hoy es el día de tu natalicio y ésta la hora de media noche, hora en que tantos prodigios suelen verificarse. Las doncellas de nuestra familia es fama que en tal día y en igual hora pueden sacar ciertas maravillas del mundo invisible, ó curar alguna dolencia rebelde según quieran y según las fórmulas sabias y poderosas que empleen. Pues bien, no hagas nada de prodigioso, pero prueba (pues á ello debe moverte tu natural compasión), prueba, repito, tal poder en ese lisiado pobre, y ya que, aunque cristiano viejo, asiste á nuestros regocijos, saque de ellos, además de la limosna, un bien que en balde querrían dárselo los suyos.

Así como habló Muley todos fueron de su parecer, y allí fué rogar á María y Zaida, pues cada cual la nombraba según su mayor ó menor afecto á la religión santa, y muchos la llamaban por entrambos nombres.

María repugnaba honestamente tal empeño, pero las súplicas fueron tantas, el objeto se lo presentaron por tan piadoso y tanto de encarecimientos y halagos fueron y vinieron, que al fin, dándose por rendida, y confiando en la

negativa del soldado, que como cristiano viejo no admitiría tales prácticas, replicó:

—Puesto que á despecho de mi gusto habréme de vencer á lo que se me pide, todavía no me prestaré á ello si el mismo soldado no me lo permite no callando, sino que quiero oírle yo misma la súplica de su boca.

—Hermosa María—le replicó alegre el soldado—no sólo deseo que toméis parte en este consuelo mío, sino que os lo suplico lo más rendidamente posible, que aunque yo no tengo en mucho tales prácticas, le doy en trueque tal encanto á la belleza, y tal fuerza y poder á la intercesión de un ángel, que sólo con que vos pongáis mano en ello ya me cuento por curado y franco y libre de lisiadura y de ceguera.

Á esto oír se levantó María entre turbada y pesarosa, y desdoblado un listón, lo pasó por la rodilla manca del soldado, aquélla que apoyaba sobre el zoquete de madera, y asimismo, relatando en silencio unos como versos ó nóminas, ató luego los dos cabos del listón, diciendo:

—Mendigo, así te engarce tu rodilla como enlazados quedan estos dos cabos; y decir esto y levantarse el soldado, arrojando el palitroque de la rodilla, y repetir á gritos ¡milagro, milagro! fué todo un punto.

Todos quedaron absortos, unos dudaban, los más se afirmaban en la verdad de aquellas

prácticas, y María, apartada al lado, y espantada de semejante maravilla, se deshacía en protestas, de que ella no tenía parte en aquella máquina diabólica, prometiéndole no repetir más nunca tan pernicioso ejemplo, y asegurándose con la mano puesta en la cruz del joyel, parecía que ella buscaba un testigo que certificase de su inocencia. Entretanto el soldado, á voz de contrapunto, clamaba así:

—Otra palabra, bella María, y de todo punto desaparece mi triste lisadura, y otra y última intercesión y desaparece mi ceguera.

Los del baile aplaudían, muchos preguntaban, todos respondían, gritaba el soldado y saltaba y latía estruendosamente el perro. Todo era algazara, todo confusión; de repente ábrense las puertas de la calle, y vense entrar por ellas el Ayuntamiento de los cristianos viejos con todo el aparato de justicia, el alguacil Molino, de vanguardia y la dueña Bermúdez en la reza.

—Mirad—dijo ésta— ¡oh reverenda justicia! donde están mis endotrínadas; huyen mi enseñanza saludable, y se entregan á sus zambros, y no advierten en traer con ellas á la prudencia y virtud personificadas en una dueña; los luengos mantos espantan á los almaiçares y alcandoras; vigilancia, alerta, reverenda justicia.

—Callad, dueña Bermúdez—dijo el alga-

cil;—aquí hay algo de mayor cuantía que vuestros chismes dueñescos; aquí hay prácticas, aquí nóminas, luego debe haber multas.

—*Utique*—replicó el notario.

—Pues mirad ahí, por sí mismo—prosiguió el honrado alguacil—la pierna de palo del soldado Cigarral, curado de golpe y por persona que no tiene ni puede tener título para ello. ¿Qué es esto, señor? Es fuerza ver fin y punto á las contemplaciones: también suenan ciertos rumores de moros berberiscos saltados en la playa, y que se abrigan en estos contornos: ¿Qué es esto, señor, no hay justicia? ¿Se han de permitir por más plazo los tratos y contratos de los rebeldes, la murmuración y las sediciones? ¿Qué es esto, señor? ¿Señor, dónde estamos?

Nadie sabe donde hubieran llegado los apóstrofes y acriminaciones del multador alguacil Molino, corchete ganzúa, según el buen dictado é intitulación del soldado, si una inesperada peripecia no le cortara el rápido vuelo de su elocuencia.

El suceso fué un bien asentado golpe de revés en la pecadora boca, que dió con el orador y su elocuencia en tierra, y volviéndose el caído y todo el concurso á ver de qué mano se había disparado el ballestazo, vieron salir por delante de todos el airado cuanto venerable Gerif, quien buscando con la vista al alcalde

para encomendarle sus quejas, así como tropezó con él, así le dijo:

—No creyera yo que donde estáis vos tomara, en son de reprimenda, la palabra persona tan mezquina de condición, como de menos valer por su ejercicio, y tanto más tratándose de agravio con persona de mi calidad.

Yo, por ser quien soy, por alcalde del Ayuntamiento de los míos, si vos lo sois de los cristianos viejos, y por las honras que el Rey quiere que sean guardadas á los hijos y parientes de los reyes, bien puedo festejar á quien se me antoje, no admitiendo en mi compañía sino á quien me iguale, ó á los que por estrecho de amistad me obliguen á ello.

Fué interrumpido aquí el ilustre Gerif por el alcalde del Ayuntamiento viejo por mil excusas y cortesías, las que subieron de punto así que vió á María ser como el astro que presidía aquel sarao.

—Bien habéis hecho —añadió á Gerif—en corregir de tal modo al alguacil por su demasía, siendo mi venida por curiosidad y festejo, y de modo alguno por enmienda ni admonición.

Calmóse entonces la alarmada ira de los unos y el odio ardiente de los otros, vistiéndose otra vez los aceros de las espadas y dagas, ya casi desnudas y prestas á encender en fuego aquella que principió dulce y apacible fiesta.



### CAPÍTULO III.

**T**ROCADA en sosiego la inquietud pasada, las cosas volvieron á su orden primero, recobrando la fiesta la turbada alegría. Los nuevos entrantes tomaron su lugar, según y conforme á su calidad y condición, logrando al fin la dueña Bermúdez el verse presidiendo la banda de aquellas palomas, no tan blandas y obedientes como ella quisiera.

El buen Antúnez, el usurero honrado, también fué de los entrados de antuvión, buscando medio, si no para hallar el perdido envoltorio, al menos para dar parte de todo á María, y conferir con ella qué artes podrían trazarse, para recobrar cosa de tanto interés. Él, pensando tan ahincadamente en ello, manifestaba á los que le conocieran su flaco, cuánto esmero ponía aquel vampiro de la hacienda ajena, para ver aprobadas sus cuentas, y que las diese

su amo y señor D. Lope por de buena data.

Así que, ganando un lugar, y deslizándose por aquí, y pasando por acullá, haciéndose el poste á veces, afirmándose otras, y siempre mejorando de puesto, ello es que al fin se puso á tiro silencioso del objeto de su viaje, término y blanco del correo perdido, la hermosa María. Ésta, que en algún intervalo se procuró tiempo para leer el billete, ya se miraba por él instruída de la venida de su amante á Algeciras, y de cuán próximamente habría de llegar oculto á la aldea. Así que al punto que el perdidoso le habló de su desgracia, la morisca le consoló con la noticia de que ya el papel estaba en sus propias manos, que no fué menos que volver el alma al cuerpo de aquel pobre, y restañar la herida por donde sospechaba él que perdiera su hacienda, y con ella la vida.

Ya iba el usurero, como quien por el sedal busca el pez, á preguntar de dónde vino el hallazgo del billete, para introducir al punto la petición de su bolsa perdida, sus papeles y apuntamientos: tal iba á preguntar, cuando de pronto ó como viniendo de los cercos huertos, se dejaron oír las puntadas más blandas y dulces, y el instrumento más celestial que aquellos habitantes habían oído; tal era la extrañeza y la dulzura de la música.

—Alto allá —dijo para sí el soldado;— esto que suena es arpà, y quien la toca, fuera de

ser de los diestros, ha cursado mucho por los castillos y torres góticas de la Alemania.

Entretanto, cesando de sonar sola y señera el arpa, sus tonos llegaron de nuevo á la fiesta, casados con las razones de esta

## BALADA.

¡Ay de mí!  
¡Ay de mí, dulce tesoro!  
Por tí solo á quien adoro  
Dejo, sí,  
Gloria, lid, clarín sonoro.

El laurel,  
El laurel de la victoria  
No borró, no, nuestra historia,  
Ni amor fiel  
Nunca, nunca en mi memoria.

El azul,  
El azul de bellos ojos,  
Y la faz de albores rojos  
Á un gazul  
No le curan sus enojos.

Que de allá,  
Que de allá región tan fría  
Con ilusa fantasía  
Volará  
Al jardín de Andalucía.

¡Ay Dios! quién,  
¡Ay Dios! quién un sol no deja,  
Por besar con blanda queja

De su bien  
Una mano por la reja.

Tú, clavel,  
Tú, clavel, con tus dos soles  
Me hallarás en tus crisoles,  
El más fiel  
De los nobles españoles.

Cuáles fueran los pensamientos y contrarias resoluciones que estos acentos levantaron en los ya recelosos é inquietos corazones de las diversas personas del festejo, no és cosa que se sujetaría á fácil explicación: basta decir que María esperaba, que el soldado reía, que amenazaba Muley, que Gerif se inquietaba, el usurero temía, y que todos, ya curiosos, no ansiaban por mejor cosa que ver con los ojos aquella persona que tan bien halagaba los oídos con su canto y su destreza.

Muchos se dispersaron diligentemente por ver quién primero introduciría aquel cantor en el festejo; pero aunque tantos corrieron y rondaron la casa, fué vana toda diligencia, y así se volvieron como habían ido.

Muley, disimulando el mal reprimido coraje que le hervía en el pecho, vencíéndose por aclarar sus sospechas, ó reprimir las muestras de su cólera, se acercó al estropeado ya medio sano, y en voz baja le dijo:

—Mira, soldado;—en todo lo que aquí se

pasa hay algo de oculto, que conozco y no alcanzo: si yo me hubiera dejado ir á la mano de mi enojo, ya hubiera descendido el castigo, antes que la discreción mía quisiera satisfacerse de las artes que aquí se juegan; pero puesto que mi discreción ha hablado, quiero oírte decirme qué mensajes tienes con Zaida, con María quise decir, y quién puede ser esa persona que cantó poco ha.

El soldado escuchó sin la menor turbación del mundo hasta el fin el razonamiento de Muley, y sin dar importancia ni á lo que oyó, ni á lo que él decía, respondió:

—María, como se llama (y no Zaida como tú la mal nombraste), es mi bienhechora, y los agradecidos con los bienhechores tenemos ciertas obligaciones que no se pueden revelar. No sé, aunque bien sospecho, quién sea ese cantor que tanto te asusta; pero puesto que tú hablaste de discreción, yo la tengo bastante para no afirmar sino aquello que no sé ciertamente y sin duda alguna; mas siendo cierto que entrambos somos discretos, callémonos y soseguémonos, que, ó yo me equivoco mucho, ó la voz de ese cantor, de oírlo hemos, no tan lejos y más á orilla de nosotros.

Y haciéndolo una breve pausa el soldado para dirigir la vista hacia donde aguzaba las orejas el gozque que al lado tenía, volviéndose con aire maligno y de triunfo á Muley, que le mi-

raba con dos ascuas de vidrio que no con dos ojos, le dijo á éste riéndose:

—Hele ahí—Muley.

Y todos revolvieron la vista hacia las puertas de los huertos, y vieron llegar airosa y sosegadamente, mitad de caballero y mitad de camino, al mancebo más bizarro que pintarse pueda la imaginación. El talle era galán, la estatura aventajada, el rostro hermoso, y con una gravedad en él, y tal autoridad en su frente, que bien mostraba, con todo de estar en sus floridos años, los cargos de cuenta que habría desempeñado. Una ropa corta de fino paño pasada por los hombros le cubría hasta la rodilla; las calzas eran á la francesa, que solían llamar de *Francisco I*, y las botas eran de gamito (1) de Flandes: todo mostraba que venía del lado allá de Europa, y cuando no, bastaría á certificarlo su arpa pequeña que traía en la mano, y ayudando á sostenerla por los hombros con una banda encarnada.

—Caballeros y doncellas—dijo—no os parecerá descortesía que un pasajero, que á la dicha camina por aquí, haya osado turbar vuestro regocijo con su presencia; pero bien se podrá perdonar á un español que vuelve de tierras extrañas el deseo de gozarse en los festejos de los suyos, y mucha nobleza me muestra este

---

(1) ¿Quizá de *camuza* ó *gamuza*?

aparato para que no confie hallar agasajo en vuestra cortesanía.

—Caballero—le replicó el anciano Gerif—seáis el bienvenido; y puesto que nos honramos con vuestra persona, bien os podéis regocijar en este concurso cuanto cumpla al gusto vuestro, pues el valor de vuestra persona nos paga colmadamente favor tan corto.

Muley hubo de reportarse de nuevo con la hospitalidad concedida por el tío al incógnito pasajero, y rabioso y despechado cuanto más se veía obligado al disimulo, se derribó otra vez sobre el arrimo de las columnas, atalayando como un neblí desde el cielo, cuanto pasaba en derredor suyo.

Nuevo y mayor aliento tomó el festejo con la llegada del caballero, necesitándose de la turbación agradable de los sonos de los acentos y de la blanda algazara del festejo, para que María pudiese esconder, bajo la fuerza del disimulo, las más contrariadas impresiones que probaba en aquel punto. Ella, clavando los suyos en el entrado, no hacía sino seguir el corriente de cuantos hermosos ojos había en el concurso, que unos por curiosidad y otros por afición, todos se fijaban en el caballero; pero María miraba en él algo más que no un viajero vulgar.

La banda roja que sujetaba el arpa y un anillo que le vió brillar en la siniestra mano,

le bastara á probar que tenía delante á don Lope, si ella ya con su vista no hubiera recogido aquella galana figura, para conferirla con el retrato que llevaba en su corazón, sacando de todo en claro que quien se hallaba delante era verdaderamente su antiguo y fiel amante, tantas veces pregonado por la fama en Italia y Alemania, y tan altamente estimado por el emperador Carlos V. Para mayor placer suyo, pues ya sin duda alguna estaba bien segura de quién era, hubo de oírle las endechas siguientes, que al mismo son del arpa cantó el caballero, vencido de tanto encarecimiento como se le hacía.

## ENDECHAS.

Galán que te marchas,  
Por muerto te cuenta,  
Que amores ausentes  
No hay cosa más muerta.

Son, sí, los amantes  
Una vida entera,  
Dos cuerpos y un alma  
Que un nudo los sella.

Pero en los dos ellos  
Hay tal diferencia,  
Que muere el que es ido,  
Y vive el que queda.

Acaso el estante,  
Porque bien parezca,

Duelos por tres días  
Al ido celebra.

El lienzo á los ojos;  
Acerca ó aleja,  
Mojado por ellos  
En llanto de fuerza.

Por cumplir se viste  
Las tocas más negras,  
Tocas que al domingo  
En galas se truecan.

Memorias pasadas  
Se van como niebla,  
Finezas del día  
Sol es que penetra.

Y airoso mancebo  
Que el coso pasea,  
Y tercia la capa  
Y ronda la reja,

Terceras mediando  
(Mal hayan terceras)  
Los ganados juro  
Del ausente hereda.

Las glorias presentes  
El olvido engendran,  
Fabrican mudanzas  
Las nuevas ternezas.

Y en tanto el ausente  
Gime, llora y pena,

Y en acento triste  
Cantando se queja:  
*Mal haya quien fia*  
*En mujer que queda.*

La intención que el cantor dió á los últimos versos fué tan ahincada, el acento tan blando, y las circunstancias tan claras, que María, sin estar más en sí, dejó asomar á sus ojos las lágrimas más tiernas y de más amor y ternura; pero acaso al volver la cabeza, y al encontrar la airada vista de Muley, que ni un átomo perdía del canto ni de las lágrimas, fué tal el susto que sobrecogió á la ya tan combatida amante, que temerosa y confundida se sintió tomar de tan cruel desmayo, que apenas tuvo tiempo de dejarse caer en los brazos de las doncellas que alrededor estaban.

De un salto se hubiera puesto á los pies de la hermosa el rendido caballero, si su voluntad no hubiera impedido un brazo vigoroso que le sujetó, así como sucedió el desmayo, y se preparaba para acercarse á la desmayada.

—¿Quién sois vos?—gritó con voz de tigre Muley.—¿Quién sois vos para venir á turbar los festejos de la gente principal, y poner asechanzas á las esposas de quien vale más que vos?

—¿Quién ha de ser—dijo el usurero, que conociendo á su amo quería así ganarle sagazmente el ánimo—quién ha de ser, sino el no-

ble caballero D. Lope Zúñiga Dávalos Guzmán y Pacheco, heredero ricamente en estos contornos, señor de las villas de Alchor y Ferreyra, Merino que fué de la Reina, paje del Rey, comandante de su tercio, querido del Emperador, y..... no se oyó más; pues Muley con un bote que tiró á D. Lope, principió el estruendo más espantoso.

D. Lope, que verse sujetado, apostrofado, desasirse, tirarse á fuera, y poner una daga en la mano, todo fué uno, no hubiera escapado de alguna grave herida del furioso golpe de Muley, á no llevar vestido bajo la ropa un fuerte jaco milanés. Reparado así tal golpe, la revuelta comenzó encendidamente, pues los moriscos á una voz decían:

—*Favor á nuestro príncipe Muley, muerte á los castellanos.*

D. Lope, aunque sin espada, manejaba la daga tan viva y diestramente, que en derredor (1) de su persona parecía haber abierto ancho foso en cuanto alcanzaba su brazo armado, que le ponía á cubierto de los más

---

(1) Traspuesto de *rededor*.  
Garcilaso dice:

En *derredor* ni sola una pisada  
De fiera, ó de pastor, ó de ganado  
A la sazón estaba señalada.

briosos ; pero el furor de Muley le estrechaba mucho, y su peligro crecía á cada instante. Los cristianos viejos que allí se encontraban, prevenidos por la mano y no dispuestos para tal revuelta, apenas podían desembarazarse de la multitud morisca, y de la estrechez del lugar. En esto, que todo fué obrar en un átomo de tiempo, se oyó la voz del soldado que dijo:

—Hermano Cigarral, la curación que principió María, conclúyala el peligro de mi amo y señor.

Y decir esto, y arrojarse de sobre las muletas, y despejarse con la una mano este ojo enfermizo, y garfiarse con la otra, y arrojar aquel negro parche, y tirar por el caballete de la una muleta, y sacar una terrible espada, y tirar del otro palo, y repetir otro igual acero, fué cosa hecha antes que vista.

—En vuestra ayuda soy, y á vuestro lado me tenéis, D. Lope—dijo el soldado—acordémonos de Pormán y cierra España.

Con esto, y por esto, aquellos que parecían miembros tan doblados, enrevesados y encogidos mostraron tal elasticidad y vigor, que abriéndose calle el soldado con tanto desenfado como bizarría, revuelta una capa al brazo se le vió, sin saber cómo, al lado del valiente caballero, ya armado éste con una de aquellas espadas de máquina que sacó el soldado.

Era de ver en tanto la confusa gritería, las lástimas de las mujeres, los parasismos de éstas, los ruegos de aquéllas, y los llantos y aflicciones de todas. Cuáles caían, cuáles se apresuraban por coger á hurto las puertas, buscando seguridad en la fuga, y cuáles, éstas eran las más principales, formando corro alrededor de María, manifestaban querer dividir una suerte común, rogando á unos y suplicando á otros, que difiriesen para otro caso tanto encono y tanta pelea.

Dos espadas tan diestra y poderosamente manejadas pronto ladearon la victoria á la banda cristiana. Muley, á despecho de todos contenía á los suyos, reparándose y mejorándose como más á cuento podía; pero un enemigo, con quien no contaba, le puso á la merced de sus contrarios. El pícaro gozque, como si entendiese el peligro en que se encontraban los suyos, ó porque estuviese adiestrado también para jugar tales piezas, ello es que desde el comienzo de la danza, no se entretenía sino en pasar y repasar, enredar y tropezarse entre los pies de los moriscos, derribando á muchos, embarazando á no pocos, y procurando al fin la prisión de Muley, pues atravesándose muy al propósito á las espaldas del moro, cuando éste rompía en retirada, se enredó miserablemente, y cayó en tierra sin más poderse recuperar. Todos cargaron sobre él; pero las espa-

das de sus dos contrarios, ya amigables custodios, le libertaron de todo insulto.

—Levantaos—le dijo D. Lope.

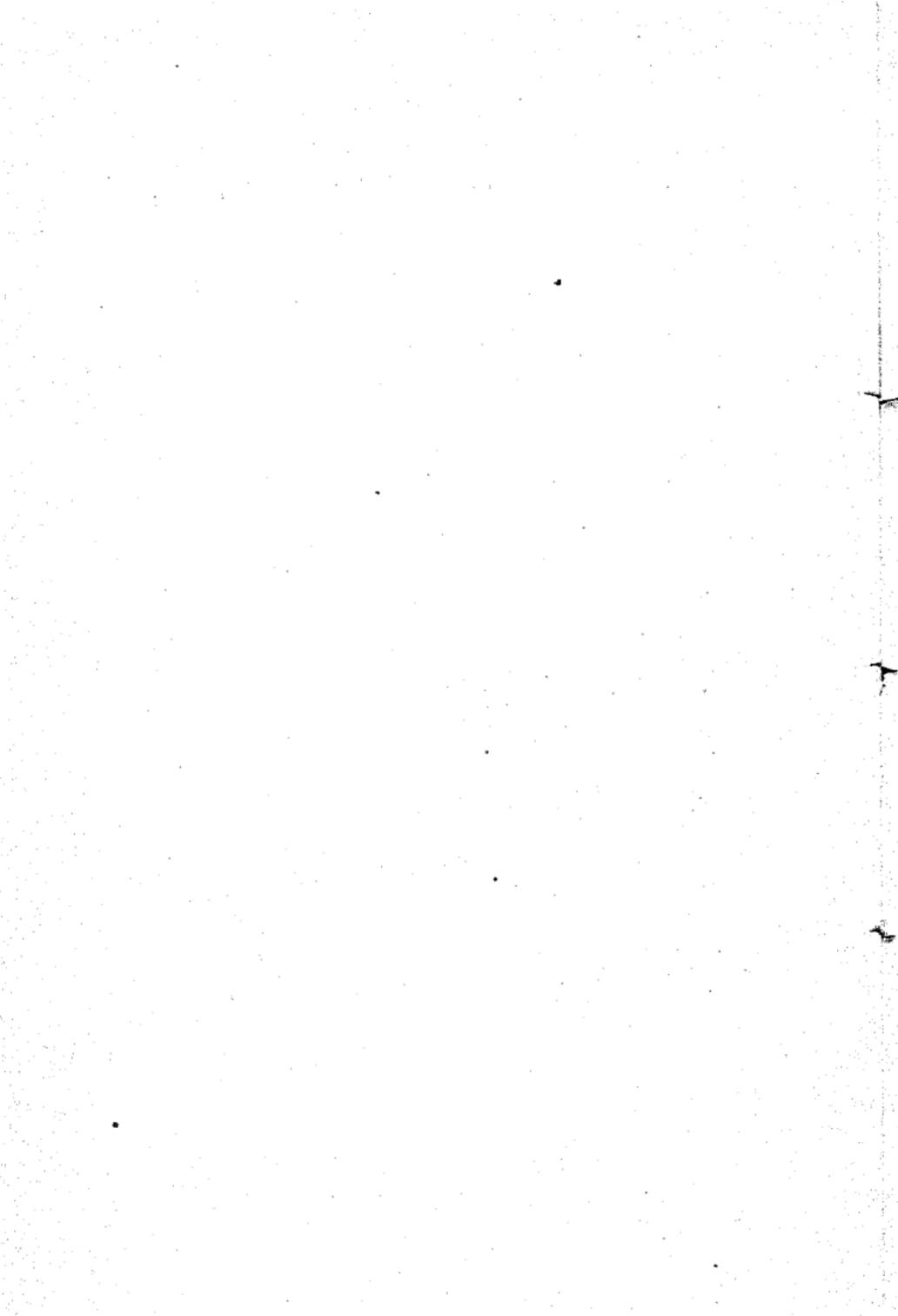
—No hará tal—replicó el Alcalde—sino para entregarse á merced de la justicia, tanto y más, cuanto que corren voces de venir don Fernando Muley de las costas de Berberfa.

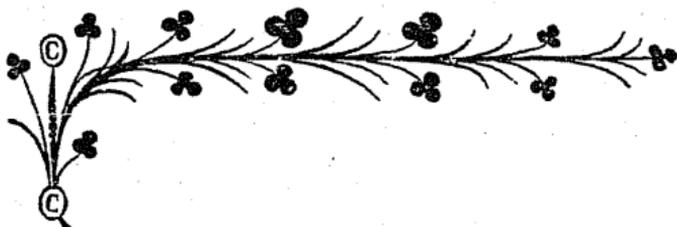
El Gerif, á cuyo desplacer tuvo principio tan grande revuelta, y que por más demostraciones que hizo no pudo apaciguarla, quiso interponer su respeto para excusar de la prisión á su sobrino; pero todo fué en balde, pues las sospechas de que andaban en tratos de rebelión, y apellidarle Príncipe durante la refriega, eran capítulos de no fácil enmienda. Sin embargo, la autoridad de D. Lope alcanzó el que Muley asistiese como prisión en la propia casa del Alcalde, mientras él acallaba los unos, y podía prestar favor á los otros.

Hecha cata y cala de los botes, fendientes, estocadas, tajos y mandobles de la revuelta, resultó, como casi siempre, ser mayor la salva que el provecho, quiero decir, que todo se redujo á no muchos levantes de espadas y á cuatro abolladuras de cabeza. El miedo de ofender á las mujeres no permitía á los combatientes herir con el acierto que hubieran empleado á medirse cuerpo á cuerpo y en campo raso. Sin embargo de ello, se dejaban sentir unos lamentos tan tristes, que todo el mundo

creyó haber acontecido mayor desgracia; pero tales duelos y lastimerías no eran más que los sollozos de la Bermúdez y los gritos del usurero; de aquélla por otras tocas que acababa de perder, y de éste por mirarse roto y manchado en todas las galas.







## CAPÍTULO IV.

**E**RA la misma hora, era el propio lugar y frontero al puente aquel roto, debajo de los hermosos nogales y al lado mismo de aquella fuente clara, se miraba un hombre sentado, pero de muy distinta traza á la del mendigo ciego y lisiado con quien nos comunicamos en conocimiento al comienzo de esta historia.

Este personaje, muy al contrario, parecía gozar de la mejor agilidad de sus miembros, se hallaba en lo más duro y viril de los años, que no llegaban á los cuarenta, y con muestras tales de robustez y fuerzas, que si causara empacho viéndole saltar y defender delante de uno algún puesto ó calle, en trueque haría el más confiado del mundo á quien lo trajese consigo y mirase al lado.

Unas calzas de gamuza muy traídas y llevadas, aunque todavía de buen servicio, le toma-

ban aquellas piernas, antes tan de rúbrica y garabato: unos follados de colores se sujetaban á una veste soldadesca que llegaba en medias mangas á la mitad del brazo, tomadas las vueltas anchas con colorado tabí. La veste se cerraba sobre un colete fuerte y robusto, que abultando algún tanto las espaldas, concluía en la misma muñeca defendiendo el brazo. Una valona azul, si no erizada, al menos con mucho engrudo, le encanutaba el cuello; y un sombrero campanudo de copa, galán con plumas, ancho de faldas y éstas tomadas por delante con cuatro puntos de sirgo dorado, ponían cabo y fin á la tal figura. Estupenda filisberta toledana tenía entre las rodillas, apoyándose las manos en ella, una daga flamenca le parecía en la cintura, y en su traza picaril y en su catadura aviesa y maligna cualquiera le juzgara de la genealogía y linaje de los famosos Rinconete y Cortadillo.

Sentado como se hallaba, así y en media voz, y ésta ronquilla, y más asomada á lo bronco que á lo apacible, se entretenía cantando de esta manera:

#### MORETO.

Nací muy pobre,  
¡Oh qué dolor!  
Bien, pobre aun soy,

Mas esto es hoy  
Mañana no.

Que quien desprecia  
¡Viva el valor!  
En lid la muerte,  
Al fin la suerte  
Lo coronó.

Lid haya y guerra  
Sí, ¡vive Dios!  
Bien corra el dado,  
Y de soldado  
A Conde irá.

Navarro y otros  
¡Son más de dos!  
Soldados fueron,  
Por do subieron  
Yo subiré.

Mi Rey D. Carlos  
¡Entre en París!  
Y Dios y él solo  
De polo á polo  
Han de reinar.

Y por premiarnos,  
¡Grano de anís!  
Tal bazarria  
Ya Dios envía  
De orbes un par.

Capitán tente,  
¡Bravo español!  
Pizarro aguarda

Que una alabarda  
Falta al Perú.

Que lo que vale  
¡O miente el sol!  
Un pica bravo  
¡Oh insigne Cabo!  
Lo sabes tú.

Iré á esas tierras  
¡Vamos allá!  
Me haré de oro,  
De algún Rey moro  
Que venceré.

Ó para colmo  
¡Gusto será!  
De suerte tanta,  
Con una Infanta  
Me casaré.

Tendré esclavillos  
¡Ah! ¡ah! lá, lá,  
Rubís, topacios,  
Cuatro palacios  
Y un gran confin.

Y señor noble  
¡Lará, Lará!  
Con mayorazgo,  
De algún hartazgo  
Moriré al fin.

Al darle á tales coplas, cantadas, como suele decirse, á palo seco, sin compás ni ayuda de

instrumento alguno, y sólo con la buena ó mala compañía de su áspera garganta, hele ahí que asoma por alto de la senda un galán y sobremanera bizarro caballero, que siendo el mismo que la pasada noche se presentó en fiesta, todavía se ostentaba ahora con todos los arreos de galas, plumas y argentería convenientes á la gentileza y calidad de D. Lope de Zúñiga.

El ciego con vista y lisiado sin manquadad, ahora nuevamente restaurado en todo el valor de sus piernas y bien corregido y enmendado en el desembarazo de sus miembros, así como vió llegar al caballero, destocándose el sombrero y ahinojándose reverentemente, le comenzó á decir:

—Perdón, perdón, y mil veces piedad para el buen Mateo del Cigarral, soldado pica que fué de la compañía de Francisco Carvajal en Italia, arcabucero después en el tercio de Zamudio, y después continuo de la ilustre persona del ilustrísimo caballero D. Lope de Zúñiga. Yo me confieso, señor, que sin enmienda á los pasados yerros cobré á vuestra orden los cien ducados en Gante del burgués Guillermo Goffren: confiésome asimismo que sin mandato, ni contraseña de Maese de campo, ni otro superior, con más arrojo que discreción los puse á lidiar, usurpando el título que no tenía de señor de ellos, en aquel negro negociado de

palo y pinta. Confiésome (y es la peor confesión), que no embargante mi pericia y consumada experiencia, fuí roto, vencido y dado tan á merced, que á no ser por un real de á ocho que me dieron de barato, sabe Dios lo que fuera de mi estómago, quiero decir de mi persona. ¿Cómo, señor, después de tan infeliz jornada volveros á presentar mi pecadora caturda? ¿Cómo llevaros á juicio mi conciencia tan sucia, como limpias y escuetas las guardiñas manos? Llorando mi desgracia, recordando mis muchos merecimientos, teniendo los galardones atrasados, doliéndome de los golpes futuros y despidiéndome en mente, no sólo de vos, sino de aquellos cautivos cien ducados, tan llorados como perdidos, resolví volverme para España y buscar partido en esas aventuras de las Indias.

No pagar feudo á mesones y hosterías, no siendo tan devoto para romero, y sospechando que mi vestido de soldadesca me reclutase á fuerza viva para esas banderas de Italia, resolví cobijarme uno de tantos disfraces como aprendí y estudié con la noble caballería de la industria. Largas han sido mis peregrinaciones, aventuras curiosas me han asaltado, y con ellas os entretendré las horas de camino ó los ocios de viaje, éstos por mar ó aquéllas por tierra, si es que merezco por mi atrición y contrición *timore et tremore*, volver

á tomar asiento en su servicio y asistir cercano á su ilustre persona. Siempre cuento, con buena justicia y equidad, que en contraria balanza de estos pecadillos y deslices, se me pondrán en cuenta y data, no los servicios de soldado, pues para premiar vos no sois Emperador, sino mi buen ingenio en el tiempo que os serví, la grata voluntad que siempre os tuve y tantas cuchilladas como dí á vuestro lado en diversas ocasiones. No os cargo nada ni aprecio en pizca los últimos cintarazos de anoche, pues la salud que cobré inopinadamente y la curación que se operó en mi lisiadura, las tomo y apunto por buena, legítima y muy sobrada solvencia.

Quién sabe dónde hubieran ido los dislates, burlas y taravillas del soldado Moyano del Cigarral, si D. Lope no le hubiese levantado con el mayor afecto, abrazándole y comenzándole á hablar de sus pasadas peregrinaciones y aventuras.

En suma de cuento, ello es que D. Lope le endonó y perdonó á Cigarral las atrasadas trabacuentas, inclusive los cien ducados del burgués Goffren, lidiados y vencidos en el negro negociado de palo y pinta, concluyendo aquella ceremonia con que la buena maula entrase de nuevo al servicio de D. Lope.

Cigarral le añadió á éste, por qué sucesos caminando para Sevilla en busca de flota para el

Perú y en lenguas de su capitán Carvajal, había llegado á aquella aldea, donde su disfraz mendigante, moviendo la piadosa condición de María, dilató de un día á otro día su peregrinación hasta aquel trance.

—No dudando yo—proseguía el soldado—sirviéndome de disculpa para este mal pensamiento los sucesos ahora acontecidos, y sin que sea visto agraviar en un tilde la caridad de María, que para las obras pías dispensadas al lisiado Cigarral han intervenido y valido en mucho los merecimientos de D. Lope de Zúñiga, porque os hago saber, señor, que allá relatando, aquí mintiendo, y siempre alterando la verdad como hace todo viajante, acerté á nombrar en una de tantas novelas vuestro apellido y condición, y no hay duda que desde entonces merecí más atención y agasajo, si no digo mayor caridad y limosna, de esa hermosísima señora de vuestros pensamientos.

Luengo espacio confirieron los antes conocidos y ahora nuevamente confirmados amo y escudero, sobre los medios de poner en práctica una entrevista con María, ya indudablemente celada, y muy de cerca puesta en custodia por Gerif, su tío, desde los sucesos de la noche.

La historia puesta ya en este punto, no será fuera de propósito advertir qué circunstancias había, y qué pensamientos animaban á los

más principales de estos nuestros personajes.

Don Lope, alcanzada licencia del Emperador para enlazarse con la ilustre cuanto hermosa doña María de Granada, así como llegó en las galeras de Leiva y tomó tierra de España, no pensó sino en ser él mismo mensajero de tan agradables nuevas; y con poco séquito é infinitas esperanzas quiso llegar lo más luego á la aldea donde sabía asistir la amada suya.

Receloso de que el odio altivo de aquella familia destronada le burlase sus anhelos y su amor, había querido interesar en todo al Emperador, quien por su parte miraba con placer aquellos enlaces que pudieran apartar de toda revuelta á los renuevos de los Granadas.

Los moriscos, siempre fija la vista en su independencia y su venganza, no apartaban su cariño de aquella familia que por tantos años había sostenido en España el vacilante poder de los árabes haciendo de Granada la ciudad más hermosa del mundo. El descontento de la nación vencida tuvo sus intercadencias según y como que la política de la Corte los halagaba ó los oprimía; pero siempre es cierto que mal avenidos con la religión que habían abrazado á la fuerza, sentidos con las fardas y gabelas con que eran pechados, ofendidos de las ordenanzas que les pregonaban, y rabiosos con la altivez de los vencedores, no esperaban sino ocasión adecuada para revolverse, ten-

tando para ello los vecinos reinos de África, y el nuevo y formidable poder que desde Constantinopla amenazaba á toda la cristiandad.

Gerif, que alcanzó en pie en sus años primeros el Señorío de la Alhambra, no podía separar de su memoria aquel esplendor pasado, como ni de su alma la afición más vehemente por su nación desgraciada, mirando gustoso por lo mismo las revueltas que tramaba su sobrino Muley.

María temblaba con tales apariencias, pues su madre, que tomó el agua del bautismo de aquel Arzobispo de Granada á quien por alabanza llamaron el Santo los moriscos, imprimió á su hija el más tierno apego á la religión cristiana. Empeñada en los amores de don Lope, y éste ausente con el Emperador en la jornada de Alemania, vivía huérfana, lejos de los palacios de Granada, alegrando con su presencia los cansados ojos del anciano Gerif.

Muley, prendado de las gracias de su prima, él mismo se la había destinado y nombrado de antemano para premio de sus anhelos y corona de su trabajo desde que diese el grito de independencia, conociendo al mismo tiempo que nada podría ejecutar más bien visto como este enlace para aficionarse más y más las voluntades de sus moriscos.

Gerif, aunque de intento no apremiaba en nada á María por los amores de Muley, con

todo ello bien la demostraba el placer que habría viendo así unidos los últimos vástagos de los Granadas, como decían los cristianos, ó de los Benezeritas, según los genealogistas árabes.

Don Lope, sospechando por lo menos alguna de tan capitales asechanzas, ardía por verse con María para pintarle más vivamente lo que sólo apuntó en el billete que llegó á sus blancuísimas manos por los peregrinos medios que ya hemos relatado. Estos y otros iguales pensamientos, ni más lisonjeros ni menos recelosos, pasaban por la mente del caballero mancebo, durante el coloquio de Cigarral, lo cual leído por la sagacidad escuderil de éste, sin más tardar le habló á su amo de esta manera:

—Por cierto, señor, que muy mucho agraviáis mi alta capacidad, y en bien poco tenéis mi ingenioso magín, si así os inquietáis por tan poca cosa; dejad penas y sabed que en manos está el son que sabrán á buen tiempo coger el compás. María pasa cuotidianamente y á esta hora por este mismo sitio, viniendo de los huertos que para su recreo tiene Gerif en esas quiebras del valle. Si, como es presumible, viendo enemigos en campaña, Gerif resuelve estar á la defensiva sin desamparar muy mucho los muros de su casa, ya tiene encima corredores que le batan la estrada muy de cerca; y si temeroso y cauto en demasía, ha determi-

nado levantar puentes y rastrillos y declararse en asedio formal, ya le he escurrido entre los propios suyos tal espía, que muy presto nos informará de todo movimiento enemigo. El mancebillo Mercado, muchacho despabilado y despierto, avizora las rejas de María, y mi gozque, que lleva delantera en esto de avisado, se encuentra en este propio instante donde vos querríais hallaros, esto es, ante los ojos de la muy alta y muy ilustre señora D.<sup>a</sup> María de Granada, otorgada esposa de..... pero *hele, hele por do viene* nuestro mensajero el gozque, que nos dará lenguas de todo.

Á más andar, corriendo y escarceando llegó el adiestrado y entendido perro, trayendo entre sus dientes un listón de ciertos colores misteriosos. Amor y cita, y cita á la media noche, dijo Cigarral, si no me mienten estos jeroglíficos amorosos; y diciendo esto, tomando con maligna reverencia de boca del gozque aquel billete no escrito, le puso en manos de D. Lope, quien no reparó ó quiso no reparar en las socarronerías de aquella buena maula, ansiando por ver la noche rayar en lo más alto de su carrera.

Eran las doce, y cercanos á las tapias de un jardín dilatado se miraban dos hombres silenciosamente inmóviles y los rostros cubiertos con misteriosos embozos. Un *can*, asentado tan calladamente como si entendiese la alta oca-

sión en que se encontraba, avizoraba las celosías de una reja, y el sosiego era tanto, que se percibían desprenderse las hojas de los árboles, que derramándose de rama en rama se arrastraban someramente por el suelo al blando céfiro del otoño.

En esto se oyeron gritar blanda y prolongadamente los quicios indiscretos de la ventana, y María apareció tras de la reja, teniendo al punto cerca de sí á su enamorado amante.

Si no hay pluma tan rápida que pueda seguir con su vuelo la elocuencia animada de un coloquio amoroso, menos contento quedara de su intento todavía si ensayara repetir punto por punto las primeras razones de dos amantes, que separados por largos días, de pronto se ven juntos por uno de tantos caprichos como tiene la fortuna: pues lo sentido de las quejas, pues el fuego de las razones, pues la inflexión de la voz, y la turbación, y el placer, y el desenojo, y los éxtasis y mil y mil otras novadas tan fugaces como deliciosas, más bien son para imaginadas y sentidas, que para concebirse y explicarse.

Al fin, desahogados con tales pláticas algunos de los suspiros que á entrambos pechos oprimían, y desanudados con el gusto algunos de los suspiros engendrados en tanta ausencia, la hermosa morisca, oyendo los intentos de su amante y pesando en contrarias balanzas lo

que pedía el amor con la situación de D. Lope y la ilustre condición suya, así le dijo:

—No os podré encarecer bastantemente, señor y esposo mío (pues tal nombre me lo sugiere el amor y lo merecen vuestras finezas), no os podré encarecer, repito, en cuanto os estimo tanta constancia, y tanta demostración galante y fina de vuestra voluntad; baste deciros que si el amor no os hubiese ya dado, y tanto tiempo ha, toda la posesión de mi albedrío, el agradecimiento solo pudiera ser que me obligase para abriros las puertas del alma mía: mas puesto que mi afición toda es por amor, bueno será que lo debáis á éste antes que á otro cualquiera sentimiento, que siendo aquél el más poderoso de los hijos del corazón, á él obedecen todos, y todos los hermanos siguen ciegamente los fallos de su voluntad.

Bien sabe mi Dios con cuánto gusto obedeciendo la vuestra, que no es otra que la mía, y siguiendo el mandato del Emperador, desde mañana os daría la mano de esposa aun en la estrechez de esta aldea; pero D. Lope, padre tenéis y lo que el Rey manda, bueno es que sea con asentimiento de los que tienen natural y necesaria autoridad sobre nosotros. No os ocultaré cuánto me disgusta dejaros de obedecer en esto, por lo mismo que sé cuánto riesgo corremos de naufragar en nuestras esperanzas. El desdén con que los castellanos comienzan á

mirar á los de la nación mía, y principalmente vosotros los hidalgos, cosa es tan dura, que hace temblar de rabia al menor de los vencidos, y de noble furor á la familia de los reyes. Si otra de menor condición que la mía pudiera contentarse con ser admitida friamente en linaje como el vuestro, lo que debo á mis padres y el respeto que me tengo, me imponen la triste obligación de rehusar cualquiera alianza en que el orgullo castellano crea únicamente dar una piadosa hospitalidad á la nieta de los reyes de Granada.

Partid, D. Lope, á vuestro palacio; alcanzad licencia de vuestro padre; sepa yo que en mí querrá abrazar una hija y no mirar de reojo á la esposa de su hijo; volved tan amante como ahora os mostráis, y vuestro gusto y el mío se cumplirán colmadamente sabiendo que ni fuerzas humanas podrán arrancar vuestra imagen del pecho mío durante tal ausencia, y que ni el orbe entero me evitará un monasterio si el ser quien soy me obliga á rehusar el amor vuestro.

Á estas palabras y á las ideas que ellas resuscitaban en su alma, la hermosa morisca no pudo detener el llanto, y aplicando en sus ojos un blanco lienzo, se entregó por algunos instantes á lo más acerbo del dolor.

En esto el gozque, alzando las orejas en ademán de inquietud, comenzó á murmurar mi-

rando hacia un cabo de las tapias, y á la luz de cierta lámpara que ardía delante de una imagen apartada, se dibujó la negra sombra de un bulto que observaba el jardín y la reja, y que viendo ocupada la calle torció otro camino sin aguardar á ser alcanzado por los pasos diligentes, si bien silenciosos, de Cigarral.

No estaban ociosos en tanto los ruegos del amante, ni sus lágrimas escaseaban, ni sus encarecimientos disminuían; pero por más que representó D. Lope el peligro de que fuese ella importunada por Muley, suplicada por Gerif, y obligada por todos á cosa que aguase las esperanzas de entrambos, con todo, pudieron más en María las imaginaciones de ser mirada con menos valor que debiera por parte del padre de su amante y de su linaje orgulloso.

Obligados al fin á separarse, los amantes aseguraron sus promesas, poniendo al cielo por testigo de sus juramentos santos, quedando María en aguardar y resistir, y D. Lope en alcanzar de su padre, y volver antes de mucho á poner fin á tantas inquietudes y aficciones.

Amaneció un día turbio y revuelto como ya del corazón del otoño, y D. Lope disponía su viaje para aquella misma tarde. Un guía debiera bajarlo á Marbella para desde allí tomar una fusta y remar hasta Motril y luego caminar á Granada, huyendo así lo más posible de los abanderizados monfis, que eran sal-

teadores moriscos. Entre esta ocupación y los pensamientos del amor dividía sus imaginaciones, cuando entrando Cigarral le dijo:

—Tomad, señor, este papel, que Mercado os trae de la parte de Muley, el aprisionado en casa del Alcalde.

Don Lope, abriéndolo, leyó de esta manera:

«*Un príncipe de Granada á un castellano:*  
Si mi palabra y mi honra no me hubieran tenido preso donde mis manos no podían vengar mis injurias, anoche mismo hubiera bañado con tu sangre las rejas de María

Yo quiero, ó probar tu hierro de Flandes, ó hacerte probar mi acero de Damasco; mas para ello tú solo puedes procurarnos tal placer sacándome hoy mismo al fiado de esta prisión, cosa por cierto fácil á tu autoridad. Quiero vengarme con todo ese aparato que vosotros, menos sentidos y más artificiosos que nosotros, llamáis generosidad y caballería.

Para inflamar tu cólera te diré que á despecho del mundo tu amada será mi esposa; pero esto es poco para un árabe si no ve el color de la sangre de su rival. Á la tarde espero estar libre y al anohecer verme contigo á la ribera opuesta del puente entre los árboles del bosque.—*Muley.*»

Aun todavía D. Lope no había segundado la lectura del enfurecido billete, cuando entró de nuevo el soldado diciendo:

—Día es de postas y correos: mi gozque, que ha corrido el campo, ya á esta hora trae este billete, que si no es de María, deberá ser de algún pintor, pues ni el famoso Lucas, ni Iciar, ni otro alguno de los de la péndola hará ni más ni bien asentada letra, ni más delicados perfiles.

Confuso y turbado D. Lope rompió la nema, y vió que así decía el papel:

«Lo que anoche mismo os negaba, hoy os lo suplica encarecidamente María. No sólo me quieren apartar de vos, sino de esta mi tierra querida de España, llevándome á esas costas de África. Muley con los suyos me arrancará esta noche de los brazos de mi tío, quien no podrá ó no querrá oponerse á tal violencia por amor á Muley y al ahinco con que desea conservar los derechos de nuestra familia. Dos galeazas tunecinas esperan para esta facción y rondan en los ancones de la playa.

Aunque de vos me ayude para desviar de mí riesgos tan grandes, sólo será para que me dejéis en un monasterio, el más á mano, hasta que de vuelta de Granada ó me saquéis de él para ser vuestra, ó me dejéis allí para ser de Dios.

Al principiar la noche me aguardaréis cerca del puente, y todo pronto para acercarnos á parte de que no perdamos valor.—*María.*

Perdido de cólera D. Lope, y entre los dos

terribles escollos de la honra y del amor, revolvía en su alma mil medios para poder asistir al desafío de Muley y amparar los miedos tan bien fundados de su señora. Resuelto al fin, llama á su escudero y le presenta el estado de las cosas.

Cigarral, que no se turbara ni por venir rodando de una torre abajo, le dijo:

—Todo es no nada y asunto ninguno. Aunque mejor fuera poder sacar de esta aldea seis ó cuatro buenos arcabuceros, la gente cristiana de ella es tan poco belicosa, que sólo el Boticario es quien maneja cosa de guerra, y eso son las espátulas; pero vuestros dos criados parecen gente de punta; á ella agregaremos ese muchacho, Mercado, que más talle tiene de paje ahora y luego de alférez, que no de andar entre badajos y candelillas, y con estos tres y nosotros dos bien podemos desafiar á veinte. El camino de aquí á Ronda es corto, la priesa que nos daremos mucha, y si vos os tomáis el cargo de abrir un par de puntos á la cabeza medio bautizada de Muley, después mientras se emparcha y acuden los suyos, ya nosotros estaremos en salvo puerto, á no ser que encomendéis á la punta de vuestra espada visite bien visitado el pecho de ese jayán, y lo dejéis, y esto sería lo mejor, de manera que no piense en moverse de aquí hasta el día del juicio.

La planta de la empresa resuelta, pizca más pizca menos, de esta manera, D. Lope cuidó de que Muley pudiese estar en libertad al momento preciso, y su confidente y escudero fué para armar á Mercado, alicionar á los criados y tenerlo todo á punto, como experimentado Maese de campo.

La tarde se cerró temerosamente en lluvias y ventisca, tomándola por la mano así antes de tiempo las sombras de la noche. Las nubes aglomeradas y empinándose en las cumbres, levantaban unas como montañas cenicientas que juntaban la tierra con el cielo, resaltando más y más aquel color pálido con otras nubes espantosas que volaban inciertamente por la agitada atmósfera. Las crecientes de las sierras se despeñaban por las quiebras desesperadamente, convirtiendo en mar el río que caminaba por aquellas hondas negruras del Tajo, donde y en lo más alto se alzaba el puente destruído. El mugir de aquel abismo llegaba á los oídos sobre todo el formidable estruendo que revolvía entonces la naturaleza, cual el rugido del león, venciendo poderosamente el aullido de las otras fieras, él sólo hiela y desmaya más al extraviado caminante.

Tímida María, dejaba entonces los umbrales de su casa, encaminándose hacia el sitio de la cita, y tres veces tuvo que arrancarse de ellos con toda la fuerza de su alma: tal repugnancia

probaba y oculto horror al emprender aquella aventura. Al fin, animada y más resuelta con el peligro de verse arrebatada al África, y allí mirarse combatida ferozmente en su amor y en su religión, se arrancó del querido hogar y atravesó los jardines y huertos, llena de amargura y zozobras.

La tempestad aumentaba, y María iba entre la obscuridad y los árboles hacia el puente destruído, asustada y temerosa con mil imágenes y fantasmas.

Para colmo de amargura, no tardó en sentirse seguida del anciano Gerif, quien receloso de alguna resolución peligrosa, pues ya conocía cuán á disgusto de María era el emprender la fuga al África, no apartaba los ojos de ella. Por lo mismo, así como ella salió por los jardines, no iba Gerif lejos de sus huellas.

El desgraciado anciano, que fiaba en su sobrina hermosa la dicha de los breves días que le quedaban sobre la tierra, no acertaba á vivir sin ella ni un solo instante. Arrastrado más que no convencido por las furias de Muley, ya se arrepentía de haber dado por su culpa razón á María para creerse arrebatada de España. El desvalido anciano, ora aquí, ora allá, pensaba ver los blancos velos de su sobrina revolar entre las sombras, y entonces, alzando su desmayada voz, la decía:

—No me huyas, mi Zaida; no me huyas, mi

María (pues yo te daré el nombre que tú mejor escojas). ¡Por qué huir así de tu viejo tío! ¡Quién me acertara á predecir este tan amargo trance! Cuando sola y huérfana quedaste, yo fuí tu apoyo, yo tu amorosa madre, y ahora, que me ves anciano y desvalido, escoges este momento para dejarme; húndeme antes en el sepulcro, y luego vete, que así cumpliendo antes conmigo, podrás cumplir mejor y á salvo con el gusto tuyo. ¡Con el gusto tuyo, que bien quiera Dios no convertírtelo en amargo acíbar! ¿Quién te ha dicho que esos castellanos mirarán nunca con amor á la sangre mora? Deja, deja que ese que te me roba conozca el hastío de amarte, y pronto encontrarás los desdenes del señor. ¿Y cómo piensas tú que los suyos te tratarán? El menor de ellos piensa hombrearse con los reyes. Mira, mira lo que pasa en todo el mundo; cada castellano es un rey, y buscan otros mundos antes desconocidos para mandar y esclavizar. ¡Ay, si tú hubieras visto los tuyos reinando en la Alhambra, con cuánto desdén no mirarías ese amante, esos hidalgos!..... ¡Ay, si tú los vieras á los castellanos matando los tuyos, ultrajando los tuyos, y llenos de sangre insultar nuestros palacios y nuestras mujeres!!! Pero no me huyas, María. Ya ves cómo te llamo cual tú lo quieres; no me huyas, María; tú tan piadosa para los extraños, ¿serás dura sólo para los tuyos, y guardarás la más

inaudita crueldad para tu tío, para quien fué tu apoyo y amorosa madre? Pues esto último quiero repetírtelo.

La menor de estas razones destrozaban los más íntimos secretos del blando pecho de la infeliz María: derramaba lágrimas, y caminaba, lloraba y corría hacia el puente, asustada siempre por la fuga al África, y por el horror de la apostasía.

Gerif, que arrastrando y volando (pues estos nombres encontrados merecían sus desiguales pasos), habiendo mejorado algún tanto su carrera, alcanzó por dicha á ver más distintamente á la fugitiva sobrina.

—No me huyas—la repetía—no me huyas, y dame tu brazo para sostenerme, pues de cansado me desmayo, y no acierto á dar un paso. Ven, ven, mi María, yo te libraré de que te arrebaten para el Africa; si tú tienes tanto apego á esta tierra infeliz, también ¡ay! yo le tengo por mi mal. Ven, ven, María, yo te daré todo gusto fuera de separarme de ti: yo quiero ser contigo, verte conmigo, y bajar á la tierra entre los brazos tuyos. Mírame como lloro; no hayas pena de que ya abogue por Muley; concédeme tú el no dejarme, y yo alzo la mano en mis súplicas. Mira, yo quería verte unida con quien es tu sangre, y con quien te amara como á sus ojos; pero ahora ya te pido lo contrario, pues no es aquella tu voluntad: tampoco quiero

que mates el gusto tuyo arrojando esos amores; ama á ese cristiano; pero, por Dios, no dejes á tu tío: mírame, mírame cómo desfallezco.

El gozque, que estaba en el puente y en la mitad opuesta del arco, como esperando á su bienhechora, comenzó á latir gozoso, percibiéndola entre las sombras y los árboles. Ya se disponía saltando á recibirla, cuando María, oyendo las razones lastimosas de Gerif, anudada de dolor la garganta, y ahogado el pecho con mil suspiros y angustias, vacila y se detiene, y olvidada de todo, resuelve volver al querido tío, abrazarlo y no desampararlo. Tales quejas le habrían quebrantado un pecho que tuviese de pedernal, no que el suyo tan lleno de agradecimiento y piedad. Ya volvía amorosa y anhelante, cuando al dar el primer paso oye en la ribera opuesta el reñir de las espadas. Muley, ya suelto de su prisión, medía furioso su acero con el rival que le había liberado.

María atiende, escucha, y ve entre la obscuridad las pálidas centellas de los aceros. Adivina lo que puede ser; indecisa, no acierta á qué parte correr primero: en esto oye un profundo gemido, y cree ¡oh dolor! ser el acento de su amante. Esto lo vence todo; despavorida, retorna al puente, atraviesa ligera la mitad del arco, encuentra la horrible brecha; como

siempre, da el peligroso salto; mas en esto el gozque, impaciente con tal tardanza, se avanzó descompuestamente por la parte opuesta, impidiendo que el breve pie asentase donde debiera para no caer.

María vacila un instante; su agilidad repara tal peligro, afianzando los ramos de espadaña que al lado crecían, un instante más y era salva; pero un torbellino de aire que subía de aquellos senos oscuros, contrastando con tantos obstáculos, vuelve á inclinar el ligero cuerpo, y por esta vez todo auxilio fué en balde. En vano el gozque, trizando con los dientes las vestiduras, pugnó por salvar á su bienhechora, evitando tan infeliz fracaso. Las fuerzas de la infeliz vencieron y la arrebataron al horrible abismo, que proseguía siempre en su mugir incesante.

Un agudo gemido se oyó, y el aire los desapareció al punto.

El amante (ya vencido y herido Muley, pues de éste fué aquel grito lastimero) venía á recibir á María, avisado por los ladridos del perro, llegando al borde del puente al propio punto de la cruel catástrofe, para sufrir así el agudísimo tormento de ver morir ante sus ojos, y no salvar al único consuelo de su vida, y al blanco de sus deseos, concluyendo en un punto y tan lastimosamente con todas sus dichas y esperanzas. Desesperado, y viendo desaparecer

á su amada por aquel tajo, llega á la brecha, y furiosamente se derriba también por él, queriendo concluir su existencia allí donde verdaderamente había ya perdido su vida.

El soldado y los demás sirvientes llegaron sólo para escuchar el murmullo de las aguas al tragarse los miembros del infeliz D. Lope.

El desgraciado Gerif, que tanto tiempo le conservó el cielo la vida para presenciar tamañas infelicidades, acertó á venir cuando aún duraba el primer espanto de los continuos de D. Lope. La desesperación del anciano infeliz, que engañaba en el cariño de María las memorias de su esplendor pasado y del poder de su familia, dando espantosos gritos, rasgándose los vestidos y arrancándose la barba, manifestaba su intensísimo dolor, sin acordarse de Muley, que, exánime y bañado en su sangre, se revolcaba á poco trecho de él.

Dado el grito de alarma, toda la aldea, moriscos y cristianos, chicos y grandes, hombres y mujeres, corrieron al puente, y bajaron en todo lo largo de la orilla, cuál con hachas encendidas, cuál con cuerdas, cuál con tablas, y todos con voluntad de arriesgar su vida á trueque de salvar á la infeliz María. Pero todo fué en balde: á la mañana siguiente, batidas bien ambas orillas, sólo se encontró el miserable gozque, todavía teniendo en su boca alguna parte de la vestidura blanca de María.

El soldado, con las lágrimas en los ojos, recogiendo en su pecho aquella prenda de dolor, iba inquiriendo de piedra en piedra por el río, y preguntando á cuantos aldeanos encontraba:

—¿Has visto á María?

Al final de la tarde y en el desagüe para el Guadiana, un miserable pescador le dijo que la noche anterior, á cierta hora, oyó dar por el río unos acentos lastimeros, estremeciéndose tanto con ellos, que había afirmado las puertas de su choza, temiéndose alguna prodigiosa aparición.

No volvió á saberse más de los amantes. La credulidad morisca, pintoresca é imaginativa como la de los griegos, supuso que andaban encantados por las cuevas que se abrían por las paredes de aquellos abismos, cuya subida ó bajada, siendo inaccesibles, daban mano por este mismo misterio á mil cuentos y supersticiones, y muchos afirmaron haberlos visto suspendidos en medio de aquellos tajos.

Muley, más afortunado que su vencedor y María, sanando de sus heridas al fin, prosiguió en sus proyectos de revueltas y rebelión, que si no los realizó por sus propias manos, gracias al temor que inspiraba el emperador Carlos V, los vió puestos en práctica años después por un hijo suyo, que fué uno de los reyezuelos de las Alpujarras.

Gerif no logró alcanzar ni aquel suspiro de

la libertad morisca, ni el terrible castigo que en los suyos se verificó, pues triste, pensativo y con el nombre de María en los labios, tardó poco tiempo en seguir á la luz de los ojos suyos.

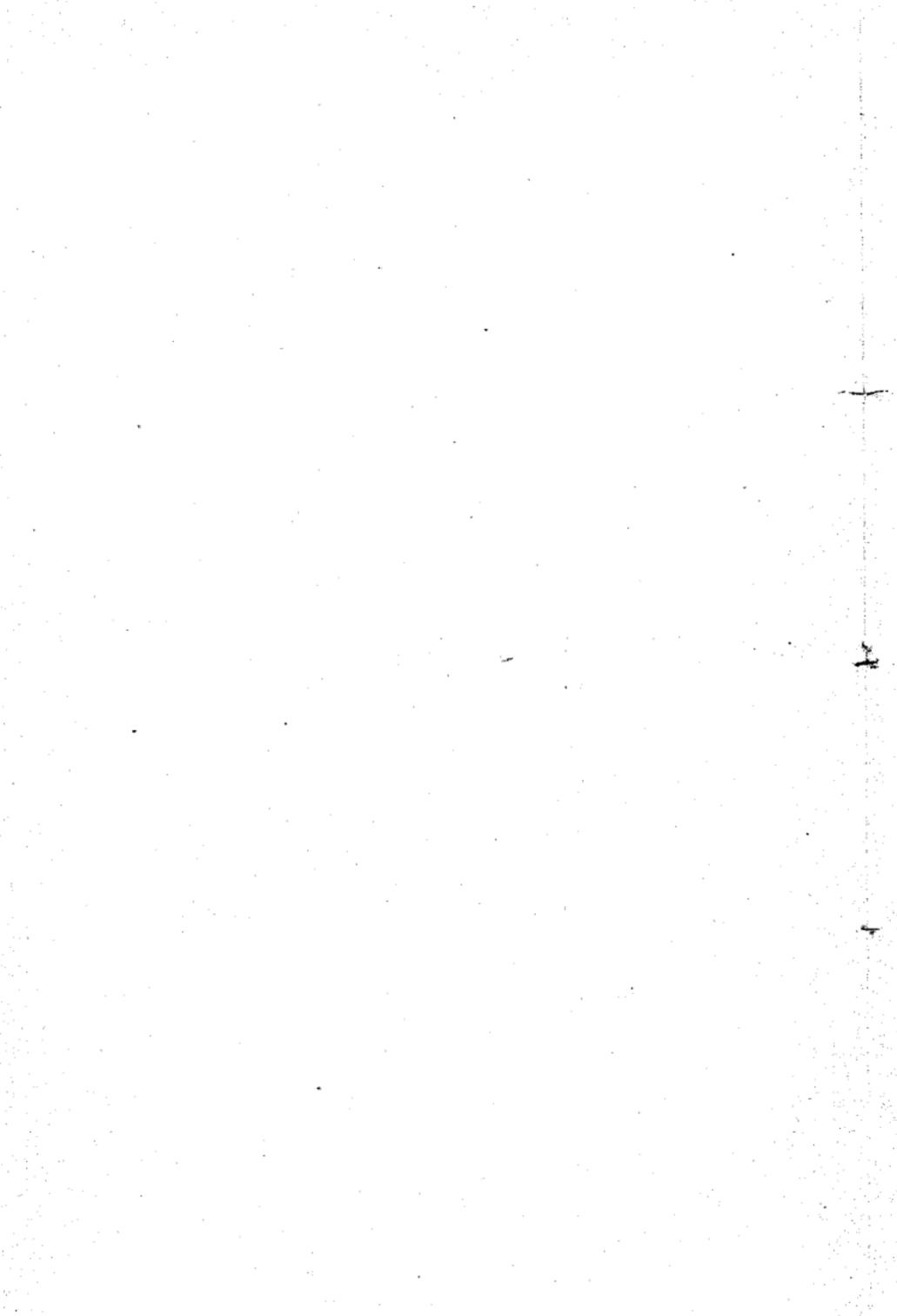
El soldado, perdido ya todo consuelo, y dando al olvido su condición andariega y de aventuras, no pensó ni en más flotas, ni en más Indias, ni en más empresas. Trocando el disfraz de mendigo y el vestido gentil de soldado por un sayal de ermitaño, hizo su habitación de aquel mismo sitio, testigo de la catástrofe, y pensando siempre en su desgraciada bienhechora y en su infeliz señor, todos los días sacaba aquel velo, única prenda que le quedaba de María, y besándolo respetuosamente, y agolpado el llanto á los ojos, volvía á encerrarlo tiernísimamente en su pecho.

Mercado, cansado de la vida que llevaba en la aldea, y ya alterado con las relaciones arriscadas que había escuchado del antiguo soldado, se resolvió á dejar á España y á probar fortuna. Prevenido con las lenguas que le dió su amigo para Francisco Carvajal y otros soldados de cuenta, se embarcó en Sevilla con otros mancebos aventureros, y pasó á las tierras del Sur de América, donde ganó gran nombre bajo el título del Capitán Mercado.

Acaso en aquellas soledades, al resplandor de

las hogueras, y cercado de aquellos hombres que dejando á España no pensaban sino en España, entretenía las horas de la noche relatóndoles las desavenencias de los moriscos y cristianos y el triste fin de D. Lope y de María.







## LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA.

---

**L**A carrera del Darro es la que, arrancando de la Plaza Nueva, va á dar en la rambla del Chapizo, subida del Sacro Monte de Granada.

Por el siniestro lado se levantan edificios de magnífica traza, cortados por los fauces de las calles que bajan de lo más alto del Albaicín, y á la derecha mano, por su álveo profundo, copioso en invierno, nunca exhausto en el estío y siempre sonante y claro, viene el Darro ensortijándose por los anillos que le ofrecen los puentes pintorescos que lo coronan. De ellos el principal es el de Santa Ana, en cuyo ámbito, y de la misma mampostería del puente, hay asientos ó sitios siempre llenos de curiosos, que en las noches calurosas de Junio y Julio se empapan allí del

ambiente perfumado y voluptuoso que en los de sí lleva la corriente.

Eran las vacaciones, y mi amigo y compañero D. Carlos, cerradas ya nuestras tertulias, nos citábamos en tal sitio á cierta hora para ir juntos, y después de girar y vagar otros momentos al rayo de la luna, retirarnos á nuestra posada, á repasar los estudios que tanto nos afanaban y que después tan poco nos valieron.

Una noche (ya muy cercana á su partida para pasar el verano con sus padres), dieron las doce sin haber acudido al sitio acostumbrado. Ya principiaba yo á tomar cuidado por su tardanza, cuando lo vi llegar más alegre y estruendosamente que nunca, y apoderándose de mi mano con el afecto más cordial, se me excusó de su descuido, y como siempre, enderezamos hacia nuestra posada.

Aquella noche fuéme imposible hacerle entablar discurso alguno de interés, y mucho menos de nuestras tareas académicas.

—Estudiemos por placer y no por obligación—me decía.—¿Piensas que se apreciarán nuestros desvelos aunque descollemos en la Universidad y logremos todos los lauros de Minerva? Si tal sucediera, ¿cómo quedarían los necios? y ya está decidido que ellos han de campar siempre por el mundo.

Así diciendo—proseguía—de hoy en adelante discurremos por pláticas más sabias y no

de tanto enfado, y ya que no podemos atraer el sueño, ahora olvidemos las pandectas y los códigos.

Diciendo esto, comenzó á presentarme sus proyectos, que no fueran mayores ni más espléndidos si hubiera á mano un millón de pesos, y por sus adquisiciones futuras y por las haciendas que me había de regalar, y por los viajes que inseparablemente habíamos de emprender, lo dejé por loco ó como hombre que se entretenía en fantasear las horas del sueño y del descanso.

Al día siguiente, bien de mañana, estaba ya en su bufete sumando y figurando cantidades de un valor inmenso, y sin embargo de tener á mano el dinero que su familia le envió para el viaje, me rogó que le prestase tres monedas que fuesen de una á otra mayores en otro tanto.

Respondíle que las monedas pocas que poseía no guardaban tal proporción; pero que para gastarlas nada importaba aquella para mí circunstancia muy extraña.

Se levantó sin replicarme ni un eco, y fué por la casa en demanda de monedas tan peregrinas, y á poco volvió diciendo:

—Es mucho que nadie ha podido cumplirme el gusto sino la persona que menos hubiera querido; pero la fuerza ha sido contentarse con su buena obra. La vieja Carja me ha dado tres monedas con el requisito que yo pedía: son

tres doblas, la primera de dos pesos, la segunda de cuatro y la tercera de ocho, y esta última preciso es que la tenga guardada muchos lustros ha, puesto que es de oro macuquino ó cortado;—y esto hablando, me enseñó la dobla, que por el reverso tenía los nombres de Fernando y de Isabel.

—La vieja Carja—prosiguió mi camarada—por muy dulzaina que se muestre para conmigo, siempre me es de mal agüero desde que el otro día, diciéndome la buenaventura cierta gitanilla que conoces, me vaticinó que mis gustos se me habían de aguar por manos viejas; pero en el asunto que ahora trato no sé qué mal pueda inducirme.

Nos separamos sobre el anochecer y quedamos, como siempre, citados en el puente de Santa Ana. Llegada la hora, y aun no había dado el cuarto para las doce, cuando con paso vacilante y con el aire más melancólico, se me acercó, y tomándome por la mano, fría como el granizo, tiró de mí para la posada, yendo yo tan confuso como espantado.

Sus suspiros me lastimaban sobremanera, y al tocar los umbrales de la puerta me dijo:

—¡Qué maravillas vas á saber de mí!

Retirados á nuestro aposento, y yo más curioso que nunca, y temiendo el espíritu arriesgado y de aventuras de mi amigo, me senté sobre el borde de la cama y esperé á que co-

menzase, como comenzó así su razonamiento:

—Ayer, al asomar la noche, recogía el fresco por el puente último que lleva el Abellano, y donde viene también á dar la senda que conduce á las espaldas de la Alhambra. Solitario el sitio, y la hora á propósito, me dejaba ir en alas de mis devaneos, cuando una voz cercana á mí en extremo, me sacó de mis ensueños, diciéndome:

—¿Eres valiente? ¿Quieres hacer fortuna?.....

—Volví los ojos y me encontré á dos pasos con un soldado de más que alta estatura, con morrión de cresta, con gola y vestes azules, con el rostro no desagradable, pero pálido y ceniciento, y con la voz, si bien honda y tristísima, nada desapacible. Llevaba terciada la espada del hombro, y en la mano apoyaba la pica obscura, pero de hierro muy luciente.

Considerándolo un breve espacio, y porque no dudase de mi valor, le dije que estaba resuelto á todo, y ordenándome que le siguiese, fuíme en pos de él, ya casi perdido todo recelo por haberme largado la pica en que se apoyaba para que yo la condujese. El astil era tan pesado, que casi la llevaba arrastrando, y sin falta me prestaba la cualidad de invisible, puesto que encontrándome con varios conocidos y amigos que volvían de su paseo, ninguno hizo reparo en mi persona. Ya cercano al bosque, me dijo el soldado:

—Cuando lleguemos á las ruinas de los torreones (y cuenta con no equivocarte) haz lo contrario de lo que yo te mande.

Prometilo así y emparejamos con el baluarte de la puerta de hierro, por donde se dice que Boabdil salió huyendo de la furia de los caballeros Abencerrajes por la muerte de sus parientes.

Allí me dijo el misterioso guía que tocase con la lanza, lo que me guardé mucho de ejecutar; pero cuando llegamos á la torre aislada de las almenas y me ordenó que no llamase, entonces la levanté y di con ella un gentil bote contra la muralla, la cual maravillosamente se abrió de par en par, no dudando yo de seguir al soldado por aquellas obscuridades.

En la estancia donde nos paramos no encontré más adornos que enormes tinajas enclavadas en la tierra, y sentándose y haciéndome sentar el soldado sobre las tapas de hierro que las cubrían, me relató el encanto y el prodigio más estupendo que puede forjar la imaginación más maravillosa.

Me dijo que desde la conquista de Granada estaba preso en aquella torre, custodiando los crecidos tesoros que los moros habían rescatado y escondido de los cristianos, cuyo empleo enojoso lo cumplía enfadosamente. Que le estaba permitido el salir de tres en tres años para procurar su libertad, y que en distintos

trances se había dejado ver de algunos, para que le facilitasen su rescate, pero que nunca logró el cabo y el fin deseado, pues de ellos á unos les faltó el valor, otros desmayaron en la mitad del camino y muchos no llenaron los requisitos y condiciones que se les habían impuesto, perdiendo así el premio de su trabajo; y al decir esto levantó la tapa y sacó de la tinaja más cercana, como por muestra, el puño lleno de la arena más fina de oro, que era lo que reposaba en aquellos vasos.

Yo entonces — prosiguió mi amigo — le aseguré al soldado mi buen deseo y le ofrecí la fineza y esmero más extremado, y que pudiera disponer de mí á su buen albedrío, sin que los peligros pudieran arredrarme.

El soldado me respondió que no sería necesario arriesgar mi persona, y que para dar comienzo á la obra volviese á verle á la noche siguiente (por hoy) con tres monedas pedidas, pensadas y dobladas.

Pedíle la clave de este enigma, y me dijo que las tres monedas habían de ser rogadas y tomadas de un amigo que, ignorando el fin misterioso de su destino, pensase que eran para el uso mío, y que últimamente fueran el doble la una de la otra. Bien encomendadas á mi memoria todas estas circunstancias, me despedí del soldado, quien para llamarlo cuando la ocasión llegase me dió las señas de tres pal-

madras, con tres palabras que hará una hora que recité y ya las he olvidado con mayor espanto mío.

Separado de él anoche, tenía ante mis ojos la opulencia más rica, y en mi mano el hacerte feliz y poderoso, y ya reparaste la loca alegría que me dominaba.

No perdiendo tiempo, me procuré las monedas misteriosas, que, al ver mío, llenaban los puntos acondicionados, y esta misma noche volé al torreón arruinado, y dando las tres palmadas y pronunciando las tres palabras que ya olvidé, se abrió al punto la muralla, dejándose ver el soldado, con el rostro más triste y lastimado.

—Todo lo hemos perdido—me dijo;—sé que has hecho cuanto tu buen deseo te sugirió y cuanto estuvo en tu mano; pero si bien las monedas son dobladas, la mayor tiene el mal de pertenecer á los Reyes conquistadores de este suelo, Fernando é Isabel, y para los usos que debieron servir no perdonan los genios que aquí mandan, ni el nombre ni la efigie de entrambos héroes. Mira en prueba, me dijo, á qué se redujo cuanto estos vasos contenían; y destapándolos sucesivamente no me mostró sino ceniza; y estas urnas, prosiguió, llenas de piedras preciosas, que por fineza mía y adehala debida á tu buena voluntad te destinaba, todas se han vuelto de carbón; y era así

como él decía, siendo las urnas como aquellos jarrones de porcelana que se conservan en los Adarves, y fueron hallados en el aposento de las ninfas llenos de amatistas, topacios y esmeraldas.

El soldado se despidió tristemente de mí, diciéndome que aun pudiera tener esperanza dentro de los tres años, plazo necesario para que su visión pudiera repetirse, sin temer yo nada por la seguridad de los tesoros, pues estaban á salvo enteramente en tanto que estuviesen en su custodia.

Salí de la muralla, y volviendo los ojos no vi sino el lienzo liso y sin lesión alguna, yendo á buscarte con el desconsuelo que puedes imaginar, pudiendo decir sólo que nada en el mundo podrá aliviarme el pesar de haber perdido la mayor dicha y opulencia que puede esperar el hombre, habiéndolas tenido á tiro de la mano.

Por mucho que me parecieran disparatadas las razones de mi amigo, todavía lo vi tan cordialmente afligido y con abatimiento tal, que tuve á mejor partido el consolarle con otros discursos no de más compás que los suyos, y procuré que durmiendo recogiese con el sosiego algún poco de más seso. Las horas de la noche las pasó sin descanso alguno y como en delirio, que llegó al frenesí más subido cuando á la siguiente mañana nos dijeron

que la vieja Carja había desaparecido, dejando muy mal olor de sus acciones, que quién las calificaba de hechiceras, quién las presentaba por de un espíritu malo. Con esta aventura, mi amigo no hacía sino repetir el vaticinio de la gitana, y nada podía, no ya distraerle, pero ni aun picarle la curiosidad ni despertarle el gusto. En fin, partió para su país (cantón inmediato de las Alpujarras), donde le vi ir con gozo mío, por parecerme que allí dejaría el peso de sus cavilaciones, confesando la irritación de su fantasía. Las cartas que me escribió casi me lo daban ya por restablecido, cuando un veredero que llegó una tarde á más andar me trajo de la parte de mi desgraciado amigo el encargo encarecido de que fuese á darle el último adiós, si es que quería verle antes de morir.

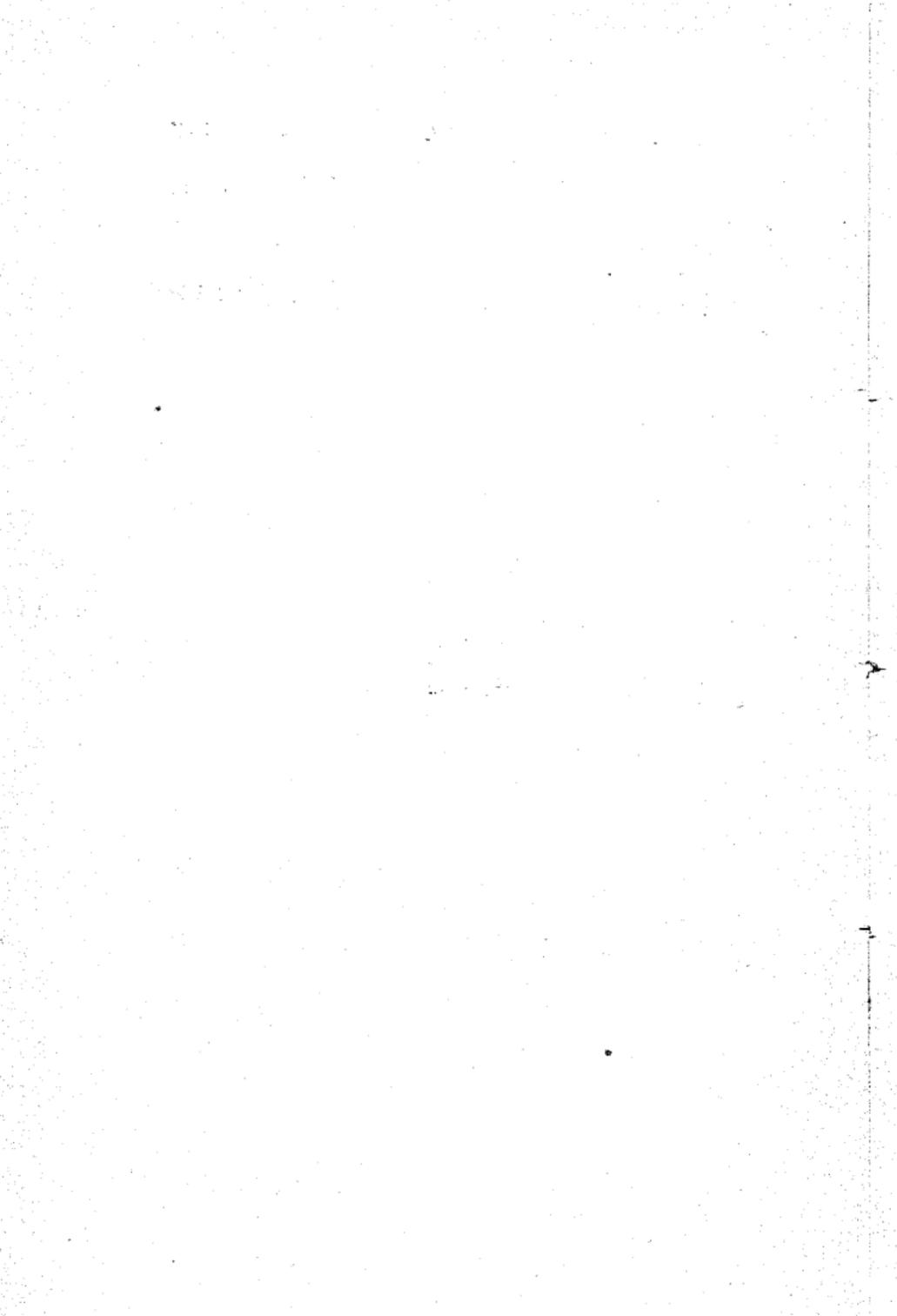
Por mucha diligencia que puse en mi viaje por aquellas montañas, no llegué al lecho del moribundo sino á la segunda tarde, cuando ya mi pobre y delirante compañero tocaba en la agonía. Al verme, me tendió la mano, y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Querido amigo, no he podido ser superior á mi desgracia. El que tuvo ante la vista y destinadas para él tantas riquezas y tal poder y se le escaparon de la mano, no debe sobrevivir. No te olvides que la dicha tuya hubiera acompañado á la felicidad de tu amigo. ¡Adiós!..... ¡Adiós!.....

Desde entonces no volvió á abrir los ojos, y á pocos momentos expiró, siempre repitiendo:

—¡Los tesoros de la Alhambra!..... ¡Los tesoros de la Alhambra!.....







## EL COLLAR DE PERLAS.

---

### I.

**M**OHAMAD II, de la familia de los Naceritas, reinaba en Granada lleno de poder, gloria y juventud; pues por la muerte de su padre se miraba á los veinticinco años sentado ya en el trono de la Alhambra.

Cuentan las historias que este príncipe, antes de heredar el título de Sultán, andaba perdidamente enamorado de la hermosísima Híala, hija del primero de los Wazires de su padre, hombre principal y poderoso, pero que aunque deudo de la familia real, no entraba en los cálculos del Sultán viejo el permitir tal enlace. Ello es que el Sultán Alamar quería casar al príncipe su hijo con una infanta de Fez para afirmar con tal alianza el imperio

muslímico en España, y poder, con la ayuda de las kabilas africanas, rechazar á los cristianos, que á más andar le venían invadiendo y ocupando su territorio, como las olas incessantes de un mar ambicioso é insaciable.

La muerte de Alamar cortó en flor proyectos tan prudentes, y dejó en libertad al nuevo Sultán para seguir las dulces inclinaciones de su corazón, contando éste que, con un brazo fuerte y una voluntad firme, podría hacer frente al de Aragón por la parte oriental, y al de Castilla por la parte del Algarbe de su reino.

Así, pues, al mismo tiempo que hizo llamamiento de sus alcaides y capitanes, y que sus escuadrones y jinetes, así africanos como andaluces, se juntaban, apresuraba el Sultán mancebo sus bodas, que habían de ser con todo el boato, gala y riquezas que los monarcas granadinos acostumbraban ostentar y derramar en las ocasiones solemnes, y por cierto que para un corazón enamorado nada de más solemnidad y grandeza que el día en que iba á poseer el objeto por quien tanto se ha anhelado.

Los Masamudes, los Aliatares, los Benegas y otros muchos caballeros de las familias nobles, disponían cuadrillas, cañas y torneos; las damas, parientas de la futura Sultana, trazaban en sus cármenes y jardines los festejos y zambras con que habían de celebrar tan venturoso enlace, y los mercaderes de joyas, telas, esen-

cias y otros objetos preciosos se encontraban en todas partes, y en todas partes eran echados de menos, pues tanta era la viva curiosidad por ver, y ansia por comprar y apoderarse á todo precio de tanta preciosidad, propias del lujo oriental y del fausto que en aquella época ostentaba la árabe corte de Granada. El enamorado Sultán, por su parte, realizaba en los alcázares de la Alhambra y en los verjeles del Generalife todas las ficciones y sueños de las mil y una noches, derramando riquezas y tesoros, para que aquellas encantadas estancias fuesen aún más dignas de recibir y hospedar á la sin par Híala.

Todo estaba á punto ya para la última ceremonia, y el Sultán dispuso que su hermosa novia subiese desde su morada en los palacios de Granada á los alcázares de la Alhambra, tres días antes de las bodas, que se fijaron para el hálid ó plenilunio del mes de las flores.

La madre de Mohamad recibió á la futura Sultana como á hija la más querida; la carrera de ésta desde su palacio á un extremo de la ciudad, hasta el regio albergue, fué un verdadero triunfo. Además de toda la nobleza de su casa y parentela, y de los príncipes de la sangre que cabalgaban en soberbios caballos, apelados por cuadrillas y ostentando las galas y preseas más ricas, iban los ulemas, los ima-

nes, los wazires y cadíes, cada cual en el lugar que le correspondía. Después se dejaba ver la guardia del Jacinto, compuesta de mil esclavos negros, y así llamada por la piedra que relucía en los turbantes; y luego seguía la invencible, compuesta de tres mil africanos con escudos de plata y blandiendo azagayas de reluciente acero con astiles colorados. Á cierta distancia se miraban venir veinte cebras y veinte jirafas, que conducían en cofres de sándalo y maderas preciosas los vestidos, regalos, el alizaque ó dote de la novia, y luego, entre una comitiva numerosa de jeques y ancianos, jefes de los kabilas y linajes, se dejaba ver un riquísimo palanquín colgado, de brocados y randas, y con varaes de coral y madreperla.

Se nos olvidaba que precedían también á la Sultana numerosas bandas de músicos, vestidos á la índica usanza, y haciendo sonar sus instrumentos por la manera más blanda y voluptuosa, y que delante iban doce pavones tendiendo sus vistosísimas alas, con otras aves de peregrina naturaleza, y traídas desde la Arabia, del Irak y del Hindí.

Lo que más llamaba la curiosidad del público era ver los saltos y gestos de gran número de monos y jimios, que de todos tamaños y cataduras, y formando uno como extravagante escuadrón, iban remedando el talante y grave-

dad de aquella solemne y dilatada procesión. Algunos, que eran de crecida estatura y traídos del interior de África, y que iban ataviados de sus capellares, marlotas y turbantes, podrían equivocarse por sus carillas revejidas, sus ojuelos hundidos, y otros accidentes, con algunos de los viejos dignatarios de la corte.

Aquél, decía uno, es el Cadí Anakin; este es el Katib Abdual, gritaba otro; pues estotro, gritaba aquél, sin pizca más ni pizca menos, es el Intendente de los tesoros Albut Seid. Mirad qué ojos abre en cuanto ve relumbrar algo que le parece oro ó plata.

El menudo pueblo halla siempre cierto sabroso placer en encontrar alguna semejanza entre los que lo mandan y los animales nocivos, y por cierto que las más veces no se engaña.

Entretanto las cuadrillas, las guardias y el inmenso acompañamiento iban marchando, acercándose al propio tiempo las ricas andas que encerraban tanto tesoro.

En este como portátil camarín, que cargaba sobre los hombros de doce eunucos del Senaar, aparecía la afortunada novia envuelta en los velos que aun en la poca ortodoxa Granada, para ceremonias de tal monta y con personas de tal clase, reclamaba la rigidez musulímica. Hemos de presuponer que los velos eran tan sutiles, que no parecía sino que, por desusada

manera y con arte sobrehumana, habían obligado al delgado aire á trocarse en diáfana y ligerísima tela, y aun sin embargo, Híala, para procurarse el inocente placer de contemplar á su sabor aquel nunca visto espectáculo, y también acaso para dejar ver que el delirio del Sultán tenía sobrado fundamento y razonable disculpa, con su mano de miniatura recogía contra su faz el velo, dejando así libre paso á los rayos de uno de sus ojos, argumento irresistible para quien lo alcanzara á distinguir, en favor de la apasionada resolución del Sultán.

Este iba al siniestro lado de las andas, montando un caballo casi fabuloso por su hermosura, rareza y por las circunstancias de su ser. No era de casta conocida, sino que en una montería habida años antes por el mismo Mahamad, fué encontrado vagando por los montes de Sohail, siendo necesarios tres días y tres noches y los esfuerzos de doscientos monteros para rendirlo y cautivarlo. No se dejaba cabalgar de otro jinete que el príncipe, á la sazón Sultán; pero en trueque era la más dócil hacanea si alguna dama hermosa intentaba montarlo. Andaba tres farasangas de sol á sol; corría el doble que el corcel más corredor; en la arena dejaba atrás al camello más fuerte, y pasaba á nado el Guadalquivir en los días más iracundos de su tempestuosa soberbia. Su destreza era tan extremada, que el Príncipe, mon-

tándolo, corría seguro sobre los adarves de los altos muros de Granada: jamás su dueño había dejado de salir vencedor en las justas y torneos, triunfante en las lides y batallas é ileso en los juegos de cañas y alcancías.

Tal era su agilidad en los movimientos, su rapidez y violencia en las acometidas y su instinto maravilloso para secundar y ayudar los intentos, trazas y ardidés de su real jinete.

Su color era tal, que en cuanto se agitaba se convertía en una montaña de púrpura esplendente, tan bermejo se paraba, resaltando así más y más su crín y cola de azabache, que era necesario recortar muy á menudo, pues de otra manera llegarán á rodar por el suelo.

Este caballo, superior á los fabulosos de la mitología griega y oriental, se llamaba Ebn-Nur, ó hijo de la luz ó del fuego, ya por las nobles condiciones que ostentaba, ó ya por una estrella que tenía en la frente, tan blanca, que de noche creían supersticiosamente que rutilaba y resplandecía como lucero del cielo.

El joven Sultán iba, como se ha dicho, al siniestro lado del riquísimo palanquín, haciendo gala y muestra de su gentil presencia, y escarceando gallardamente con aquella peregrina alfana, si llena de fiereza para combatir, no menos primorosa y atildada para los alardes de gentilezas y bizarrías.

Mientras esto pasaba por el un lado de las

andas, era por el otro por donde se deslizaban los furtivos ojos de la lindísima novia. Achaques de muchachas: descuidaba el recrear la vista por lo que había de ser pasto común cotidiano de sus ojos, y estos los fijaba á preferencia en objetos que habían de ser de más difícil alcance después para una Sultana de la Alhambra.

De esta manera dejaba ver Híala el collar de las nueve perlas que el Sultán le había ofrecido como uno de los primeros regalos de la boda; collar que, según antigua y verdadera tradición, perteneció al primero de los Omniadas que imperó en Córdoba, Abderramen el-Dajel, que adornó un tiempo el cuello de la Reina Sabah, y que fué el más precioso de los presentes que esta mujer célebre regaló al Rey Soleimán cuando fué á visitarlo, llevada de la fama de su grandeza y sabiduría.

De las nueve perlas, todas del grandor del fruto del nogal, dos de ellas, una blanca con el oriente más rico, y otra negra con el brillo del ébano, se habían cogido en el mar de Persia; otras dos, una roja como el carmín y otra verde como la esmeralda, fueron cogidas en el mar tempestuoso de la India; otras dos, una azul como el jacinto y otra pálida como el ámbar, se pescaron en el mar grande ó de Atlante; dos entrambas celestes como el cielo, se encontraron en los mares tenebrosos ó del Sep-

tentrión, y la última, de los colores variados del iris, se ignoraba de dónde fué cogida, aunque los aficionados á lo maravilloso y sobrenatural aseguraban que aquella piedra, única en el mundo, fué encontrada en la fuente Tasnin, que corre en el algerua ó paraíso, y traída á la tierra por uno de los genios obedientes á Soleimán, quien añadió así la novena perla al collar de la Reina del Yémen. Esta misteriosa piedra, que se engarzaba como por privilegio en medio de las otras perlas, tenía una oculta y maravillosa propiedad, y era que los matices de sus colores cambiaban incesantemente cuando la persona que se adornaba con el collar se acercaba en bien ó en mal á alguna súbita mudanza ó peripecia en su condición y fortuna.

---

## II.

Nada más natural que explicar en aquel trance el giro continuo de los matices de la novena perla.

Híala, por lo mismo, se entregaba dulcemente á sus ensueños de felicidad, y al través de su velo sutil, ó por sus miradas de reojo, veía llover flores y rosas por donde pasaba; miraba las calles alfombradas de ricas alcatifas, cubiertas las azóteas de elegantes doselos y sobrecielos para templar la viveza de la luz; muchos esclavillos agitando enormes ventales y abanicos de pluma y papiro para mover y refrescar el aire, y gran número de pebetes en los ajimeces y ventanas que poblaban el ambiente de los olores más exquisitos.

Detrás cerraban la marcha tres mil cenetes montados en caballos negros, y tres mil bereberes cabalgando en caballos blancos.

Cuando llegaron los primeros del acompañamiento á la puerta de la justicia, que era la principal entrada de la Alhambra, se fueron derramando, aunque en orden, por aquellas

inmensas alamedas de álamos y almeces, hasta que los doce eunucos del Sennaar entraron por las puertas del Alcázar el tesoro, ó más bien dicho, la divinidad que conducían.

En aquel recinto regio fueron muy pocos los que alcanzaron entrar, bajando todas las esclavas á recibir á su nueva señora con las demostraciones más ardientes de regocijo; unas daban al son de los albogues y adufes, y otras le cantaban al antiguo uso de Córdoba y del Cairo estas lisonjeras cásidas de versos:

Entra aquí,  
 Entra aquí en estos jardines  
 De arrayán, rosa y jazmines,  
 Entra, sí,  
 Cual reina por sus confines.

El poder,  
 El poder te da su imperio,  
 Que el rendir feudo al misterio  
 Del placer  
 No es mengua ni vituperio.

Por tu amor,  
 Por tu amor ya arde la Alhambra,  
 Rejas, torres, Vivarrambra,  
 El fulgor  
 De cañas, juegos y zambra.

La Sultana madre, al ver desde sus miradores acercarse la comitiva regia, se apresuró á venir al recibimiento de su nueva hija, encon-

trándola en el patio de los Laureles en medio de las esclavas, ya con el velo alzado y enseñoreándose todavía en el palanquín de los eunucos negros. La bajó entre sus brazos, ayudada en tan cariñoso obsequio por el Sultán su hijo, que para ello se derribó gallardamente del caballo Abn-Nur, quien dobló al efecto tan gentil como humildemente sus rodillas.

La madre instaló á la bellísima nuera en su propia cámara, formada de cristales y espejos, hasta que llegase el instante de las bodas; y en tanto que el Sultán recibía los homenajes y plácemes de sus alcaides, wazires y wáfes, las Sultanas salieron á solazarse con las esclavas por los espaciosos y mágicos jardines, trasunto del imperio de Flora y compendio aventajado del Paraíso, por quien tanto suspiran los creyentes en el Islán.

Híala, que por su condición viva y regocijada había tomado en fastidio tanta circunspección y compostura, quiso aprovechar ocasión tan feliz de solazarse á todo su albedrío; y mientras la Sultana madre se entretenía en reñir en un estanque á varias esclavas que se bañaban con mucho de algazara y escarceo y algún poco de desenvoltura, se perdió por entre un laberinto de mosquetas, rosas y celindas, acompañada sólo de Encirnún, una su esclava, persiana de nacimiento y de singular belleza y discreción.

Cuenta la historia que así como Híala y Encirnún salieron de aquellas intrincadas calles de rosales y verduras encontraron en un prado sobre una flor la mariposa más extremada en hermosura, así por sus colores como por la brillantez de sus penachos.

—Princesa—dijo Encirnún—esta mariposa sólo se encuentra entre los tulipanes y anémones de mi hermoso país; capricho raro ha tenido este insecto en llegar hasta aquí; ¿queréis que tratemos de hacerla nuestra cautiva?

Con el asenso de Híala comenzaron entrambas á procurar dar caza á la mariposa; pero el insecto, burlando las trazas de sus lindas persiguidoras, las fué llevando hacia los bosques inmediatos, ya parándose en un pimpollo ó en una rama, ya alzando el vuelo con presteza y maravilloso instinto.

La Sultana vieja seguía de lejos, y presidiendo la banda de sus lindas esclavas, la afanosa tarea de Híala y de Encirnún, y las vió, riéndose de su loca empresa, trasponer por entre las calles de negros árboles que daban entrada al bosque.

Al poco tiempo de haber desaparecido las dos lindas cazadoras, se oyó un grito agudo dentro del bosque, en el que, así la Sultana vieja como todas las esclavas, conocieron la voz de Híala.

Cuál fuera la admiración y el espanto que

tal grito infundiera en la Sultana y en las esclavas, es fácil concebirlo.

Al punto se dejó escuchar un coro de gritos y voces en todos los tonos y con toda la discordancia que para tales y semejantes casos tiene reservados el diapason femenino.

Acudieron por de pronto los esclavos y eunucos negros del harén y principiaron á moverse en todas direcciones con aquel acuerdo que se acostumbra en los trances apurados.

A los de más edad, y casi ciegos por los años, se les mandaba que entrasen en el bosque á inquirir y ver las circunstancias de aquella presunta catástrofe; á los cojos se les daba prisa para que fuesen á llamar los guardias, y á los mudos se les conminaba para que fuesen á relatar al Sultán los pormenores de tamaña desventura. Todo era desorden, todo confusión.

En esto se presentó el Sultán á la cabeza de sus continuos y más allegados, y sin detenerse á oír los pormenores del caso, ni las sospechas que sobre él podrían concebirse, ni los diversos planes que debieran formarse para averiguar el origen de tal atentado, y poniendo al lado los consejos, las reflexiones, los dictámenes y las sabias medidas que sus entendidos consejeros le proponían, y dejándolos á éstos en sus entretenidas disensiones y reyeratas, se precipitó por las calles del bosque, frenético de rabia y lleno de zozobras.

El Sultán corrió todos aquellos laberintos de verduras y malezas sin hallar más que algún pájaro que revolaba entre las ramas ó alguna tímida liebre que se deslizaba entre la hierba.

En tanto volvió en sí y se miró solo, pues sus cortesanos en vano le habían querido seguir en su rápida y pesquisidora excursión.

En fin, el Sultán llegó á cierto lugar del bosque en donde los árboles clareaban, alzándose en lo más desembarazado un hermoso peral cargado de fruta. Una fuente pintoresca, que se despeñaba por el fauce de una retorcida cueva, completaba aquel delicioso paisaje.

Al llegar aquí el Sultán se encontró á todos sus wazires y cortesanos que formaban un ancho corro, con el un pie levantado, el otro adelantado y la cabeza todavía más avanzada, como si mirasen algún hondísimo aljibe que se les hubiere abierto delante de sus ojos. Tanto era el saludable temor que los detenía.

Ello era que allí habían encontrado á la hermosa Híala debajo de aquel poderoso árbol sumergida en un profundo parasismo.

Nadie se atrevía á adelantarse, y aunque en el desorden de las vestiduras se dejaba ver la punta de una leve chinela de taflete y oro, como no se hallaba á mano ningún tenacero de plata de longuísimos mangos para remediar aquel preciosísimo desgaire, necesario fué dejar las cosas en su primitivo estado por no probar,

el que indiscreto anduviera tocando lo que no debía, la agradable aventura de verse dividido en dos partes, como algunos capítulos del Alcorán.

A la aparición del Sultán se desvaneció como si fuesen de fugaces ondas aquel círculo de curiosos y cortesanos. Y el Sultán sin reparar siquiera en ellos se acercó á la desmayada esposa.

Los suspiros del coronado amante lograron volver en sí á la Princesa, pero para causar más lástima y desesperación. Sus ojos se abrieron y su voz articuló algunos sonidos, pero éstos no fueron más que suspiros y sollozos, y aquéllos giraban desordenadamente, ó se fijaban ni más ni menos que como pudieran estar los ojos de una estatua.

El Sultán, traspasado de dolor, condujo al palacio á su desventurada esposa, llevando detrás de sí y á respetuosa distancia á toda la comitiva.

La Princesa fué colocada en un mullido cuanto ostentoso rintero de almohadones y cojines, y dejándola bajo la custodia de la Sultana madre, y de gran número de esclavas, el Sultán salió del que hubo de ser nupcial aposento, y era ahora teatro de escenas lastimosas, para conferenciar con los sabios y médicos de la corte sobre lo peregrino de la aventura.

Al Sultán sólo se le escuchaba de vez en cuando estas palabras:

—Falta el collar de perlas.

Y los cortesanos en voz baja se hacían el eco diciendo:

—Entre otras cosas que pueden faltarle á la Princesa, se echa de menos el collar de perlas.

---

### III.

Cuenta la historia que el Sultán quiso presidir por sí mismo el cónclave aquel de sabiduría, y aquel diván de inteligencia médica, y que sufrió los ratos de más bostezante fastidio que imaginarse pueden.

Un wazir, profundo estadista, aseguraba que aquella catástrofe estaba preparada por los enemigos, y que así era preciso desterrar á todos los desafectos de la dinastía Nacerita; otro wazir, todavía más sagaz, añadía que suponiendo este horrendo plan, el cual era patente como la luz del día, debiera deducirse que los cristianos eran los autores de la trama, como enemigos jurados de la gloria de la casa reinante, y que debieran ponerse todos en tormento para que declarasen la verdad.

Otro, menos profundo y amigo de explicar las cosas por lo natural y fácil, contradijo á sus compañeros, y probó lindamente, en un discurso de dos horas y media, que la tragedia la había motivado sin duda alguna la presencia de algún tremendo salteador que, burlando la vi-

gilancia de los guardias y venciendo los obstáculos que cercaban la real estancia y sus jardines, había venido á despojar á la sultana del inestimable collar que llevaba en la garganta.

—¿Cómo explicar de otro modo—decía ufano el parlante—el robo de esta joya? Unos conjurados no piensan en robar; ¿qué tienen que ver—aquí alzaba la voz, vanaglorioso con la distinción—los delitos comunes con los políticos?

—Patarata—replicó un entendido naturalista desde los escaños de los taalebs ó núdicos en donde estaba sentado hechas sus piernas tres dobleces.—Tal caso debe explicarse por causas naturales enteramente. ¿A qué acudir á móviles ridículos por lejanos, si el misterio por sí mismo se revela? El magnífico cuanto peregrino espectáculo que ha herido la imaginación aun infantil de nuestra linda y tierna sultana, sálvela Alah, ¿no será explicación bastante para este desmayo ó parasismo? ¿Pues estos sentimientos llevados al último punto por el placer de verse la noble esposa del más guerrero, generoso y amable de los sultanes—y aquí añadía el orador una cáfila de alabanzas y epítetos, por supuesto sin mezcla de lisonja médica—no es suficiente motivo para tal arrobamiento? Roguemos al cielo, por el contrario, que tanta gloria no anonade y absorba la luz de vida de ese frágil corazón.

Otros veinte picos de oro dijeron cosas muy buenas, diversas todas las unas de las otras, sin haber disparate que no tuviese defensor, ni extravagancia que no se encomiase llevándola á los cuernos de la luna.

Ya el Sultán, desesperado á fuerza de hastío, revolvía en su mente el saludable proyecto de degollar con su propio alfanje tres ó cuatro de aquellos ruseñores sapientes, eligiéndolos de entre los más floridos y locuaces en su parla, cuando el famoso Aben-Jomiz, que había sido diez años alfajeme, otros tantos boticario, siempre viajando y herbolizando, algunas veces matando y jamás curando, y que había concluído por ser tan entendido médico como consejero profundo, dió señales de hablar.

Todos callaron, y el Sultán, dejando para mejor lugar y ocasión su resolución piadosa, se volvió hacia el meflez ó asiento del sapientísimo médico, y oyó que éste, con voz chirriadora y cascada, dijo:

—No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta. La sultana Híala está afectada de una catalexis.

—Al menos—dijo el Sultán—este necio no nos ha quebrado la cabeza. ¡Catalexis!.....

Los cortesanos se enamoraron del nombre de la enfermedad, y todos se decían:

—La Sultana tiene una catalexis.

Todo el mundo se llenó de gozo al ver des-

cifrado el enigma, y de los cortesanos á los esclavos, y de éstos á los guardias, y del Sultán á la madre, y de ésta á las esclavas, y de las mujeres del harén á otras mujeres, bajó rodando de boca en boca desde la Alhambra de Granada el mismo nombre de la enfermedad. ¡Catalexis!

El júbilo por tan dichoso hallazgo infundió el deseo de celebrarlo con todas veras y estrépito, y así á los pocos instantes se escuchaban doquier en la algazara más bulliciosa del mundo los gritos regocijados, los acentos de los vivas y los ecos de los instrumentos. La palabra catalexis se oía de cuando en cuando como tema de aquella alborotada sinfonía y servía de incentivo para avivar el estruendo y la algazara.

—¿Y qué es la catalexis?—dijo con voz de trueno el Sultán al ver pavonearse de vanagloria al inventor de la palabra, y que con ella quedaban las cosas como antes y la Sultana tan enajenada y en peligrosa situación.

A esta pregunta, y sobre todo al tono con que fué pronunciada, todos cayeron en la cuenta que una palabra no es más que una palabra, y se volvieron irritados y con vista airada al mismo Aben-Jomiz, que del cénit de su vanidad vino de cabeza al valle de lágrimas de la humildad.

—¿Qué es la catalexis?—pregunta el Sultán; le dijeron.

Las cosas en tal punto, veo que aparece en la estancia Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, y prosternándose diez veces ante el Sultán, y tocando otras tantas la tierra con su frente, dijo:

—Príncipe de los creyentes, un loco que días ha vaga cantando y danzando por la ciudad, habrá una hora que en medio del estupor que ha causado la nueva de la catástrofe de la Sultana y del alboroto que ha movido el descubrimiento de su enfermedad, púsose de nuevo á bailar en el Zuc de los benimerines y en voz clara cantaba:

Á la Sultana  
Nadie la cura,  
Si no es el Rey  
De la locura.

Y tu siervo, al oír esto, por si es blasfemia ó delito que merezca la muerte ó falta que se purgue con la lengua cortada ú otra semejante leve concesión, lo he preso.....

—¿Y quién es ese loco?—dijo el Sultán.

—Es—respondió el capitán—'Afmed-Ali-Ocnar-ben-abas-ben-oli-ben-Iahic-ben-Zatrin-el-Cubdi-el-Smercandi.....

—Por el profeta—dijo el Sultán empuñando su alfanje—que al primero que me asorde los oídos con esas taifas de nombres que atañen y tocan sólo á uno de mis esclavos, que le envíe

la cabeza de un tajo á la punta nevada del Belet.

El capitán, cesando cueradamente en su amplificación y exactitud genealógicas, y besando otra vez la tierra, dijo:

—Príncipe de los creyentes..... el loco es Afmed-el-Bayer.

—Ya lo conozco—replicó el Sultán.—Traédmele al punto.

—Oyendo y obedeciendo—contestó Abu-el-Casin.

Y salió de la estancia, abriendo y cruzando los brazos y bajando la cabeza.

De allí á un instante cayó en medio del concurso un morillo mal andante en sus vestidos, aunque no de traza desagradable, y que llevándose con ahinco una su mano á cierta su oreja, daba á entender claramente ser aquella el asa por donde lo había empuñado, para transportarlo, la suavidad jurídica-militar del capitán Abu-el-Casin.

—¿Qué era lo que cantabas en el Zuc de los benimerines?—le dijo el Sultán.

Y el loco, siempre con su oreja entre sus manos, y comenzando á bailar con el mayor desenfado, cantó:

Á la Sultana  
Nadie la cura,  
Si no es el Rey  
De la locura.

—Pues tú debes de ser—dijo Mohamad—el médico infalible de mi esposa: nadie puede haber más loco que tú; en tres días has roto cinco mil platos y escudillas; has hecho rodar por el suelo seis mil jarras y otros cachivaches de la Rambla, y has llevado todos los chicos del Albaycín á machacar esparto sobre las cargas de porcelana y cristal de los mercaderes genoveses de la Albaycíría. Se necesita todo el respeto que profesamos á los llenos del espíritu de Dios para que no te hayamos empalado.

Afmed, sin dejar su baile, ni soltar su oreja, prosiguió cantando así:

Grados diversos  
Ha la locura,  
Ser Rey en ella  
Fortuna es mucha,  
Aprendiz solo  
Soy. . . . .

—Déjate de esa versa y canturía fastidiosa —prorrumpió encolerizado el Sultán—y responde por lo natural y llano á mis preguntas, porque si no ¡vive el cielo! que te saque enredada en la punta de mi espada gran parte de tus dislates y locuras.

El-Bayer, al halago de tal insinuación, dió una cabriola en el aire, y sacando los pies hacia adelante, se dejó caer verticalmente sobre sus nalgas, bajando y doblando al propio tiempo su cabeza hasta ingertarla entre sus muslos; pero

con tal arte, que ponía duda, si en su reverencia y salutación había más burla que respeto al Príncipe de los creyentes, dijo el demente:

—Yo soy un loco principiante, y como aprendiz no puedo dar en el hito del arcano de la Sultana; pero con un guijarro en la mano y poniéndome á ochenta pasos la frente de uno de estos sabios, te la abriré perfectamente, si es que allí presumes hablar y leer.....

—Canalla—replicó el Sultán—no has entendido que por encontrar vacías esas frentes, acudo en apelación á tu locura. ¿Hay otro más loco que tú?

—Poderoso Mohamad—dijo el-Bayer—lo hay en Granada, y ese podrá acaso satisfacer tu curiosidad.

—¿Dónde se halla esa perla peregrina?—dijo el Sultán.

—En los subterráneos de la Alcazaba—replicó el aprendiz de la locura.

Y al decir esto, levantándose como una pulga del pavimento de la estancia, dando otra cabriola, haciéndole una higa al Sultán, y dando cuatro papiroses á los más graves del cónclave ó diván, se deslizó por entre las guardias, repitiendo siempre:

Á la Sultana  
Nadie la cura,  
Si no es el Rey  
De la locura.

—Dejadlo ir—dijo el Sultán—y tú, agradable Abu-el-Casín, vuela á la Alcazaba y registra el último agujero de sus murallas y subterráneos, hasta dar con ese loco recomendado por el otro loco.

—Oyendo y obedeciendo—respondió el capitán de la guardia, y desapareció abriendo y cerrando los brazos y bajando la cabeza.

Entretanto los sabios, consejeros, wazires y taalies, reunidos en el diván, se decían, en voz baja, unos á otros: ¡Qué diablos quiere el Sultán! Más loco debe él estar ya, que no el oráculo que busca; si se muere la Sultana, la juventud y belleza de cien ciudades de aquende y allende el mar le brindarán con otras mil beldades, y si la Sultana vive, tanto mejor si la posee muda y convertida en estatua. Esto será poseer una mariposa en estado de crisálida..... tanto mejor poseer la belleza sin alas.

Al propio tiempo venían nuncios y embajadores de los aposentos de las sultanas, siempre con las tristes nuevas de que Híala permanecía en su misma enajenada situación.

El Sultán, en profunda meditación, se hallaba fantaseando sobre lo extraño de aquellas aventuras, reclinado en su alfarir ó solio de púrpura, cuando apareció ante sus ojos el amable Abu-el-Casín, capitán de la guardia africana.

—¡ Amir-el-Mumenin — le dijo éste — maravilla y más maravillas! He encontrado al loco

á quien el otro loco recomendó, y el loco recomendado es el loco más inconmensurable que hallarse puede. Es el inmenso pájaro Roc de la locura; es el mar más insondable de los disparates; éste ó ninguno debe ser el Rey de la locura.

—¡Queme place!—dijo el Sultán.—¿Y dónde está ese Rey tan deseado? ¿Por qué no entra? Que venga, traédmelo aquí, luego, al punto.....

—Pues, ved ahí el caso—dijo Abu-el-Casin.

—Habla—replicó el Sultán.

Y el capitán comenzó su relato de esta manera.

---

#### IV.

—Con las señas que dió el loco El-Baici, y ayudado de la amabilidad de carácter que me distingue—dijo el agradable Abu-el-Casin—logré tomar en los barrios inmediatos á la Alcazaba noticias ciertas del loco recomendado. Supe que se llamaba Ben-Farding, y que habitaba en lo más hondo de esos palacios subterráneos que se encuentran en la Alcazaba, y que en otro tiempo fueron templos en donde se adoraban los ídolos de los reyes Rumíes.

Ben-Farding está poseído de la locura más extraña que se puede imaginar. Piensa que su gravedad específica es tal, que poco á poco y á fuerza de años va horadando la tierra, tendido como se encuentra, y que así llegará un día en que atravesará todo el globo, hallando su salida por los opuestos antípodas. En los largos episodios que tendrá tan dilatado viaje, irá aprendiendo todos los arcanos de la naturaleza, ó por mejor decir, los irá sorprendiendo ó conquistando; pues, ó ella habrá de suspender su acción, ó en los ocultos elaboratorios de sus en-

trañas ha de tener sucesivamente en perdurable y estudiosa visita á tan curioso como perseverante observador. Al salir por el opuesto agujero Ben-Farding, saldrá tan sabio como Soleimán, y tan poderoso como Nemrod. Será obedecido de los genios buenos y malos; mandará en los animales y aves; el Simorgue vendrá á tomar sus órdenes é imperará sobre toda la tierra.

Ben-Farding cree hallarse en lo hondo del subterráneo, en donde hoy está, no por haber descendido allí en propios ó ajenos pies, sino porque la gravedad de su cuerpo ha taladrado ya la tierra hasta el lugar en que se encuentra.

Á este loco respetable bajé á ver para hacerle entender las órdenes de mi señor; y para atravesar prontamente tan obscuras mansiones, hice encender trescientas hachas, y por no encontrar éstas tan á punto, mandé prender fuego á las tocas y vestidos de cincuenta cautivos, y echarlos por delante de mí para alumbrarme el camino.

Ben-Farding no se admiró de mi intempestiva visita, y antes por el contrario, me manifestó punto por punto el objeto de ella: debe ser también Zahorí, según mi cuenta.

Mas el transportarlo aquí ha sido imposible. Á mis amigables insinuaciones, se mostraba tan impasible, que llegué á convencerme de que entra en su locura el no temer la muerte, ó que se

cree intangible como el viento, ó invulnerable como si fuese de hierro. Yo me hubiera valido de mi conocida destreza, y hubiera aplicado mis medicamentos infalibles para que desistiese de su extraña terquedad, á no sospecharme que nuestro Ben-Farding no pudiera resistir mi método curativo, ó por mejor decir, mis medios de transporte.....

—¿Con que no quiere venir?— gritó como un león el Sultán.....

—Ahí está justamente el caso—respondió el amable capitán de la guardia africana. El no se opone á aparecer ante la noble presencia del Príncipe de los creyentes, pero dice que él no puede separar á su voluntad ni por un instante de la lentísima tarea en que se encuentra afanado en dulce calma ya hace siete siglos. Un milésimo átomo del punto más imperceptible que dejara por taladrar, apartándose voluntariamente del sitio que ocupa, le fuera una falta imperdonable.

El labrar su escotillón es su primer deber, pero consiente en ser transportado aquí en gracia del generoso, del nunca vencido, del sabio, potente, querido de Alahí, vencedor, príncipe de los creyentes, mi señor, si en el propio lecho en que espera su futura grandeza es transportado en los hombros de ciento veinticinco.....

—Será algún gigante—exclamó el Sultán—

pesado como una montaña: ya comprendo el fundamento que tiene en su fantasía para presumir que puede ir hundiendo la tierra poco á poco.....

—Pues ahí está el caso—respondió el amable capitán de la guardia africana;—es un gorgojo el tal Ben-Farding que no llega á tres palmos, y salvo su cabeza, que es gorda como la Al-cuba de la mezquita, y sus pies, que son como dos luengas y anchas hojas de plátano, por lo demás se creería que su gravedad no llegase á veinte adarmes.

—Pues bien—replicó el Sultán—sábetе, amable Abu-el-Casin, que me voy enamorando de ese precioso Ben-Farding, y me desvivo por tenerle ya ante mis ojos. Toma una manga de cincuenta y cinco ganapanes y otra de setenta aljameles de los que portean cal y canto á las murallas que ahora edifico en Fajalans y que me lo traigan aquí, al punto, en el instante, dirigiendo tú mismo la maniobra.

—Pues ahí está el caso—volvió á replicar Abu-el-Casin;—y es que Ben-Farding exige que esos aljameles y ganapanes hayan de ser precisamente, exclusivamente de los ilustres dignatarios, magnates, altos personajes, profundos estadistas, divinos oradores y sabios consejeros de este diván.

—Dígotе, amable Abu-el-Casin—exclamó alborozado el Sultán—que ese loco es lo más

deliciosamente caprichoso que pueda idear la imaginación más chistosa; me declaro por su favorecedor, y de él espero el feliz desenlace de esta aventura.

Pero ¿qué hacen esas feas alimañas de mi consejo y diván que no se han apresurado ya, que no han corrido para portear sobre sus lomos á mi buen Ben-Farding, al libertador de mi esposa, al que ha de ser mi primer amigo, si sus obras corresponden á la graciosa extrañeza de sus fantasías?

—Pues ahí está el caso—dijo Abu-el-Casin: —es que estas respetables gentes no caen en la cuenta de que el encargado en la ejecución, de los mandatos del Príncipe de los creyentes, y de las indicaciones sapientísimas del gracioso habitador de la ratonera de la Alcazaba, es vuestro siervo el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana.

—¡Ola, tropa! —dijo éste volviéndose á aquellos venerables varones; y ellos, que hasta allí habíanse fingido los distraídos cual si no oyesen tan interesante diálogo, se encontraron sin saber cómo en pie, cual si los hubiese movido un único y poderoso resorte. ¡Qué amabilidad!

Sólo quedó rellanando su cojín de terciopelo aquel wazir de labios muy expeditos que explicó en su elocuente peroración con noble independencia la diferencia extremada que hay

de un robo á una conjuración. Al notar el amable Abu-el-Casin la no perpendicularidad de las piernas del wazir, se iba á llegar á él diciéndole con una voz reprimida que semejaba al silbido de una sierpe: «Ha criado raíces el sabio y ennoblecido Mulesaif....» Cuando este discreto personaje, entendiendo la granizada que se le acercaba, le respondió con acento muy meloso:

—Sí, yo estoy pronto, amable Abu-el-Casin; pero me he mantenido en mi rellanada postura, por estar más pronto á dar á mi persona más súbitamente, es decir, más presto, una configuración más adecuada para traer sobre los lomos á ese discreto Ben-Farding, que va á ser el mejor amigo de nuestro Sultán.

—¡Sálvelos Aláh á entrambos! Por ahora— le respondió gravemente el agradable capitán de la guardia africana—incorporaos é id, que si es preciso, ya se os avisará del cómo y cuándo habéis de tomar posición á cuatro patas con vuestros dignos cofrades.

Entretanto, el mismo Abu-el-Casin hizo alarde y reseña de todos aquellos respetables wazires, ministros, cadíes, oradores, literatos y poetas que componían sapientísimo diván, y encontró que sumados cuidadosamente uno por uno, y tomando sus nombres para evitar toda confusión, no se hallaban más que ciento y doce sabios entre todos.

El Sultán, alarmado con tal contrariedad, que dejaba manco el número de ganapanes y aljameles, fijado por el caprichoso Ben-Farding, para que lo portearan, se dirigió á Abu-el-Casin, y le dijo:

—He aquí, amable capitán de la guardia africana, cómo llegan trances y casos en que se echa de menos la sabiduría. ¿De qué trazas nos valdremos para llevar á debido cumplimiento las discretas exigencias de mi buen amigo Ben-Farding?

El agradable Abu-el-Casin inclinó su frente y le respondió sonriéndose:

—Descuidad en cuanto á ese punto, Príncipe de los creyentes, pues en tanto que á estos buenos amigos los dirijo hacia la Alcazaba, empinados por ahora en sus dos patas posteriores, pasará yo personalmente por el colegio y la academia, daré una vuelta por las bibliotecas de Bek-Faral y de Aben-Melij, y recogeré los trece varones que nos faltan para completar el estupendo tiro que nos exige Ben-Farding, de entre los venerables literatos que más allá trabajan y se fatigan por la felicidad del mundo, fastidiando á la ciencia. Me lisonjeo de que esta inevitable sustitución nos la ha de agradecer el sapientísimo Ben-Farding.

—Vé y obra—dijo el Sultán.

—Oír y obedecer—respondió Abu-el-Casin.

En efecto, el amable capitán de la guardia africana entró primeramente en el colegio que con grande apariencia y anchas escuelas y jardines de apartada soledad y propios para el estudio, se miraba edificado á las orillas del fertilísimo Darro. Allí encontró gran número de doctores y alfaquíes que estudiaban noche y día en el libro bajado del cielo, en la manifestación de los decretos de Aláh, en una palabra, en las suras y aleyas del divino Alcorán.

—¿Qué hacéis?—preguntó Abu-el-Casin á unos viejos venerables de blanca y crecida barba, ancha y espaciosa frente que se encontraban sentados sobre el césped de la verde pradera y bajo una bóveda de laureles.

—Aquí—respondieron—estamos componiendo las oraciones que se han de recitar mañana por las calles y campos para que Aláh, el Altísimo, nos envíe su lluvia, la fértil y placentera, y nos retire su langosta, la voraz y devorante. Recitamos también sus alabanzas y altacabiras con voz apacible y corazón limpio y conmovido.

—Y vosotros, ¿en qué os ocupáis?—preguntó también Abu-el-Casin á otros vejetes de ojillos hundidos, frente estrecha, nariz roma y de gesto en que á un tiempo se retrataba la envidia y la vanidad.

—Nosotros—contestaron—nos afanamos

por descubrir en nuestro estudio y fijar la noche en que Aláh envió el libro santo y divino á su profeta y favorecido Mohamad. Cuando hayamos determinado este punto tan esencial, y sepamos en qué mes cae esta noche de misericordia, si es en el Remadán ó en el mes de Safer, habremos vencido á todos los doctores antiguos y á cuantos en nuestra edad siguen ciegamente sus sentencias y decretos. Entonces nos pondremos á la cabeza de todos ellos, nos obedecerán y nos respetarán; empalaremos á algunos, los perseguiremos á todos y ganaremos mucha honra, y, sobre todo, gran provecho.

El amable Abu-el-Casín empuñó á cuatro de estos buenos amigos y los puso en camino de la Alcazaba, y él se fué á la Academia en donde disputaban muchos sabios sobre gramática, filosofía, dialéctica y otras ciencias.

—¿Quién es aquel buen amigo? — dijo el agradable Abu-el-Casín viendo á uno que en un ancho cerco de oyentes hablaba y gesticulaba con tanta fe, como placer propio.

—Aquel—le dijeron—es el famoso Frangis-el-Wadar, oráculo de nuestro siglo, depósito de elocuencia, tesoro de frases lindas, urna de tropos y figuras retóricas, y además—le añadieron en voz baja—amplio cofre y razonable tinajón de vanidad y presuntuosa candidez.

—El cree—añadió un estudiante de burlona

catadura, allí estante y presente al caso—que aprendiendo las irregularidades y variaciones de los verbos cóncavos y enfermos, se aprende á conocer á los hombres, y porfía y jura y perjura que el gobernar el Estado guarda necesaria hilación con la métrica y el arte de los consonantes.

El agradable Abu-el-Casin, al escuchar tal reseña, dijo para sí: «ya tengo el centésimo vigésimo quinto aljamel que me faltaba para el completo de mi cuenta»; y cogiendo al elocuente El-Wadar por la manga de su aljuba le interrumpió en su agradable ejercicio, sintiendo tal contratiempo aquel orador, no tanto por el puesto que iba á ocupar entre los aljameles de Ben-Farding, cuanto por el negro disgustillo y rabieta de no oirse á sí propio en el vigésimo discurso que había ya principiado á pronunciar á su auditorio, y que hubiera sido más torneado y salido con más arrebol y afeites de palabrillas y colorines que las diez y nueve pláticas restantes y trompeteadas por sus labios aquel día.

Después, el amable capitán de la guardia africana entró en la biblioteca de Abu-Melik y de Ben-Farax, y en ésta encabestró á buen ojo cuatro poetas que escribían sendas cásidas de versos, presumiendo con ello dirigir al género humano, y en la otra atrailló á cuatro escritores graves que refutando hechos, des-

mintiendo las crónicas viejas, criticando los escritos antiguos, derramando la desconfianza y quitando la fe en todo lo tradicional, hacían de la historia una miserable controversia. Estas gentes daban en sus escritos no el retrato fiel de los pasados siglos, sino su peculiar y mezquino modo de ver y apreciar las grandes acciones de los califas, sultanes y héroes, gloria y prez del Islam. ¡Aláh le sea agradable á todos!

Abu-el-Casin, entre tanto, al encaminar tantos magnates hacia el Alcazaba, decía regocijado:

—¡Qué tasia, qué tiro tan estupendo de sabiduría y de inteligencia! Sólo un Ben-Farding, rey de la locura, puede tener tal idea; pero sólo yo, agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, puedo dar vida á tal pensamiento, puedo llevarlo á cabo, puedo realizarlo con todas sus consecuencias.....

Y el redomado se reía como una canasta; en fin, llegó á la Alcazaba.

---

## V.

Cuenta la historia que á pocos momentos de ésta un inmenso gentío llenaba cuantas calles y plazas dividían de la Alhambra el antiguo y romano Alcazaba.

Los habitantes de las aldeas y alquerías inmediatas á Granada, rústicas y pintorescas, pero cuyo número fuera imposible pasar en reseña, se dejaron venir á esta ciudad de rosas, frescuras y perfumes, alborotados con la relación de las aventuras que se contaban, y que por las puntas y ribetes que dejaban traslucir de encantos y maravillas, provocaban más vivamente la curiosidad pública.

Los matices y variados del Jaragüí y las flores vivísimas de sus huertos y verjeles, eran más desmayados y menos ricos que los colores de las marlotas y capellares de los mancebos, y que las sedas, velos y tocas de las zagalas que acudían en tropel á entrar por la puerta de Elvira para encontrarse en el espectáculo.

Acaso para dar más contento y cierto realce de abundancia y galanía al regocijo, todos

traían de sus cármenes y alquerías, para cambio ó para regalo, algo que ofrecer de agradable al gusto, al olfato ó á la vista.

Aquí, las muchachas de velo blanco y de picante sesgo y talla, brindaban con ramilletes de celindas, de mosquetas de olor y de diamelas rojas; otras, allí, casando el blanco azahar con los capullos de los rosales de Alejandría y los chiringos de cándidos racimos con las azucenas y bermejós lirios, ofrecían símbolos y emblemas elocuentes de amor para las hermosas y enamorados.

Por acá los chicos presentaban ramos de árboles cargados de frutos; aquí la toronja y la dorada cidra, allá la amascena y la alloza; otros, tejiendo en verdes mazas las espadañas y los lotos, y armados por cuadrillas, según los barrios de la ciudad ó de las rivales aldeas, se acometían y lidiaban en escaramuzas de nueva especie; otros hacían revolver multitud de jilgueros y verderoles sin hilo que los sujetase, y siguiéndoles entre aquel inmenso concurso los pajarillos, y posándose en los hombros del dueño infantil cuando se cansaban, jamás se equivocaban en tanta confusión y bullicio.

Por aquella parte las aldeanas ostentaban en canastillos de cañizo y juncos, bajo mil figuras caprichosas, la miel y la harina, la alcorza y el alfajó.

Las esclavas africanas vendían las confituras

y bollos, hechos con el caniamum y el ajonjo, que alegraban el espíritu, sin embriagarlo como el vino.

Los esclavillos negros, en tallas de búcaro ó en blanco y fino barro de la Rambla, brindaban con el agua cristalina y fresquísima de las fuentes más puras y nombradas.

Los mercaderes de poca monta desplegaban en sus azafates de paja de la India las cintas y listones que, halagando el gusto y afición de las muchachas, hacían caer en la tentación de comprarlas á los galanes y mancebos.

Viejas de mala catadura cruzaban de aquí para allá, llevando en la mano alguna sortija ó joyel, se acercaban á este ó al otro corro de beldades enveladas, ó entraban en una ó en otra casa, dando una cita, entregando un billete, recibiendo una flor de amoroso significado, sin que el Argos más celoso pudiera advertir ni sorprender su misión misteriosa.

Los caballeros mozos de la ciudad, llevando en sus manos pomos de aguas odoríferas y de esencias, los derramaban allí en donde hallaban á sus amadas y queridas, sacándolas y reconociéndolas en tanta confusión por los colores que vestían.

Los juglares y saltimbanquis aquí y allá entretenían la curiosidad del bajo pueblo con mil suertes maravillosas y estupendas: aquí mandaban y se hacían obedecer de las alimañas y

fieras traídas del interior del África; allí, á una voz, hacían salir de la tierra árboles que crecían, se cubrían de hojas y flores, madurando sus frutos, que los incrédulos cogían y gustaban. Allá improvisaban entre las piedras, y con una palabra sola, alguna cascada y juegos pintorescos de agua, y por doquier multiplicaban los prodigios y los encantos.

Acaso algún cristiano hecho cautivo en la frontera, de condición noble, ó algún caballero de los mal contentos y fugitivos de la corte de Castilla, se paseaban también entre aquella turba, recordando en su corazón las veladas de Sevilla y de Córdoba, y los verjeles y festejos del Guadalquivir.

Los moedines gritaban en las torres de las mezquitas en son grave y acompasado, y los devotos y faquires repetían cantando las aleyas y las altacabiras, en tanto que el bullicio de la alborotada y curiosa gente se dirigía hacia la Alcazaba, en donde tenía su madriguera el misterioso Ben-Farding.

Todos ansiaban por pasar y repasar sus ojos por la figura y talle de tan maravilloso cuanto extraño personaje.

Los curiosos en las calles se empinaban, y las mujeres y muchachos desde las ventanas y azoteas hilaban de pescuezo y sacaban la cabeza á más poder, para divisar lo más pronto posible el autorizado acompañamiento que de-

bería preceder al habitador de los subterráneos de la Alcazaba.

En fin, se dejaron ver veinticuatro disformes sayones, que eran como la vistosa comparsa del agradable capitán de la guardia africana Abuel-Casin, que venían con sendos látigos en las manos, sacudiendo á derecha é izquierda para despejar el terreno y mantener en razonable distancia á los curiosos é impertinentes.

Incontinenti se miraban á los ciento y doce prohombres del Estado é individuos sapientísimos del Diván, que con el apéndice y añadidura de sus trece compañeros, elegidos á pierna entre los más distinguidos poetas, oradores, alcatibes, y oradores de los colegios, bibliotecas y academias, tiraban de una enorme máquina, en la que habíase instalado el loco Ben-Farding en su lecho de ponderoso hierro, ni más ni menos que un galápagos en una abrumadora concha.

Como toda curiosidad pública vivamente excitada, no se satisfizo aquélla completamente, pues para que Ben-Farding no sufriese con la luz del día la impresión dolorosa de que estaban amenazados unos ojos como los suyos, que tantos años habían estado sepultados en las obscuridades de aquellos subterráneos, habían enratonado ó empastelado su persona en un alcataz ó cucurucho de papel de figura piramidal, bordadas en él algunas flores con

puntas de alfileres, para que por tan leves hendiduras pudiese respirar aquel loco empapelado.

—Dígame, amigo Jargul— exclamó por lo bajo uno de los curiosos que estaban viendo el extraño espectáculo en la calle de Elvira, volviéndose á otro moro que al lado tenía —que en menos de veinticuatro horas hemos visto dos procesiones caprichosas, sin alcanzar á ver las dos misteriosas personas conducidas en ellas. La primera era, según dicen, una linda rapaza: éste aseguran que es un loco; de aquella no vimos más que las andas, y de éste el papelón en que viene embutido: ¡jamás nosotros, los del menudo pueblo, vemos más que la corteza de las cosas!

—Calla y mira, Albolalit—le replicó el otro.—¿Qué sacarás tú con ver lo que no te importa ó lo que no pudieras conocer? En tanto, solázate conmigo en ver á esos wazires y cadíes, que nos mandan y nos fustigan, y á esos vocingleros oradores, escritorzueros y poetas que nos engañan y entontecen, cómo van en recua porteando sobre sus lomos la locura y lo que es peor, bajo la agradable dirección del amable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana. El menudo pueblo no tiene más placer saludable que cuando alcanza á ver humillados á los que lo humillan á él cotidianamente. Cuando tal manjar se nos presenta, todos debemos dar en él con cucharones de

azumbre y media, hasta hartarnos y tomar nuestro desquite. Mira entretanto qué punta les ha arrimado con el látigo á los venerables Abu-el-Seid y Abentomiz, para que ahilen con los demás de la recua, el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana. Ahora recuerdo hasta con gusto las bastonadas que estos señores me mandaron arrimar por no sé qué medida de cercenada economía que yo solía aplicar en el pan que vendo en el mercado todas las mañanas.

Era ya anochecido cuando aquella segunda procesión entraba en la Alhambra, sirviéndole de bastonero el agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, quien pasando á la estancia en que sobre su solio aguardaba el Sultán, le dijo á éste, tocando antes diez veces la tierra con su frente:

—Príncipe de los creyentes, ya llega el loco sobre los lomos de la sabiduría.

El Sultán se deshacía en muestras de regocijo y de la más íntima alegría.

La anchísima estancia, iluminada con mil lámparas arabescas, se llenó primero con todos los miembros del diván; segundo, con el apéndice de los trece coadjutores elegidos y cazados por Abu-el-Casin, y además con el catafalco aquel donde, como en empanada, se albergaba el caprichoso Ben-Farding.

—Quitad—dijo el Sultán—ese capirote de

papelón, y venga á mis brazos mi mejor amigo; el príncipe de los disparates, el rey de la locura.

Cuarenta oficiosos wazires con sus ochenta manos y ochocientos dedos se precipitaban en tropel á poner en ejecución la voluntad del Sultán, cuando una vocecilla gangozuela, pero no del todo desapacible, que se dejaba escuchar dentro de aquel cascarón, como algunas veces el piar del polluelo en su huevo, dijo ahincadamente:

—No haga tal, hermano mío, poderoso Mohamet. Antes que me descubran y descapiroten, fuerza es que se apaguen todas esas luces. Abu-el-Casin así me ha hablado: cuando llegó á mí, hubo de echar al agua para apagarlos á los esclavos que él sabiamente convirtió en hachones encendidos. La obscuridad es lo que me conviene por ahora.

—Lo entiendo—respondió el Sultán.—Hágase como tú lo dices.

Y en un instante quedó la estancia en la obscuridad más completa: cada consejero ó wazir dió un soplo tan fuerte á la antorcha más inmediata, que la mató en un punto, y tanto viento agitado hizo vibrar las puertas como si hubiese un terremoto.

—Entonces—dijo Ben-Farding—hermano Mohamad, ya pueden destocarme de esta caperuza que me cobija, que por cierto ya me incomoda.

—Serás obedecido, rey de la locura—replicó el Sultán.

Y él mismo, levantándose de su solio como á tientas, quitó la cobertera de papelón, añadiendo:

—Respira y solázate, rey de la locura.

—No soy por cierto el rey de la locura—respondió Ben-Farding.

—¿Cómo no?—articuló turbado el Sultán; y á encontrarse con alguna claridad el regio aposento, se le hubiera visto de color del panal y con baño de amarillo azufre.

Sin duda, el Príncipe de los creyentes debió decir para sus adentros: «Si este avechucho no es el rey de la locura, y después de tantos afanes y extravagancias no hemos encontrado más que un loco de los adocenados, un loco de insulsa mediocridad, será preciso entregarse al despecho y la desesperación.»

No se sabe á dónde hubieran ido á dar las imaginaciones del desconcertado Sultán, cuando, en medio de aquella obscuridad se dejó escuchar la voz del caprichoso Ben-Farding, diciendo:

—Querido Mohamad, ¿por qué te he de engañar revistiéndome con tituillos que no he ganado todavía? ¡Pues qué! ¿no hay más que ser el rey de la locura? Pero no por eso te inquietes, ni desconfíes de encontrar remedio á tanto daño, alivio á los males y buen desenlace á tanta contrariedad.

El Sultán se consoló algo con palabras tan explícitas, y dijo para sí: «Pues está visto; el rey de la locura es algún ser fabuloso á fuerza de ser disparatado; contentémonos con éste, que será un loco de los graves y encumbrados, y uno como capitán de una numerosa y escogida tayfa de los más rematados. Entretanto, la condición del tal Ben-Farding es llana y fácil por todo extremo; me trata como á su igual y camarada.....»

—¿Y la muchacha?—prorrumpió el loco.

—La Sultana—replicó algo amostazado el Sultán—prosigue en su parosismo, y yo aguardo tus infalibles recetas para verla en la completa posesión de su hechicero espíritu, de sus facultades casi sobrehumanas y de su celeste hermosura.

—Pues que me la traigan, hermano Mohamad—respondió el loco Ben-Farding.

—¡Que se la traigan!—exclamó el Sultán.

Y cien postillones, avivados por las insinuaciones del agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, salieron disparados con tal orden á la apartada recámara en donde se encontraban las dos sultanas.

Á poco entraban en la estancia del obscuro diván las doce tinieblas personificadas del Senaar, que conducían en un rico palanquín y entre almohadones de ormesí y sedas á la desmayada cuanto hermosísima Híala.

En cuanto los esclavos pusieron en tierra el precioso depósito, y que sólo se oía en el silencioso aposento el murmurador bisbisar de los wazires y consejeros y alguno que otro suspiro del inquieto Sultán, se incorporó el loco Ben-Farding, acercándose al lecho en que descansaba, como en un encanto, la linda Sultana, y exclamó en alta voz y fuera de sí:

—¡Perfección divina! ¡portento sin igual! ¡asombro de la naturaleza!.....

El Sultán, que en aquella tenebrosa obscuridad que envolvía la estancia estaba en ayunas de lo que pasaba en derredor de sí, exclamó impaciente:

—Querido Ben-Farding, ¿has dado ya en el encanto, conoces el sortilegio que embarga los sentidos de mi esposa? ¡Habla, habla!.....

El loco proseguía en sus encarecimientos, diciendo:

—¡La boca es un anillo! ¡La garganta es de un cisne! ¡Pues y estos ojos y estas mejillas! Sus cabellos son una madeja de azabache; sus pies son dos nonadas, dos mentirillas: ¡qué madeja! Su nariz es un perfil de realce y el más perfecto de nieve.....

—¡Vive Aláh!—exclamó rugiendo el Sultán—que si no temiera tropezar con alguno de estos marmolillos de mis consejeros, me levantara y dividiera en dos partes iguales tu desigual locura: ¿te he traído yo de siete esta-

dos debajo de tierra para que pregones y me hagas almoneda de las perfecciones de mi esposa?.....

—Hermano Mohamad—respondió sosegadamente Ben-Farding—no te ahumes ni montes tan pronto en cólera: éste es el poder de la hermosura que arrebatata hasta á los mismos seres subterráneos como yo, y enloquece á la misma locura; vista perspicaaz de neblí has tenido para divisar y coger tan presto presa tan deliciosa, hermano Mohamad. ¡Es tan tiernal Por otra parte, me era preciso acercarme á esa beldad para conocer la fuerza del poder que la tiene enajenada. En fin, todo está conocido; todo se remediará.

Estas palabras apagaron la hirviente cólera del Sultán; y ya, más sereno, y tomando un tono blando y de indulgencia, le rogó á Ben-Farding que hablase, y éste, en tono regocijado, le dijo:

—Voy al punto, Príncipe de los creyentes; pero antes déjame que vuelva á contemplar la muchacha, y que me goce en este privilegio que tienen mis ojos de poder admirar la belleza entre las tinieblas. ¡Oh, qué boca de rubíes!—volvió á repetir—¡qué frente! ¡qué pies y qué madeja!.....

Después el loco, reclinándose en su portátil huronera, principió así su extraordinario relato.

---

## VI.

—Has de saber, hermano Mohamad—dijo Ben-Farding—que debajo de estos palacios de la Alhambra se encuentran ocultos los tesoros mayores de la tierra, así en adirames y monedas de los reyes más antiguos Rumíes, como en zequíes, doblas zahenes y dineros de oro bermejo de todos los sultanes del Oriente y del Occidente. Además de esta inmensa cantidad de moneda, que con la menor parte de ella se pudiera comprar veinte veces toda la tierra si un honrado cadí la pusiese en almoneda, hay en esos tesoros tanta suma de perlas, de aljófar, de diamantes, jacintos y toda clase de pedrería, que solo Dios, alto y poderoso, pudiera enumerarla. En cuanto á joyeles, anillos, ajorcas, cadenas, brinquiños, sortijas y estotras baratijas y juguetes mujeriles, basta decirte que si todos los hombres del mundo tuvieran veinte y cinco hijas tontas y feas, y quisieran casarlas con altos personajes por el aliciente de sus joyas, alhajas y preseas llevadas en dote, no lograrán todavía desocupar ni una sola de las cuarenta mil es-

tancias que se ven llenas de tales bagatelas y fruslerías.

En la cámara más apartada de esas regiones, y que forma como una alcoba ó media naranja de mil codos de travesía y cien mil de altura, se guardan las tiaras y cetros de los reyes antecesores de Daud, los solios de los antiguos reyes del Yemen, el arco y la maza de Nemrud, que eran de oro y carbuncos, los siete sellos de Soleimán, las coronas de los primeros Califas, y otros mil portentos y riquezas de los reinos del Sur y del Septentrión.

Este espacioso camarín está labrado en lo más hondo de los palacios mágicos y ocultos de la Alhambra: son necesarias veinte semanas para descender á ellos por las dos escaleras, una de mármol negro y otra de jaspe blanco, que tienen en sus dos extremos. En los jardines crecen árboles y plantas cuyas hojas y frutos son topacios, esmeraldas, zafiros y otras cien especies de piedras preciosas, según la familia y naturaleza de cada planta y árbol. El Dauro riega estos verjeles desconocidos por canales fabricados de cristales y beriles, y de entre sus arenas, en redes de seda, sacan incesantemente los genios copiosos granos de oro, que van atesorando en silos de inapreciable riqueza. De los desperdicios de estas arenas son con los que ese hermoso río suele enriquecer á los buenos musulmanes que en los placeres y remansos del alveo

buscan medios para remediar sus necesidades y dar limosna á los pobres.

Pues has de saber, hermano Mohamad, que esos tesoros están encomendados á la custodia de dos genios, el uno malo y de la especie de los Alafrits, y el otro bueno, de condición noble y de aspecto hermoso, que se llama Najum-Hasam.

En esos tesoros hace muchos siglos que faltaban dos inestimables joyas, que andaban todavía en manos de los hombres; la una era la mesa de Salomón, hecha de una sola esmeralda, y la otra, y más preciosa, que era el collar de perlas, que, conservado en tu ilustre familia, lo llevaba ayer en su cuello de cisne por regalo de boda la bellísima Híala, que en sueño profundo se encuentra recostada en ese riquísimo lecho.

Cuando el fundador de tu dinastía arrojó de estos países á los últimos príncipes de los Almohades, no pudieron éstos, en el rebato de aquellos sangrientos sucesos, transportar de aquí los inmensos tesoros de su casa, tesoros que habían venido acreciendo y aumentándose incesantemente de sultán en sultán y de dinastía en dinastía, ya por las herencias y conquistas, y ya por las artes y maravillas de las ciencias ocultas, en que eran muy versados. En el despecho de perder todo este imperio que la fortuna regalaba á tu familia en fraude de la suya propia, los príncipes Almohades dejaron invisibles todos sus tesoros y riquezas en

las mansiones subterráneas de estos inmensos alcázares y palacios, con tales artes y por tales secretos cabalísticos, que solo Soleimán ó quien su anillo posea, pudiera haber á la mano y apoderarse de tanto encantado tesoro.

Es el caso que el collar maravilloso de Híala estuvo antiguamente entre los tesoros de los Almohades, y mientras allí estuvo, por el prodigioso poder y virtud de tal joya, el imperio y la ventura de aquella dinastía fueron en aumento, no habiendo comenzado á eclipsarse su gloria, hasta extinguirse, cual ya sabes, sino desde el punto en que por una aventura de amores, que no es del caso entretenerte ahora con ella, salió el collar de aquella familia, y vino á posesión de la tuya, que desde entonces comenzó á engrandecerse en la corriente de los años y con los favores de la fortuna.

Pues el Alafrit, que es guarda de esos tesoros, que es favorecedor eterno de la familia de los Almohades, así como enemigo jurado de la tuya, sabe las virtudes del collar maravilloso. Según los decretos de los sabios y magos que lo ligaron á la vigilante custodia de tanta riqueza por las fórmulas y figuras nigrománticas de las ciencias ocultas, preveía que estando en continuo acecho pudiera ofrecerse ocasión oportuna y valedera para volver á poseer la inestimable joya del collar. El Alafrit deseaba tal favor de la fortuna para quedar libre y franco

de esa centinela continua que desempeña con honores también de escucha y de atalaya trescientos años hace, y poder así volar á las montañas de Kaf, su habitual residencia.

Es el caso que allí trata de amores con una muchacha de su especie, algo pequeña de persona, pues no tiene más que tres farasangas del tobillo á la frente, pero no fea. Su nariz es bien encantada y tornátil, así como la Giralda de Esbilia, sus ojos son algo rasgados, pero que cada uno será mayor que la bahía de Gadir, sus cejas son dos hermosas selvas de robles y jarales, y todos sus demás adherentes á este tenor. La muchacha quiere casarse, el Alafrit otro que tal, y tu imprevisión le ha llevado la sopa á la miel, el bocado á la boca.

Tú deberías saber que ese collar maravilloso, esperanza de tu porvenir, así como ha sido origen de la grandeza de tu familia hace perfecta balanza y forma, por inseparable, con tu famoso alfanje Dul-Cahir, que fué un tiempo la victoriosa espada de Alí, bendígalo Alá. Si tú hubieses llevado el collar, si Híala siquiera llevara el alfanje, ya que pensabas separarte de su lado, la catástrofe no tuviera lugar; pero te separaste, ó por mejor decir, apartaste por un momento á Dul-Cahir del collar, y la ocasión se le presentó al Alafrit por el copete, no siendo él ni necio, ni manco para dejar de asirlo de buena manera. El fué quien

envió á la mariposa azul para provocar á Híala y á su esclava Encirnún á que para cazarla y perseguirla se desvíase de su séquito y comitiva, y se acercasen á sitio conveniente para el sobresalto.

Á propósito de esto te recordaré, hermano Mohamad, el olvido en que como monarca has tropezado respecto á la hermosa Encirnún, esclava, que puede ser reina en cualquier parte en donde se dé culto á la hermosura. El Alafrit, en cuanto la vió, si con la una mano empuñó el collar, con la otra engarfió á la hermosísima persiana, aficionado de su donosa figura, como tú pudieras estarlo, si te encontraras jugando entre las flores con unos esclavillos tamaños como alfileres. Aquel jayán piensa llevarle presente tan cuco á la señora que le está otorgada en las montañas de Kaf, para que montando á Encirnún sobre su oreja siniestra, la rasque mansamente con un almocafre aquel lado de la cabeza, operación que la haga muy dulcemente. Encirnún se resignó desde luego á fracaso tan grande, como debe hacerlo todo esclavo que cae por su culpa en situación tan triste; pero, ó yo me equivoco mucho, ó esta muchacha ha de volver loco al noble Najum-Hasam, el genio que con el Alafrit guarda los tesoros, y no será extraño que de esclava se convierta en Reina de las Hadas. Esto, por otra parte, á ti te estaría bien,

hermano Mohamad, pues así tendrías esperanzas de recobrar tu collar por el buen afecto de la esclava; pues te advierto, hermano mío, que faltando de tu familia esta joya maravillosa, este talismán de tanta virtud, tarde ó temprano ha de perder el imperio. Pero volvamos á Híala.

Píntate en tu imaginación, hermano Mohamad, cuál se quedaría tu bellísima y tierna esposa al ver súbito delante de sí al jayán de ese descomunal Alafrit con su disforme estatura, casi doble que la de la novia, cuya descripción te he hecho; con sus ojos semejantes, cada cual al corral de Belet, si estuviese ardiendo con azufre; con los hornillos de sus narices iguales á dos caleras humeantes é hirvientes; con sus dos piernas de figura salomónica, cada una formada de dos enormes serpentones enroscados; con su barba tejida de breñales y raíces de antiquísimos árboles, y con otros primores de tal jaez. La muchacha hubiera expirado en el punto, si la virtud poderosa del collar no la hubiese asistido. El collar resistió en parte la fascinación infernal de aquel demonio; pero como al punto fué arrebatado del blanquísimo cuello, Híala cayó, no muerta, pero sí desvanecida, en profundo parasismo, pero conservando en el desmayo su interior conocimiento.

En suma, Híala, cuando no duerme en el

mismo desvanecimiento en que se encuentra sumergida, oye, entiende y conoce. Todas las demás facultades de su mente están en suspenso, pero el lograr que vuelvan al manso curso que animaba regaladamente esa infantil, y casi divina existencia, es lo difícil, es lo casi imposible; pero en manos está el adufe, Mohamad hermano, que bien lo sabrá repicar.

Si tuviéramos á mano una pluma de los pájaros de rosa que vuelan en el paraíso, sólo con halagar con ella un poco la nariz de nieve de la desmayada, estornudaría tres veces y despertara contenta y salva como de un sueño desapacible; pero como esto no es posible, fuerza será optar entre dos remedios solos que restan. Si quieres, hermano Mohamad, ver entrar á la muchacha por estos salones, danzando y triscando como una hurí celeste, con sus frescas mejillas hechas rosas, y dos soles por ojos, cantando como un ruiseñor y hablando como una mujer hecha y derecha, deja que me la lleve por tres días....

—Eso, no—respondió el Sultán.

—¡Eso no! ¡Eso no!!!—dijo Ben-Farding algo enfadado; —pues entonces la cura será en toda forma, esto es, que será larga y bien fastidiosa. Es necesario, pues, si así lo quieres, hermano Mohamad, que Híala todas las mañanas sea conducida media hora antes que despunte el sol al propio sitio, junto á

aquella fuente y debajo del mismo frondoso peral, en donde se encontró desmayada después de la catástrofe. Allí se le darán á olèr, en matizados ramilletes, de todas las flores del Generalife, y aun se la acercará á los labios fruta del peral y raudales de la fuente, para que tales aromas y tan regalados, como sencillos manjares, produzcan en la hermosa Sultana el mágico efecto que me figuro. Después, en aquel mismo lugar, formando un cerco con cojines y almohadones de seda, y alfombrado el suelo con alcatifas de Persia, y de manera que las pueda oír la lindísima Híala, contarán sendas historias por el estilo que mejor puedan ó sepan los esclavos, esclavas ó personas que sobresalgan en tan peregrino como envidiable talento. Si las historias ó cuentos que se relatan son por lo prodigioso y de maravillas, y la hermosa desmayada da alguna señal de admiración, ó si por lo trágico y lastimoso la arrancan alguna lágrima, ó siendo de donaires y chistes mueven la celestial sonrisa de Híala; Híala está salvada, y poco á poco volverá en sí dando un leve suspiro y entreabriendo sus ojos de paloma. A tu diligencia officiosa, á la buena voluntad de estos heroicos sabios que aquí me escuchan, mis mozos de silla ó portadores, y sobre todo, al buen arte del agradable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana, les toca y atañe exhumar, buscar

y hallar muchos de tales recontadores de ja-dices é historias, ó noveladores trágicos ó cuenteros festivos, y que de entre ellos salga alguno que sepa por las maravillas de su relato, por las gracias de su decir ó por las galas de su invención y sales de sus chistes, poner en juego las sensibles quanto delicadas facultades del ánimo de la simpar Híala.

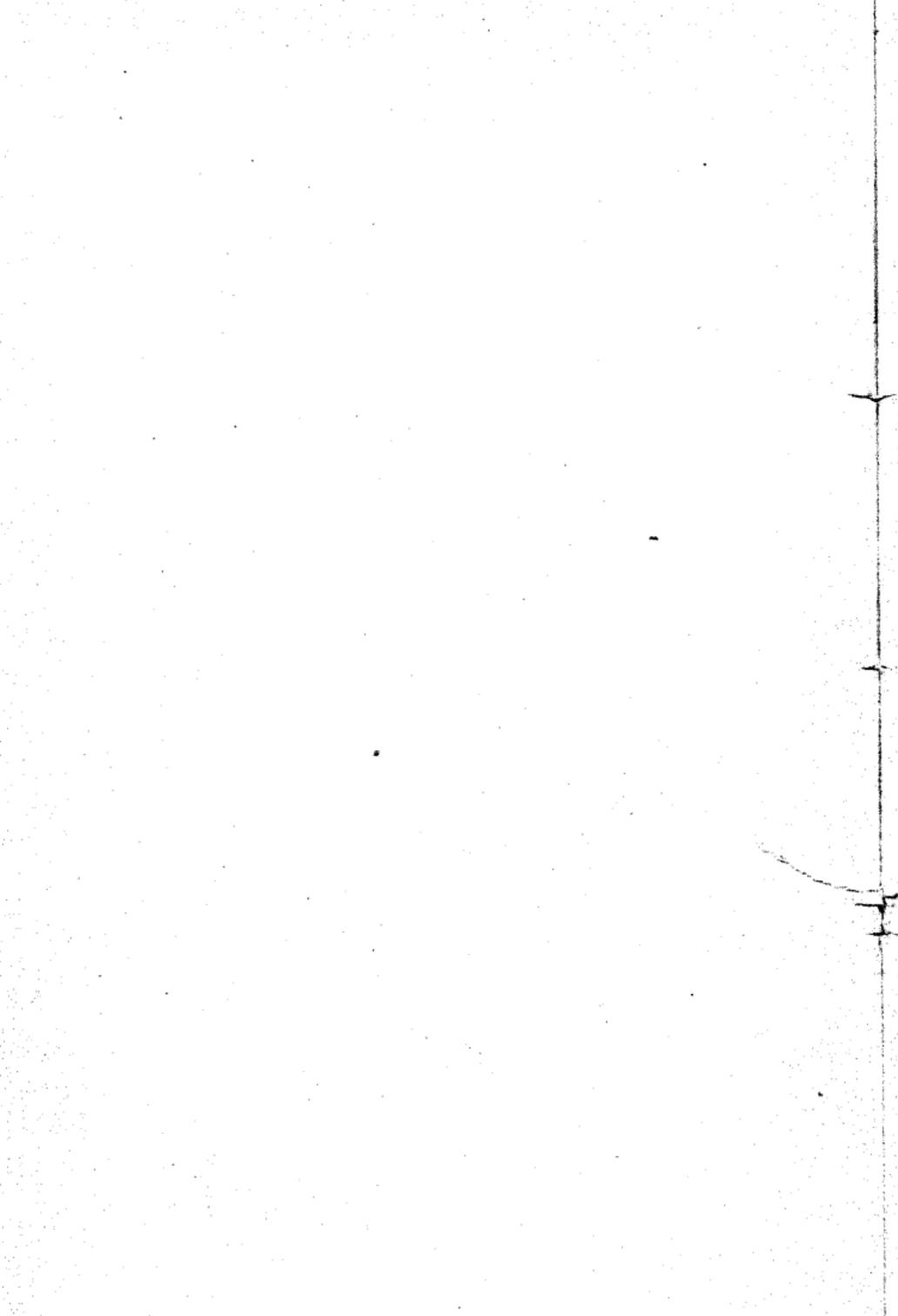
Y con esto me despido,  
que vivo lejos,

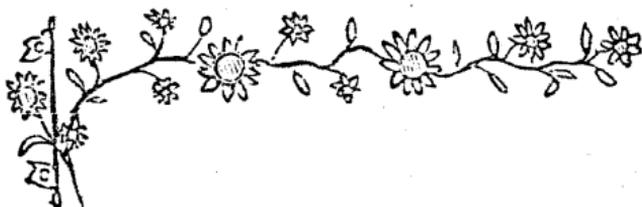
hermano Mohamad, haciendo gracia por ahora de las ceremonias y procesión con que aquí se me condujo, y del andamio, atalajes, cuadrigas y tiros con que se me porteó, pues ya está harta la locura de ir en cuestas de la sabiduría.

Diciendo esto Ben-Farding, saltó de su huronera, dió tres ó cuatro carrerillas por la estancia, sacudió de papirotos y sardinetes á los desalumbrados wazires, cadíes y altos dignatarios del diván, y salió rehilando de la Alhambra, como Bodoque disparado por fuerte brazo de bien templada ballesta.



EL FARIZ.





## EL FARIZ (1).

Si no existiera la mujer hermosa  
Fuera un bridón el idolo del moro.  
Mas si los dos al orbe prestan lumbre,  
Los dos á un tiempo forman un tesoro.

*Poesia árabe.*

**C**UÁN dichoso es el árabe cuando, montado en su corcel, se lanza, desde las rocas en el desierto; cuando los pies de su bridón, sumergiéndose en la arena, levantan el mismo murmullo que el hierro ardiendo mojado en el agua! Vedlo allá cuál nada en el Océano de arena, y cuál hiende las áridas ondas con su pecho de delfín.

Aprisa, aprisa: apenas toca con sus pies la faz de las arenas: aguija, aguija: ya se lanza envuelto en un turbillón de polvo.

---

(1) Fariz es un título de honor, que entre los árabes vale tanto como *caballero*. Los arabistas pretenden que de *fariz* viene en castellano la palabra *alférez*.

Es negro el corcel mío como nube de otoño; blanca estrella como la aurora brilla sobre su frente; da al viento su crin hermosa, como garzotas ondeantes, y sus pies cuatralbos vibran centellas de fuego.

Vuela, vuela, bridón mío, el de la estrella blanca; selvas, montañas, abrid paso, dadme lugar.

En vano la verde palma se me brinda con sus dátiles y sombra; yo desprecio su hospedaje.

La palmera avergonzada huye de mí, se oculta en el Oásis, y en el susurro de sus hojas parece que se burla de la temeridad mía.

Sus altas rocas, custodios de la frontera del desierto, vuelven sobre mí su faz negra y torva, repiten la carrera de mi caballo, y parece que me amenazan así.

«El insensato, ¿dónde va? Su cabeza no encontrará ya amparo contra los dardos del sol, ni bajo la verde cabellera de la palma, ni bajo el blanco pabellón de la tienda. Allí no hay más que una tienda, la bóveda del cielo. Allí las rocas solas pasan la noche; sólo las estrellas viajan por allí.»

Yo corro más y más: vuelvo la cabeza y miro las rocas huir avergonzadas de mí, y que se ocultan y bajan sus crestas las unas tras las otras.

Pero el águila escuchó sus amenazas, y juzga

con loca presunción que me hará su prisionero en el desierto; se lanza por los aires y sigue mis huellas con carnívoro afán, y tres veces cerniéndose en el cenit me rodea la cabeza con una negra corona.

«Yo siento, yo percibo, grita de lo alto, el olor de un cadáver: ¡oh, caballero insensato, oh, desgraciado bridón! ¿El jinete inquiere aquí la senda? ¿El caballo busca aquí la hierba? ¡Insensatos! El viento sólo halla aquí el camino; las sierpes solas encuentran aquí su pasto; los cadáveres solos descansan en el desierto, y los buitres tan sólo viajan por él.»

Así gritando roncamente me amenazaba esgrimiendo sus garras. Tres veces se encontraron nuestros ojos, y tres veces nos medimos con gesto amenazador; y de los dos ¿quién se arredró? El águila fué, que huyó aterrada.

Corro más y más, y cuando volví los ojos, el águila estaba lejos, muy lejos, suspendida del aire como una mancha negra, grande como un jilguero, luego como una mariposa, después como el más pequeño insecto, y en fin, se desvaneció entre lo azul de los cielos.

¡Corre, vuela, corcel mío, el de la blanca estrella! ¡Rocas, águilas, hacedme lugar!

Pero una nube oyó las amenazas del ave carnívora, y desplegando en el éter sus cenicientas alas comienza á perseguirme, presumiendo ser en el cielo tan veloz como yo sobre

la tierra, se fija sobre mi cabeza, y así me amenaza entre los silbos del viento.

«El insensato, ¿donde va? El calor le fundirá el pecho cual si fuese cera; ningún celaje con su lluvia le templará su cabeza cubierta del polvo más sofocador, ninguna fuente lo llamará con voz sonante y argentina, ni la más leve gota del rocío llegará á él para consolarle, porque apenas cuajada, ya la habrá devorado con su aliento el viento de fuego.»

En vano me amenaza. Yo corro más y más, y la nube, vencida del cansancio, comienza á vacilar en los cielos, dobla su altiva cresta y busca apoyo sobre una roca.

Cuando volví la cabeza, un horizonte entero nos separaba; pero sin embargo divisé la nube, y sobre su faz leí lo que pasaba en su corazón. Primero se tiñó en rojo de encendida rabia, luego vistió la amarillez de la envidia, y por último, poniéndose negra como un cadáver, se ocultó detrás de las montañas.

¡Vuela, vuela, bridón mío, el de la blanca estrella! ¡Nubes y aves, hacedme lugar!

En aquel punto, como si fuera el sol, dí una mirada en derredor por todo el horizonte y no ví á nadie: yo solo estaba en el desierto.

Aquí la naturaleza aletargada no se despertó nunca por los cuidados del hombre. Aquí los elementos no se mueven en torno de mí, así como los animales de una isla descubierta por

la vez primera no se asustan con las miradas del hombre.

Pero, ¡oh Aláh! yo no soy aquí el primero ni el solo venido.

Allí en campo cercado de arena miro brillar numerosa comitiva. ¿Serán éstos pacíficos viajeros, ó salteadores que acechan los pasos del peregrino? Corro á ellos y no se mueven, les grito y nada me responden.

¡Oh Dios! éstos son cadáveres, es la antigua caravana exhumada por el viento del hondo de las arenas. Sobre los esqueletos del camello cabalgan los huesos de los árabes, por los cóncavos donde en otro tiempo se animaban los ojos, y por las mandíbulas descarnadas se desliza corriendo la arena sutil, y estos murmullos parecen amenazas.

«El insensato, ¿dónde va? Más allá el huracán lo espera, y tendrá nuestra propia suerte.»

Yo los desprecio y corro y vuelo más y más: ¡cadáveres y huracanes, hacedme lugar!

Un huracán, el más terrible de los que recorren el Africa, discurría solitario por el Océano del desierto. Me divisa al lejos, se maravilla al verme, detiene el paso, y enroscándose en sí mismo, se dijo:

«¿Quién es aquel viento, el más débil de todos mis hermanos, que con su vuelo lánguido y perezoso se arriesgó á entrar hasta en mis estados hereditarios?»

Encendido en rabia, marcha en contra mía como pirámide ambulante, y reconociéndome por un mortal, furioso y despechado hiere el suelo con su planta, y trastorna la mitad de la Arabia. Me asalta y prende como el sacre á la paloma: con sus alas fulminantes me azota y me maltrata, me abrasa con su aliento de ascua, me lanza en el aire y me rechaza al suelo. Yo me defiendo y combato, y rompo vigorosamente los nudos gigantescos de sus turbillones; lo desgarro y lo muerdo, y tasco entre mis dientes las arenas de sus miembros. El huracán quiere evadirse y deslizarse, en forma de columna, del ahogo de mis brazos; no puede lograrlo, y se estrella y rompe.

Su cabeza se desvaneció en lluvia de polvo, y su enorme cadáver cayó á mis pies como las murallas de un alcázar.

Entonces respiré, levanté los ojos y los fijé fieramente en las estrellas, y todas las estrellas fijaban sobre mí sus ojos de oro, pues en el desierto nadie había sino yo.

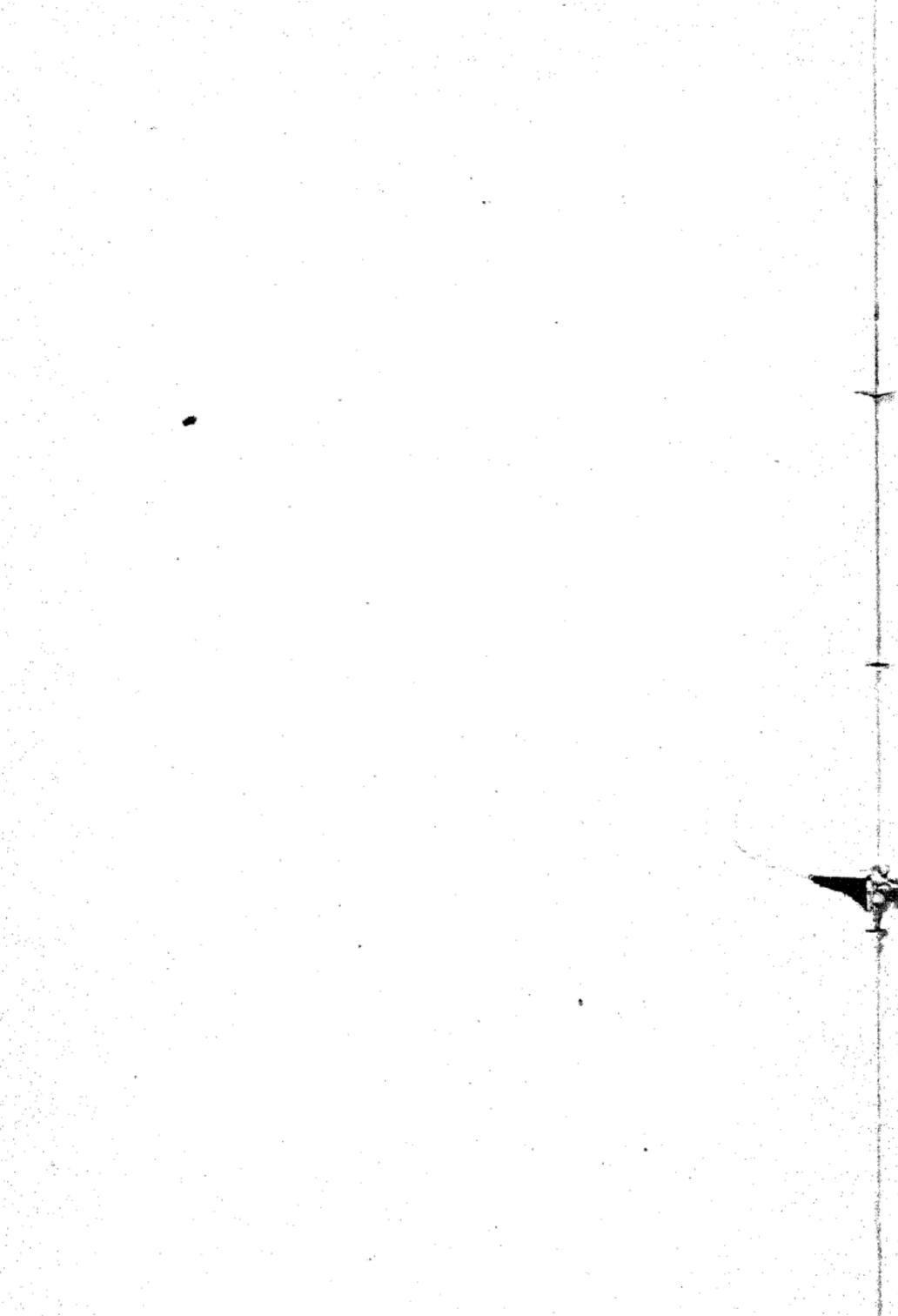
¡Oh cuán dulce es respirar aquí con toda la holgura de su pecho! Yo respiro libre, ancha y desembarazadamente, y todo el aire del Arabistan bastará apenas para el pecho mío. ¡Oh cuán dulce es mirar de aquí con todo el alcance de su vista! Mis ojos se engrandecen, se fortifican y alcanzan más allá de los límites del horizonte. ¡Oh cuán dulce es extender aquí

mis brazos franca, poderosamente y en toda su extensión! Me parece que con ellos abrazaría todo el universo, desde el oriente al ocaso. El pensamiento mío se lanza como una flecha, alto, muy alto, más alto todavía, hasta llegar al abismo de los cielos. Y como la abeja envía su vida en el agujón que dispara, así yo con mi pensamiento elevo á los cielos todo mi espíritu.

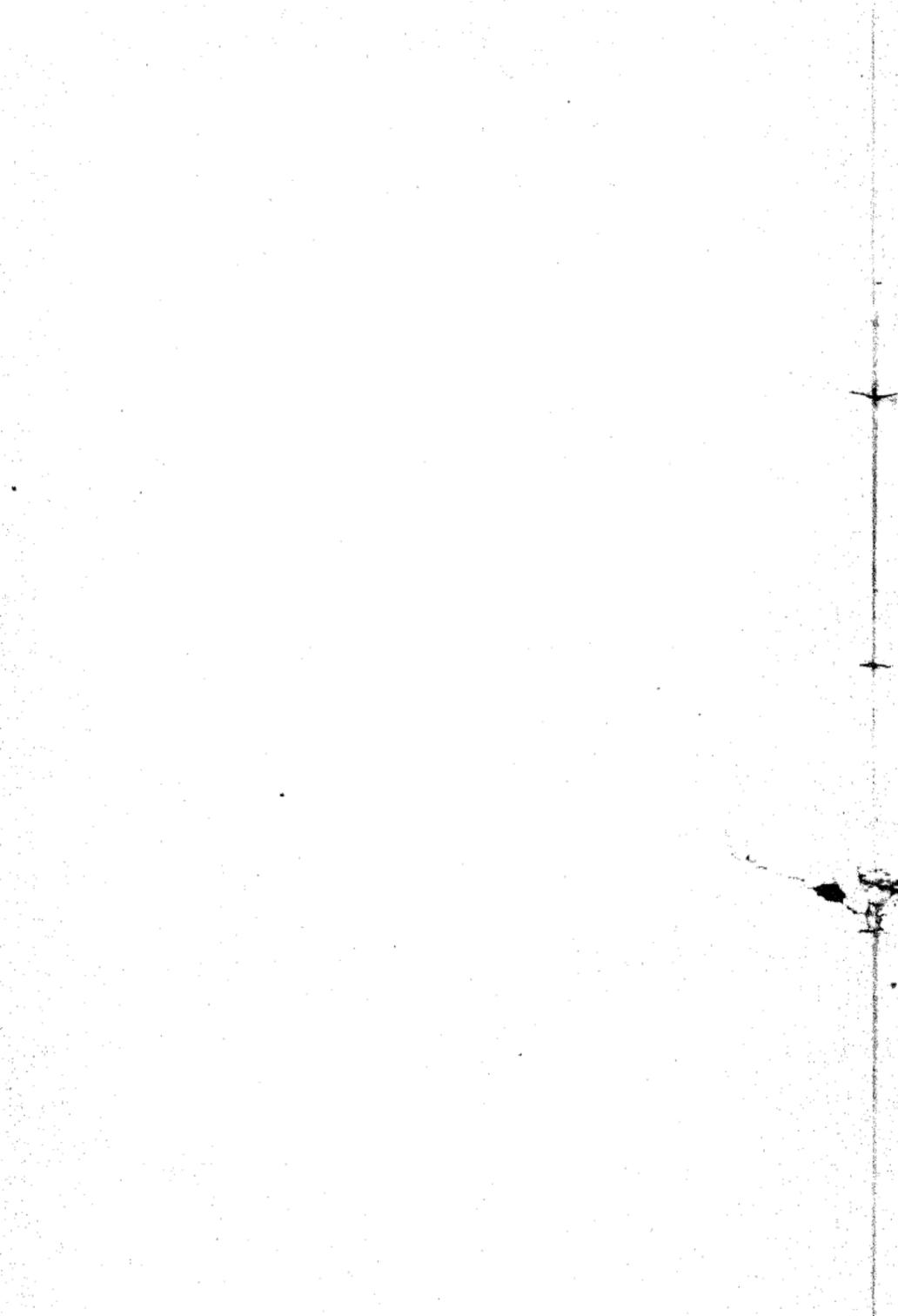
---

Adán Mickiewier se ha dado á conocer ventajosamente en Europa por su *Conrado*, bosquejo histórico, sacado de los anales de la Lituania, y por sus sonetos de Crimea; pero lo que más le ha recomendado por su originalidad y valentía es el rasgo que hemos dado á conocer, y que traducido libremente al castellano ofrecemos al público.





CATUR Y ALICAK.





## CATUR Y ALICAK, Ó DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS.

Podrá el triste ser retirado  
de su tristeza, pero nunca el  
malvado de su maldad.

*Sentencia árabe.*

 ALEB cabalgaba gentilmente en un magnífico asno egipcio, dirigiéndose por el camino que, desde Esbilia, derecho guía á la ciudad de Córdoba, morada entonces del Califa.

A proporción que la distancia del camino se abreviaba, el asno mostrábase muy ligero y andarín, como si el olor de una gran población y famosísima corte le anunciase el próximo encuentro de algunos individuos de su numerosa familia.

El asno, digo, picaba tan sereno, y con un pasitrote tan reposado y suave, que el jinete, entregándose á su fantasía, iba diciendo en sus adentros de esta manera:

«En las escuelas de Cuf pocos igualaron, y ninguno descolló, sobre la reputación mía: sé con puntos y comas las Suras (1) del Alcorán, las decisiones de la Zuna (2) y los dichos de los Cadís. Mis versos se cantan por las hermosuras del harén, mis apuntes de historia el Visir los lee, nadie puede afrentarme por mis acciones, y para mayor fortuna los buenos me quieren y los malos me odian. ¡Oh, buen Alá! ¡cuán bien hice de aplicarme al estudio y no imitar al imbécil Catur; y ¡cuánto mejor me fué el seguir los principios del justo, que no la perversidad de Alicak! ¡Oh, buen Alá, qué dicha tan completa me espera!

Por mucha recreación que Caleb tuviese con sus locos pensamientos, al entrar por una alameda que sombreaba la senda por donde caminaba, le sacó de su cavilación una voz que de este modo iba cantando:

Cada cual busca su igual:  
Tal para cual, tal para cual,  
Fortuna sentada adentro  
Al saber que un necio llega,  
Sin duda vendrá á mi encuentro;  
Que el leño al leño se allega,  
Y todo busca su centro.  
*Cada cual busca su igual,  
Tal para cual, tal para cual.*

---

(1) Son capítulos ó párrafos.  
(2) Es el Código civil.

Caleb no tanto se sorprendió por el sentido filósofo de la cantinela, cuanto por el acento del que cantaba, que le sonó como á cosa muy de su conocimiento y familiaridad: así quiso aguijar á su compañero de viaje, pero ello no fué necesario, pues el asno por un superior instinto se resolvió á trotar muy gentil y poderosamente.

A poco trecho se reunieron caminante y caminante, y cuál no sería la agradable sorpresa de entrambos cuando se reconocieron por dos antiguos compañeros de escuela, Caleb y Catur.

Desde los bergantines cuadrúpedos que montaban se alargaron la mano con el mayor estrecho, y de pies cayeron en un diálogo, si instructivo, más edificante todavía, y que sentimos no poder trasladar en su totalidad por no poderlo recoger á las márgenes estrechas de este reducido cuadro. Pero al último, nuestro Caleb, que se picaba de sentencioso y moderador ajeno, enderezando la palabra al compañero le dijo:

—Catur, ¡cuánto me place verte caminar para Córdoba! Prueba es ésta de que al fin te resolviste á dejar tu pereza y flojedad, y que adelantando con el ansia y sed laudable de ahora la desaplicación pasada, vas á poner la última mano á tus estudios, ganando á un tiempo gloria y provecho. Catur, ¡cuánto me agrada la resolución tuya!

—¡Oh, Caleb!—replicó el otro—yo pensé que el conocimiento que dan los años te desviaría de la mala senda por donde entraste, y senda que no te llevará sino á tu perdición. ¿Estudios, eh? más valiera que tomaras solimán corrosivo, pues si te hicieras superior á tan agradable horchata, todo el mundo te miraría como ángel ó diablo; pero con estudios te darán por loco y se burlarán en tus barbas, y si es céfiro lo que necesita el bajel de tu fortuna, no te asaltarán sino los más recios vendavales. ¡Oh, Caleb, cuánto me aflige la resolución tuya!

—Eres un necio, Catur.

—Eso, Caleb, que tú me das por apodo, lo tomo yo de buen talante por alto título y dictado, y al fin veremos quién se engaña. Mira, Caleb, no he procedido de rebato para ser tonto, sino que para ello he caminado con un tino y con un rigor lógico que te pasmaría, pues no hay raciocinio más rígido que el mío. Ó los estudios son fáciles ó son dificultosos: si lo primero, poca gloria se gana en aprender, y si lo segundo, ¿hemos nacido acaso para andar á cachetes con los libros en el mundo? Esto no tiene vuelta; además, que aunque toda comparación es odiosa, y que es género de argumentación que no te agrada, según recuerdo cuando tú estudiabas, y yo paseaba por la Dialéctica, sin embargo, ello es cierto que siempre los necios.....

—Calla, bárbaro.....

En este coloquio iban los dos antiguos estudiantes, cuando hubieron de soltar un tanto la disputa para atender y dar oídos á la aguda y penetrante voz de cierto caminante que picaba por alcanzarlos y que cantaba de esta manera:

Con espuela y paso á paso  
Llega el asno á la jornada,  
Pero víbora ó culebra  
Dando saltos más alcanza.  
*Ora se arrastra entre la hierba verde,  
Luego sube, y por do subió más muerde.*

En esto llegó á los dos primeros otro interlocutor de prolongadísima persona y mala catadura, color entre cerote y hollín, y ojos hundidos, aunque relucientes, con ciertas binzas de sangre, que venía montado en alta mula burdégana, tan aviesa y resabiada como su amo.

Los tres, al verse, prorrumpieron en un grito de admiración, conociendo el nuevo huésped en los dos viandantes á nuestros Caleb y Catur, y éstos en él al señor Alicak, célebre en sus primeros años por sus malicias y enredos.

Alicak saltó de su cabalgadura así como reparó en Catur, y aferrándose de la estribera siniestra, en actitud humilde, y con eco melífluo le dijo:

—¡Oh mi caro, mi antiguo y único amigo,

y oh mi irremediable futuro é indefectible apoyo y favorecedor!!! Tú caminas para Córdoba: tu frente la veo de berroqueña, como antaño, y por último y feliz horóscopo, tus luengas orejas no han menguado ni un negro de la uña.... ¡Oh! ¡qué suerte tan dichosa te espera! dame paz en el rostro y prométeme tu gracia y favor.....

Caleb, que, conociendo la condición maligna de Alicak, no le caía en gracia aquella pantomima burlesca, pensó ejercitar su humor moralista y severo, y así, con tono dogmático, le habló de este modo:

—Alicak, ya juzgué que tus inclinaciones al mal se hubieran debilitado, cuando no destruído de todo punto; por eso me aflijo al mirarte con tan poca enmienda, siendo así que donde vamos, tus artes te harán mucho mal y bien ninguno. La justicia, la sabiduría y la austeridad de costumbres allí presiden; ¿y qué será de ti, si por ventura?.....

—Perdón, perdón, y mil veces perdón—gritó Alicak;—perdón, repito, sol de la sabiduría, fuente de la doctrina, león contra el engaño, justo, sabio, valiente Caleb, dame los pies para los besar.

Y así diciendo, dejando á Catur, se acercó al doctor, haciendo las muecas y visajes más picarescos.

Catur renegaba, porque le hubiesen inte-

rrumpido el oír sus propias alabanzas; Caleb predicaba contra la bestialidad del uno y la infamia del otro, y el señor Alicak en esto ponía bajo la carona de la cabalgadura del orador moralista, un sendo aguijón, que comenzó á lastimar el asno y éste á brincar, y el jinete á castigarle, y los otros á gritarle como fiera en coso; lo cierto es que á poca pieza del camino Caleb se derrumbó sobre un prado de ortigas, donde no lo hubiera pasado del todo mal si Catur, sobreviniendo allí, no le hubiera sacudido cuatro topetadas con su testa maciza, y si el señor Alicak, después de desnudarle para que mejor sintiera el halago de la alfombra donde reposaba, no le hubiese aliviado de los zequíes y doblas zaheños que llevaba.

Después de esta aventura (que por ser tan común en el mundo no tiene nada de nuevo puesta en historia), Catur y el señor Alicak entraron en Córdoba, y Caleb, como mejor supo y pudo, también llegó á la gran ciudad, prometiendo en sus adentros, cuando llegase al poder, que á Catur lo pondría en sitio tal que pudiese comer y roncar potentemente, sus dos favoritas distracciones, y que al señor Alicak lo pondría encerrado en palacio tan espacioso y rico, que sin pensar él que estaba en prisión, no pudiese hacer el mal á que lo inclinaba su condición intrigante y pícara.

Y ya en Córdoba, y antes de todo, comenzó á visitar las bibliotecas y curiosidades de la ciudad celeste.

Andubo largos días Caleb en tales entretenimientos y recreaciones, cuando dando punto en ellos, trató de pensar en su futura suerte. Algún tiempo estuvo meciéndose entre las más dulces esperanzas, ya fiado en los títulos que él contaba tener en sí propio (vanidad culpable), y ya contando en la benevolencia de ciertos favorecedores (confianza necia); pero viniendo semanas y andando meses nada conseguía, sólo recogiendo humo entre sus brazos cuando más cerca pensaba tener la fantasía de la fortuna.

En esto se le vino á recordar que desde Cuf traía cierta carta para el sabio Lokman (1), famoso en los reinos musulmicos por las obras que escribía, y más aún en Córdoba, por sus verídicos vaticinios; y se propuso, sin falta, el visitarle á la siguiente mañana.

Puesto por obra su pensamiento, llegó á la morada del sabio, que era un pequeño verjel en cierto ángulo retirado de la ciudad, y allí llamando, fué recibido muy cordial y amorosamente por un anciano de faz venerable y de bellida y argentada barba.

---

(1) Este Lokman no puede confundirse con el que tanta fama ganó en Oriente con sus apólogos ó fábulas.

Aun no habían los dos recién conocidos finalizado los primeros capítulos de la plática, cuando le anunciaron al sabio que allí estaban dos jóvenes que ansiaban por saber de su boca las dichas ó desdichas de su estrella.

Lokman entonces hizo ocultar á Caleb entre unas mosquetas del jardín, y mandó que entrasen los dos curiosos, que para mayor maravilla del escondido, no eran otros que Catur y el señor Alicak.

El sabio, instruído de la demanda de entrambos, se acercó primero á Catur y luego al señor Alicak, leyéndoles, y observándoles la faz á cada cual con escrupulosidad nimia, y de pronto, postrándose ante los dos al uso oriental, exclamó:

«¡Oh poderoso Alá, tus juicios son insondables! Pero fuerza es adorar tu obra.»

Levantándose después, le dijo á Catur:

«¡Oh, hijo mío, esta tarde y otra y otra pasea por las alamedas del río entre los otros árabes, lleva alzada, muy alzada la frente y duerme con descanso; al cuarto día serás Emir y poseerás grandes riquezas: sólo te pido, en premio de mi noticia, que me dejes en paz.»

Y luego, volviéndose al señor Alicak, añadió, mirándole con miedo á la frente:

«Tú, ser afortunado, retírate á tu casa y nada más.»

Catur y Alicak, oyendo estas palabras, se re-

tiraron alegres, echando antes el primero una mirada de antojo al verjel, y el segundo una mirada de codicia á los anillos de oro y piedras preciosas que tenía Lokman en la mano.

Caleb, que observó toda esta escena, salió para abrazar al sabio y pedirle que también á él le relatase su porvenir, contando sin falencia sacar mejor partido que sus dos inferiores compañeros de estudio; Lokman le miró entre gozoso é incierto, y abrazándole estrechamente le dijo:—¡Oh, hijo mío! Ninguna de las líneas de tu frente te anuncian fortuna, al menos para la edad en que vivimos. El letrado privilegiado no lo alcanzo á ver en ella, por más cuidado que en ello pongo.

—¿Y cuál es ese letrado, padre mío?—repuso afligido Caleb.

—Joven querido, son tal y tal—y pronunció dos palabras árabes desconocidas para nosotros.

—¿Y qué quieren decir tales palabras?.....

La historia no dice si se llegó ó no á saber la clave de estas dos misteriosas palabras, pero sí se sabe, y consta por las crónicas de aquel tiempo, que Catur y el señor Alicak llegaron al estado prometido por Lokman, siendo al propio tiempo nombrados visires por el Califa.

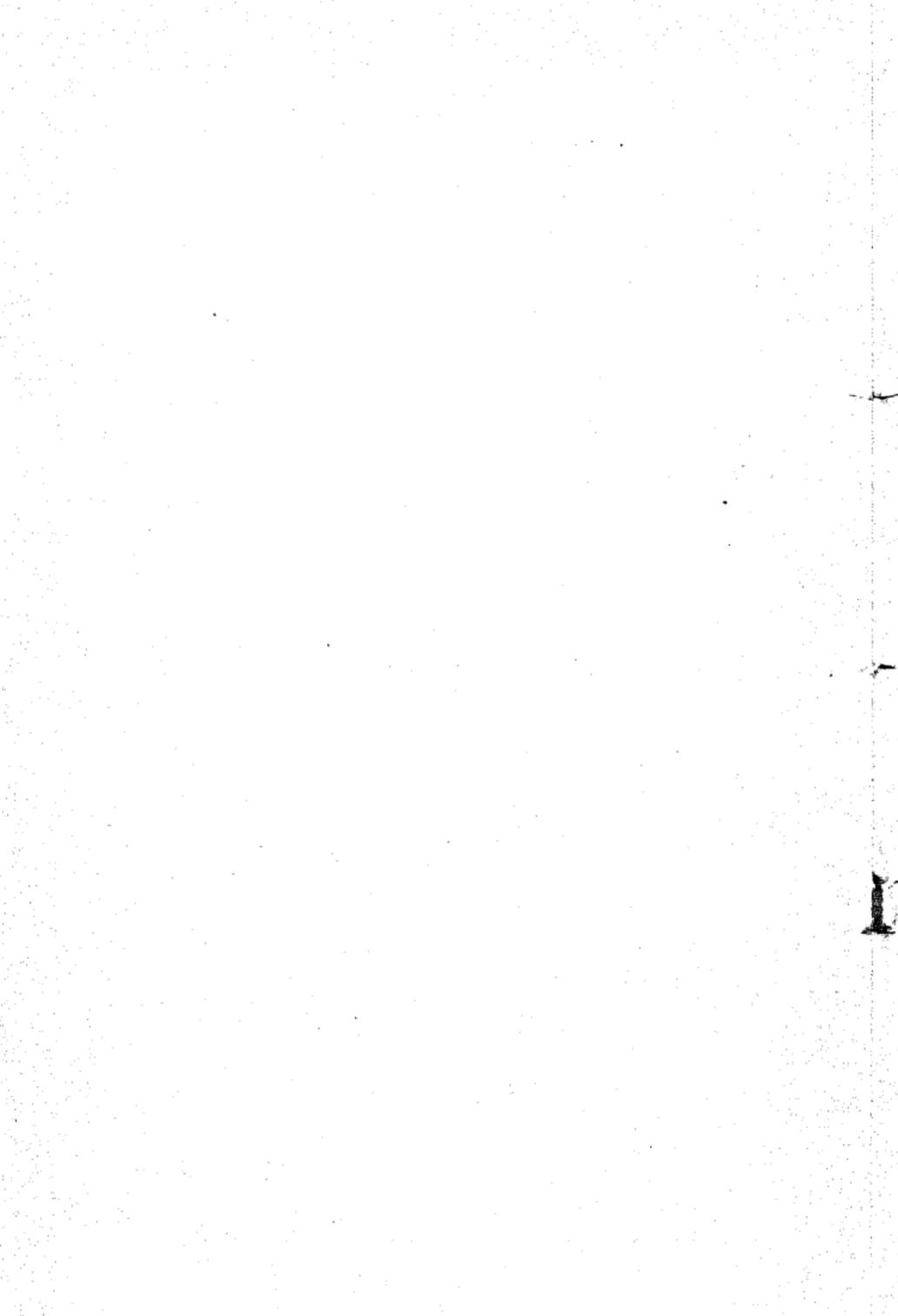
Cuál fuese el feliz régimen y honradas acciones de estos dos ministros, se concebirá fácilmente sabiéndose que desde aquel punto

entró en los habitantes tal prurito por peregrinar, que los pueblos quedaron casi desiertos.

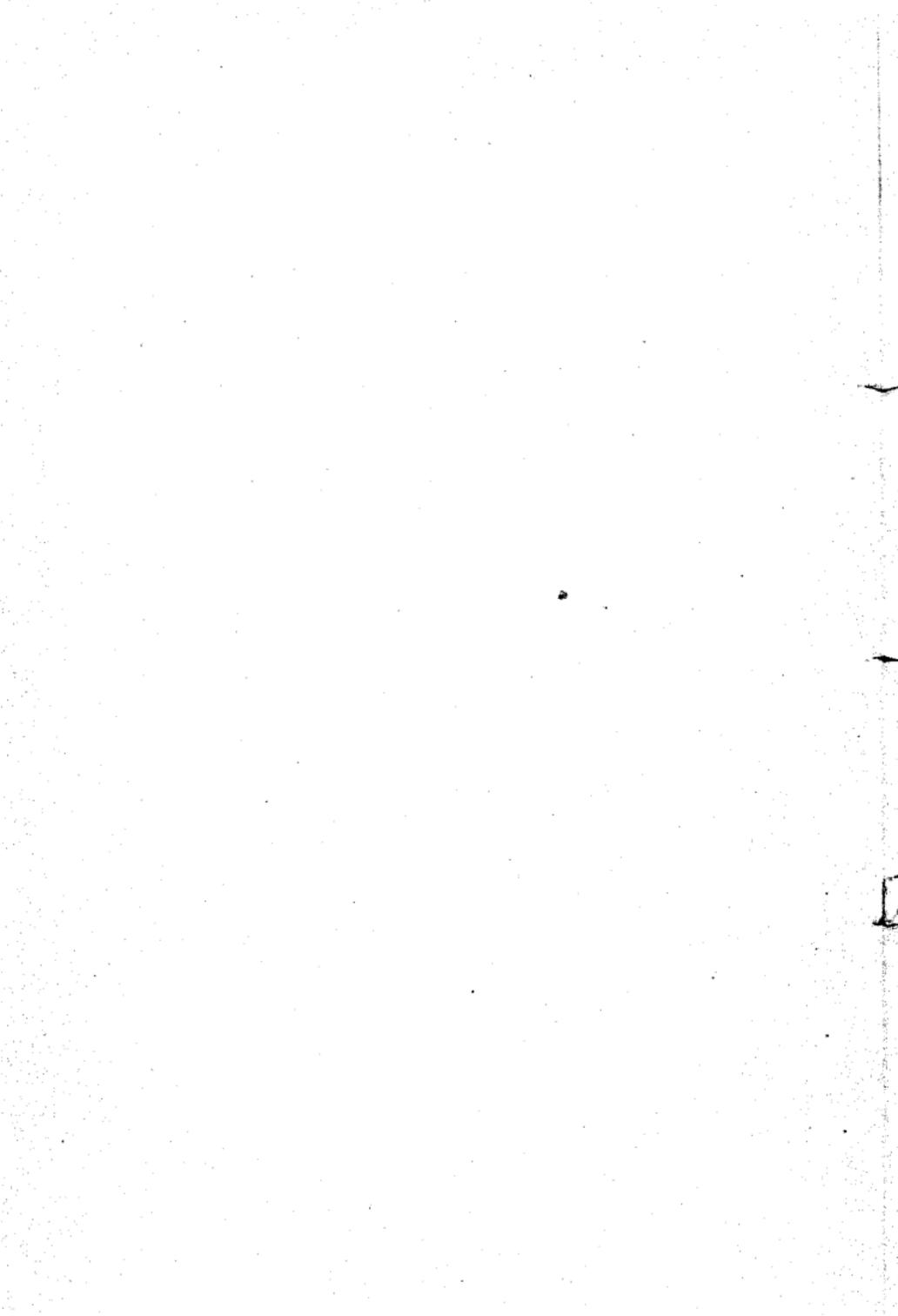
Algunos viajeros, después de luengos años, relataron en sus escritos que cierto anciano de faz venerable y bellida y argentada barba, y otra persona de menos edad, huyendo de los dos visires, vivieron solos y apartadamente en una isla desierta.

Muchos sospecharon que tales solitarios no pudieron ser sino Lokman y Caleb.





HÍALA. NADIR Y BARTOLO.





## HÍALA, NADIR Y BARTOLO.

Feliz el que cubriendo su cabeza  
Con la holanda sutil del blando lecho,  
Fija la mente en mágica belleza,  
Se aduerme al alba en plácido reposo;  
Y mil veces feliz y más dichoso  
Si bebiendo en la copa del beleño,  
Visita las mansiones encantadas  
Que con oro y azul fabrica el sueño.

SOLEDADES.

H, Nadir! Estás cautivo, y el feroz sultán Ismael no soltará jamás los nudos de tus cadenas. Tú tienes fértiles territorios, él posee grandes Estados; están en linde y deben confundirse, y con tu muerte, él los hereda como hermano de tu padre; triste catástrofe..... ¡Oh, Nadir, me inspiras compasión!

—¡Oh virgen hermosa! Tú no puedes ser sino Híala; tus acentos me revelan algo de

más celestial que las vulgares bellezas del serrallo; tus ojos de gacela (1) me manifiestan quien tú eres. Tú sufres como yo; tú, como yo, eres prisionera; si mi cárcel es el estrecho recinto de una torre, también es prisión tuya ese jardín en que vagas. Tenga el Sultán un deseo, y ese ámbito se estrechará hasta.....

—¿Hasta qué?

—Hasta el recinto de su camarín, hasta el cerco de su lecho. ¡Oh, Híala, me inspiras compasión!

—Resolución de mujer, es palma contra el siroco; se dobla, y finge que cede; pero al fin cumple siempre el gusto suyo y triunfa de la fuerza. Quien viene á verte en la torre de los Siete Sellos, algún poder tiene, y quien te habla desde un ajimez (2), alto cien codos del suelo, algo tiene de las propiedades de las aves, y el poder y la belleza sólo se rinden al placer. ¡Oh, Nadir, qué inadvertido eres!

—Las aves también se prenden, y la burla que en su loca vanidad hacen de las redes, la pagan á caro precio, sacudiendo los hilos de alambre de su jaula y lastimándose contra ellos; al poder y la belleza los vence más poder y mucha astucia. ¡Oh, Híala, qué inadvertida eres!

---

(1) Híala es lo mismo que gacela.

(2) Ventana, mirador.

—Nadir, á pesar de la indiscreción de que me acusas, tú tienes, tú tienes cierto oculto presentimiento de que te verás libre por arte y ayuda mía. Un sueño, una visión, cuyas circunstancias no quiero apuntarte, te han participado tal suceso, y las aventuras por donde has de pasar, y las finezas que me has de deber, y las delicias que juntos hemos de disfrutar, son casos tan verdaderos para tu fantasía, que todo lo crees con la mayor certeza; y es preciso confesar que no puede haber credulidad mayor como dar fe á las sombras del sueño. ¡Oh, Nadir, cuán crédulo eres!

—Híala, no negaré que hay algo de verdad en la relación que has hecho; los sueños son el único consuelo de los desgraciados, y ya halaguen sólo los miembros fatigados y lasos, ó ya entretengan con sus juegos la sed de una imaginación ardiente, siempre es dulce el disfrutarlos. Pero el desvelo acerca al punto la mano fría de la realidad, y toda ilusión desaparece; así, mis sueños huyen, y con ellos la credulidad mía; si tú me juzgas crédulo, ¡oh, hermosa Híala, cuán crédula eres!

—Mira, Nadir, nos hemos echado en cara como defectos tres cosas, cada una mejor que la otra, y que juntas hacen el encanto de los sentidos y la delicia del espíritu; juntas, digo, forman el verdadero amor, y amor con juventud y belleza es el almíbar de los cielos. La

compasión es ternura; ser inadvertidos es ser inocentes y crédulos..... ¡Oh, Nadir! La credulidad, y la credulidad más ciega, es el único y cierto distintivo del amor. Si yo á mi amante le dijese (y no lo creyera) que volaba la montaña Kal, y que el mar venía encerrado en la concha de mis zarcillos, lo separaba al punto de mi mente. Así, Nadir, dejemos ese lenguaje, que, aunque lleno de flores, siempre presta alguna amargura, y dispongamos la evasión tuya y la fuga mía para cumplir tu sueño y completar nuestra dicha.

—Mira, Híala, ya en mí es un deseo, un delirio, un frenesí el más extremado lo que en tu corazón acaso no será sino un antojo pasajero. Pero ¿perderé mis Estados? ¿Dejaré de llevar á cabo mi venganza? Para mí la venganza es la miel de la vida, y el ponerte al lado de este ídolo y sagrario de mi corazón es el mayor encajecimiento de la pasión mía. Rompe mis cadenas, dame un hanjar, y toma con mi cariño la última lágrima de mi sangre; pero antes de todo, déjame vengar.

—Mira, tus Estados son grandes, son fértiles, pero el fruto más puro y la flor más linda revelan siempre la fatiga de un esclavo, el sudor de un infeliz. La venganza es manjar muy dulce, y debo saberlo, porque soy mujer; acaso estamos de acuerdo, y sólo nos diferenciamos en el modo; concédeme que nuestra venganza

sea menos violenta, y yo daré tal susceptibilidad á nuestro enemigo, que le sea dolorosa en mucho más. El acero casi se embota en la dureza de la mano, y una espina de la rosa hace lastimar y desangrar el corazón. Ya el Sultán se abrasa perdidamente en el fuego mío; cuando al huir nos mire pasar por ante sus ojos y todo su poder no alcance á estorbarlo, su propio cuello se lo morderá de rabia, y para que no calme este leve sinsabor, todas las siestas le recordará su burla y nuestro amor la paloma azul, que vendrá á arrullar sobre su ventana. Por lo demás, puedes poner en el menos valer, en el desprecio, todas las riquezas de tu herencia, y todas las arideces de tus floridos verjeles. Mi dote te hará más rico que todos los monarcas de la Arabia y de la Persia, y sólo consiste en esta llave, este listón y esta mariposa blanca y verde de cachemira. Con la llave abrirás y entrarás y visitarás invisiblemente, desde la cabeza gorda y maciza del visir Barbaruk, hasta el último abismo del mar. Con el listón, sacándolo y ensortijándolo donde quieras, aunque sea en los círculos del aire, por un oculto sortilegio que no quiero explicarte, él mismo, y por su propia virtud, traza un oasis encantado, mansión afortunada de todos los gustos y placeres, sin que la saciedad ni el fastidio tengan poder para entrar en el mágico cerco de la isla. Genios aéreos servirán el más

leve de nuestros caprichos, sin emplear jamás las groseras manos del hombre (que no puede haber dicha en la pútrida atmósfera del sudor ajeno ni en el trabajo del esclavo). Carros de luz nos columpiarán en el éter; corolas misteriosas de flores peregrinas nos suministrarán, como en cálices de oro, los manjares más deliciosos, las bebidas más delicadas; y esta mariposa, en fin, nos llevará á nuestro antojo, y con la viveza del pensamiento, doquiera que mandemos, dándote á ti asiento en la verde y á mí en la blanca y siniestra ala. Mira, Nadir, cuál despliega el insecto hermoso su plumaje de iris para volar hasta ti, llevándote la llave misteriosa que ha de abrir los siete sellos que cierran las puertas de tu torre. Abre, huye, y escapemos juntos de la vileza y podredumbre del mundo de Arismane, y volvamos á la isla de los encantos; parte, vuela.....

—Tiendo, trémulo de placer, la mano, y me encuentro, ¡ira de Dios! ¡cuerpo de Cristo! me encuentro con la mano gafa de mi criado Bartolo, que me movía y sacudía, cual violenta peripecia de tragedia, para despertarme del sueño más delicioso que mortal alguno pudo disfrutar: me asestaba aquel Longinos la larga lista de sus sisas, que como traidora lanza cotidianamente me dilacera el flaco y doliente costado, sacándome el revuelto rosicler de la plata y calderilla. No pudiendo mi imagina-

ción abandonar el hilo de oro de sus ideas, aun todavía yo soñoliento, se me escapaban de mis labios estas palabras, que Bartolo, tomándolas por otras tantas interrogaciones matinales de las que acostumbro hacerle, procuraba satisfacer del mejor modo, entablándose así el siguiente diálogo:

—¡Oh, Ismael!

—Don Rafael entró aquí muy de mañana; dió tres vueltas y cuatro carrerillas; por no despertarle, pintó á Vmd., con la tinta avinagrada del escritorio, tres ó cuatro bordados en la cara con mucha sutileza, que todavía los conserva Vmd. con el mayor primor (y era verdad), salvo que se han extendido, ennegreciéndolo de oreja á oreja. Dióme cuatro capirotaños, llamándome bruto y asturiano; se almorzó el chocolate, quebró el vaso, tronchó dos sillas y se despidió, prometiéndome siempre volver después para diablear un poco.

—¡Oh, Híala; oh, hurí mía!.....

—Doña María entró también con la doncella de su sobrina; trajo papel del sello pobre para un memorial pedigüeño que debe Vmd. hacerle; dejó nota de la mucha hambre que padece, nombre del marido que pudo tener y murió, y estadística del estado en que puede hallarse la niña; dejaron la ropa blanca; me dió cuatro pellizcos de monja, y volverán para lamentarse, la vieja, del tacaño tiempo,

y la sobrina, de la poca fe de los hombres....

—¡Oh, llave misteriosa; oh, paloma azul; oh, mariposa de Cachemira!....

—Señor, no fué Cachemira, fué cachetina, y cachetina endiablada la que se dieron. El uno debía y dijo *nones*, y el otro quiso su dinero y decía quiero: fuerza era que se sacudiesen.

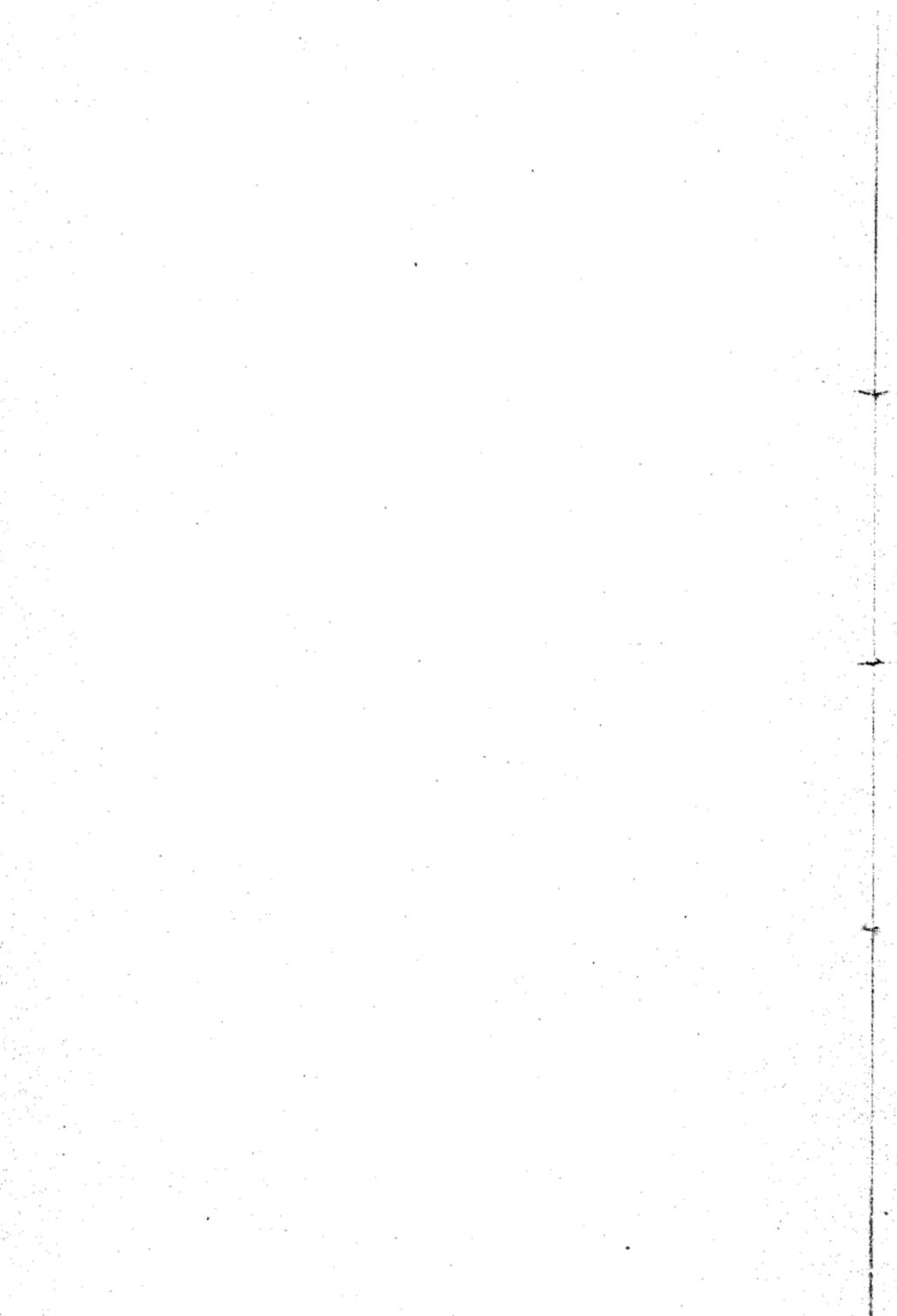
—¡Calla, maldito, calla!—le dije al fin.—No despliegues tus labios y no me martirices sacándome de los sueños que encantan para conducirme á las realidades que matan. ¡Calla, maldito, calla!

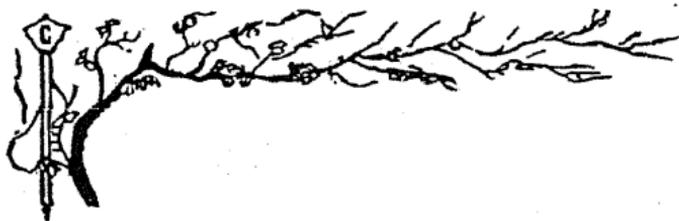
Pero todo fué en vano; el hilo estaba ya roto, y ya me fué imposible remontar mi mente hasta los palacios de Armida, de donde bajé en un salto; y así, el artículo principiado con las mágicas razones de Híala y Nadir, fuerza fué acabarlo con la parla rastrera de mi académico Bartolo.



**DON EGAS EL ESCUDERO**

**Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA.**





## DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA.

---

*Fecho es de burlas.*

Dueñas, déselas Dios á quien las desee:  
mirando estoy dónde las echaré.

QUEVEDO, *Visita de los chistes.*

Meterte á sacomano me atreviera;  
Mas ante Elvira aféitate la cara,  
Y tal tu dura enjundia me prepara,  
Que en ti abra cala un espetón siquiera.

*Desperdicios de un soneto.*

**H**ORAS de vísperas eran cuando en largo de la cal de Sant Romant, de Toledo, paso á paso divagaba un escudero en continente reposado, así como pavón atildándose en la sombra. Sus calzas de entray atacadas á rico jubón colorado, capa palmilla revuelta al brazo, é gorra aceituni con sendas plumas blancas é negras, bien demostraba que

aquel gentil hombre presumía de caballero, bien que el no calzar borceguíes bermejos, tachonados con sendas espuelas, aina decía no haber alcanzado tanta honra.

En cambio requería á menudo la lengua espada que pendía del talabarte, autorizando así la minúscula persona que no semejaba más que cusibel allegado á senda pértiga.

A poco trecho de casa donde el paseante enclavaba afincadamente los ojos, se abrieron los lienzos de la encumbrada fenestra, é una mano gentil que no cristiana, arrojó una letra que el paseante, á guisa de can, que con boca abierta atiende coger la mariposa que pasa, pensó atrapar antesacando el pecho y abriendo los brazos en aspa de Sant Andrés; pero el papel avieso, como fecho de materia liviana, hizo cortes y ruedas, y ruedas y vueltas por el aire, pasando y repasando por entre los dedos del penitente para luego revolver é posarse en lo más alto del dintel de la puerta.

Don Egas, que tal fué su nombre de este hidalgo, para conquistar aquel joyel, apellidó en su ayuda los ingenios de guerra que están en uso para asaltar los torreones delas cercas y muros; pero al postre, acopiando sendos guijos lisos y escuetos dela corriente, trepando por ellos con su luengo acero, pescó el billete, que, desdoblándole de sus tres dobleces y aplicándolo como ensalmo á los ojos, sobre el

calletre y por bajo dela higadilla (salvos sea la parte), leyó, después dela cruz negra del comienzo con capirotos encarnados, las siguientes razones:

«A vos, el magnífico escudero, salteador de mi alvedrío: Magüer la entereza de mi honestedad afincóse en resistir la delectación de vuestros requebrados amores, tan de antuviön entrástedes por el rastrillo de trasparamiento de mi corazón, que sin más estar en mí, me siento astreñida en rendir el mi homenaje, y mejuro en deliquios de imaginaciones vuestras. Otrosi, el vuestro talante que pasea de continuo frontero á mis fenestras, magüer encogido é diminuto, halló medra en mi aspereza, é sepades (é en tal punto se me enrova bermejo el rostro), que campeará en el mi alvedrío *in sæcula sæculorum*. É como el mi linage es de enjundia é añejo, inquirí que sedes de los buenos é viejos, sin ser retejado (Dios vos libre), ni conocer la Atora ni el sábado, ni mirades á furto el lardo; é otrosi supe, y vala por todo, que sedes de Solares de Carriedo, todo para gloria de esta mi persona ataviada hoy día en fecha con saboyana carmesí y verdugado de seda, y la toca con volante blanco pinjado con pinjantes ricos, visión en forma que si queredes reverenciar, acudir habedes á media noche por filo por el arcaduz del jardín. Subid por el tapial, y de allí por el abedul tomad tierra: ca-

tad de non caer, é si caedes catad de lastimaros razonablemente é nada más.»

Tres veces se le agolparon lágrimas de gozo á los ojos de aquel menguado lector, compañero tuyo en aquel trance de lición, ¡oh benévolo leyente! é tres veces suspiró é desahagóse el pecho. El aina rebozóse en la capa, é asomando el rostro como cauto ballestero por saetir, repasó la calle, ojeando la fenestra de suso nombrada, é trasflor de verdes vidrios de Venecia, atisbó la figura de la enjaulada, que ni punto más ni punto menos semejava á don Satanás enfaldado, é haciendo gentil medida, volvió el cantón de la vecina calle enderezando á su casa para atender la oscura noche.

Eran las doce muy corridas é la rua estaba negra como malos pecados, cuando dos gentiles hombres así fablaban en puridad andando su camino:

—Paréceme, amigo Egas, que no andades tan suelto por la calle sonando la queda como á sol tendido.

—Oh don Malicioso, ¿é non sabedes que el jaco de malla, é la cota, é el broquel, é el montante, é otros arrequives de tal guisa, algún tanto empescen é perturban los miembros? Más aosadas que el ánimo, más despejado va que nunca, é resuelto á todo. Mas dígame, domine Tomillas, ¿traedes el discante y la letra para cantar?

—Sí traigo.

—Mas hemos llegado al lugar: vos faredes la escucha, buen Tomillas, mientras yo guindo mi persona por el tapial, ansi como me hagan la seña. Rasgad empero el instrumento, é apuntadme la letra.

Entonces el enamorado Egas, con voz entonada y ronquilla, cantó de tal manera con ayuda de vecino:

Quando contemplo en tal hora  
 El blanco envés de tu espalda,  
 Y que recoges tu falda  
 Para subir tan sonora;  
 Don Cupido, ó don demonio,  
 Entra á rebato en mi pecho  
 Y grito, un sátiro hecho,  
 Yo requiero matrimonio.

.....

Así cantaba Egas cuando se oyó caer una falleba, é otrosi, se oyó una voz que ceceaba desde rejas no muy altas, é luego dijo: «A del gentil hombre.»

Allegóse el amador, dándole órdenes antes á su atalaya é ansi fablaba á su señora:

—Tan mal parado no parástedes cuando paréme á parar los parabienes que para.....

—Alto, alto, é non parareadme más, don apareador de lindezas; liso y llano é non tan alto de punto, non semejedes á saltador y surtidor de jardín que lanza agua alto, alto y se

resuelve en nada. Empero esto aparte, dadme mercedes ya que os evité saltar murallas, é á riesgo de voltear os tengo aquí ni con tanto trabajo vuestro, ni tanto apartamiento mío. Recogí las llaves de este zaquizamí, é vedme aquí sola é sin mancilla, que las fembras de pro no temen tragos ni fantasmas.

—Ya que por vuestro mandato he de hablar canto llano, vos diré, señora, que esta merced que de vos recibo la acojo con más gratitud de vuestra pudicicia, cuanto hasta ahora no vos merecí que crueldades y sofrenadas.

—Así es la verdad, caballero; mas parad mientes que las doncellas treintenas, como yo, han de esquivarse con más ansia que los arrapiezos de quince á veinte: materia feble é quebradiza é que vos enloquecen á vosotros los amadores.

—No así á este vuestro servidor, que donde no ve persona entera ó correosa, no ve ál de provecho; además que non nací para endotriñar fija de vecino.

—Mi fe que habláis como el Conde Lucañor, é que esa discreción me captiva. También vos diré que ora miro en vos perficiones que antes no reparé en ellas. Ejempli gracia: ese vuestro naso corvo y parvo, é arremangado un tantico como quien va á la frente, me ponía un miedo cerval como á doncella asustadiza: parecíame jeme de gigante sayón desplegado

por la mitad de vuestra cara, é las carnes me bullían viendo los anchos lunares como de almagre que le paraban. Empero ahora no miro en él que miembro apuesto que vos autoriza cumplidamente: é miro más, é veo á ese don Cupido de quien cantabais que cabalga en ellas, fablo narices, é que con sus viras batiéndos á guisa de acicates, os llama la sangre en aquel lugar.

—Non me sonrojéis con los vuestros loores, mi señora.....

—¿Dejástedes quien vos ficiese espaldas? Pues creí escuchar algún rumor.

—Fieme en el buen Tomillas, tañedor de laúd é dulzaina, é él dará rebato en toda aventura..... *mas hele, hele por do viene.*

—Mala landre me mate si no somos acomedidos. Tres campañarios armados entran por la calle, de cada paso llevándose media plaza de andadura, y en las manos menean por mazas sendos robles ó palos de navío.

—El miedo vos face abultar las cosas, buen Tomillas.

—Decidme, gentil hombre, ¿sedes poeta? que según faciedes uso de hipérbole, ó yo no me apellido Aldonza, ó podéis bien facer un poema: andad á vuestro puesto, D. Babiaca, que eso que vos semejan campañarios habían de ser los mozos gabachos del comendador Núñez, que facen burlas é escarnios ruando por

el barrio, como que hoy es martes de antuejo. Idos, idos é non conturbéis nuestros coloquios.

—Ansi será, é la peña de Francia no me desampare en este oficio de atalaya de amores.....

Y fuese el escucha y prosiguió D. Egas:

—¡Oh, D.<sup>a</sup> Aldonza! círculo de mis ruedas, blanco de mi cuidado, é cuento de mis vueltas é revueltas, dejadme, amparadme de vuestra diestra.

—No me retocéis la mano por entre las rejillas de la fenestra, travieso mancebo, que tengo ante los ojos aquello de lo *barato dado, caro llorado*. Atended al tiempo y no quered perder el rocín y las manzanas.

—El que tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente: perdonad algo á la fuerza del mi amor.

—Todo home face tales añascos y marañas para burlar á nos las doncellas, é después de burladas, el duelo ajeno del pelo cuelga.

—Mal alfajeme remoje las mis barbas si mi promesa....., pero al pobre Tomillas lo rematán..... ¡Santo Dios, qué vapuleo!

Y era así, que los mozos gabachos del comendador, que todo el día anduvieron guan-tando con blanco á los vagantes, y sujetando jirones y añaceas al manto de las dueñas, encontrando de estantigua al buen Tomillas, por

la media noche le arremetieron con algazara, é le atapaban la boca con poleadas de yeso cual á chico mamón, é el cuitado gritaba:

—«Que me rematan á coces y cucharadas.»

Dejando la turba alegre á Tomillas mal parado, embistieron con el amante, que en buen paladín en medio dela calle blandía la espada para reñir como bueno, animado por las voces del marimacho enrejado que le acuciaba á reventar de fuerte, ó semejándole en lo bravo á Leonidas é á otros perillanes dela anti-güedad.

Pero el atónito escudero, ya porque remembrase la paciencia cristiana, ó bien porque la disforme catadura de lós desenvueltos mancebos que venían de carantoña y botarga le turbase los sentidos, ello es cierto que tomó una retirada sin más compás que los espaldarazos y cintarazos de aquellos tarascas ó garduños, é ainda llevando el agua va de los vecinos.

El molido se recogió en su morada, é la dueña, dando ventanazo, se refugió en su recámara, matando las alimañas é correderas que encontraba al paso en el desván, no cansándose de maldecir por hombre que tan mal defendió el paso, é revolviendo en su mente la traza de vengarse de amante tan amilanado.

Don Egas fincaba en su lecho repasando en la mañana los azares infaustos de su correría nocturna, cuando ante él apareció un mucha-

cho vivo é agraciado que le entregó una epístola con nema negra, é le preguntó:

—¿Niño, sois paje?

—¡O que no, señor estafermo, digo enfermo! Soy el monaguillo del barrio, cual lo vedes por la hopa que visto; é llevo, é traigo, é torno, é pido.

—Pues toma—dijo el del lecho—esos tomines, é la Magdalena vos gué.

Allí rompió la nema y leyó esto que sigue:

«Al follón, al ruín, al asendereado é más molido de todos los escuderos.

»Vos vide fuir al cantar el gallo, é entendí el son del bataneo que vos hicieron en los lomos; abollados se os mantengan.

»Non mantuvisteis el campo como ardido, ni vos salvastes con cautela, mas sin cerrar vez siquiera, tomástedes calzas de Villadiego é corristeis á puto el postre.

»E ansi, magüer fagáis en mi desagravio diez torneos é dos pasos honrosos, é quebredeis trescientas lanzas vos fago siempre la mamola: chicos é grandes vos escarnecen é dicen que á hombres de Castilla nunca el mesmo diablo puso miedo, quanto más los antifaces é moji-gangas: é otros dicen, ¡Santa María, qué horror! dicen que la fuída vos soltó los pies, é vos corrió la vicaría, é que de acullá vino que sonástedes por bajo la dulzaina, é non era dulzaina, é que oliades non á estoraques ni alga-

lias, sino peor que azufre. ¡Puf! ¡qué blasfemia!

»Id en mal hora; é jardinero os recoja para sus eras, que non limpia é aseada dueña doña Aldonza.»

Tres días de sol á sol, el pesaroso Egas quedó sin catar pan ni tragar agua, llorando con los ojos y cacheteándose con los puños por su flojera de nervios; al cuarto día tomó descanso, al quinto anaranjeó un gallo, é jugó á las tablas, é de allí á otro día reía á la desesperada, é cuando le tocaban la retaguardia sólo respondía:

«Más vale vergoña en cara que cuchillada.»

Saludable consejo que de marras aquí muchos prosiguen é obedecen.

E otrosi: oteando en su magín el buen don Egas, reparó que si á interrogación se debe respuesta, con mayor fuerza de derecho toda epístola traída en recaudo pide letra y carta en papel; y por tal resolvió no darse por muerto, antes bien escribir su senda foja, y diciendo y haciendo ansi trazaba letras como signos de nigromancia, y dijo:

«A la por ahora mitrada en tocas y rabuda en haldas.

»Tal espinan y escuecen las razones de vuestra epístola, que no semejan sino escritas con el bello de vuestros belfos y quijadas, que no son más ásperos los ortigales de la montaña.

»Si me catástedes repararime y retirar (que fugir non, ¡pese á Mahoma!), fué porque con cuatro no hay garabato, y que á mi hijo lozano no me lo cerquen cuatro; y más vale salto de mata que ruego de bueno, y antes tuerto que ciego, y huído que no manco ni lisiado.

»Y no pensedes que soy hijo de paloma blanca ó Juan de buen alma que me tomo las barbas con jayán de tres estados y me barajaré con diez gigantes.

»Y en cuanto á lodel punto por bajo, miente la bellaca, que soy bien trabado de miembros y muy astreñido de natura que nunca por jamás me permitió hacer tal desaguizado, y por tal todas mis coyunturas y entrecijos huelen á estoraques y canela y estoy á prueba y pago la estrena. Non curo que vos podáis sufrir semejante espulgo si no es que D. Lucifer fuese el husmeador.

»Vos os habéis dicho en puridad: «Más valen coces de monje que halagos de escudero»; mas pronto vos veré como la pimienta negra, rugada, tostada y en pos molida. Si os ofendéis de mis razones, sabed que á quien me hace mal con la boca, le muerdo con la cola; y que habló la boca por do pagó la coca.

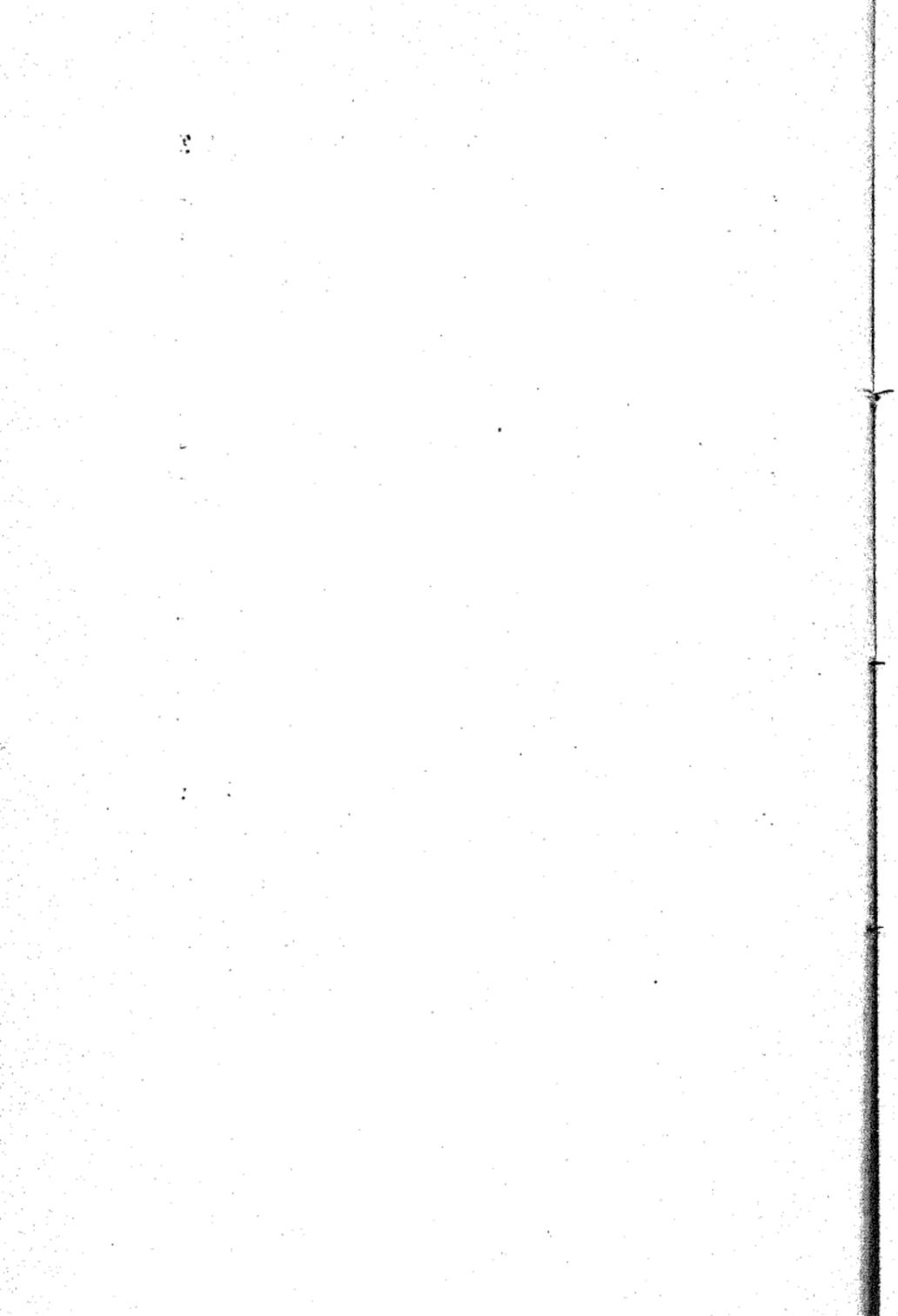
»Tened por cierto que los mis amores no me entraron por vuestros ojos bellidos, sino atendiendo á que por falta de chapín metí mis pies

en un celemín, ó que por deseos de zuecos metílos en cántaro. No al sino que si Satanás no os empuña, los grajos vos saboreen. Don Egas, dos minutos después de mi redención.»

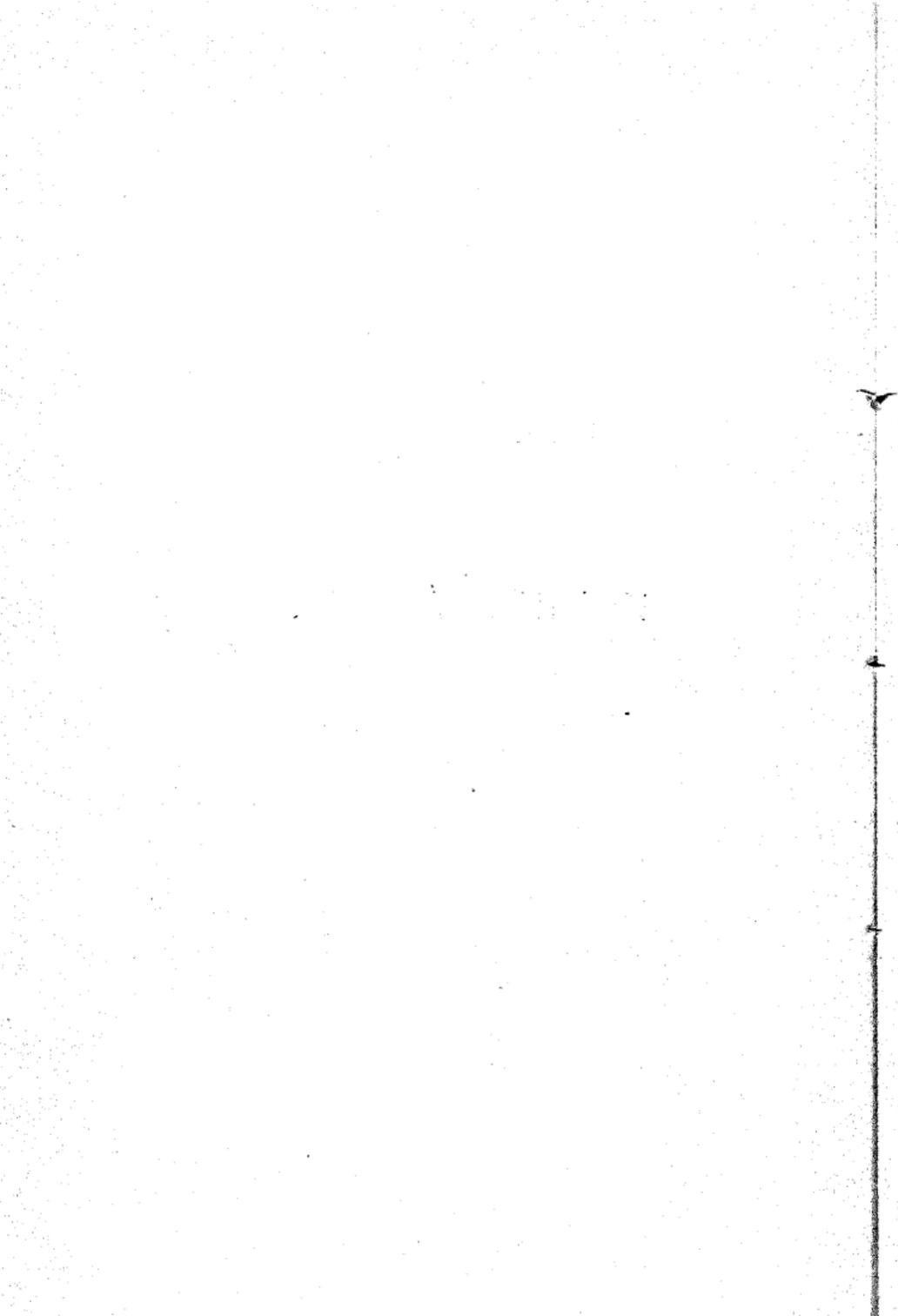
La carta fué y afufóse la tórtola, é ansi quedaron en flor é ciernes los amores de Egas é de Aldonza, fincando burlados los curiosos de ver que fruto é ingerto hubiera salido de cruzar dos cartas tan eminentes por su huero magín. E magüer la perfición de esta mercancía reservó natura por altos fines á tiempos más cercanos á nosotros, non embargante casándose separadamente Egas é D.<sup>a</sup> Aldonza difundieron prolíficamente su simiente necia é sandia hasta nuestros días, en que sus nietos andan en servicio de estos reinos por mar é por tierra. Es linaje eterno.

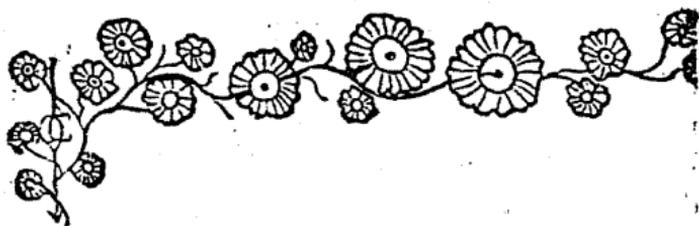
Tuvo cabo esta historia en la Era de César de 1342 é la escribió maese Cándamo.





NOVELA ÁRABE.





## NOVELA ÁRABE (1).

---

CARTA PRIMERA  
DE ABENZEID Á VELID NAZAR.

**T**ú bañado en el rocío de los placeres, y  
tu amigo cubierto de polvo y sudor  
en la frontera! ¡Tú vencido por una  
mujer, y tu amigo triunfando de los castellanos!  
Cuando me arranqué de tu lado para la al-

---

(1) Algunas personas han sospechado que esta novela era una traducción á secas del francés; para descargo de su conciencia, se les dirá que, entre los manuscritos antiguos de donde se ha copiado, se encontraron varios fragmentos de versos y sentencias árabes y nada más, única circunstancia que puede presentarse contra la originalidad de la novela, pudiendo decirse que sea traducida ó imitada de algún libro oriental: dejando este punto para la investigación de los curiosos, lo único que afirmamos es, que no es traducción de ningún idioma vulgar. Para inteligencia de algunos pasajes, hemos creído útil añadir notas.

caidía de Zahara (1), me prometiste venirte á mí antes de la luna de Zefar (2), y dos meses han volado sin verte. Dícenme que del valle de Lecrín (3) bajaste á Granada con intento de acudirme con una banda de jinetes en la jornada á que sin tu ayuda vengo de poner fin. Mas en vez de verte llegar al frente de tus caballeros, te oigo rendido á los pies de una mujer. ¡Fuera ella más hermosa que la que cautivó á Abdalazis, debieras tú abandonar á tu amigo, á tu hermano, á la gloria, en fin, por tan mezquino objeto!

Mas ¿quién es? ¿Cuál es su nombre? ¿Cómo la viste?.... Porque me hayas ofendido con tu abandono, ¿quieres ofenderme más con tu culpable silencio y criminal reserva?

La hora del peligro pasó ya, y las entradas y algaradas en tierra de cristianos las guardo hasta mejor tiempo; para hacer más doloroso el mal es fuerza dar á los hombres algún aliento y descanso. Así mis fronterizos dormirán en la confianza hasta que los despierte el hierro y el fuego en las flores de la primavera. Por lo

---

(1) ZAHARA.—Fortaleza que tenían los moros fronteriza al adelantamiento de Andalucía.

(2) ZEFAR.—Es el nombre de la luna que nace en Agosto.

(3) LECRÍN.—Valle frondoso á tres leguas Poniente de Granada; era muy rico en tiempo de Moros; tenía veinte pueblos y lo bañaban seis ríos.

tanto, goza el primer verdor de tu juventud en esa ciudad paraíso, y no me encuentres con tus valientes hasta la luna de Delhex (1), propia para la guerra.

Goza la vida, querido Velid; investiga la estancia de tu belleza; lánzala y persíguela en los laberintos en que sabrás empeñarla; en ello hallarás más placer que demandando el venado por los precipicios de Jorail (2), mas tu corazón quede siempre ileso y limpio: la gloria y la amistad son las únicas joyas que deben llenar vaso tan precioso: Alá te guarde. Del Alcázar de Zahara, en 9 de Gumín (3).

---

(1) DELHEX.—Nombre de la luna que nace en Mayo.

(2) JORAIL Ó HOLAIS.—Es lo mismo que Sierra Nevada, y la misma á quien los antiguos llamaron Oróspeda.

(3) GUMÍN.—Luna que nace en Noviembre.

## DEL MISMO AL MISMO.

El Alí de Haquín, tu mensajero, me entregó la carta en que me das cuenta de la enfermedad de tu padre Abunazar y de los ruegos y oraciones que has prodigado para aplacar el ángel airado de la muerte. ¡Cuán bien conozco en tu tierna inquietud, en tu oficioso esmero por quien te dió el ser, el espíritu generoso y de fuego que te anima!

Aunque me fuese forzoso pasar un año sin abrazarte, por bien cumplido lo daría entendiéndote empleado en obligaciones tan sagradas. No te maraville que el rey Ismael tome tan sobre su corazón el mal de padre: dos veces fué salvado por éste; una en el campo y otra en los disturbios de la Alhambra, y en ambas nada ambicionó, contentándose con sus tierras de Lerín y su alcaidía hereditaria. Sin embargo, fuerza es poner tocando en las estrellas el favor excelso de cederle para su reco-

bro y recreación la huerta de los Alijares (1), mansión real y de todo deleite. ¡Qué apacibles horas habrás gustado por aquellas arboledas razonando con tu buen padre, oyendo el idioma de las aves, ó cultivando acaso las rosas de Egipto ó el tulipán de Persia!

Fuerza era que en tan deliciosos cuidados te asaltase la ocasión del amor; pero en tu carta, imponiéndome menudamente de lo que tú juzgas por más sustancial, callas, acaso con malicia, la relación más interesante para

---

(1) ALIJARES.—Huerta de hermosa recreación, que los reyes de la Alhambra tenían á la espalda del monte del Sol, que llaman hoy de Santa Elena: aun todavía se ven sus ruinas. Este palacio, dice un historiador antiguo, estaba cercado de grandes estanques, fuentes y verjeles; las labores de sus techos eran iguales á las que se ven todavía en la Torre de Comares ó Comaresch. De esta mansión es de quien canta el romance morisco:

.....  
 .....  
 Los otros los alijares  
 Labrados á maravilla.  
 El moro que los labraba,  
 Cien doblas ganaba al día,  
 El día que no labraba  
 Otras tantas se perdía.

El P. Echevarría, que tachó primeramente de exagerada esta suma, en un libro que publicó después dijo haber visto las cuentas y sumas de la obra en los papeles de una familia descendiente del arquitecto morisco, y dió por exacto al romance.—Nadie saldrá fiador de lo fiado ni del fiante.

tu amigo. Tú me dices que adoras y que te idolatran, que has entrado en el palacio del amor por la puerta del misterio, que no cambiarás tu estado por el reino de Fez..... Pero, en fin, no responderás á mis preguntas: ¿quién es? ¿cómo la viste? ¿dónde se encuentra? El compañero de tu niñez, tu amigo Abenzeid te lo suplica.

Aunque los pocos años que tengo más que tú no me hagan salir de la edad de mancebo, todavía no los viví en balde. Antes que tú visité á Granada; experiencia precoz de mi juventud la compré á trueque de sinsabores sin término, y esto me da sobre ti una autoridad que serás necio desatendiéndola y no mostrándome el sendero peligroso por donde caminas. Adiós.

---

## CARTA DE VELID Á ABENZEID.

Á ti el delantero en el esfuerzo, el hermoso de los mancebos, consuelo y amigo de su amigo. Velid Nazar, á ti te saluda, valiente Abenzeid:

Sólo tus cartas pudieran despertarme del sueño encantado del placer en que vivo; pero despertándome me encuentro en los brazos de otros sentimientos aun más dulces, cual es la amistad; ¿más dulce dije? ¿si habré proferido alguna blasfemia? ¡pueda mi pecho servir de anillo y unión eterna á pasiones tan celestiales! Tú quieres saber el principio de este delirio.... pues oye la historia.

Una tarde paseaba con mi padre por las calles de frutales del huerto espacioso donde moramos, y que el Rey cedió á su antiguo amigo para alivio de su enfermedad, y recreación en su tristeza. Á un lado se levantaban las torres de la Alhambra, y más cerca los chapiteles

elevados de Generalif (1), que reflejaban los rayos del sol, debilitados en las blancas cumbres de Belet y Muley Hacén (2).

Mi padre me dejó solo por aquellos verjeles, que yo recorría desvanecido y soñando en la hora de precipitarme en pos de ti, querido amigo. En estas imaginaciones acaso comencé á entonar, como solía, las letrillas melancólicas de los cantores del Cairo y de Córdoba, á punto de pasar frontero al palacio de Generalif. Entonces el ajimez más elevado lo vi abrirse y cerrarse inciertamente dos ó tres veces sin aparecer nadie en el antepecho, hasta que al fin soltáronse por él varias palomas que revolaban caprichosamente por los adarves de las murallas y los cogollos de los árboles: poco ó nada me movió la imaginación aquel azar, que yo dí por la diversión inocente de algún cautivo infeliz ó de alguna esclava desdichada. Seguí, pues, mi vuelta y recogíme en el cuadro de flores que yo mismo cultivo á gozar del triste y dulce abandono que inspira una tarde

---

(1) GENERALIF.—Huerto y palacio á un tiro de ballesta á Levante de la Alhambra: quiere decir jardín de las Zambras ó del festejador.

(2) BELET Y HACÉN.—Son las dos crestas más elevadas de Sierra Nevada, que conservan todavía su nombre arábigo con muy corta corrupción: en la geografía de Antillón y en el viaje Bowles se encuentran noticias interesantes sobre estos picos.

serena, un agua viva sonante y el verdor delicioso del abedul y del avellano.

Sentéme, pues, y adormí los ojos para disfrutar voluptuosidad tan suave, cuando sentí entre las hojas algo que pasaba y bullía: tendí la vista curioso en derredor, y vi, pasmado, una de las palomas del ajimez misterioso que blandamente me rondaba casi hasta besarme con su pluma, sin azorarse por mi presencia. Ya más cuidadoso, comencé á halagarla con mi voz, fingiendo su arrullo, cuando para mi mayor asombro la miro pararse en mis hombros, trayendo pendiente del cuello, con un listón de color de lirio, un billete recogido con delicados pliegues y empapado en aromas de rosas. Lo desaté (voló la paloma) y veo en los más bellos caracteres cúficos estas razones lisonjeras y misteriosas:

«Bello sol, encanto de las vírgenes y delicia de las que miran tus ojos, sé discreto y oye mi voz: una hurí más amable que las del paraíso de los creyentes se abraza por ti en un fuego más puro que la luz del oriente, padece y calla, suspira y es por ti: cuando te acercas á ella se tiñe con el color de la rosa del desierto, y si la hablas, su corazón se agita como las hojas de los árboles al acercarse la tempestad: su voz es suave como el incienso de Etiopía, sus ojos son de gacela, tímidos y vivos en un propio punto, y el tacto de sus

miembros es más fino que las telas de cachemira. Merece ser tuya, porque merece el reino de la Arabia, y tú debes ser suyo, porque eres virtuoso. Su amor lo tiene oculto en la urna del decoro: sácalo, pues, como se saca la perla de Ormuz del nácar de la concha, y serás feliz.

»Si no la amas, ella morirá como la flor entre arenales; búscala y descúbrela, y toma estas señales para reconocerla. El principio y fin de su nombre es el Alef (1). Su tribu es de reyes del Yémen (2); cuando te mira y tú no la ves, sus ojos humedecen y vacilan como las aguas del Piélagos heridas del sol.

»El cielo te conserve, joven hermoso, y goza de más dicha que Betmendí (3). Guarda secreto como la naturaleza sus arcanos y el mar sus profundos abismos. Adiós, adiós; piensa que no es frívolo todo lo que parece tal. Adiós.

#### »LA REINA DE LAS HADAS.»

¡Oh querido Abenzeid! ni las hojas de las flores cuando rompen su corola, son tan nu-

(1) ALEF.—Letra del alfabeto árabe, que equivale á nuestra A.

(2) YÉMEN.—Los Abencerrajes descendían de un príncipe de aquella región de la Arabia.

(3) BETMENDI.—Palabra persa y usada por los árabes en sus cuentos y poesías, y quiere decir la fortuna, la ventura.

merosas ni de matices tan vivos y diversos como los pensamientos que abrieron mi pecho á las imaginaciones del amor, cuando acabé de beberme las razones encantadas del billete misterioso.

Un fuego hirviente giraba por mi cabeza, y un opio el más dulce señoreaba todo mi ser: mis ojos miraban todavía aquellos lindos caracteres dibujados con oro y azul, y mi mente, lanzada ya en la senda de las ilusiones, corría rápidamente tras las sombras engañosas de los paraísos aéreos: ¡oh Abenzeid, qué estado tan celestial!

Al fin arranquéme de aquel sueño de delicias, y la curiosidad me llevó fuera del recinto donde me ocultaba, para rondar las ventanas y torres de Generalif, imaginando hallarme con otras señales más significativas de mi dicha. Todo fué en vano: las tinieblas de la noche vencían ya el crepúsculo de la tarde, y la luna, suspendida en los cielos como lámpara de oro, lanzaba delante de sus rayos las sombras gigantescas de los cubos y lienzos de la muralla.

Dentro de aquellos verjeles nada se oía más que el sonar de las cascadas ó los silbos de los mirlos y ruiseñores que buscaban el nido entre los sauces y madreselvas; por las almenas nada cruzaba, y sólo se veía brillar dudosamente alguna luz en este ó aquel ajimez en los en-

cumbrados camarines del palacio: ¡oh Abenzeid, qué impaciencia! ¡qué inquietud! el neblí que oye á su lado el volar de la garza y no acierta á verla, oculta por algún celaje, no padece más tormentos.

Mi imaginación delirante se forjaba mil visiones de imposibles, que se gozaba en vencerlos á su antojo, y el placer más subido y engalanado, con los mágicos colores de los deseos, se me pintaba por último término en aquel cuadro fantástico.

Mas no pienses que los acíbares faltaban en este mi primer sorbo del cáliz de los amores; no, Abenzeid; el absinto del dolor se desliza traidoramente entre los labios de la juventud, y esta sentencia tuya sonaba siempre como presagio en mis oídos.

Burlado en la idea de hallar el nuncio de mi ventura, caí en otros pensamientos tan extraños, que ni yo mismo acertaba á explicármelos, y aun con mucho esfuerzo podré descifrártelos en parte, pues cosas hay que no es posible manifestarlas como sentirlas.

Pensaba, pues, que la paloma, paraninfo del amor, que por tan raro caso puso en mis manos el billete, podría haber hecho vuelo para otro amante, y que yo, desgraciadamente afortunado, habría interceptado el inocente correo y sorprendido un secreto tan amorosamente interesante. Entonces, envidioso de esta

dicha aun desconocida para mí, celoso de un rival imaginario, frenético contra la beldad incógnita que podría amar á otro que yo, me entregué á todos los desvaríos del furor, cual si existiesen en verdad para mi daño una mujer infiel y un amante preferido.

El aliento consolador del ambiente de la noche, perfumado y empapado con las flores, y el frescor de las márgenes del Darro, serenó mi frente y templó el ardor fatigoso de mis sienes. ¿Con qué razón presumía yo envidiar los amores de otros más afortunados, á quien el cielo pudo premiar con ellos sus virtudes, y el Profeta su valor y constancia?

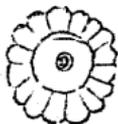
¡Oh Abenzeid! bien mostraban estas razones el conocimiento más claro á mi mente preocupada, pero nunca lograron arrancar de ella el primer sello del enojo, ó no sé qué otro sentimiento indefinible. ¿Será que el corazón humano se fije siempre como centro del universo, y que juzgue que todas las ideas de grandeza, de beldad, de sublime, han de ir á él exclusivamente? ¿será que yo, vano y orgulloso (me avergüenzo al decirlo), me creyese con derecho sólo en el mundo al amor de aquella belleza invisible, por lo mismo que mi imaginación me la pintaba con dotes tan celestiales? ¿ó bien, querido Abenzeid, el poder de esta sangre abrasada de la Arabia que anima mi pecho, tendrá, cual en toda nuestra tribu,

el don fatal de encender desde la más leve idea de amor el volcán horroroso del delirio y de los celos? ¿Qué hubiera yo dado por tenerte á mi lado en aquellos instantes de anhelos y congojas, y hallar alivio en tus consejos y mejor experiencia?

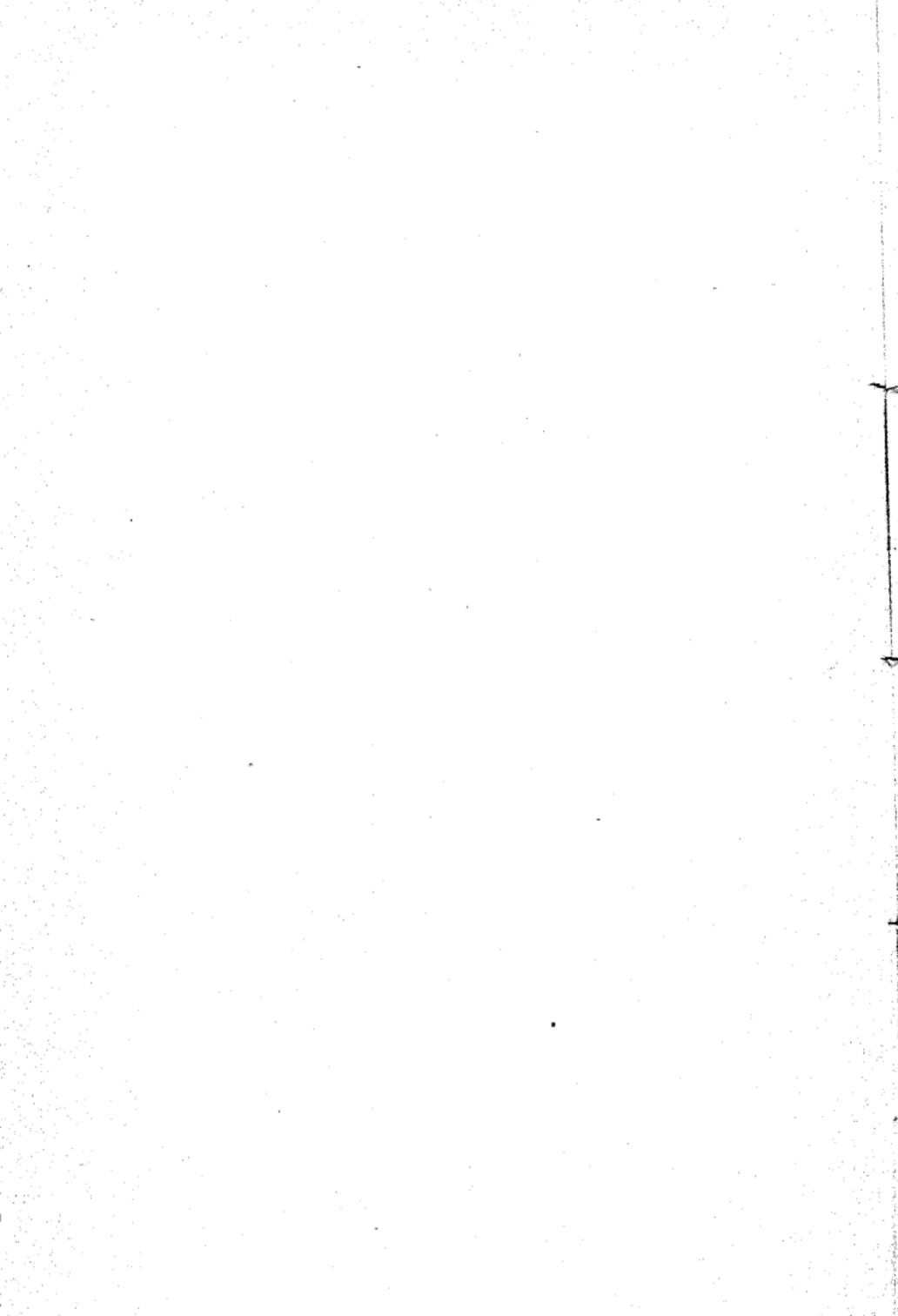
Pero era en vano; la soledad era mi única compañía; no te ocultaré, que en alas de mis pensamientos venía, cual iris consolador, la esperanza más lisonjera á disipar aquellos enojos.

No podía dar á mero acaso el incierto abrir de los ajimeces, el divagar de las palomas y el rondar en torno de mí aquella del listón y de la carta. Embebido en tales desvaríos, y más amante que nunca del cuadro de las flores donde tuvo lugar escena tan halagüeña, volvíme á gozar de su frescura, realzada más en aquel punto con los raudales de mansa luz que la luna, en todo el lleno de su disco, derramaba por entre los festones de verdura que formaba tan florida mansión.

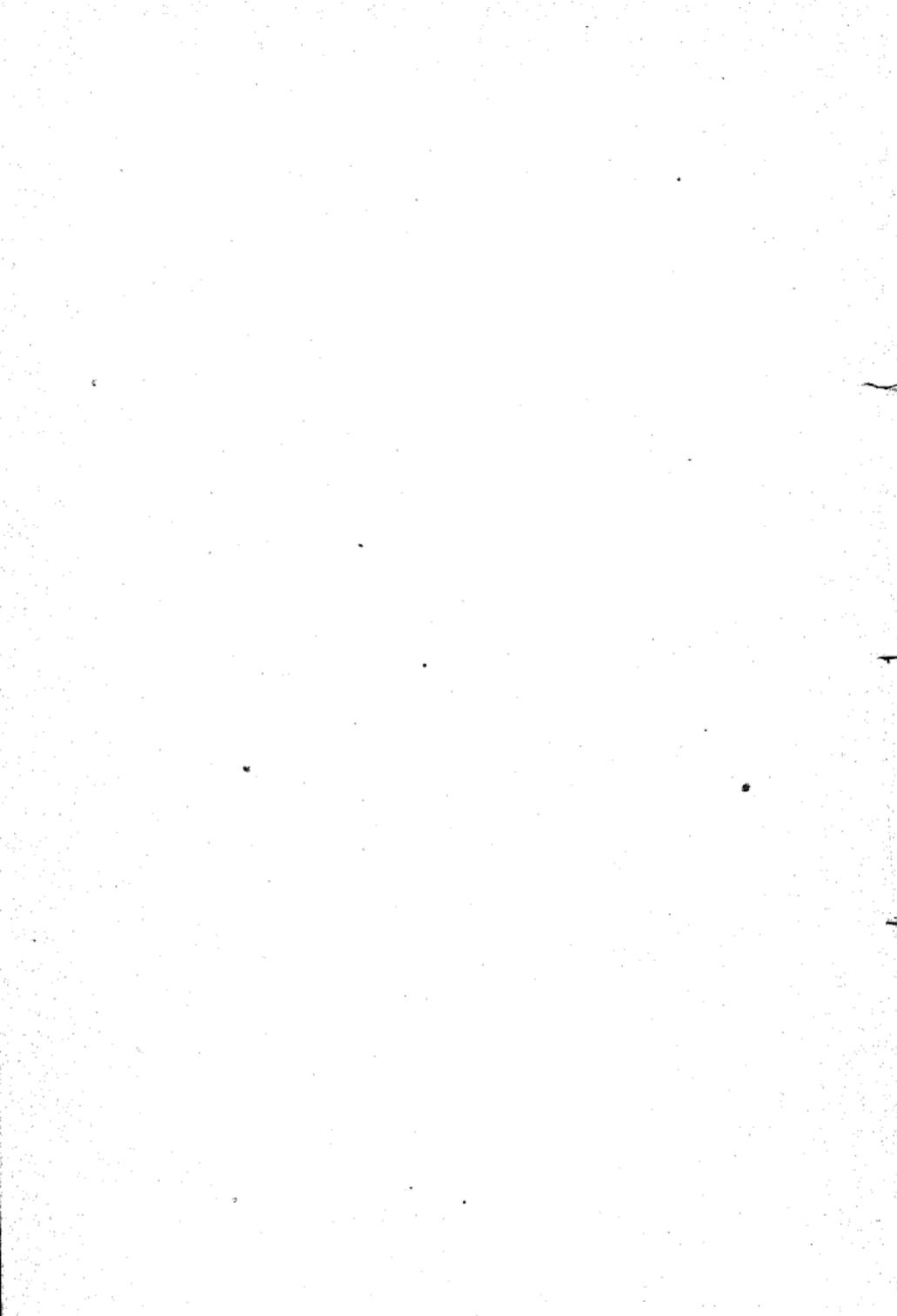
¡Oh querido amigo! aquel era para mí el día de las ilusiones; todavía erraba mi fantasía en tan contrarios pensamientos, sin saber cuántas horas de la noche habrían corrido, cuando tuve otra aparición no menos extraña que la primera.



# ARTÍCULOS.



EL PARAGUAS.





## EL PARAGUAS.

---

**H**A estado Vmd. alguna vez en el *Triunfo* de Granada?

—No, señor.

—El *Triunfo* es una plaza inmensa, ó por mejor decir, un campo rodeado de casas, mezquitas y feos á la verdad, pero entre las cuales sobresalen el convento de Capuchinos, el de Mercenarios y la Plaza de toros. También se ve del Vira, ó del Elvira, la salida al camino de Andalucía y las graciosas colinas que forman el fondo de un cuadro sumamente pintoresco.

—Ya sé lo que es el *Triunfo* de Granada. Ahora quisiera saber qué relación tiene la descripción que acaba Vmd. de hacer con el paraguas.

—Ya lo sabrá usted: en este sitio, y no me acuerdo en qué año, pero el año es lo de menos, se puso un magnífico castillo de fuego,

costeado por los comerciantes del Zacatín, en celebridad de no sé qué nacimiento. La función debía empezar á las ocho de la noche, y el aparato ofrecía una magnífica reunión de cohetes, ruedas, fuegos de Bengala, estrellas, soles y transparencias.

A las seis de la tarde ya estaba el *Triunfo* lleno de gente.

El tiempo había sido hermoso todo el día; sin embargo, á eso de las siete menos cinco minutos empezaron á verse algunas nubes; y á las ocho, justamente cuando el polvorista tenía la mecha en la mano é iba á dar principio á la diversión, empezó á caer un aguacero tan fuerte y tan continuo, que los concurrentes sólo pensaron en buscar abrigo y guarecerse del inesperado diluvio que había agitado la fiesta.

Allí no hay árboles, ni pórticos, ni cosa que se le parezca.

La gente se apiñó junto á las casas, y se tuvo por muy feliz el que pudo lograr colocarse bajo el ala de un tejado ó debajo de un balcón. Los que se hallaban en este caso formaban una línea junto á las casas de aquel vasto circuito: otros infinitos acudieron, aunque tarde, de modo que en dirección paralela á esta fila de secos había seis ó siete filas paralelas de desventurados que recibían las inclemencias del cielo, y se apretaban y oprimían como si creyeran hallar elasticidad en

los que recibían sus arrempujones y codazos.

Entre los que habían conseguido el favorable patrocinio de un ala de tejado, se hallaba D. Timoteo Pantoja, el cual hubiera podido ceder su lugar á otro, puesto que había traído consigo un hermoso paraguas de tafetán de Francia, carmesí, de cuyo instrumento no podía hacer entonces ningún uso: sin embargo, D. Timoteo era un hombre muy sensible y se compadecía sinceramente de las pobres señoras que se habían puesto lo mejor del cofre, y cuyas galas iban convirtiéndose poco á poco en trapos inútiles.

«¡Qué de pesos duros tirados á la calle!—decía entre sí.—¡Cuánto trabajo y cuánto tiempo se habrán gastado en economizar las sumas que han costado tantas mantillas, tantos velos, tantas pañoletas! Pero ¿cómo ha de ser? Si no hubiera esos accidentes, las ganancias de los mercaderes y de los fabricantes no serían considerables. Así van las cosas de este mundo. Para que los unos rían, es preciso que otros lloren. Bien dice Séneca en su epístola.....»

No bien había concluído su cita, ó por mejor decir, todavía no la había terminado, cuando sus ojos se fijaron en una joven de bella presencia, que estaba fuera de todo amparo, y que habiendo tenido la precaución de quitarse un rico velo negro, de encaje de Francia, y envueltolo cuidadosamente en un pañuelo de

Holanda, se lamentaba de su cautela, pues el pañuelo y el velo estaban hechos una sopa. Mi D. Timoteo, que de todas las desgracias humanas, las que más sentía eran las que molestaban á las mujeres bonitas, hizo cuanto pudo por salir del estrujón en que se hallaba, y venciendo mil obstáculos y recibiendo mil insultos, pudo al fin desplegar su paraguas y extenderlo sobre la mojadísima doncella. Ésta, que no aguardaba tan oportuno socorro, le dirigió una mirada de gratitud y una sonrisa de benevolencia: mas los vecinos que, de resultas de la evolución de D. Timoteo, recibían más dosis de agua que la que les correspondía, empezaron á murmurar y en seguida á incomodarse, y por último á gritar contra el paraguas, contra D. Timoteo y contra su protegida.

El bueno del hombre, viendo la nueva borrasca que le amenazaba, dijo á su compañera que sería mucho mejor salir de allí, ya que el tiempo no tenía trazas de ceder, y que si le permitía la honra de acompañarla á su casa, evitaría todos los inconvenientes que la rodeaban en aquel momento. La joven condescendió gustosa, mucho más cuando echó de menos á su criada, que se había extraviado en el bullicio. Don Timoteo le dió el brazo derecho por estar lastimado el izquierdo, y procurando colocar el paraguas de modo que preservase á ambos del aguacero, se puso en ca-

mino por la calle de Elvira, lamentándose amargamente de que no hubiese en Granada coches simones como en Madrid, tan útiles en semejantes coyunturas.

Al llegar al Pilar del Toro, la compañera, observando que D. Timoteo andaba con alguna dificultad, y que tenía el pie derecho, poco más ó menos, en la misma disposición que el brazo izquierdo, le dijo que agradecía mucho su favor, pero que no le permitía pasar adelante, pues vivía junto á la Alhambra y todavía quedaba un trecho considerable.

Don Timoteo era demasiado cortés para no concluir la obra que había empezado; así que sin darle oídos, siguió acompañándola hasta su habitación.

En ésta fué presentado por la joven á sus padres, los que estaban con mucho cuidado por su tardanza, y no sabían cómo expresar su agradecimiento á hombre tan atento y compasivo; le suplicaron descansase un rato, lo convidaron á refrescar, y tomó el sombrero y el paraguas para irse. Hubo aquello de: «He celebrado mucho esta ocasión..... Esta casa está á la disposición de vuestra merced..... Siempre que Vmd. guste favorecerla.....»

Durante la visita, D. Timoteo supo que su hermosa compañera se llamaba Rosalía y que su padre era un abogado con pocos pleitos, pero honrado y virtuoso. Rosalía, por su

parte, observó que aquel caballero era tuerto del ojo izquierdo, que representaba tener cuarenta años, que era amable é instruído y que podía pasar por buen mozo, si no fuera por aquellas ligeras imperfecciones.

Don Timoteo volvió á su casa muy resuelto á poner sus pleitos en manos del padre de Rosalía, no tanto por el buen concepto que había formado de su sabiduría, como por tener frecuentes ocasiones de ver y hablar con una persona que empezaba á interesarle. Durmió poco aquella noche; se levantó temprano, y á la hora regular pasó á casa del licenciado con un mozo cargado de papeles.

Á esta segunda visita siguieron otras, en las cuales Rosalía acabó de triunfar del corazón de D. Timoteo; pero aunque enamorado, era tímido y circunspecto, de modo que pasaron tres meses sin que se atreviese á declarar su atrevido pensamiento.

Al fin, un día, la halló sola y no pudo contenerse.

—Señorita—le dijo—¿quiere Vmd. tener la bondad de permitirme que le cuente la historia de mi vida?

—Tendré mucho gusto en ello—respondió Rosalía.

—Es muy curiosa—continuó el amante—siquiera por la parte que han tenido los paraguas en todos mis sucesos.

Siendo de edad de ocho años entré una noche en un cuarto á obscuras, donde mi padre había puesto á secar un paraguas que estaba tan mojado como el mío en la noche feliz de los fuegos del *Triunfo*. Tropecé con él y tuve la desgracia de que entrase una ballena en el ojo que me falta y que perdí después de una larga y penosa enfermedad.

Doce años después, yendo una noche por la plaza de Vivarrambla con mi paraguas extendido, porque empezaba á lloviznar, pasó un oficial con una señora. Iban á un baile y estaban vestidos con todo lujo. No habían tenido la misma precaución que yo, y la señora se quejaba del tiempo y del mal estado en que iban á ponerse sus galas. El oficial se acercó á mí y me pidió el paraguas: yo se lo negué y él me desafió. Al día siguiente nos dimos de estocadas, y una que recibí en el brazo izquierdo me lo ha dejado casi inútil para toda la vida.

Pasé á Madrid y me aficioné á caballos. Compré uno algo asustadizo y lo estrené un día en que el cielo amenazaba. Al pasar por la Plaza Mayor empezó á llover: una manola que tenía un puesto de manzanas desplegó un enorme paraguas de hule que servía para el puesto y para la persona, á cuya vista el caballo se asustó y me tiró por las orejas. Caí en la mesa de las manzanas y me levanté con el pie

roto. Me lo curaron mal y he quedado cojo.

—Fuerte cosa es—dijo entonces Rosalía—que los paraguas hayan ejercido tan funesto influjo en la suerte de Vmd.

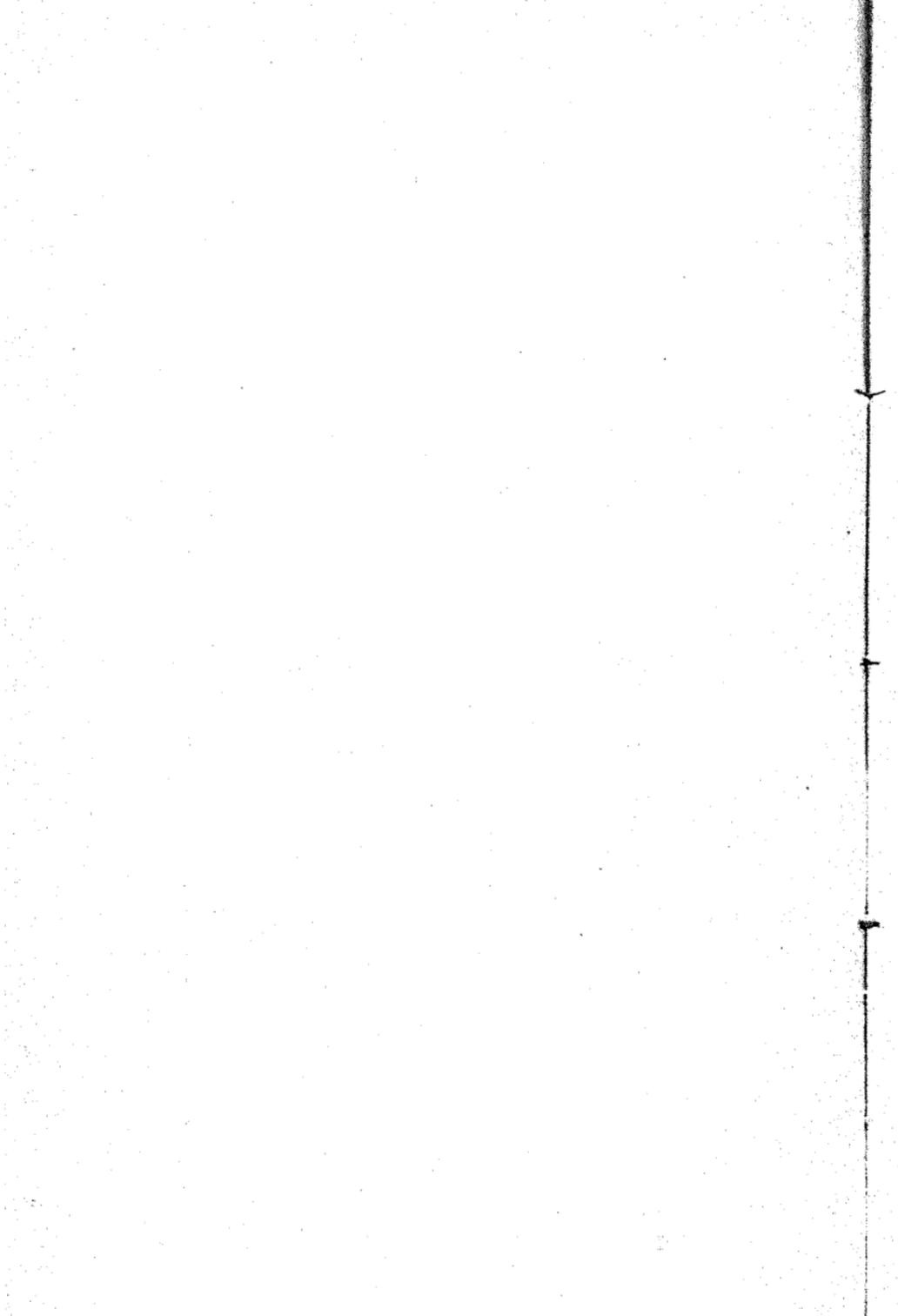
—¡Funesto!—respondió suspirando D. Timoteo.—De Vmd. depende que toda la dicha que puedo gozar en este mundo traiga su origen de un paraguas.

Rosalía bajó los ojos y se puso encarnada. Don Timoteo se explicó con más claridad y obtuvo el *sí* deseado.

Pocos días después recibieron la bendición nupcial, y aunque el suegro le perdió casi todos los pleitos, él se dió por muy satisfecho, habiendo debido su ventura á lo que hasta entonces le había proporcionado tan malos ratos.



EL NATALICIO  
Ó EL DÍA 27 DE ABRIL.





## EL NATALICIO

Ó EL DÍA 27 DE ABRIL.

---

**E**L sol ascendía por la escala magnífica de oro que da vueltas por las bóvedas del cielo, recorriendo así la encantada mansión de Tauro. Llegó al séptimo de los palacios de cristal que dividen por iguales partes aquellos confines, y en cuyo pórtico, asomando el Dios sus luces, forma el día orbes que giran bajo su obediencia. La Aurora lo aposentó en la luminosa estancia, y las leves Horas le revistieron las ricas vestiduras que señalaban aquel día. Tejidas estaban con hilos de ópalos y beriles, y con el vellón azul y rojo que se desprende de las bandas celestiales del Iris. Soberanamente hermoso parecía adornado de tales túnicas, libre ya del manto ne-

buloso y de desmayado matiz que en los otros Alcázares le presentaran los hijos de Marzo y las brisas del Norte.

En este día se ostentaba con el lujo mágico de celajes y sonrosados vapores de una mañana de primavera. Abril le acompañaba con su séquito de frescas auras y cefirillos, no de otro modo que como vasallo que custodia á su señor hasta lindes comarcanas; y Mayo, envuelto en su librea de flores y meciéndose en su solio de aromas, se adelantó aun fuera de su imperio para hacer también más fina salva á su Soberano.

Congregado bajo el diáfano techo del séptimo Palacio lo más hermoso del cielo y de la tierra, se dieron aquellas deidades mil plácemes y parabienes con más cordialidad que la que prometía tanta grandeza. Algún secreto placer animaba aquel recinto; los ormeses y sedas flotaban en flámulas y alfombras por los atrios y balcones del Día, y las liras eólicas y las arpas celestes, pendientes en hilos de delgado viento, respiraban armónicamente el aliento del Favonio.

Gozando tanta dicha todos, ninguno cuidaba de explicar cuál fuese la ocasión de tanto festejo, perdiéndose cada cual en imaginaciones y desvaríos; pero el más lindo de los amorcillos, que con bengala de oro capitaneaba la turba de sus hermanos, subió á una pilastra

corintia, y con gentil despejo relató la historia donosamente y á maravilla.

Contó, pues, que aun no eran cinco lustros cumplidos en que de aquel propio Palacio, morada del mismo Día, nuncia del verano como Diosa, y llevada en alas de la vida, había descendido á la tierra, con la estación venturosa, la Diosa de la Juventud, la gentil Hebe, la estrella, en fin, y la más hermosa del Olimpo. Añadió que saltando en los verjeles del Tívoli, había vuelto su esplendor y su gloria al país más delicioso de la Italia y que después, por alto misterio, de más alto numen premeditado, venido había á la región de los jardines Tartesios, donde moraba feliz y adorada á orillas del Tajo, derramando más consuelos que perfumes los claveles y azahares.

Al oír estas palabras aquel senado de Dioses volvieron los ojos á la región de Hesperia, y vieron en un punto de ella otro caso tan extraño por cierto, como el que ellos representaban en los países etéreos: vieron, pues, en el cerco de esmeraldas de Aranjuez, las deidades campestres congregadas también en el asiento de más frescura y más delicioso de aquel imperio de Flora. Faunos, Ninfas y Driadas formaban un circo, en cuyo centro aparecían las deidades de más autoridad, distinguiéndose singularmente las que presidían aquellos recintos en las fuentes, asilos y templetos que

allí elevara la magnificencia de dos orbes.

El Padre Tajo llenaba el solio principal, y durante la sesión de aquellos Estados, las enramadas, las flores y las fuentes podían gozar de entera libertad, exentas de la vigilancia de sus superiores: aquéllas las disfrutaban ciertamente á manos llenas, jugando locamente entre sí, y con los suspiros del aire; pero las fuentes, ya por discreción, ó ya por timidez, ni saltaban ni corrían; sin duda en ellas la naturaleza de la costumbre era en más fuerza, que lo solemne de la ocasión y lo plausible del Día.

Estaban, pues las deidades de los jardines acatando respetuosamente al copioso Tajo, que parecía, si bien como todo río coronado de juncias y espadañas, en este punto ceñido de *azucenas* y *siemprevivas*. La más severa disciplina reinaba en derredor, y para mayor seguridad alejó de allí á la turba que poblaba las lagunas y fuentes, y que Homero por una galana perífrasis llama *limnocaris* ó alegría de los estanques. A todo este escuadrón, por lisonjearlo, lo envió al monte Parnaso, aprovechando la ausencia de Apolo, para que cantasen á todo su sabor, librando así aquella ceremonia de su gárrula algazara; pero por vigilantes del orden les dió por guardas los caimanes y cocodrilos, que no admitieron de buen talante aquel recaudo.

Llenados, en fin, cuantos puntos de urbanidad eran de obligación en consejo tan ilustre,

el Padre Tajo preguntó con qué festejos se solemnizaba aquel Natalicio, si caro para los cielos, para España el más alto y feliz que vieron los siglos. Las Napeas y los Sátiros, á tales razones, se mezclaron de pronto en danzas y bailes, blandiendo sus sistros y sonando sus címbalos, manifestando de tal manera que hay cosas que son más para sentidas que para explicadas.

El Padre Tajo volvió á poner silencio, y requirió á Apolo que dijese ó cantase lo que se le alcanzara en semejante festejo; pero aunque los Faunos que hacían de Heraldos y Maceros pusieron todo su conato en hallar al Dios, no lograron su intento, hasta que algunos del concurso, volviendo los ojos al cielo, se encontraron que en el Palacio de aquel Día, sentado en su trono de diamantes y hogueras, miraba placenteramente cuanto pasaba en Aranjuez.

Entonces el Presidente Tajo, considerando que no sería del caso turbar al Dios en tan altas funciones, mandó al Cisne (que de su fuente había venido también á los Estados), que á fuer de sustituto cumpliera con los deseos del divinal concurso. El Cisne, que en su nuevo oficio de dar agua casi había olvidado el arte de modular sus acentos, quiso excusarse modestamente; pero al fin hubo de resignarse y casi improvisó los siguientes versos, que Mnemosina apuntaba en una vitela orlada de flores:

## ROMANCE.

*E*Strella del cielo hispano,  
 Tan Reina por tu hermosura,  
 Cual por los timbres y glorias  
 Que cubren tu regia alcornia;  
 Sal al prado y huella el césped,  
 Enlazado en verde juncia,  
 Entre ye*MAS* florecientes  
 Bañadas de *HERMOSA* lluvia;  
 Á la orilla *CRISTALINA*  
 Sal, donde el Tajo murmura,  
 Tan cercada de esplendores  
 Cual en noche azul la luna;  
*QUE* á tu luz huirán las nieblas  
 Á las cavernas oscuras,  
 Pues si no brillan tus soles  
 Su cetro el Abril no empuña.  
*DEL SOL*o fulgor que arrojan,  
*LOS* cielos se desanublan,  
 Florece el *RAMO*, y en gozo  
 Cambias desma*YOS* y angustias.  
 Esos bermejós son *ROJOS*  
 Que en tus mejillas deslumbran,  
 Son los puros arreboles  
 Que de Mayo el reino anuncian.  
 Y *DI SI* los *PARABIENES*  
 Que en torno fausto se escuchan  
 Á Ti son, oh Primavera  
 De las hispanas venturas;  
 O *MAS* bien si al mes florido  
 Tales riquezas tributan,  
*EN* verle mudar abr*OFOS*  
 En flores jaldes y rubias:  
 Mas de galas tan pomposas  
*QUE* Mayo ni Abril presuman,

Que donde hay deidad más alta  
Las otras feudos renuncian.  
El primor de los verjeles,  
Los besos del aura pura,  
*EL* claror de los estanques  
Hirviendo con *ALBA* espuma,  
La madre selva que al tronco  
*CON* dulces lazos se anuda,  
La *LUZ*ida mariposa  
Que en *DIVIS*a azul circula;  
Todos *NAD*an *EN* contento,  
Libres de *SU*stos y dudas,  
Que donde tú resplandeces  
*NA*ce el bien y el mal se oculta.  
De *TAL* manera á los ojos  
Malignas las *FLOR*es burlan,  
Que guardan para tu fiesta  
*NA*CIENTE gala y frescura.  
Entonces saldrán los lirios,  
Y el azulado nenúfar,  
Imitando en sus matices  
Los de tu real vestidura;  
Mas las rosas y azucenas  
Que no aspiren ya más nunca  
Llegar al carmín y albores  
De tu angélica figura,  
*ES* de *TI*, el lluvioso arco  
Que al cielo en iris circunda,  
La más *AMOR*osa imagen  
De gloria, paz y fortuna,  
*PreDECIR* la bienandanza  
Que en ti la España asegura  
Es de inmortal siempre *VIVA*  
Contar las pomposas puntas.  
Acaso (fausto presagio  
Que en lo *QUE*ce á mi fiel musa),  
Otra vez tu casto seno

Júbilo mayor anuncia;  
 Y el raMO de blancas lises  
 Que á heRIR el éter se encumbra,  
 Espera en viril retoño  
 Por ti, su estirpe segura.  
 Y si POR la hermosa estrELLA  
 Te adoramos cual ninguna,  
 ¿Qué será dando el lucero  
 De las fragosas Asturias?  
 Los ALTos lauros, la IVA,  
 Las sortijas, nobles justas,  
 Amores fiestas, cual HOY.....  
 Aun poco será en tal FURA,  
 Mi mente así ya haLAGada  
 Cual nave impelida sulca,  
 Los espacios, que aun el Tiempo  
 No holló con su planta impura;  
 Y desde HISPAL, que manda  
 En las bandas andaluzas,  
 Hasta la yerta NAVarra  
 Que á España con riscos mura,  
 En tu alabanza y tu gloria  
 En inGENTE grito, juzga,  
 Oírte aclamar por siempre  
 En las celtiberas turbas.

Siguiera el Cisne el canto, que todos escuchaban, á no ser por aquel cupidillo capitán, el de la bengala de oro. Este, interrumpiéndole, le dijo:

«¿Dónde vas á dar con tus ficciones y ambages? tú y los de tu bando siempre anteponeís la curva á la línea derecha, y antes de hablar de *Cristina*, preciso ha sido oírte hablar de Primavera, flores, céfiros y arroyuelos. Pues

sabe, que aquí no se sufren hoy alabanzas sino para ella, y vas á ver que fortuna tienen tus versos por separarse de esta pauta.»

Esto diciendo, sacó el papel de las manos de Mnemosina, é iba á romperlo despiadadamente, cuando echando los ojos en él vió (raro prodigio), que todo el canto del Cisne, escrito con cifras en la rica vitela, se había convertido en las siguientes estancias:

Es más hermosa Cristina  
 Que del Sol los rayos rojos,  
 Y disipa más enojos  
 Que el Alba con luz divina.  
 En su natal floreciente  
 Es tibio amor decir ¡viva!  
 Que morir por ella, altiva  
 Hoy jura la hispana gente.

Al concluir la lectura, todo el senado exclamó en vivas y gritos de alborozo, respondiendo en coro las deidades que en el cielo medían el Palacio del Día. Los Faunos y las Ninfas volvieron á enlazar sus danzas, y los verjeles de Aranjuez resonaron con más festejos, sin haber divinidad que no tomase parte en ella, y hasta Ceres, que tanto tiempo ha que dejó aquel ámbito encantado, se dice que se halló en tanta solemnidad.

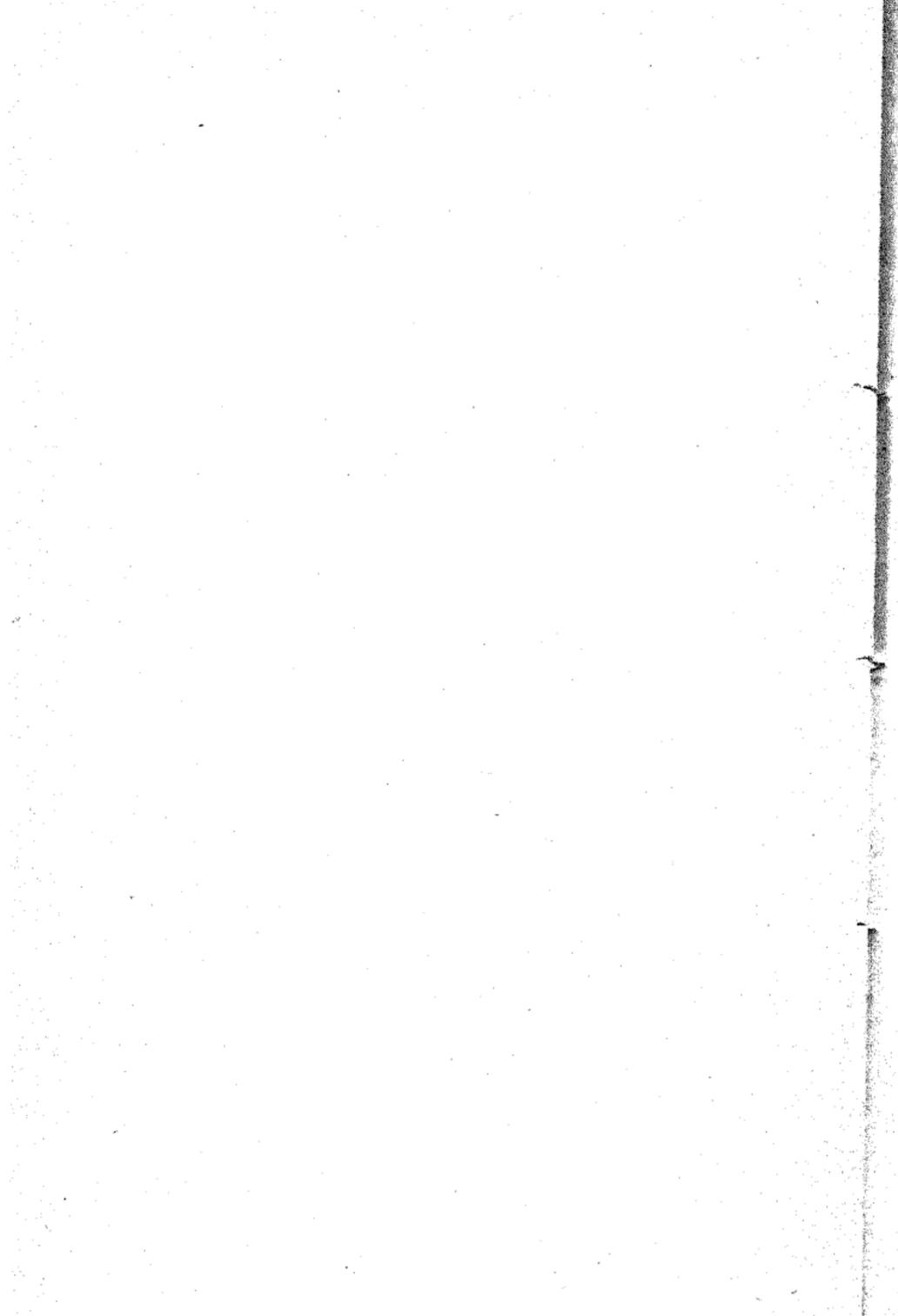
A ejemplo de aquel mudo príncipe de Lidia, á quien la fuerza del sentimiento hizo prorrum-pir en bien concertadas razones; las fuentes,

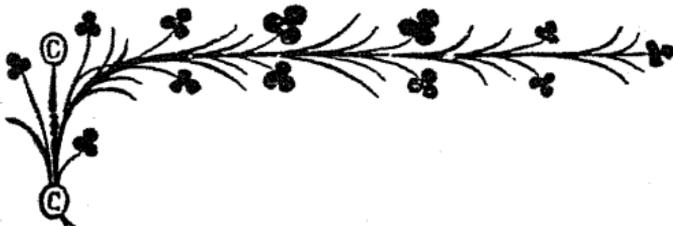
caños y surtidores de Aranjuez, á pesar de su agotada vena, se dejaron arrebatados también de tanto entusiasmo y comenzaron á lanzar columnas y hermosas palmas de agua, remedando con la luz del Sol los vapores del amanecer y las plumas brillantes del ave del paraíso.

Ya en este tiempo el pueblo se mezclaba placentero por las calles de árboles del Sitio, las salvas sonaban y las carrozas discurrían llenas de luces de pedrería. Entonces, por no ser turbados en sus misterios, cada deidad voló al ministerio suyo: las Ninfas á las grutas, el Tajo bajo sus ondas, los Sátiros á las selvas, y el Sol subiendo en su carro partió para su diurna carrera, despidiendo al Abril y á Mayo á sus gobernaciones de flores y de aromas, mezclándome yo en las turbas para disfrutar del popular regocijo.



EL SOMBRERO.





## EL SOMBRERO.

---

### SU HISTORIA.

**D**ECÍA un sujeto, hablando de otro no muy buen sujeto, llamado *Homo*, que el hombre no era más que la unión de dos pirámides, conjuntas de cierto modo y por manera más ó menos gentil y esbelta, y tomada y engarzada con más ó menos gracia por la región abdominal. Saludando yo á esta señora con la reverencia que merece su importancia, en los tiempos modernos, por ser el solaz de los panzas, panzoquis y pancistas, no pienso por ahora ni investigar sus profundidades, ni rajear sus costas, calas caletas, ancones y ensenadas.

Queda la tarea para ocasión más propicia, pues no hay plazo que no se cumpla, á cada puerco le llega su San Martín, poco á poco hilaba la vieja el copo, y un día tras otro,

caballo se vuelve el potro, y dar tiempo al tiempo es la mejor resolución que recaer puede en todo suceso humano, aun antes de los tiempos de Calderón y Lope de Vega. Tratemos, pues, únicamente de las cúspides ó ápices de estas dos pirámides conjuntas.

Por el inferior se pone la máquina en contacto con el planeta Tierra, y este ápice (en gallego, pezuña) es el instrumento de la ambulación, del progreso y del movimiento, y es seguro que si las extremidades digitales adquiriesen fuerza vegetativa, como la tomaron ayer de mañana los lindos pies de Danne, nos veríamos trocados en los árboles que tanto abundan en España y que producen el corcho y las camuesas.

Tampoco entra en mi magín hablar de la cubertura, adorno y galas que han definido y adornado de siglo en siglo á estas extremidades humanas. La cálcea, la sandalia, la cáliga, la abarca, el borceguí, desde el trágico coturno hasta el chanclo, y desde el chapín recamado y bordado hasta el alpargate de los próceres de vericueto, merecen tratados especiales, que han de decir mucho á nuestros académicos y entendidos.

Mi propósito y el blanco de mis pensamientos, garzotas de mi inteligencia, es mucho más encopetado, y allá se va al pináculo del ser humano, testa ó cabeza, como el águila á los

riscos más encumbrados de los Pirineos, si es que no asalta y escala las regiones de los aires y de la luz. Cabezas y más cabezas, y ya que por ahora no se trata de su división y del cercén, hablemos al menos de su aparato, ornamentación y sombreado.

Dice Poza, autor que no ha escrito ni de Administración ni de Gobierno representativo (un pobre menguado), que los antiguos españoles, si llevaban desnudos los pies, ostentaban descubierta la cabeza, y que rebujados de un sayo ó túnica más ó menos larga, ocupaban la mano con una azcona, y eran terror de las alimañas del bosque, espanto de los cartagineses y romanos.

El subsidio industrial en aquellos tiempos no haría gran caudal con el impuesto de los sombreros y maestros de obra prima, y como todo se compensa en esta bola redonda que se llama mundo, deben consolarse estos industriales, si ahora es grande su gabela, con lo poco que pagaban antaño sus antepasados de oficio: nadie dudará que aquí hay equilibrio, como en el ingenioso mecanismo el equilibrio de los poderes, y en política el equilibrio de Europa: todo verdad, y verdad á macha martillo.

Volviendo al susodicho Poza, diremos que su relato se confirma con la inspección de las medallas antiguas españolas. Ellas represen-

tan siempre, ejemplo, las de BÍLBILIS, Elmántica y otras muchas, sendas cabezas de rostro feroz y con el cabello hÍspido, áspero y revuelto, señal cierta de sufrir incesantemente las escarchas é intemperies. Acaso por ello las designan los antiguos con el remoquete de *cabeza bárbara*, contraponiéndolas, sin duda, á las que, acuñadas en países de más civilización, si ofrecen cabezas descubiertas, ó ya se representan con adornos, ó ya con el aliño que permite una cabellera cubierta y sombreada. La deducción lógica, inflexible y cerrada, como pie de mulo, que sale de estas premisas, es que el llevar la cabeza con tapadera es un signo de alta civilización; creer, creer en ello, y vengamos á cuentas de la reforma y traza que ha de prestarse á esta tapadera.

Los accesorios de cabeza, ó son visibles ó invisibles: los de esta última clase se encomiendan exclusivamente á la más linda parte del género humano, y no hay para qué hablar de ellos. Los accesorios visibles, ó son para la defensa, ó para la comodidad, ó para la burla y el escarnio.

El héroe, el falangista, el legionario, y después el caballero y el hombre de armas, usaron la gálea, el casco, el morrión, el capacete, el yelmo, la capellina, la borgoñota, y también el bacinete: *flectate genua*; y pudiendo cada cual dar su preferencia á estas vasijas mi-

litares, pasemos á los de otra traza y menester.

Los latinos ya conocieron el *galerus*, cuya etimología no es fácil deslindar, sino es que digamos que tomaron el nombre con el tocado que pudieron usar los antiguos galos; pero, de todos modos, ello es que tal palabra la hemos traducido siempre por la voz sombrero, desde el Pirineo para acá. Sin embargo, en cuanto á la traza, figura y materia de su engendro, ha habido gran diversidad y gran variedad, si no contraposición y contrariedad.

Pudiéramos decir que los primeros retratos en que vemos el sombrero, cubriendo la cabeza de personas de grande autoridad, son los de Carlos V y Felipe II; pero sin duda que Ticiano y Pantoja hubieron de tener otros modelos, autorizados, sin duda, por el uso, no sólo de clases enteras, sino de pueblos, ó acaso de toda la generación que los rodeaba.

Si al principio este tocado se recogía en los límites de una figura graciosa, adornado acaso con plumas, con caireles, y tal vez con cintillos y gervillas de gran precio, pronto la comodidad ó el capricho les fué ampliando las faldas, hasta ofrecer por su anchura resguardo al sol y amortiguamiento á la luz vívida de los climas meridionales, hasta configurar el ancho sombrero de faldas. Nuestros soldados, singularmente los mosqueteros, adoptaron este uso desde luego. Los coseletes

y picas secas siguieron usando del morrión y capacete, pues teniendo que habérselas cuerpo á cuerpo con el enemigo, por fuerza habían de procurar mayor defensa. Los mosqueteros, por otra parte, agobiados con el peso de su arma, con el embarazo de la horquilla, con el frasco del polvorín y con cuarenta ó cincuenta tiros de bala, era fuerza darles algún alivio en el grave peso que sustentaban. Además, si hubieran usado el morrión ó borgoñota, siendo todos de estatura más que aventajada, hubieran ofrecido blanco y punto de mira seguro para los arcabuceros ó tiradores de la trinchera ó barbacana. Los mosqueteros, pues, y arcabuceros hicieron suyo el sombrero.

Á poco, el desenfado y la gentileza creyeron que el sombrero gacho ofrecía á la vista poca resolución y como aspecto monjil, y remangaron el ala ó falda anterior, apuntándola á la copa, poniendo allí las plumas, signos del caballero y la soldadesca, ó fijando también allá la pedrada ó escarapela. Andando el tiempo, y tomando en esto iniciativa la moda francesa, se recogió el ala posterior, y se bosquejó ya el sombrero tricornio, que se hizo general en toda Europa. Sin embargo, en nuestra España se admitió este uso con gran parsimonia, y en los figurines de los libros militares de principios del siglo XVIII se ve siempre á nuestros soldados usar del sombrero de faldas, siendo éstas

más ó menos dilatadas, y la copa más ó menos prominente.

Después, imitando también el uso francés, se adoptó el sombrero apuntado, si con un espetón por la parte delantera, con un espeque ó cosa semejante por la parte trasera. Ora, y esto lo hemos visto en nuestros días, se elevaba el sombrero en figura de alzada de arco iris, ó bien se dilataba y extendía como parábola elíptica. Hablando, en verdad, históricamente, ésta es la traducción genuina del sombrero militar, que fué el peculiar de este país por mucho tiempo.

Todo el mundo sabe que el motín contra Esquilache motivó el que se promulgase cierta pragmática en contra de este tocado nacional, obligando á rústicos y cortesanos, á nobles y plebeyos, á que hubiesen de usar el sombrero apuntado, llegando á tanto la puerilidad administrativa de aquel tiempo (la Administración en ciertas manos es ridícula), que se exigió en el circo nacional, plaza de toros, que hubiesen de trocar chulos y banderilleros la gentil y donosa monterilla por el sombrero de los notarios y curiales.

En Madrid exclusivamente no se usó de más tapadera para la cabeza de manolos y chisperos que del sombrero apuntado, por más de ochenta años, y aun todavía recordará la gente razonable de cincuenta á sesenta años

de edad el último manolo, que, habiendo figurado con valor en el heroico día 2 de Mayo, paseaba con cierto énfasis su capotillo de poco vuelo, sus botines vaquerizos con ojetes y sin ojiles, y su sombrero de la dicha traza, por esas calles de Madrid, llevándose tras sí los ojos de los que encuentran verdadero patriotismo en la conservación del traje, costumbres y usos de los antepasados. Lamento sobremanera no recordar el nombre de este patriota palentrín, sin embargo de que, por gozar de sus chistes y relatos (había sido cochero simón y acomodador de teatros), vacié con él algunos vasos de aquel ingrediente en la alojería que no há mucho tiempo se miraba en la Red de San Luis. Séale (hablo del buen manolo) la tierra ligera, mientras puedo compulsar su retrato y escribirle su heroica y patriótica biografía.

Si en la anterior hemos dado la filiación y prosapia del sombrero de faldas, en la presente nota daremos algunas puntadas, como si fuéramos sombrereros, al sombrero catite, pan de azúcar ó pandereta.

Los caballeros y gente hidalga, cuando paseaban y andaban de rua, no úsaban todavía el sombrero á la usa moderna, sino que traían en la cabeza un tocado á que llamaban gorra, lisa y llanamente, con más ó menos adornos, privando en Sevilla por mucho tiempo, á principios del siglo xvi, lo que llamaban go-

rra amacarronada, porque en toda su redondez servían de orla, por manera de realce y relieve, unos canelones de oro, brocado ó materia menos curiosa, según la riqueza del individuo, figurando aquella pitanza napolitana.

Aunque no sea del caso, diremos, sin embargo, para aguzar la curiosidad de los que lean este artículo, que por aquel mismo tiempo, es decir, á mediados del siglo XVI, escribió un diálogo asaz curioso y lleno de chistes, entre la gorra y la cabeza, uno de los ingenios más esclarecidos de aquella esclarecida época, casi ignorado, como todos ellos, y que entre sus muchos versos compuso los mejores madrigales que se conocen en todos los idiomas modernos. Este ingenio fué Gutierre de Cetina, que, yendo á morir á Méjico sin hacer ganancia á aquel país recién descubierto, causó pérdida irreparable en las letras de la vieja España.

Aunque esta noticia no venga muy á propósito, no será del todo inútil publicarla, por si en aquel emporio de nuestras antiguas glorias aparecen versos y escritos que, por sus méritos y quilates que alcance, no será fácil atribuirles autor conocido que pueda imaginarse, ó sospechar al menos, que sean fruta de la pluma é ingenio de Gutierre de Cetina. Si el tiempo no estrechase tanto, no fuera mal llamante para esta sarta de vidrios el buscar este

opúsculo é insertarlo íntegro por patena y por joyel; pero adelante con calzones de ante y punto redondo como un huevo.

Esto no embargante, vamos á insertar á continuación lo que hablaban del sombrero en época anterior, es decir, á principios del siglo xvii, nuestros ingenios de España y Lusitania.

En el libro titulado *Corte en la aldea y noches de invierno*, que son diálogos de gran curiosidad y entretenimiento, dicen así los interlocutores, gente toda de discreción y de muchas letras:

—Lo que á mí me cansa —decía Solino en el diálogo 12 del dicho libro— es el quitar el sombrero, que me tienen de costas las buenas correspondencias lo que Dios sabe y yo siento, de forros y caireles, fuera del fieltro, y no me pesara saber de dónde tuvo principio este mal que padezco.

—El sombrero— respondió el doctor, uno de los interlocutores— era entre los romanos señal de nobleza y símbolo de libertad, y cuando la querían significar pintaban un sombrero, como se ve en las monedas de Claudio, de Antonio y de Galba. Y así, cuando daban libertad á los esclavos, les daban sombrero, como refiere Pierio Valeriano en sus Hieroglíficos, lib. xl, donde también afirma que los esclavos que se vendían por malas

costumbres y ruines partes que tenían, los ponían en almoneda con sombrero en la cabeza, en señal que su señor no le quería por esclavo ni le obligaba á fiar su mala naturaleza. De manera que el descubrir un hombre la cabeza y quitar el sombrero á otro, es confesarse por su esclavo.

Aquellos interlocutores proseguían su diálogo sobre los cumplidos y cortesías, sobre los besamanos, puntos todos que, si no extraños á nuestros propósitos, pueden excusarse, hablándose á secas del sombrero. Bastará observar que ya en aquel tiempo se ofendía la economía y el buen gobierno con los tocamientos y manoseos del sombrero por los saludos que el gentilhombre tributaba, á despecho ó de buen grado, al respeto, á la ceremonia ó la galantería, y eso que aquellos menestrales de caperuzas, tocados y capeletes daban mayor firmeza y tersidumbre á sus castores, fieltros y velludos.

Los catariberas y lindos D. Diegos de aquellos tiempos, si bien pagaban con largueza, pues había mucho metal precioso venido de la India, eran más escrupulosos que los currutacos y petrimetros de hogaño en esto de admitir los milagros del capeletero ó del alfayate. Pasemos en tanto el misal al lado de la epístola.

Si Esquilache logró desterrar el sombrero monumental de nuestras glorias, de las cabezas de los madrileños, no se crea por ello que este

capricho ministerial, entre afrancesado y gringo hubo de cumplirse simultánea y uniformemente por todas las comarcas de la Península. Por lo pronto en las provincias lusitanas se conservó, como tan apegadas á sus antiguos recuerdos, el uso del sombrero ibérico. Por la Andalucía, sobre todo por las tierras llanas de Sevilla, se conservó el mismo traje, singularmente por la gente de camino y de á caballo, y muchos en las ciudades, para hurtar el cuerpo á las estupideces de los corregidores y administradores, discípulos de Esquilache, si dieron de mano al antiguo sombrero, no adoptaron el tricornio ni el apuntado, y por término medio tomaron el uso de la montera con esta ó la otra forma, y empleando en ella desde el pardo hasta la seda más fina, y con los alamares, fleccs y caireles de más primor y gusto.

Desde la montera manchega hasta la sevillana, rondeña y de Málaga, militaba todavía más diferencia que la que puede haber entre un pardal lugareño y un mozo galán vestido con riqueza y boato. Los monteros se multiplicaron á las mil maravillas, y es fama que entre los muchos miles que formaban esta grey, en cada provincia y reino, no tomó jamás ningún apellido gringo ni gabacho. Aquél fué un gremio eminentemente español y patriota.

Hay más, y es que en los tiempos de la francesada no hubo ni un solo montero que se

ladease siquiera á los secuaces de los invasores. Fué un gremio, lo repetimos, eminentemente español, y por lo tanto ha decaído. En cuanto me busquen tres ó cuatro premios grandes de la lotería, he de fundar, á ejemplo de la capilla muzárabe de Toledo, una tienda de montero, aparte del objeto industrial que pueda haber en el caso, para contrariar constitucional y pacíficamente las influencias parisienses y de estranjis. Cabeza enmonterada está asegurada de incendios para las cosas francesas. Y á propósito de esto, y como por ser ya cosa olvidada, puede merecer patente de invención, allá va como desgarrada la siguiente décima salida al día siguiente de la batalla de Bailén:

Si con fleco en la montera  
 Y capote de alamares  
 Pensáis que no hay militares  
 De arrogancia verdadera;  
 Esta victoria primera  
 Os hará acordar mil veces  
 Que los que saben corteses  
 Cortejar, gastar el oro,  
 Mentir y matar un toro,  
 Saben vencer los franceses.»

En resolución, cuando ya se consideraba, si no olvidado, relegado al menos el antiguo sombrero á alguna gente de campo y á los picadores de la plaza, que nunca desmintieron sus castoreños, volvió poco á poco á irse rehaciendo la antigua usanza y á resucitar el som-

brero de faldas. Ya no se le conocía sino por el nombre de sombrero portugués, porque allí como en nuevas Asturias se había encastillado la vieja traza y corte sombreril, al adoptarle de nuevo se tomaba el apelativo del pueblo conservador; pero por la frontera del condado de Niebla hubo un pueblo que, á ejemplo de sus vecinos lusitanos, mantuvieron siempre viviente y rozagante el español sombrero. Este pueblo fué la villa de Calaña, que será de hoy más, no ya como museo, sino como relicario venerable de semejante tesoro, y desde luego comenzó á recibir el premio de su piedad filial, puesto que con sólo decir calañés, con eliminación de todo otro término ó palabra, ya se señala, se significa, y cualquiera se hace cargo de que se habla de un sombrero, lindo, cuco, airoso, acurrado y reuniendo en sí todas las condiciones de cómodo y con la gala y aseo del buen gusto.

Desde cuarenta años acá que comenzó á resucitar la antigua moda, las ferias de Mairena y Ronda han sido las exposiciones en que el calañés se presentaba anualmente con nuevas modificaciones, nuevos aditamentos, con ribetes, rapacejos, madroños y nuevas felpas, ya tendiendo el ala como gallo enamorado, y enroscándola como pichón en velera, ya empujando la copa como pan de azúcar ó como el casquillo de Monteagudo, ó ya redondeán-

dose y allanándose como la pastafloza que se llama teta de monja.

El sombrero chambergo necesita gala, adorno, gusto y buen corte. Los puritanos, hugonotes y cabezas redondas de Francia é Inglaterra, adoptaron el sombrero redondo, como queriendo echar en cara con tal simplicidad y sencillez á sus contrarios la profanidad y riqueza del vestido y del tocado. La restauración del antiguo sombrero no es nada menos que la revindicación del catolicismo sobre la reforma, y una victoria de las antiguas creencias en los tiempos modernos. Tanta importancia tienen en las ideas, las costumbres, los usos y los trajes.

Esto es bueno que lo sepa todo el mundo para que cada cual eche sus cuentas. Por lo demás, fuera bobería dejar y allanar la garita más ó menos limpia, que ahora nos encopeta por las calles, para dar entrada á una plasta de hule ó cartón mal embadurnada de cerato, que no de goma, sin pluma, gusto y riqueza. Sirva de admonición.

El estache, á esta palabra no se le puede dar origen conocido, pero no por ello es menos significativa y familiar entre la gente buena, es decir, entre la gente de escalera abajo, que es donde ahora se ha refugiado lo poco que queda del idioma castellano. Sin embargo, en los libros moriscos y aljamiados, se llaman estaches

ó estachas á las pjaras de cerdos como cosa inmundada y repugnante; y no fuera cosa insólita creer que por estache se signifique un sombrero llevado y traído, averiado, con repulgos de corte y otras lindezas por el mismo jaez, teniendo por bordes, cantos y sus cuatro vientos las tres cualidades heroicas de mugrina, lustrina y cochinchina, que por todas ó cualquiera de estas circunstancias, merece y llama sobre sí el dictado de estache, cualquier sombrero de mala traza, y que campeando después de sus primeras campañas en las cabezas de los cucos de café, mozos de billar y caballeros de industria, concluyen siendo la cimera de algún fosforero ó lazarillo de ciego.

*Chapeo.* Desde tiro de ballesta se conoce que es la misma palabra francesa, ó que la francesa es esta misma voz *chapeo*. Aunque el tiempo le ha dado mal aire y peor sonido á la clase de sombrero, que así se significa por figurar desde luego como de cartón ó de fieltro descompuesto, con abolladuras y más propio para espantar estorninos que para adornar la persona, no por ello es menos cierto que en otro tiempo era palabra autorizada y que determinaba y señalaba adorno y presea que indicaba autoridad soberana. Á los príncipes de Gerona, primogénitos de los reyes de Aragón, traían en señal de su primogenitura y por insignias de su inmediato derecho á la corona, el *cetno* y el

*chapeo*, como puede verse en Blancas, en sus juras y coronaciones.

Sin dudar en ello, se puede pensar que la ojeriza que de tiempos muy atrás estalló entre los franceses y españoles, hizo que toda costumbre, todo recuerdo y toda palabra que tuviese parentesco con las cosas de Francia, viniese á ser entre nosotros cosa de menos valer, si no de ojeriza; y el *chapeau* que traían los bearneses con su oficio de aguzadores de cuchillos y tijeras, y los gascones con sus silbatos de desturmadores de gatos y de perros, dió motivo y ocasión á que el *chapeo* perdiera su primitiva dignidad, bajando desde señal de soberanía, á significar toda reputación raetz y baladí, en cuanto al oficio, y en cuanto á la significación, lo más ridículo y digno de befa que puede darse en clase de sombrero.

Esta palabra es de origen marinero y maleante. La chistera por fuerza ha de tener más persianas, rendijas y celosías que una grillera; pues la cesta, que con tal nombre usan los pescadores y marineros para marinear ó llevar sus arreos de pesca y el fruto de su rebusca por la orilla del mar, tiene tal cualidad en grado heroico y eminente, y la figura ha de ser verdaderamente campanil y anchurosa por la copa, y aún muy bien pasarse de toda tapa ó techumbre, yendo el cocodrilo mirando de hito en hito al sol, ó recibiendo perpendicularmente

las goteras del cielo y los canelones de la ciudad.

Hubo un héroe marinesco en la ciudad de Málaga, llamado Francisco Covalea, cuya vida principió á ver la luz pública en meses pasados, y que andando el tiempo, y Dios mediante, ha de perfeccionarse su impresión, que llegó á poseer el museo más completo, más copioso y más variado que imaginar se puede en este ramo de curiosidades del tocado y del traje español. No fué tanto la muerte trágica de este héroe cuanto el descuido de la generación presente, á lo que debe atribuirse la pérdida de aquella colección interesante para la historia del arte, estudio del anticuario y modelo múltiple de la escultura y de los pinceles.

Goya, Alenza, Asensi y todos los que han inmortalizado sus lienzos con las escenas reales ó fantásticas de las escenas del mundo visible ó invisible, y que muchas veces han caído en la monotonía por no tener dechados á que referirse, ni originales que copiar, hubieran encontrado en aquella colección un número inagotable que explotar, si es que el mismo Covalea no le tenía de arquetipo universal para nuevas y nuevas invenciones, para inspiraciones cada vez más ricas, y siempre inimitables. A Covalea le faltó un Calot y un Teniers que le inmortalizara; y para consignar sus hechos y hazañas por escrito debería seña-

larse un premio por alguna academia de hombres curiosos y entendidos.

*Gavina.* La *gavina* es como colmena de fieltro ó paño á medio aderezar. Los aldeanos de Alava conservan el tipo de este colosal sombrero, y si entre aquellas espesas arboledas se ve moverse pausadamente y con singular cadencia una cosa opaca, adelantándose poco á poco sin descubrir ni rostro, ni guedejas, sino sólo como una masa informe, no se crea que es algún oso enamorado, ni vestiglo ó trasgo de la selva, sino que es meramente un sombrero colmena, una *gavina* disforme, que cubre y sirve de pórtico á las sienas de un honrado, si no hidalgo alavés.....

Suena la campanilla.

—¿Quién es?

—El cajista que viene por el original.

—Faltan todavía muchas cuartillas.

—¡El original! ¡el original! Que se va al ajuste.

Pero queda que discurrir todavía el alcataz, el cucurucho, la corozza, el sambenito y tantas otras cosas.

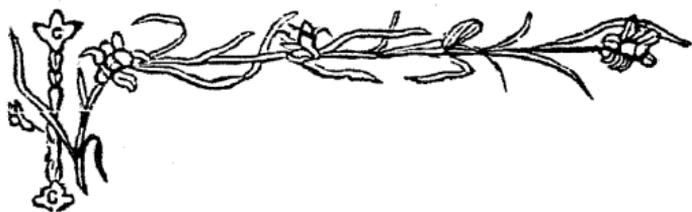
—¡El original! ¡el original! Que se va al ajuste.

—Pues allá va lo que se halla escrito, que en cuanto á los cucuruchos y corozas, desde mi guardilla las colocaré á quien de derecho se deben y están merecidas y disputadas.



**LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS.**





## LOS AMIGOS Y LOS CONOCIDOS.

---

UNA mujer de mucho entendimiento decía que un *conocido antiguo* valía mucho más que un *amigo nuevo*. Tenía razón, y el hecho siguiente lo acredita.

Un capitán de navío de la marina española, hombre de ilustre familia y de ánimo generoso, deseando tener una compañera que partiera con él sus dichas y sus males, pensó en dar la mano de esposa á una parienta suya, joven, pero desgraciada, que residía en un rincón de Castilla, viviendo de los productos de una hacienda limitada.

*Soledad* vivía en una situación á que cuadraba perfectamente su nombre.

Embaucada con las preocupaciones de una educación absurda, envanecida con lo ilustre de su alcurnia, é incapaz de sostener el brillo que creía inseparable de su nobleza, se había reducido á arrinconarse en su casa solariega, y

á no ver otras gentes sino aquellas cuya presencia no podía evitar. Sin embargo, este plan no es muy fácil de realizar en un pueblo pequeño, cuyos habitantes tienen entre sí continuas relaciones y frecuentes ocasiones de verse y hablarse.

*Soledad*, sin ser grosera, era reservada. Recibía á todos los que la visitaban; pero no contaba un sólo *amigo* en el pueblo: todos eran *conocidos*, y no más. La vanidad había trazado esta distinción.

La proposición matrimonial del pariente capitán de navío, fué recibida por *Soledad* como puede imaginarse el lector, que sabe cuánto partido saca el orgullo de su poderoso auxiliar el dinero. *Soledad* se figuró ya haciendo el primer papel en alguna capital, comiendo con el general, tratando con la gente de alto bordo, y colocada, por fin, en su elemento; mas cuando días después de la boda estaba haciendo los preparativos de su viaje, el capitán recibe la orden de pasar al Ferrol á tomar el mando de un buque destinado á una expedición lejana. El capitán fué de opinión que su mujer lo aguardase en el pueblo de su nacimiento, y aunque ella conocía cuán sensata era esta determinación, no se pudo someter á ella sin despecho.

Partió el capitán, y quedó *Soledad* en su antigua situación, con la única diferencia de que,

habiendo mejorado de fortuna, pudo dar algún oropel á su hidalguía. Los *conocidos* siguieron viéndola, y ella no sentía que fueran testigos de su prosperidad.

Así que lejos de tener á menos su trato, se les mostraba muy afable, aunque dándoles á conocer á cada instante que no eran más que *conocidos*, y que faltaba entre ellos aquella igualdad, sin la cual no hay amigos.

El capitán murió en la expedición, y dejó por única heredera de sus considerables riquezas á su viuda, la cual se consoló muy en breve de su desgracia, y vino á enjugar sus lágrimas á Madrid.

Apenas puso el pie en la capital, se halló rodeada de *amigos*. Por sus consejos tomó un cuarto principal magnífico: puso tertulia, echó carretela y se dió al torbellino de diversiones que abundan en las ciudades populosas, y que tanto embelesan al que por primera vez las disfruta.

Pasó un año, y *Soledad* creyó que había sido un mes. Su existencia era una serie continuada de recreos y placeres. Las visitas y el tocador ocupaban toda la mañana; el Prado, el Retiro toda la tarde; el teatro y las tertulias la noche, la cual no concluía nunca sin algunas horas de *monte*; diversión que habia adoptado *Soledad* en su casa, por dar gusto á sus *amigos*. Éstos no la dejaban un solo instante; comían casi to-

dos los días á su mesa; la acompañaban en el coche, y se deshacían en esmeros y atenciones cuando la daba el flato ó la jaqueca. Muchos de ellos llegaron á darle la gran prueba de amistad de pedirle dinero prestado; lo que ella agradeció infinito, dándose prisa á complacerlos.

Al cabo del año ocurrió en el pueblo de *Soledad* una de aquellas desavenencias que dividen las familias, y que terminan generalmente llenando las bolsas de los procuradores, escribanos y abogados. Algunos de los interesados en la contienda vinieron á pleitear á Madrid. Eran conocidos de *Soledad*, y creyeron que ésta podría serles útil, proporcionándoles empeños y recomendaciones: ella los recibió como *conocidos*, y los presentó á los *amigos*, no siéndole desagradable que sus compatriotas viesan las gentes con quienes ella trataba, y el papel que hacía en Madrid.

Mas por este tiempo, los *amigos* de *Soledad* empezaron á ejercer un influjo más directo en su suerte. Uno de ellos, comerciante acreditado, en cuya casa había ella depositado casi todo lo que poseía, hizo una de aquellas bancarrotas que mejoran la condición del que las hace: otro *amigo*, abogado que la defendía un pleito, se entendió con la parte contraria, y proporcionó á ésta una sentencia favorable.

*Los amigos* que habían tomado dinero pres-

tado, se fueron sin pagar: los demás dejaron de venir á la casa, por ser de tan sensibles corazones, que les era imposible ver de sangre fría á su *amiga* en el infortunio. *Soledad* fué á verlos, y á exigirles, como *amiga*, algunos servicios útiles; mas los unos no estaban en casa, los otros estaban enfermos, y los que la admitieron en su presencia, sentían infinito su desgracia, mas no podían absolutamente hacer nada en su favor.

Por fortuna, los *conocidos* estaban aun en Madrid, y entre ellos había dos ó tres hombres sensatos, sinceramente adictos á la familia de *Soledad*, los cuales tomaron á su cargo los negocios de ésta, y salvaron lo que pudieron del naufragio. Con estos restos, harto mezquinos, comparados con la herencia del capitán, la desengañada viuda se retiró á su pueblo, donde la lección que había recibido la hizo ponerse al nivel de los honrados lugareños, y renunciar á las quimeras de la vanidad y del orgullo.





LA SORPRESA.





## LA SORPRESA.

---

### I.

**T**ELLO, mi buen paje, ¿qué descompostura es esa? ¿Qué lágrimas se te agolpan á los ojos? Tu caballo viene cansado; tu caballo, á par de los míos, hijo del viento, jamás vencido, ni en la carrera ni por la fatiga, ¿cómo se rinde al viento? . . . . .

.....  
Pero tu señora, la amada de mi corazón, ¿qué hace? ¿Qué nuevas me envía? El alzamiento de esos moriscos no habrá, por ventura, ganado todavía las esperanzas de Orgiva, y presto, presto, mi buen amigo, el Marqués de Mondéjar, con sus tercios y caballeros, y yo con ellos, iremos á poner en seguro aquella villa y á castigar la desenvoltura y las maldades de esos desconocidos; pero nuevas, nuevas te pido de mi señora.

—A caballo, á caballo, señor ; hace tres noches que los moriscos de tu alcaidía se alzaron ; los levantiscos y monfis de las taas vecinas, acaudillados por Aben Farax, entraron de rebato en la villa ; los moriscos, que sin duda estaban de concierto con él, se unieron, y apenas los cristianos viejos y la gente de tu casa pudimos recogernos al castillo, aportillado por todas partes desde las guerras pasadas.

—Aben Farax: ese del linaje de los antiguos Abencerrajes, que creyó con tales títulos, y por su destreza en las cañas, parejas y zurizas, poder alzar los ojos á tu señora, á mi Elvira ; á caballo, á caballo, mi buen paje ; el castillo mantendrá todavía, los continuos de mi casa son resueltos ; y por defender á su señora, por vengar los ultrajes hechos á la cruz, ¿qué no harán? A caballo, á caballo, mi buen paje ; síganme mis amigos y escuderos ; en pocas horas estaremos en Orgiva, y de cerca nos seguirá el Marqués ; nosotros libraremos la villa y juntos vengaremos la sangre de los mártires ; castigaremos la rebeldía de esos descreídos.

—A caballo, á caballo, mi señor ; alas del pensamiento fueran tardas para nuestra empresa ; héme aquí las vestiduras rasgadas de los tiros de ballesta, y no cabales los plumajes del sombrero al rehilar de la lanza de Abén

Farax. Cuando salí por los muros aportillados para traeros tan malas nuevas, ya los moriscos se mejoraban en ellos, ya los cristianos que se recogieron en la iglesia, inflamada la torre, forzadas las puertas, habían caído en manos de los alzados, sufriendo mil lástimas y martirios horrorosos: al trasponer los oteros de la villa, corriendo, corriendo en mi caballo como el viento, la vocería de los bárbaros y el crujir de la arcabucería me hizo mirar atrás, y ya los vi cabalgando sobre los adarves; otros, llevando por delante los cristianos cautivos, desviar así los golpes y tiros de los nuestros, y todos á punto ya de entrar en el último recinto. Al llegar yo á los muros de Granada, al tocar los umbrales de tu palacio ya he dado la voz de alarma por todas partes, y á tales nuevas ya los caballeros de la ciudad te esperan para que los llesves á libertar á D.<sup>a</sup> Elvira, ya que para más no sea tiempo; pues toda la tierra anda ya alzada y no hay tiempo para más.

—A caballo, á caballo, caballeros y escuderos; á caballo, á caballo.

Ya briosos don Lope y su paje  
Cogen soltando al aire el arzón;  
Ya cabalgan y, al son de añafles,  
Sigue en silencio el noble escuadrón.

## II.

La torre de Orgiva defendíase aún, y los moriscos, que ponían gran precio en rendirla, la combatían con tesón y rabia, y bien que los sitiados les herían á muchos y mataban á no pocos, no por eso desistían y aflojaban en su intento. Para llevarlo á cabo dispusieron dos mantas de fuertes maderos resguardados por arriba con lana mojada y otros aprestos, para que allegados á los muros por ruedas, al abrigo de ellas, poder picarlos, apuntarlos, y pegando después fuego á todo el aparato con tascos y cáñamo untado con aceite, que para el caso llevaban, desplomar y dar con la torre en el suelo, única defensa que ya quedaba á los cristianos. Antes de que estuviese á punto una de las mantas lograron los sitiados ponerla fuego, pero la otra llegó á fin y todo apresto, y con ella comenzaron á batir la torre.

Los bárbaros, capitaneados por Aben-Farax, y á salvo de las armas arrojadas de los cristianos, por ir dentro de aquella máquina, llegaron hasta el muro y luego comenzaron á picarlo y cavarle desesperadamente. Las defensas de los sitiados poco ó ningún efecto hacían en aquella techumbre que rechazaba el fuego y resistía á las piedras que sobre ella caían: el

peligro se aumentaba, subía al cielo la vocería de los bárbaros y crecía la zozobra de los combatidos cristianos. . . . .

—Leandro, Leandro—dice uno de los sitiados—no vale tener ojo para matar con el arcabuz al ciervo que corre, ó al moro que acecha, si no lo tienes ahora para aportillar la cubierta de la manta por aquel pedazo de lienzo que se deja ver entre la lana y los colchones. Si por allí abrimos un razonable portillo que deje llegar sin interpósito resguardo á la cabeza de esos retajados las misivas y recados de nuestro brazo, el aceite hirviendo y otros regalillos que preparan estas mujeres, ya pudieran muchos de ellos quedar al pie del muro en lugar de la piedra que han derribado, y tendríamos gran lumbrada esta noche con el fuego de esa endiablada máquina.

—Dame, Vilches, la cabeza de un moro á cien pasos, que la pelota de mi arcabúz la cortará tan á cercen, como la que te hizo dejar olvidada en el buen país de Flandes esa pierna que te falta. Pero ten presente que la pelota horada, pero no rasga; ¿y qué diablos mejoraríamos con plantar un agujero de criba en esa techumbre? Una buena piedra arrojada con brío; que rasgue el largo y quede blanco para otras de mayor calibre, que ensanchen más y más la brecha, eso es lo que conviene.

—Pues, Leandro, esa empresa me toca á

mí. Para ti el prez del blanco con arcabúz y ballesta, pero el de la piedra guárdese para tu amigo Vilches, que á cien pasos sabe mancoñar un toro, y á veces hacer bajar por el aire á las pintadas perdices.

—Veamos pruebas de tu buena destreza y hagamos de manera que pueda tener fruto la embajada de Tello y el socorro que presto nos traerá nuestro D. Lope; mejor que piedras son los mazaríes que están en el zaquizamí, preparados para la obra de la capilla. Al ir por ellos cuenta con no asustar á doña Elvira, que ora por nosotros con sus dueñas y doncellas. Al representármela tan afligida, tan hermosa, tan celestial, mi odio á esos moriscos se redobla.

El mejor éxito coronó esta empresa: cuando los moriscos más afanados estaban en picar el muro, y cuando más cerca estaban de su triunfo, un brazo vigoroso disparó al canto un ladrillo que rasgó por entre la lana parte del lienzo de la techumbre. Los cristianos, que ponían toda su salvación en aquel azar, agolpaban allí gran bálago de piedras, que ensancharon la brecha bastante para dar paso á los tiros y golpes. Los moriscos, ciegos de rabia, sin repararse en nada, ni desistían ni aflojaban. Pero el aceite hirviendo, los tascos inflamados de cáñamo que caían, y el comenzar ya á cebarse el fuego en todo aquel andamio,

pudo más que la desesperación, y dejando aquí muchos muertos de los suyos, y allá otros tantos heridos, que eran pasto del incendio ó blanco de las murallas, hubieron de tocar retirada. Por el campo se oían los alaridos de la rabia, en el muro los gritos del triunfo, y al caer la tarde, cuando se apagaba ya el fulgor de las armas y el bullicio de la pelea, se alzaban por aquellos ámbitos las voces fervorosas y fervientes de los que oraban en la capilla.

## III.

Mi esperanza y mi alegría  
Sólo cifro en ti, María.  
¿Tú no fuistes  
Siempre albergue de los tristes?  
Venzo siempre los terrores  
Del martirio y sus horrores,  
Los enojos,  
Cuando vuelvo á ti los ojos.  
Rica y noble, tierna esposa  
Desgraciada como hermosa,  
Triste muero  
Sin ver antes al que espero.  
Tú, don Lope, dulce esposo,  
En la lid tan animoso,  
¡Cuántos daños  
En la flor de nuestros años!!!  
Á mí, triste en esta torre,  
nadie me socorre,  
Tú en Granada,

¡Elvira de ti apartada!!!  
Si yo muero, desde el cielo  
Rogaré con fuego y celo  
Que María  
Sea tu ayuda, estrella y guía.  
Si á librarme tú vinieras,  
Relumbrando en esas eras  
Con tu empresa,  
¡Cuál sería mi sorpresa!

—¡Tello, Tello, la voz es de tu señora que sus plegarias envía al cielo en los primeros albores de la mañana! ¡Qué sorpresa, qué placer será el suyo al ver cumplidos sus votos, y que se mire estrechada entre los brazos de su esposo y libertador! Tello, las mangas de los arcabuceros despejen las crestas de esos montes de los moriscos que quieran herir á los tercios que trae el de Mondejar y los jinetes corran la tierra persiguiendo á los moriscos que huyen por Benizalte y Cañas y venguen en ellos las atrocidades y martirios hechos en los cristianos: yo, arrendando el caballo en estos espinos y descubriéndome á los centinelas, voy á llevar á Elvira con mi persona la primera nueva de mi llegada y de su libertad, para mayor y más dulce sorpresa suya.



IDEAS SOBRE LA MUJER.





## IDEAS SOBRE LA MUJER.

---

**H**AY tres soberanías en el mundo: la de la hermosura, la del oro y la del talento.

También se puede ser rey por el menosprecio de estas vanidades.

La mujer hermosa es adorno de la sociedad, como la flor lo es del valle y la estrella del cielo. Los hombres se inclinan delante de ella, la fuerza la contempla y la austeridad la sonríe.

Es, digámoslo así, la hermosura una virtud física, así como la virtud es una hermosura moral.

Vale más la virtud que la hermosura, cuanto vale más el alma que el cuerpo.

La mujer hermosa es reina; pero flor delicada de un día, hechicera ilusión de una noche, no te ufanes con ese adorno prestado, ¡oh reina frágil, que tienes una sombra por corona! Porque si naturaleza te dió hermosura,

el tiempo en breve te la quita: y cosa que dura poco, vale poco.

Veo una joven lindísima; ¡miradla!, es un hechizo de los ojos. Mi imaginación adelanta el tiempo, y encorva su talle y arruga su semblante; ¡ha marchitado su corona!

Esa mujer que pasa por entre nosotros sin que nadie repare en ella, tardo el pie, marchito el rostro, el ojo hundido, esa fué una fresca, lozana, hermosísima mujer, de cuya planta brotaban flores, y amantes de sus miradas. Rehagamos con la imaginación esa hermosura deshecha. Enderezo á esa mujer, extendiendo su piel arrugada, la pinto..... ¡Oh miseria de la hermosura, que vive un día, y brilla y desaparece en un instante!

Reina de la hermosura, que pasas reclinada en brillante carroza, como en su concha tirada por cisnes Venus la de Citeres, ¿por qué te envaneces con una hermosura que al fin es don prestado y percedero? Yo te obligo con mi imaginación á descender de ese coche en que relumbras; voy quitándote, uno á uno, todos esos adornos con que te atavías; ¡ya has perdido la mitad de tus encantos! Confieso, sin embargo, que te quedan bastantes para seducir el corazón y los ojos. Mas ¿por qué no inclinas ruborizada los tuyos? ¡Porque te estoy hito á hito mirando! ¡Ah, quisiera verte el alma! ¿Qué hay en esa cabeza? ¿Hay..... algu-

nos pensamientos..... pensamientos de cintas y de encajes? ¿Qué hay en ese corazón? Sed de ser vista, de ser amada: egoísmo y envidia..... pasa adelante, pues, ¡oh reina de la hermosura!.... Nada vales. Adelante, pues, ¡oh reina de la hermosura!.... Nada vales.

Mujer que reúne la virtud y la bondad á la belleza es una criatura casi divina. Pero la belleza sin la virtud es una desgracia, y sin la bondad un frívolo adorno.

La mujer que lleva su hermosura como un don que ha recibido, con modestia, es encantadora; si la lleva como una desgracia, es un ángel del cielo.

Que una joven se esmere en adornarse, se comprende bien; es una vanidad, pero en fin, la primavera se corona de flores. Pero el verano debe brindarnos frutos sazonados, y agrada la austeridad del invierno.

Á todas las mujeres les pido virtud; pero á las que tienen más de treinta años, además de virtud, juicio.

No comprendo mujer altiva con pretensiones. La triste se engalana; sus adornos dicen á todos con muchas voces: «Admiradme ó amadme.» Pide, pues, algo la pobre mujer. ¿Y si no le dan amor ni admiración? ¡Qué desairado papel representa entonces la mujer altiva!

Tal como es preséntese cada uno. Así no

caerá nunca en ridículo. El que aparenta ser como no es, ó pretende lo que no puede, ese es ridículo.

La sencillez es el más bello de los adornos, como el candor la más hechicera de las virtudes.

Mujer que se desfigura con adornos, miente al mundo. Nadie generalmente gusta de ella, y es gran lástima que se martirice por parecer mal á todos.

Mujer que une la gracia al juicio y lo pone todo al amparo de la virtud, ¡qué mujer tan deliciosa! Reune lo mejor de la mujer, del hombre y del ángel.

Mujer coqueta, dulce..... como el pecado; pero como éste deja remordimiento, deja aquélla en el corazón de quien la amó la amargura de haberla amado; amargura mezclada de vergüenza.

Amor es el suyo breve é infausto, pero ardiente y borrascoso. La amáis más porque siempre se os está escapando. El orgullo y el corazón luchan desesperadamente para alcanzar á la mujer que siempre les huye tentando y sonriendo.

La coqueta prostituye sus miradas, sus sonrisas; solicita, halaga, desespera y mata.

Valle de flores con aguas frescas y hierbas viciosas es la mujer coqueta; la austera es montaña con plantas saludables. En aquél se

embelesa el sentido, se arruina el cuerpo, se gasta el alma; en éste se recobra la salud y el espíritu se avigora.

La mujer es en todo extremada; mejor ó peor que los hombres. Amante tiernísima, pero amiga insegura.

La mujer sólo es grande cuando ama; grande como la pasión que la inspira. Se sacrifica por su amado, que acaso la menosprecia, y sonríe al hijo recién nacido que le cuesta la vida. Fuerte y débil, desafía el puñal y es vencida por una flor. Triunfa del dolor y es subyugada por el placer. El secreto de todas sus flaquezas se resume en esta palabra: vanidad.

Á un hombre fatuo, vicioso, petulante, solo le falta ser buen mozo para verse adorado por una mujer vana.

Para una mujer vana son palabras sin sentido la abnegación y el sacrificio. Si yo le hablo de uno y de otro, no me entenderá; me entendería perfectamente si yo le hablase de un baile, y sobre todo, de que ella había lucido mucho en el baile.

Un hecho ó una frase sublime son el eco de una alma grande. No lo comprenden las almas vulgares.

Las almas vulgares se entienden perfectamente: hablan la misma lengua.

Si yo me sacrificara por una mujer vana, sería tonto á sus ojos. Yo sería tonto y ella sa-

bia, porque ella me sacrificaría por una cinta; ella fuerte y yo débil, siendo la causa de mi flaqueza mi amor, y la de su fuerza su egoísmo.

Esa niña se viste y prende á maravilla; ya sé que ha perdido tres horas contemplándose al espejo, y echando cuentas entre mí, conozco que no debo casarme con ella.

Esa mujer hace gala de sus blanquísimas manos, que la aguja no tocó ni el sol ha ennegrecido; de vez en cuando las desnuda del guante para mostrarlas; se empeña esa mujer en decirnos que no trabaja.

Mujer que viste con sencillez, mujer de buen gusto.

No hay mujer fea si tiene bondad del alma. El alma envía al rostro un destello divino.

¿Por qué esa mujer tan bella no puede conservar á su lado á su marido? Porque sólo es bonita, y fracamente, no hay flor que á la hora de mirarla no me canse de verla.

La bondad de corazón es virtud que hace bien sonriendo y consolando. Y es tanta su excelencia y lleva tantas ventajas á la hermosura, que un hombre de corazón, casado á disgusto con mujer fea, á la vuelta de poco tiempo se acostumbra á ella, y la encuentra agradable, y al fin la ama, cautivado por su bondad.

Si yo fuera mujer y alguno me amase por

hermosa, debería entristecerme, porque ese amor estriba en cualidades que podía perder de la noche á la mañana, y porque amaban en mí á la materia, que nada vale, comparada al espíritu, que no tiene precio. Desdeñad, pues, á los que sólo os aman por hermosas, ¡oh divinidades de barro!

La mujer buena es regocijo de la casa; la mujer laboriosa es la fortuna de su familia; la mujer que siendo buena y laboriosa tiene alteza en sus ideas, prudencia en sus actos, delicadeza en sus sentimientos, es la bendición de Dios, el encanto de su marido, la providencia de sus hijos.

Los que son hombres, cuando se les pregunta por la mujer objeto de su amor, no dicen que es hermosa, sino que es prudente, hacendosa, buena; y si la pierden recuerdan con lágrimas, no su belleza, sino su virtud.

No hay cosa que refresque tanto la sangre como el trabajo. Siempre encuentra blanda la almohada quien puede decir al acostarse: «He empleado bien mi día.» Pero algunas de nuestras nobles mujeres tienen por de buen tono la ociosidad; se envilecerían con trabajos mecánicos; son más grandes sin duda que la más grande de las reinas, Isabel la Católica, que tuvo el mal gusto de no desdeñar la rueca. Así merecerán para su sepulcro este honroso epitafio: «Aquí yace un ente inútil.»

Á una mujer llena de gracia, sincera y leal, recta en sus juicios, noble en sus inclinaciones, pura en sus pensamientos, ¿qué le falta para ser un ángel en la tierra? Debe sentirse bastante grande para ser humilde, bastante bella con su virtud para no ser vana.

Esa mujer tiene hijos; apenas los ve por el día, y consagra la noche á bulliciosas diversiones. Eso consiste en que esa mujer los ha parido, pero no es madre.

El lugar de una madre es junto á sus hijos; ella es el ángel de su guarda, y ellos la corona de su virtud.

¿Quién es esa mujer que á altas horas de la noche golpea su puerta como una extraña? Es mujer que viene de las máscaras, donde ha gozado, y se ha agitado y ha saltado la noche entera en brazos de almibarados galanes. Ahora vuelve á su casa, donde duermen sus hijos, ángeles de inocencia. Entra la fantasma poblada de imágenes turbadoras, y si al pasar por junto á los hijos de sus entrañas los mira, es capaz de mirarlos sin remordimiento.

¡Pobre Elisa, que no puede criar á su hija! Ella, verdad es que parece robusta y está sonrosada; pero, ¡qué queréis!, no puede criarla.

La mujer, ya dulce de sí, se hace dulcísima para el hijo de sus entrañas. Le mece, le canta, y mientras le da sangre de su corazón, amo-

rosamente le besa. Con sus miradas, con sus sonrisas, con sus besos hace filtrar la ternura y la bondad en aquel tierno corazoncito; así fecunda una tierra virgen los rayos del sol y las brisas del cielo.

La madre, más que enseña, inspira; ejemplo, lección viva, no queda en la cabeza del niño, si no se imprime en su alma.

Ahí tenéis, ¡oh madres! la cabeza y el corazón de vuestros hijos: Dios los pone en vuestras manos; están dispuestos á recibirlo todo, el bien ó el mal; son tablas perfectamente aparejadas para recibir la pintura; pintad, pues, en ellas el amor de Dios y la caridad hacia el prójimo.

He visto en la cabeza de una mujer casada un aderezo de diamantes; en un brazo un brazalete de oro: he leído en esas joyas la disensión de la familia y acaso el principio de su ruina.

Conviene á una madre descuidar algo su persona para cuidar mucho de la de sus hijos; á una cristiana renunciar estériles adornos para socorrer necesidades verdaderas.

Una mujer solterona realza su hermosura para atraer el amor de un hombre; una casada para conservar el de su marido. Pero ¿á qué fin esmeradamente se adorna esa viuda joven y linda que quiere conservar justamente con la virtud el nombre de su esposo y la viudez de su corazón?

Mujer que se niega al amor de los hombres, no busque engalanándose su aplauso y sus miradas. Ocúlteles, si puede, su hermosura para que Dios solamente la vea.

Mujer con hijos, y que hace profesión de virtuosa y austera, se agita en bailes y ríe en máscaras, rodeada de incienso y de lisonjas.... Podrá ser Minerva, pero yo no reconozco á Minerva en traje de hironisa.

Si agrada, enciende deseos; si fascina, pasiones; esto halaga la vanidad..... diga, pues, que tiene vanidad: la virtud se espantaría de dar ocasiones al mal y al dolor.

Joya que se expone en el mercado es para venta. Lo no vendible, siendo de precio, se guarde en lugar secreto.

Resistirá esa mujer el embate de las pasiones; tiene, pues, fuerza para guardar su honra; pero no la tiene para dejar de atraer las miradas de los hombres. Mucho me temo que no sea la virtud, sino su orgullo quien la guarde; mucho me temo que la insensibilidad de su corazón constituya el exceso de su virtud.

Atrae y rechaza, tienta y no satisface, provoca al amor y no ama. Esa mujer débil, á pesar de su aparente fortaleza, se escuda con el orgullo y se nutre de vanidad. Esa mujer sacrificaría por un baile ó por un lazo una amistad fiel y sincera; comprenderá siempre

mal los sentimientos elevados, y siempre los tasaré en muy poco.

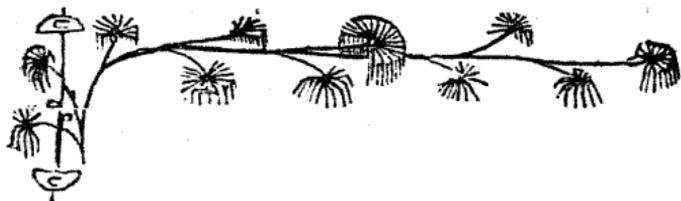
¿Qué se proponen esas mujeres, reinas y esclavas de la moda, que acaso con ruina de sus familias, y siempre con mengua de sus deberes, ostentan un lujo que escandaliza á la virtud é insulta al infortunio? ¿Qué se proponen? Sin duda colocarse altamente en la opinión de todos. Pero he aquí que las mujeres prudentes menosprecian su fausto; sólo las tontas lo envidian. Los hombres cuerdos censuran su conducta; sólo los necios la aplauden. ¡Digna gloria de esas reinas de un día, la envidia de las mujeres tontas y la alabanza de los hombres necios!





GEOGRAFÍA ARÁBIGO-HISPANA.





## GEOGRAFÍA ARÁBIGO-HISPANA.

---

Epístola aljamiada á medias, de un tal que se encuentra en paseo á otro arabizante que se ve á ojos vistas en pleno fruto y flor, como limonero tropical.

**A**MIGO y discípulo muy querido, con su remache de paisanaje: Gracias mil por el lindo y elegante ejemplar que me ha regalado de su buen libro (1), si correcta y ricamente impreso, vestido de gala con boato y galantería, incrustado mi nombre en dorada letra al frontispicio de la tapa anversa, las dos forjadas de puro tafilete. Gracias mil por esta ofrenda que, siendo tributo de recuerdo dulce para entrambos, me trueca á mi vez por agra-

---

(1) *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los nasritas*, sacada de los autores árabes y seguida del texto inédito de Mohammed Ebn Aljathib, por don Francisco Javier Simonet. Un tomo en 4.º Madrid, imprenta Nacional, 1860 á 1861.

decimiento en su deudor y feudatario, con gentileza de voluntad.

Esta alhaja bibliográfica ocupará en mi pobre librería sitial de preferencia en el estante privilegiado de mis joyas de buena literatura española y de los presentes que me han hecho mis contemporáneos, mis amigos y los pocos que han seguido mis consejos en la senda del buen saber castellano, que tan buen maridaje hace con las cosas orientales.

También felicito á usted por haber estampado el nombre de su buen padre al frente del libro; porque gran reconocimiento se le debe al que, además del ser natural, hay que darle gracias por los instintos de laboriosidad y de erudición que supo y pudo inspirar é imprimir al que á un tiempo fué hijo, educando y alumno.

Estos beneficios valen tanto ó más que la vida. Plácemes y felicitaciones mil; porque si resucitaran Ebn Aljathib, el Idrisi, Ebn Alwardi y otros historiadores, geógrafos y descriutores de nuestra patria, además de los encomios que repetirían de los frutos, flores, aromas y producciones de paraíso que brotan en nuestro suelo, lo celebrarían todavía más por la piedad filial, que es y ha sido siempre allí como planta natal y congénita.

No tengo noticia que en ninguna edad ni en ningún siglo, aun en los más revueltos y feroces, se haga mención en la piadosa Málaga de

un hijo desnaturalizado. Gloria y satisfacción para D. Antonio Simonet, y mil felicitaciones para su hijo D. Javier.

Revolviendo ahora hacia el pensamiento del libro y el texto de sus páginas, habrá mucho que departir, y si bien asomarán colmos de elogios merecidos, no faltarán advertencias y admoniciones, que si para otros de altivez literaria pudieran parecerles acerbos reprimendas, usted, que pertenece á la grey modesta de los eruditos formados al yunque de la laboriosidad y de la tarea casi estéril de los estudios orientales y de los códices corroídos y carcomidos de varias y difíciles lenguas, grey que regularmente no participa de la soberbia de Luzbel, los considerará sólo como consejos amigables y como cobro legítimo de los derechos que sobre sus discípulos y clientes se reserva siempre un maestro y moderador discreto.

El pensamiento de la obra es una buena inspiración para nuestra historia, para esplendor de nuestra rica y noble provincia y sus aledaños, y ejercerá grande influjo para fijar asientos de pueblos, ilustrar hechos y vicisitudes históricas, y para hermanar el período celtibérico y romano con el gótico y el árabe, demostrando las transformaciones que han ido probando y sufriendo la nomenclatura de nuestros pueblos, montes, ríos y comarcas. Para

esta tarea le han ayudado y le podrán ayudar en adelante los conocimientos numismáticos que le asisten y la no vulgar familiaridad que usted tiene en los períodos antiguos de nuestra historia, y singularmente en los que versan sobre la lucha encarnizada que entre castellanos y moros españoles se entabló desde que nuestros pendones, salvando las ásperas murallas del Muradal, se establecieron en Córdoba y Jaén, y más tarde en los alcázares de Sevilla.

Por lo mismo que se le puede á usted considerar como muy competente y casi exclusivamente competente sobre la materia, se le puede echar en cara el que el pensamiento no está más que esbozado, y que por lo mismo que estimula y hace bullir más la curiosidad, deja como irritado el apetito y como ansioso por el buen paladar, saboreado de nuevas y más dilatadas noticias, investigaciones y conjeturas.

No se le podrá achacar á usted que ha embarcado poco bizcocho y matalotaje para tan larga navegación; pero por lo mismo que lleva para el viaje tantas viandas y bastimentos, hubiera sido de desear que las excursiones hubieran sido más detenidas y con más reconocimientos de escalas, alturas, calas y ensenadas.

Ya conocerá usted que para prevenir al lector, no muy curtido en esta región obscura de

nuestra geografía é historia, habría usted de haber abierto en su introducción unas cuantas páginas sobre la situación de las comarcas que se dividen el espacio que corre entre Orihueia y Gibraltar. Sabemos perfectamente que en toda aquella tierra quedó un gran migajón de población romana y gótica, que conservó tenazmente sus leyes y su idioma y con mayor razón los nombres geográficos de ríos, montes, ciudades y fortalezas. Esto es tan cierto, que ya sabe usted que Mármol y aun otros autores, nos dicen que en su tiempo se conservaban todavía familias y linajes con el nombre de *Elches*, que poco tiempo hacía que por la persuasión ó la violencia habían abrazado el islamismo, y que la Inquisición por tal achaque se creía con derecho á perseguirlos como relapsos. Este recuerdo, hecho á propósito en la introducción de usted, hubiera demostrado á vista de ojos por qué en los obispados de Almería, Guadix y Granada se conservan tantos lugares que, sin haberse dejado transir y emparar por el oriental y árabe, revelan desde luego el elemento latino, y de vez en cuando algo del gótico.

Con semejante preliminar y ayuda, hubiera usted tenido, si no carta franca, al menos consigna suficiente para entrar con buen desembarazo en ciertas conjeturas y deducciones, y que, manejadas con parsimonia y buen tino, están

muy lejos de atraer las acusaciones, que á veces son merecidas, en contra de los geógrafos etimologistas, que por su capricho ó por sus preocupaciones quieren traerlo todo á la ley de un vano sonido y á la inducción de una palabra descompuesta y transpuesta, como pierna ó brazo sujeto á las operaciones de un aljibrista ú ortopédico, como llamamos en la moderna solfa.

A este propósito recuerdo un buen geógrafo, que hablando del origen de la palabra *Almadén*, decía muy seriamente: «Allá van los criminales»; y dicen los jueces: «allá van; sepúltense en las entrañas de la tierra, trabajen, y allí *el alma den*, origen cierto del nombre de las minas del *Almadén*.» Otro añadía que el nombre de la Coruña tenía por origen el de un monstruo que habitaba en aquellos antros y cuevas de la costa, de un corazón disforme y de una uña enormísima, y por su memoria se le puso á aquel lugar la Coruña. En estos puntos es donde viene de molde el precepto de Horacio: *est modus in rebus*.

Con semejantes indicaciones hubiera usted podido establecer ciertas reglas que sirvieran de guía á los aficionados á esta clase de estudios, para que pudieran interpretarse á sí propios la significación y origen de ciertos nombres. Por ejemplo, los nombres geográficos que acaban en *ana* ó *ena* y que no puedan explicar

su significado por la palabra *ain*, que en árabe es fuente, pudiera conjeturarse fundadamente que venían con forma patronímica ó adjetival de alguna palabra latina, como Finiana ó Finana de *finis*, Puliana de *Villana*, Marchena de *Marciana*, Purchena de *Pulcherrima* ó *Porciana*, Jayena de *Juliana*, y otros á este tenor.

No dejaré estas conjeturas sobre las voces geográficas de desinencia en *ana*, sin aventurar un pensamiento mío que no quiero omitirlo. Sé muy bien que la palabra *ain*, fuente en lengua árabe, gramatical y rectamente no puede transformarse en la dicción *ana*, puesta en caso oblicuo ; pero este rigor gramatical creo que pudo sufrir y sufrió muchas excepciones en nuestro lenguaje geográfico cuando, revueltas las razas y las familias y hablando el común del pueblo menos un idioma regular que una gerigonza informe, bastante sólo para darse á entender y comunicarse, no se cuidaban tanto de la derivación genuina de la palabra cuanto de dar significación á los lugares, sitios y pueblos con sonidos rotundos y más conformes á la índole latina que á la árabe.

Así, pues, creo que muchas de las voces geográficas acabadas en *ana* significan algo de fuente. Por ejemplo, el arroyo y partido de Cupiana le es familiar y conocido á usted, si-

tuado más allá del río de Campanillas. El que visite aquel lugar y despoblado, que suena con cierta importancia en la reconquista de Málaga, puede convencerse desde luego recordando el origen árabe, que aquello no significa más que  *cubba*, *alcoba* ó *alcubilla* y *ana*, ó de la fuente, y con efecto se ve todavía alzarse allí los hormazos de la fábrica y brotar uno de los raudales más copiosos y más cristalinos que pueden verse por aquellos terrenos abra-sados.

Hablando á este propósito, también me atreveré á decir á usted que el pueblo de Graena no corresponde, como usted supone, al de *Challana*, de que ha encontrado noticia en los autores árabes. La Graena que nosotros conocemos no significa otra cosa, en mi inteligencia, que *gara ena*, cueva del agua ó de la fuente. Muévenme á pensar así que la palabra *gar* ó *gara*, que significa cueva en árabe y que de ahí viene Algar, Algaraceite, Moguer y otros varios, es justamente la habitación casi exclusiva de aquella comarca, pues todos habitan en cuevas, y los raudales maravillosos que allí surten y de una virtud superior á los de Alhama, le debieron dar desde luego gran nombradía entre los árabes para ser conocido por ellos geográficamente aquel lugar. Si la descripción interesante que usted nos da de ese *Challana*, fundada en la autoridad de un geó-

grafo árabe, pudiera ajustarse á la Graena que nosotros conocemos, parece imposible que entrando en otras menudencias descriptivas de escasa importancia, omitiese el encarecer sus multiplicados veneros, lo prodigioso de sus virtudes y la diversidad de temperaturas que ofrecen y milagrosas curas que ejecutan. La Challana que usted menciona es menester buscarla en otra parte, si no es que ha desaparecido como tantos otros pueblos de funesta estrella.

El origen latino, y que pudo atravesar bajo el padrinazgo de la población cristiana que quedó en las Alpujarras, se encuentra en muchos pueblos de nombre adjetival, y que determinaban la producción dominante de la tierra. Para mí, Ferreira, Poqueira, Tabernas y otros á este tenor, no significan más que pueblos, el uno abundante en minas de hierro, el otro en ganadería de cerda ó en habitaciones de cabañas. Las palabras latinas de campo, campillo, valle, monte, canal, fuente, pámpano, vía, lago, pago, villa, arenas y aun otras de la baja latinidad, pudieron llegar hasta nosotros, y bajo el mismo padrinazgo, con los nombres geográficos de Campo-Tejar, Campillos, Cambea, Quempe, Bellillos, Montejaque, Montejaricar ó Monte Sacro, Montefrío, Canales, Caniles, Pampaneira, Beas, Sacus, Pago y Priego, Arenales, Bacaes y otras á este tenor,

de reminiscencia y origen romano (1), y acaso también de celtibérico y fenicio, como Cártama, Certima, Cartaya, Carcabuey, en lo antiguo Carcuvium, Abdera ó Adra, Virgi ó Berja, Salambina ó Solabreña, Malaca ó Málaga.

No me agrada el que después de sus estudios y de sus consultas deje usted sin fijar el sitio de la famosa Iliberis. Usted ha querido caminar entre las dos opiniones que se disputan el campo, y creo que ha hecho usted mal, y que allá en sus adentros cree usted conmigo que Elvira ó Iliberis estuvo fuera del recinto de Granada. Ni usted ni yo recordaremos ninguna ciudad que haya dado á una de sus puertas el propio nombre, y ni en Roma, ni en Tebas, ni en Atenas, ni en ninguna otra de las metrópolis de fecha posterior, se señalará un vomitorio de su población que se llame en Roma puerta de Roma, en Florencia puerta de Florencia, ni en Sevilla puerta de Sevilla. Esta razón, que sin duda es de las más triviales, pero que no ha sido expuesta bajo esta forma, debe

---

(1) Lo mismo podemos decir de *Columbaria*, hoy Colomera y Corumbela, y los que mencionan los geógrafos árabes con los nombres de *Monte Xacund* ó Monte Segundo, *Monterrubi* ó Mons Rupis, y *Dar Alfrut*, hoy Daifontes, nombre compuesto de árabe y latino, *Abuma* ó el Pomar, *Balumal* ó Palomar, *Castiia* ó Castilla, *Axxarra* ó Sierra, *Airox* ó Aires, *Mónaxtat* ó Monasterio.

dar mucho de autoridad á los que sostenemos el *alivi*, de Elvira ó de Iliberis, del sitio actual de Granada.

Por otra parte, el testimonio de Ebn Batuto, viajero tan veraz y tan escrupuloso en sus noticias, no deja motivo para dudar de que Elvira fué muy distinta de Granada. El Sr. Argote, en sus *Nuevos paseos por Granada*, da la razón fundamental del desvanecimiento y desaparición de aquella ciudad á un tiempo celtibérica, latina y gótica. Las ciudades que por desgracia se encuentran á la mano de un emporio que por circunstancias particulares de poder y de grandeza absorbe los elementos de riqueza y de esplendor de los alrededores y aledeños, y que no tienen la defensa natural de un asiento en monte, en roca, en sitio aventajado que lo defienda por su aspereza, sino que descansa en terreno fácil, movable y accesible desde luego al arado y al azadón, desaparecen rápidamente, y sólo tras largos siglos y por alguna feliz casualidad aparece algún testimonio irrecusable de la existencia de aquello que fué un día cadáver monumental, y que el tiempo y las vicisitudes mundanales lo sepultan en el polvo y en la nada.

Los descubrimientos que se hicieron en los alrededores de Granada y hacia Atarfe, pocos años hace, de cementerios ó necrópolis, la

historia de Elvira que nos cita el Sr. Gayangos, y aunque ya ha desaparecido en la Universidad de Oxford, porque también en el extranjero se pierden esta clase de alhajas, pero que pudo ver y consultar dicho orientalista, y en donde se distinguía y apartaba claramente Iliberis de Granada, son pruebas tan irrecusables, que se necesita propósito de dudar para poner en duda semejantes cosas. Concluiré este punto con sólo recordarle á usted que el mismo Ebn Aljathib señala como distintas á Elvira de Granada, en la introducción de su *Ihatna* ó *Diccionario biográfico*. Deje usted que los defensores de la paradoja, como si no hubiera cuestiones verdaderamente importantes que dilucidar, se entretengan en estas justas y torneos de la ciencia y de la erudición, y siga usted como siempre el camino llano de la tradición, de la historia, y que tiene por apoyos hechos irrecusables y solemnes.

En la cuestión de Bobaxter ha hecho usted un gran servicio á la historia y á la geografía, poniendo al alcance de todos los dos itinerarios que señala usted desde Córdoba á aquel punto inaccesible, el uno pasando por Écija, Osuna y el Valle de Abdalajiz, y el otro por la costa, Ojén y después Sohail y Dzacuan, ó Coín y Casarabonela. Usted, que como yo conoce á palmos la topografía de aquel terreno, y que además conocemos los textos de Ebn Ha-

yan y del Bayan, le pregunto á usted: ¿Cómo es que el ejército del Califa, habiendo llegado á Ojén, no prosiguió su marcha por aquellas angosturas y serranías para desembocar sobre Coín inmediatamente, y, por el contrario, retrocediendo, tuvo que dar un rodeo de dos ó tres venjornadas más para entrar en Coín, por Sohail ó la Fuengirola? Esto no tiene, según mi humilde opinión, otra explicación sino que el ejército del Califa temió la taja que los partidarios muladíes y mozárabes de Omar Ebn Affsun, nuestro denodado paisano, pudieran sacarle en aquel terreno agreste, cortado, lleno de bosques y asperezas, y que aun en tiempo de la invasión francesa tanto esquivaban de cruzar y atravesar las huestes de Napoleón.

Cuando en una operación militar no se va por el camino más corto, es porque se encuentran, ó se sospechan al menos, obstáculos insuperables ó difíciles de vencer. También llama la atención que en este itinerario no se nombre la ciudad de Marbella, por donde indispensablemente hubo de pasar la hueste cordobesa para ir á Sohail; pero esto, en vez de hacer flaquear la autoridad del itinerario, le imprime mayor verdad, porque así se da á entender que el itinerario viene formado por mansiones y no por la nomenclatura de los pueblos que visitaba. Desde Ojén á Marbella, la distancia es

corta, y el autor, fijo en su idea militar, indica sólo el pueblo de donde salió y adonde fué á hacer la hueste su jornada. Todo este pasaje de su libro de usted ha de servir de grande utilidad para los que describan con el tiempo la historia importante de nuestra provincia y comarcas inmediatas durante los siglos medios, y que les darán el realce histórico de ser consideradas como unas nuevas Asturias.

Hace usted muy bien en pagar al llegar á este punto un tributo de reconocimiento á los trabajos del Sr. D. Reinhart Dozy. Este sabio orientalista ha sido un verdadero Colón en los mares oscuros de nuestra historia árabe y cristiana de aquellos siglos, y todas las demostraciones de nuestro agradecimiento apenas bastarían á redimir la deuda que con él tenemos contraída. La Reina nuestra señora, con su munificencia verdaderamente real y española, acudió al momento á premiar los trabajos hechos en favor de nuestra literatura y de nuestra historia por el sabio orientalista, concediéndole una encomienda de Carlos III, interviniendo en el asunto la ilustración de un esclarecido Ministro, que lo fué el señor general Lersundi. Por lo mismo que este pasaje, de tanta importancia para nuestra historia, anda todavía bastante obscuro, merecía estudiarse con el mayor detenimiento. El Sr. Dozy, cuya sagacidad para definir nomenclaturas obscu-

ras, deslindar conjeturas y fijar pueblos y lugares no tiene rival entre los contemporáneos, indica como asiento probable de Bobaxter, no las mesas de Villaverde, sino el sitio llamado hoy el Castellón. Indudablemente este asiento es asaz fuerte y á propósito para repeler cualquier excursión, sustentando algun acometida ó sorpresa, pero que de ningún modo puede compararse con la situación inexpugnable de Bobaxter. El Castellón, según mi entender, es aquella fortaleza que en su expedición infructuosa contra Omar Ebn Hafsun, edificó y aprestó el Califa á las puertas mismas de Bobaxter para tener en jaque al partidario muladí, y que no pudiera salir de su terrible guarida sin conocimiento inmediato de los capitanes cordobeses, y á poco tiempo sin noticia de la corte de Córdoba.

Es muy plausible la etimología que da el señor Dozy á la palabra Bobaxter ó Bobastro, haciéndola venir del municipio *Singiliense Barbastrense*; pero, sin embargo, todavía abrigo yo cierta desconfianza motivada en el nombre que los moriscos y aljamiados dieron al pueblo que allí apareció después, aunque no en las mesas ó precipicios de las alturas, sino más abajo, que se llamó Villaverde, y que lo menciona Mármol en su interesantísima historia de la rebelión de los moriscos. Ese nombre de Villaverde creo yo que no es otra cosa que la

traducción de la palabra Bobaxter, que no sin ejemplo en otros nombres geográficos de nuestro país debía tener tal significación en el idioma berberisco, pues árabe no es el nombre primitivo de aquel lugar y castillo famoso. Totalán, Mesmiliana ó Bezmiliana y otros varios son de esta laya, y que sólo podrán explicarse con las raíces bereberes. Como usted ha podido consultar, antes que saliesen de mi poder, y que lastimosamente se han perdido, los papeles y dibujos que yo había allegado para mi historia militar, ha podido la imaginación suya formar idea cabal de lo inexpugnable de aquella fortaleza. Precipicios inaccesibles y horribles por todas partes, un río siempre caudaloso, sirviéndole de foso, rocas y asperezas en derredor, y luego después las torres y murallas que por lo más flaco, y de que se ven todavía algunas muestras, descollaban y se empinaban en todo el recinto, debían hacer de aquel asiento, menos una plaza de guerra que un nido de águilas feroces que podían desafiar al cielo y á la tierra. En resolución, no puede concebirse la historia militar de Bobaxter; sino colocándolo en un sitio inexpugnable.

Á propósito de Bobaxter, y tocando usted con alguna detención su historia, ha debido hacerse cargo, para refutarlas, de las especies históricas que han corrido desde el Sr. Conde acá, llevados del sonsonete del nombre, de atri-

buir á Barbastro de Aragón identidad con aquel castillo. Es cierto que usted, en la nota de la página 147, indica con algunos otros este error y lo combate; pero como estas opiniones han dado fundamento, sin duda, al relato que se lee en el artículo *Barbastro* del Diccionario interesante del Sr. Madoz, debió tomarlo en cuenta para poner en claro punto de tanta importancia. Ocasión tan señalada de rectificar la historia no debió perderla, porque su silencio de usted, no sólo autoriza, sino que ratifica los sucesos allí aventurados. ¡Oh! si Omar Ebn Hafsun hubiera podido estar en comunicación con nuestros héroes de Asturias y de los Pirineos, que sin duda la restauración de España se hubiera conseguido en el siglo ix, ahorrándose las monarquías cristianas de las sangrientas y crueles expediciones de Almanzor, que en tanto peligro puso de nuevo la seguridad y el ser de ella.

Llámame mi atención que en sus laboriosas investigaciones geográficas no haya tropezado usted con un fragmento de Ebn Hayan, que yo he disfrutado y copié, pero que, por desgracia, no lo encuentro ó se me ha trocado en carbón ó ceniza como tesoro de duende. Estoy tan seguro de haberlo disfrutado, que le puedo afirmar que entre los pueblos que señala en la costa de Cádiz, á lo largo del Mediterráneo, se menciona un Santa María, que no podía ser

otro que el pueblo que nosotros conocemos ahora con el nombre de el Palo, ya de alguna consideración, y que por la configuración que toma allí la playa, conociéndose que ha rehuido el mar de allí más de dos millas, da á entender que en lo antiguo pudo merecer el nombre de puerto. Todavía se conserva allí un cerro ó altonazo con fábricas antiguas, que tiene el nombre de San Antón, y que por las coincidencias no tengo la menor dificultad en fijar aquí el lugar que señala Ebn Hayan con el nombre de Santoniana. Con esta referencia no será extraño que mañana ó el otro encuentre usted este pasaje del famoso historiador y geógrafo, y podrá usted con más detenimiento determinar esta situación, que yo sólo ahora la puedo bosquejar al vuelo y únicamente por mi reminiscencia.

Al hablar usted de la cora de *Tacoronna*, me vino á mientes el que iba á entrar en ciertas consideraciones, por haber tropezado, entre los suyos, con algunos pensamientos que han cruzado muchas veces por mi imaginación. Era esto el tratar de fijar el asiento de esta región, que tanta importancia tuvo desde las primeras épocas de la conquista hasta la restauración de Sevilla por San Fernando. Pueblos que han alcanzado importancia y que han presidido con grande autoridad á reinos, provincias y comarcas, si desaparecen de la haz de la tierra por

tremendas catástrofes, siempre dejan vestigios y recuerdos en la memoria de las generaciones que se suceden. Tacoronna creo yo que se encuentra en este caso. La moderna villa de Coronil creo yo que es el sitio donde se asentaba aquella capital árabe. Ya sabe usted que pronunciando con tanta rapidez aquellos orientales la primera radical, las más veces no se percibe al oído; y para personas extrañas al idioma, la cuentan para nada; y al escribir el nombre en otra lengua, desaparece aquella sílaba inicial. Así sucede con Coín, llamado por los historiadores árabes *Dzacuan* ó *Dacuan*, y otros puntos. De este modo, aunque pudiera llamarse también por los castellanos Tacoronna aquel pueblo y comarca hasta después de la toma de Sevilla, desde entonces la fijeza en la vocalización árabe se fué adulterando, y quedó por Tacoronna el nombre Coronil, con más ó menos exactitud. Desde que la frontera con sus continuos combates y escaramuzas se trasladó después de la conquista de Jerez y de Tarifa á los límites de la serranía de Ronda, toda aquella región quedó casi desierta, como sucede siempre con todo país fronterizo, y como sucedió en siglos anteriores con las comarcas desde el Duero al Tajo antes de la toma de Toledo, desde aquí á la traspuesta de Sierra Morena hasta la batalla de las Navas, y desde los confines de Jaen y de Córdoba al Genil

hasta la restauración de Granada. Para mí, pues, será el pueblo de Coronil el asiento de la antigua Tacoronna. Quedó yerma toda aquella comarca hasta que la familia Ribera, á quien habían tocado por repartimiento aquellos terrenos, volvió á fundar pueblo ya entrado el siglo xv con el nombre de Coronil, recogiendo el nombre y el recuerdo de la antigua población árabe. Aunque no ofrezco estas ideas con el signo de certidumbre histórica, usted sabrá, como inteligente, recibíéndolas como conjeturas, darles el valor que merezcan, hasta encontrar testimonios más auténticos ó noticias más fehacientes.

Y hablando de la región ó clima de Tacoronna, me maravilla el que, frizando y partiendo término, por decirlo así, con una comarca famosa, no se le haya antojado á usted hablar algo de la celebérrima Munda. Y esto sólo por encontrarse al paso con la cuestión histórica, discurriendo por aquellos pueblos y países, sino también por dar abrigo y ayuda á los dos esclarecidos malagueños que han tomado á su cargo y con éxito satisfactorio el fijar y señalar los campos en donde, con la tragedia de los Pompeyos, se decidió la suerte del mundo. Ha tenido usted, no sólo oportunidad, sino lance obligatorio para ello. Sabe usted tan bien como yo que el *Bagan Almoghreb*, página 189 de la parte segunda, edición de

Dozy, dice lo siguiente: «En el año 308 fué conquistada Almudat en los términos de Córdoba de la cora de Raya, y se edificó el castillo de Castro Dacuan.» El encuentro de este pueblo, Almudat, en los confines de las dos coras de Raya y de Córdoba, y venir en seguida y en el mismo período el nombre de *Dacuan* ó Coín, pueblo tan inmediato á la región histórica, inclinaría desde luego á creer que todavía á principios del siglo x existía la famosa Munda.

Pero se han descubierto otros rasgos, debidos á las inteligentes investigaciones de la Real Academia de la Historia, coadyuvada por la amabilidad del Sr. Duque de Medinaceli, que ha hecho compulsar sus archivos con tan laudable objeto, que ya hoy día es una evidencia que el sitio de Munda se encuentra donde lo han señalado los dos Sres. Oliveres, en las ruinas de Ronda la Vieja. Resulta, pues, en los archivos del Sr. Duque que en ciertos deslindes y repartimientos hechos en los siglos xv y xvi entre algunos de sus ilustres ascendientes, había unas hazas llamadas de *Amundar*, y otras nombradas *los campos de Munda*, si ya no es que, formando más antiguamente unos mismos campos, no se dividieron después, conservando casi un mismo nombre, pues de Almudat á Munda no hay más diferencia que la que durante su dominación pudieron darle los árabes pronunciando la misma palabra. Este recuerdo

de usted cuando se estaba tratando histórica y geográficamente la cuestión del asiento de Munda, hubiera venido muy á propósito al intento de los investigadores malagueños, aunque es verdad que los datos y adminículos que han proporcionado los archivos de Medinaceli no se han conocido sino cuando ya estaba impresa la obra de usted, ó al menos muy adelantada su estampación.

Y ya sabe usted que no soy de los más aficionados á dejarme llevar del son y del eco para hermanar sucesos con ciertos y determinados lugares. ¿Recuerda usted lo que dice el ilustre Dozy al hablar de la batalla perdida por los cordobeses en contra de los bereberes en los tiempos de Suleimán y de Almahdí? Según el texto árabe, se fijaba el lugar de la batalla en el Guadiaro; pero como era imposible desde aquel sitio el que los fugitivos cordobeses perdieran á Córdoba en el término de pocas horas, y la imposibilidad no puede vencerse por semejanzas de nombres ni sutilezas de erudición, hube de reflexionar detenidamente sobre este punto con presencia de los lugares, deduciendo para mi convicción íntima que la batalla no fué en el Guadiaro, sino en el Guadaira, pequeño río que entra en el Guadalquivir y que en plena mar ofrece los fenómenos y circunstancias que refieren los historiadores árabes, y desde cuyo lugar se puede

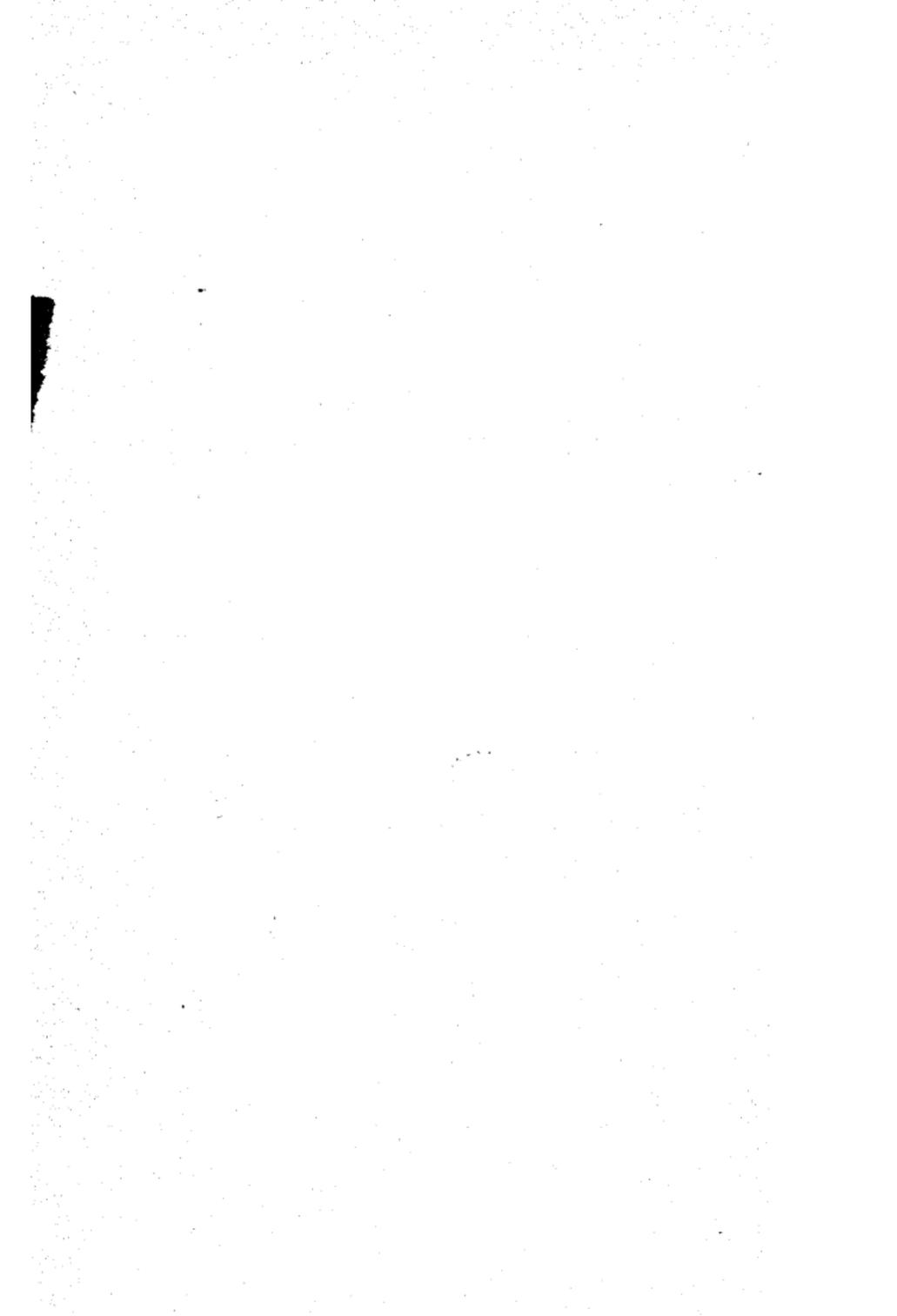
ganar á Córdoba, y sobre todo sus caballos árabes, en menos de veinticuatro horas. Nuestro buen amigo el Sr. Dozy aplaudió mis observaciones en la lisonjera carta que usted conoce, y fijó definitivamente el lugar de aquel hecho de tanta trascendencia para la historia de los omníadas como sucedido en el Guadaira y no en el Guadiaro.

Debe usted admitir los plácemes y parabienes, no sólo de los orientalistas españoles, sino también de los aficionados á nuestras bellezas tipográficas, por el importante texto árabe de Ebn Aljathib con que ha sabido usted dar más quilates de valor á su libro. Las muestras que nos dieron D. José Antonio Conde con su fragmento del *Idrisi*, y D. Pablo Lozano con su reimpresión de la *Tabla de Cebes*, siendo cosas ya conocidas é impresas diferentes veces, no alcanzaban verdaderamente grande importancia. Por lo mismo, el fragmento precioso de usted, por ser de texto inédito y sólo conocido de los muy versados en las letras orientales, puede correr parejas en importancia con la publicación de *Abu Zacaria Ebn Alauvam*, hecha por el Sr. Bagneri en el siglo pasado, y los trozos árabes, que debemos al Sr. Casiri en su biblioteca escurialense. Si Ebn Aljathib en su *balanza ó justo peso* de la experiencia se propuso dar á entender á sus compatriotas y contemporáneos las ventajas é inconvenientes, las

riquezas y los defectos de los pueblos más señalados en su tiempo del reino de Granada, el útil trabajo con que usted ha enriquecido nuestra historia y nuestra geografía compulsando memorias ya desvanecidas y resucitando testimonios irrecusables de la paridad de unos lugares con otros, de la distinción que debe establecerse entre ellos en otras ocasiones, y llevando la luz del estudio y de la sagacidad á puntos oscuros y casi del todo desconocidos, procurará un gran provecho á esa parte de nuestra historia. Si la geografía es uno de los luminares de ella, se le consideraría á usted, dentro y fuera de España, como un afortunado batidor de cataratas respecto de la historia granadina de los siglos medios. Esta clase de estudios son el *palimpsesto* inmenso de la historia, los revivientes y reactivos que hacen aparecer y volver á la vida y al recuerdo de los hombres los hechos olvidados, las cenizas de los pueblos y el deslinde de las comarcas y regiones. Un feliz concurso de lances de buena fortuna harán aparecer á Málaga en adelante como la academia de toda buena erudición y arqueología. El Sr. Berlanga con sus trabajos de epigrafía y de arqueología; el uno y el otro Oliver con sus trabajos sobre la antigua Munda, dignamente premiados por la Real Academia de la Historia, y usted con la publicación de su importante *Descripción del reino*

*de Granada*, dejarán airosa por demás la aseveración mía. Si como de ustedes, sólo dos se encuentran unidos por él, á todos cuatro enlazara el vínculo fraternal, es claro que no vacilará el mundo sabio en decir, como en otro tiempo se dijo de dos ilustres aragoneses, que cuatro Argensolas habían venido de Andalucía para conservar y acaso enseñar en Castilla, al par del buen castellano, la escuela clásica de buena erudición, antigüedades y útiles estudios orientales.





# BALCONES VIEJOS Y NUEVOS

DE LA PLAZA MAYOR.





## BALCONES VIEJOS Y NUEVOS

DE LA PLAZA MAYOR.

---

No habrá mucho más de tres meses en que allá por las más altas horas de la noche, triste y solitario, discurría yo por las calles de Madrid, llena la fantasía de las imaginaciones más desvariadas y peregrinas.

Alguno que otro farol, en medio de la obscuridad general, conservaba una luz pálida y mortecina.

A tales horas y en tal disposición de espíritu, no me parecía que yo miraba á aquellos faroles, sino que ellos me miraban á mí como cíclopes que estaban en agonía siguiéndome con un ojo siniestro y sombrío.

Al través de estas ideas de alto coturno, pímpleas y rebosando solemnidad, compungimiento y respeto, como festividad parlamentaria, me asaltaban otros pensamientos de condición más apicarada y aviesa.

¡Cosas de la humanidad! Se me representaba en cada relampagueo de los agonizantes faros las miradas traidoras de cierta vizca dama, á quien serví en un tiempo, más vizcaína por la mala gramática y peor concordancia de sus ojos, que por lo férreo y duro de su condición y entereza.

Héme aquí, me decía yo, divagando á estas horas por la calle Mayor y de la Almudena, en la misma disposición, ni pizca más ni pizca menos, que Luis Vélez de Guevara cuando escribió su *Diablo cojuelo*, y que Barbadillo cuando nos retrató á su *Don Diego de Noche*. Ellos, como yo del mío, observaban las costumbres de su siglo, sobre ellas reían ó se amostazaban, ya herían y punzaban á sus contemporáneos con el aguijón delicado de sus chistes, ya los crujían y fustigaban con el látigo cruel de sus sátiras. Pero ellos, en medio de la sociedad en que vivían, encontraban á menudo caracteres elevados que encomiar, sentimientos exquisitos de lealtad, de desinterés que ofrecer por modelos, una dignidad nacional inmaculada, las ideas del bien y del mal perfectamente distintas y no barajadas, confundidas y suplantándose su lugar y grado.... ¿Podré yo decir lo mismo?

Al decir esto me entraba en la Plaza Mayor; el viento destemplado, revoltoso y murmurador de la luna de Marzo se dejaba sentir

desapaciblemente, y revolviendo las veletas y chapiteles de las torres y palacios encumbra- dos, bajaba estruendosamente por los canalones y chimeneas.

La Plaza Mayor estaba convertida en un inmenso osario y cementerio, no de calaveras y huesos humanos, sino de los deshechos esquele- tos de cien soberbios edificios que formaban la parte oriental de la Plaza. El maderamen y las puertas se miraban en el suelo en simétricos le- chos como la geodesia nos enseña que se en- cuentran las capas primitivas de la tierra, ó como la prensa y la discusión nos revelan que se hallan la presunción y la necedad en la cabeza de nuestros mandarines y tribunos. Las verjas, los enrejados y el balconaje se ofrecían en cre- cidos rimeros, como queriendo enseñorearse y levantarse, ya que desde tan alto habían ve- nido á la humildad de rodar por el suelo.

La obra, me dije, del arquitecto Gómez Mora, murió ya para siempre: la que comenzó fá- brica insigne en los tiempos de Felipe III, al dejar de existir resucita en plaza elegante en el siglo XIX. Aquí al menos, lo que ha des- truído una mano lo ha edificado la otra; aquí el hacha y el martillo han guardado perfecta vicenda con la escuadra y el nivel.

Sentéme en esto en una de las piedras, parte un tiempo de los antiguos porches de la Plaza, y en mi imaginación se representaban los fes-

tejos Reales, las mascaradas, las cuadrillas, las justas y cañas que en los días de esplendor y grandeza de esta monarquía regocijaron y poblaron aquellos ámbitos célebres por los escritos de cien claros ingenios.

En esto, el viento silbaba en confusa y diversa manera, y al pasar por los hierros de unos y otros balcones de los cesantes que rodaban por el suelo y de los de activo servicio que decoran al presente la Plaza, creí percibir unos como sonidos articulados: apliqué más mi atención y escuché con sorpresa mía un diálogo, un parlamento entre los viejos y nuevos balcones de la Plaza Mayor, en que tomaban parte con retinir agudo y voz ronquilla, y como de burla, las veletas de la antigua Panadería.

—Desde nuestra excelsa altura—decían éstas—os hemos visto por luengos años hermo-sear la Plaza. Como que somos vuestras hermanas segundo-génitas os hemos conocido muy bien á vosotros los del tiempo de Felipe III, y contamos con acompañar, por un par de siglos de existencia todavía, á vosotros los que desde el incendio de 1790 decoráis esas cinco andanas de ventanas. ¡Cuántas cosas sabréis! ¡qué de secretos habréis sorprendido! ¡de cuántas citas habréis sido partícipes! ¡qué de galanterías habréis oído! ¡de cuántas aventuras habréis sido cómplices! ¡oh, y qué espectáculos habréis presenciado!

—Nosotros, los que rodamos por el suelo, hemos presenciado, como vosotras, días serenos, de dolor, de espanto y de regocijo para España. Esta alternativa es condición de la humanidad; pero desapareciendo nosotros de aquí, desaparecen los únicos testigos que en esta plaza quedaban de la grandeza española.

—¿Y por qué decís eso, balcones cesantes en la moderna algarabía, ó balcones reformados, según el lenguaje de nuestro tiempo?

—Porque nosotros alcanzamos el poder español en gran parte de su esplendor, y vosotras vinisteis aquí sólo para ver el auto de fe de Carlos II, cuando se reedificaron en 1672 las torres, desde donde ahora gritáis.

—Cierto es eso—replicaron ellas—que en mal hora vinimos al mundo; pero la mayor vida que nos reserva el destino y que nos asegura la firme piedra y robustos cimientos sobre que descansamos, nos prometen que alcanzaremos á ver restablecida la antigua gloria de la monarquía; ya véis que desde 1834 aquí, y muy particularmente desde Septiembre del año gracioso ó de gracia de 1840, nos podemos lisonjear de ir entrando.....

—Vosotras—dijo con voz de soprano un balcón pulido en los ángulos de Guadalajara—debéis posponer esas vuestras esperanzas de los sueños dorados, á las que yo y estos mis hermanos y compañeros podemos concebir y

levantar..... Nosotros hemos visto apuntar y extenderse el gran movimiento intelectual del siglo XVIII, y nosotros por nuestra edad juvenil y moderna estofa deberemos ver los abundantes y opimos frutos que ha de dar en los venideros tiempos. La civilización, la gloria, el orgullo nacional, todo, todo lo veremos llegar, subir al más sublime punto de esplendor, desterradas la ignorancia y las preocupaciones.

—Calla, necio—replicó uno de los balcones apeados.—Bien se conoce en tu petulancia, en tu osadía, el pedante siglo que te dió el ser. Tú y los hombres de tu tiempo, en mal hora venidos para este país, ¿qué habéis hecho para tanta arrogancia? Habéis perdido un mundo entero para España en sus Indias y colonias, las fuentes de sus riquezas las cegasteis, los cimientos en que se apoyaba su existencia los habéis quebrantado, todo se lo habéis perdido, nada le habéis ganado; hasta la condición noble y el carácter elevado de la nación lo habéis alterado. La desvergüenza y la procacidad han ocupado el lugar de la discreción; el de la galantería, la disolución y el libertinaje. Habéis deificado el egoísmo y desterrado al país de la fábula, el desinterés y el desprendimiento. El pundonor individual y de caballeros lo habéis gastado con los libelos de la imprenta, con los pregones lenguaraces de la tribuna, y

no por eso habéis hecho más susceptible y más sentido el orgullo nacional, aquella altivez española, proverbial en las generaciones pasadas. No habéis hecho más que arrastraros de la Francia á la Inglaterra; que sujetar el león de España al gallo francés ó al leopardo británico..... Maldición..... No, no desprecio; ludibrio para vosotros.

—Pues ¿y la guerra de la Independencia?— respondió algo balbuciente y turbado el balconcillo soprano.

—Menguado — le dijo el contendiente — ¿queréis también haber adulterado el nativo valor español? La cobardía será la única planta que no lograréis aclimatar en nuestro suelo. Era preciso para ello que alteraseis la electricidad de esa luz, la naturaleza de esas aguas, y á tanto no alcanza la perversidad humana. Pero ya que hablas de la lucha inmortal, de esa guerra de gigantes, ¿por qué no la estudias en su esencia para no hablar con error de ella, aunque siempre la malicia haya de ser la prenda y dote dominante en vuestros razonamientos y discusiones?..... La guerra y el triunfo contra Napoleón fueron efecto de causas anteriores, resultado glorioso como necesario de la organización antigua del país; fué una explosión de los resortes vírgenes y poderosos que en su seno guardaba la nación. Con vuestras doctrinas, con vuestras palabrotas, nada ha-

bríais alcanzado; al emplear las grandes fuerzas del Estado, las hubierais encontrado gastadas ya por el uso inútil de ellas; como que alteraríais el significado de las palabras, en vuestros labios no hubieran tenido para el pueblo el mágico valor con que se le entusiasmó entonces; por patria hubiera entendido el provecho individual, por sacrificios heroicos los goces materiales, por largueza y desprendimiento los empréstitos y las contratas.....

—Por cierto—volvió á decir el de Guadalajara—que habláis con más pasión que cordura, y que en tus arrebatos de celo por las cosas de nuestra vieja España te muestras más dominado del espíritu de sus crónicas y libros rancios que de los sanos principios de la filosofía y de los sublimes principios filantrópicos, civilizadores, fraternales.

—No me mates de náuseas con tu moderna solfa y flamante fraseología—replicó el apegado;—guárdalas para los periódicos del día ó préstalas á los oradores de la época, dulcísimos canarios para esa sinfonía, si es que aun se hallan orejas que tal aguanten. Tú y los de tu ralea, hablándonos de civilización y fraternidad, sois tigres como los de Hircania, pero no con su vistosa taracea de colores, sino con piel de repugnante sierpe: preconizáis el orgullo nacional, y no hay librete ó baratija extranjera á quien no miréis con el mismo supersticioso

respeto que al fetiche el negro bozal, y no pasa por vuestra mente idea alguna española castiza que no la hagáis pasar por las horcas caudinas de ese idiota extranjerismo que os aboba y supedita. Hasta á los descendientes y discípulos de los Córdovas, de los Parmas, de los Albas, de los Figueroas y otros mil gloriosos capitanes; los habéis obligado á despojarse en su traje de su severa y esplendente sencillez, para adobarlos á la extranjera, prestándoles los arreos de figura ó comparsa, ó los adherentes de un tambor mayor.....; desprecio, ludibrio para vosotros.....

--¿Y dónde vais á dar con esa granizada de recíprocas inculpaciones?—gritaron, como moviéndose, las veletas burlonas desde su altura.—Basta que seáis de raza española para que todo lo salpiquéis con pimiento picante y tomatillo chile. Cuando para los pueblos suena la hora de las revoluciones, todos á un tiempo son cómplices y culpados, todos víctimas y sacerdotes, todos opresores y oprimidos, y no por eso el mal deja de ser mal, ni la perversidad puede reclamar los títulos de la virtud. Bien se conoce, balcones viejos y nuevos de la Plaza Mayor, que no os habéis frizado mucho, ni tenido gran comunicación con los altos ingenios de vuestras respectivas edades. Porque si de otra manera fuera, cierto es que haríais muestra de mayor discreción en vuestras razones

y de más conocimiento en vuestra contienda del corazón humano y de las causas que han traído las costumbres y usos de este pueblo, á ser tan otras hoy de lo que en un tiempo fueron.

—Por nuestra fe que os engañáis, encumbradas veletas—respondieron á un tiempo varios de los balcones viejos, haciendo coro con ellos muchos de los balcones nuevos.

—En mis valustres he visto—decía uno de aquéllos—á Olivares y á Lerma.

—En mí—decía otro—han pasado las pláticas y reyertas de Góngora y Lope.

—Reclinada su frente sobre mi antepecho—gritaba éste—he sentido la cabeza de Calderón de la Barca concibiendo esos grandes pensamientos y esos caracteres que por elevados no parecen de la tierra.

Y aquel exclamaba:

—Y yo he oído las improvisaciones rabiosamente mordentes de Villamediana y Quevedo.....

—Pues ¿y nosotros?—gritaba el balconaje en servicio.

—Yo he conocido á Floridablanca, Campomanes y Aranda—decía uno.

—Yo he oído á Cadalso, á Meléndez y Moratín—añadía otro.

—Si eso es así—contestaron las veletas—¿por qué en alternativa sabrosa no relatáis algunas de las escenas de que habéis sido teatro,

retratándonos al vivo esos célebres personajes actores dellas, en lugar de acusaros destempladamente con resultado tan estéril como baldío? Acaso de esta manera, y como por una serie de cuadros de costumbres, habréis formado la historia de las vicisitudes y desgracias de este país, y veréis que esto que os parece á los unos el abismo del mal y á otros el pináculo del bien, son consecuencias de premisas desde muy antiguo establecidas, y sucesos cuyo primer germen data de luengos años atrás.

—Bien, nos place—dijeron éstas.

—Parécenos bien—respondieron aquéllos; y el balcón número 1.º comenzó así:

—Á pocos meses de estar concluida esta plaza—dijo uno de los balcones—ocupó gran parte de esa casa cuyo esqueleto ves todavía por el suelo, un opulento mercader.

Entre las personas que componían su reducida familia se notaba un hombre de aspecto señorial, cuanto venerable; sus modales eran nobles, su elocución cortesana, sus razones discretas. Aunque vivía en cierta apartada reserva, de vez en cuando recibía en el aposento, cuyo ventanil frontispicio yo decoraba, á varios de los principales señores de la corte.

Este singular y misterioso personaje, á quien llamaban D. Alonso, parece que había cedido toda su hacienda á aquel honrado mercader con quien vivía, que hubo de ser un banquero. La

soledad era su estado, su entretenimiento los libros, y un paseo, ya á mula hasta el arroyo de Broñigal, ó ya á pie por el prado de San Jerónimo, todo su recreo.

La familia del mercader le guardaba gran respeto y miramiento: quién decía que don Alonso había sido en otro tiempo señor de gran valimiento cerca del Rey, quién que desempeñó un gran cargo en las Indias por largos años, quién explicaba las melifluas consideraciones del mercader y las rendidas oficiosidades de sus allegados por las gruesas sumas que el respetado huésped le había franqueado en circunstancias apuradas.

Fuese de esto lo uno ó lo otro, ello es que cierto día al anochecer entró apresurado el honrado mercader en el aposento de D. Alonso, que estaba pasando con atención las hojas de la historia de Felipe II por Cabrera, y deteniéndose en leer algunos puntos notables. Don Alonso oyó el aviso que en voz baja le dió el mercader, y apresurándose á incorporarse de su asiento, tomó el candelero de plata que iluminaba la estancia y se acercó á la puerta.

A poco, y oyéndose antes unos pasos asaz sumisos y el rugir de ricas sedas, vi entrar un personaje, tapada la cara con el embozo del luengo ferreruelo, que al entrar y cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí, lo derribó, dejando ver un rostro lleno de nobleza y un

talante de verdadero príncipe. Todo su vestimenta era de cárdena seda.

El incógnito y mi huésped quedáronse mirando algunos instantes, y al fin D. Alonso, poniendo el candelero sobre una mesa y acercándole el más rico sitial del aposento al recién venido, rompió el silencio, diciendo:

—Por cierto que á los veinte años muy corridos es cuando el Cardenal Duque de Lerma viene á cumplir la entrevista para la que el Marqués de Denia, pocos días antes de la declaración de su privanza, citó encarecidamente á su amigo D. Alonso. De todos modos es grande su placer y mayor su agradecimiento por la honra que le hace visitándole en su humilde posada.

—En vano fuera—replicó el ilustre visitante llenando el sitial—y muy ajeno de los sentimientos que me animan al entrar aquí, el disculpar mi olvido y el pretender justificar la lejanía que de vos he tenido.

—Sin embargo—añadió el Duque—os puedo asegurar, querido D. Alonso, que en los sueños de mi privanza, en la mayor altura de mi poder, he contado orgullosamente con la aprobación vuestra cuando he creído, con mis decretos, con mis medidas, con mis órdenes, con las profundas miras de mi política, haber coadyuvado á la preponderancia española en Europa, á su dominación en apartados climas, á su te-

mido imperio en el universo mundo. Creía no desmerecer entonces de la opinión y fama de Castel-Rodrigo y de Idiázquez, los queridos Ministros del segundo Felipe, que arrimando sus hombros le ayudaban á sobrellevar la carga del orbe, vuestros amigos, vuestros dechados y modelos.....

—Sí lo fueron—repuso el otro interlocutor—y el haberos apartado de la senda que ellos dejaron trazada, el haberlos suplantado vos en el lugar en que la previsión del anterior Monarca los dejó con encargo muy especial de que en él siguieran, cosa ha sido que amargos sinsabores os ha provocado, peores tragos os ha de procurar, y, sobre todo, siniestro principio y fecundo germen ha de ser para la decadencia de esta monarquía, y acaso para su total ruina.

—Acerbo estáis—dijo el Duque;—pero ya conoceréis, discreto D. Alonso, que no faltan satisfactorias respuestas á vuestras inculpaciones, y antes que os instruya del móvil de mi intempestiva visita, y que os pida los consejos que mi triste situación reclama, y á que vuestra antigua amistad, aunque ofendida, está obligada, os debo y quiero responder; y presumo que, si con atención me oís, lograré desistirme de los cargos con que me apremiáis.

Cuando murió el hijo de Carlos V, dejó la monarquía empeñada en guerras difíciles, que

apenas podían sostenerlas las riquezas de dos mundos y el valor no desmentido de los españoles. Don Cristóbal de Mora é Idiáñez, que pasaba por ser el alma uno, y otro el corazón de Felipe II, quedaron al cargo de los negocios, y por amonestación del difunto Monarca á su hijo, debieron haber proseguido entrambos dirigiendo el Estado. Mi privanza principiaba entonces; la fortuna me brindaba con sus favores; el nuevo Monarca me elevaba rápidamente al valimiento; ¿qué queríais que hiciese? El profundo conocimiento que vos teníais de la corte; lo familiarizado que estabais con los negocios por las altas ocasiones en que os habíais visto y arduos cargos que desempeñabais, y sobre todo vuestra amistad con Mora é Idiáñez y vuestra exquisita discreción me inspiraban entera confianza. Por eso contaba con vos para asegurarme de la fidelidad de aquéllos y de su buena voluntad, y al elevarme yo, no alejarlos del puesto que ocupaban.

Para eso os dí la cita que á mi entrada me habéis recordado; mas cuando mejor inclinado me sentía á la avenencia, supe que entrambos ministros se conjuraban en mi daño, que jamás cederían en sus proyectos y miras, y que harían cruda guerra á mi valimiento, á mis herchuras y á mis planes. ¿Debí ceder, debí desdenar los halagos de la suerte y volver la espalda á las insinuaciones del Monarca?

Alejé á mis rivales, pero los alejé de una manera conforme á sus merecimientos y á la alcurnia mía. Hice más: abracé sus proyectos y miras y proseguí dando á los negocios la dirección antigua.

La guerra de Flandes se avivó; la hostilidad con la Francia no desmayaba; los manejos en Inglaterra proseguían; los planes de Italia se llevaban á cabo; ¿á qué, pues, esas recriminaciones? Acaso los errores de las antiguas máximas engendran esas desgracias que vaticináis, y no las consecuencias de mi privanza.

¡Ojalá, al encargarme de los negocios, hubiera olvidado los antiguos derroteros de la política española, para navegar yo libre y desembarazado por donde mi capacidad hubiera inventado, y por donde, guiándome, me llevase mi fortuna! Porque, á la verdad, ¿no consideráis equivocada la política de Felipe II? ¿No se os antoja pigmea, á fuerza de ser gigante, esa lucha con el orbe entero por intereses que no eran los suyos, que no lo eran del país á quien más amaba, que era la España, y que jamás lo fueron de la época en que vivió, ni tampoco de la nuestra? Siendo esto.....

—No prosigáis—le repuso D. Alonso.—Felipe II está muy cerca de nosotros para poder ser juzgado con imparcialidad, y siglos enteros han de correr para que puedan apreciarse sus

miras y su previsión. Sin embargo, unas cuantas razones bastarán á vuestro talento para ver este punto con claridad.

Desde luego os digo que esa incredulidad y disposición de espíritu con que entrasteis á manejar los negocios, aguaban ya su buen éxito y resultado. Antes que proseguir con tibieza ajenos planes, y que abrazarlos con poca fe, mejor fuera abandonarlos del todo y echar por otro sendero en la política. Si al entrar en vuestra privanza hubierais quemado las instrucciones de Felipe II, hubierais hecho la paz con los rebeldes de los Países Bajos, abandonado á los católicos de Inglaterra y disimulado con la Francia, malo hubiera sido, pero al menos los dominios españoles habrían respirado. Las consecuencias futuras acaso fueran las mismas, pero al menos la España restañara esa sangre que por tantas heridas se le va y pierde; no tuvisteis corazón para tanto, y habéis seguido luchando flojamente veinte años para venir á confesar ser flaqueza lo que un tiempo pudo mirarse como cálculo y política.

Entretanto, la prudencia de Felipe II queda intachable, triunfante su previsión al través de los siglos y de la densa niebla de los sucesos y de las pasiones vulgares. Felipe II combatió la Reforma con ahinco, con rencor, á todo trance, porque veía en aquel movimiento la señal dada contra toda institución, contra toda

autoridad, contra todas las tradiciones. Si la Reforma pensara contenerse dentro de ciertos límites, de presumir es que Carlos V no la hubiera combatido. Pero su furor, su desenfreno, hizo pensar á los hombres superiores, les hizo entrever los males que iban con ella á caer sobre la humanidad.

Por el orden establecido en Europa, la superioridad, la preponderancia, le competía para luengos siglos á nuestra nación. Con los nuevos principios se ponía en contestación dudosa: la silla del poder, que ha estado fija en Madrid ó Valladolid por cerca de un siglo, podrá pasar á París, á Londres, ¿quién sabe en dónde? Los recursos naturales que ofrece espontáneamente nuestro suelo, y los nativos mineros de las Indias descubiertas, pueden ser vencidos, eclipsados por el vigoroso desarrollo que han de tomar esos pueblos á donde se reúnen los descontentos, los fugitivos de todos los países. En cuanto el arte y otro nuevo principio haga más ricos á esos países, el fallo de la destitución de la España estará dado.

Á esto quiso oponerse Felipe II; por ello ha combatido tan tenazmente la Reforma y la rebelión, bajo todas las formas en que se le ha presentado, y algunas veces con demasías; sobre estas ideas se cimentaba su política. Con ésta acaso ha dominado duramente en España, pero España ha dominado en Europa y en el

mundo, y su anhelo se cifraba en que dominase todavía sin contingencia alguna.

—Ya veis, D. Alonso—volvió á replicar el Duque—que los colores que me adornan son fiadores de cuáles sean mis pensamientos sobre los ataques dados á la autoridad de la Iglesia en nuestros días. Pero el rey Felipe, sin ser un Enrique VIII ni Isabel de Inglaterra, podía haber contemporizado como los Enriques de Francia.....

—Don Felipe—repuso vivamente D. Alonso—conocía mejor que esos soberanos los frutos que han de cogerse de sus malas acciones. La historia irá diciendo, conforme vayan andando las edades, las catástrofes que han de sufrir y las tragedias que han de pasar por las familias de esos príncipes.

—Sin embargo—dijo el de Lerma—graves faltas cometió D. Felipe el II.

—Sólo dos se le pueden achacar.

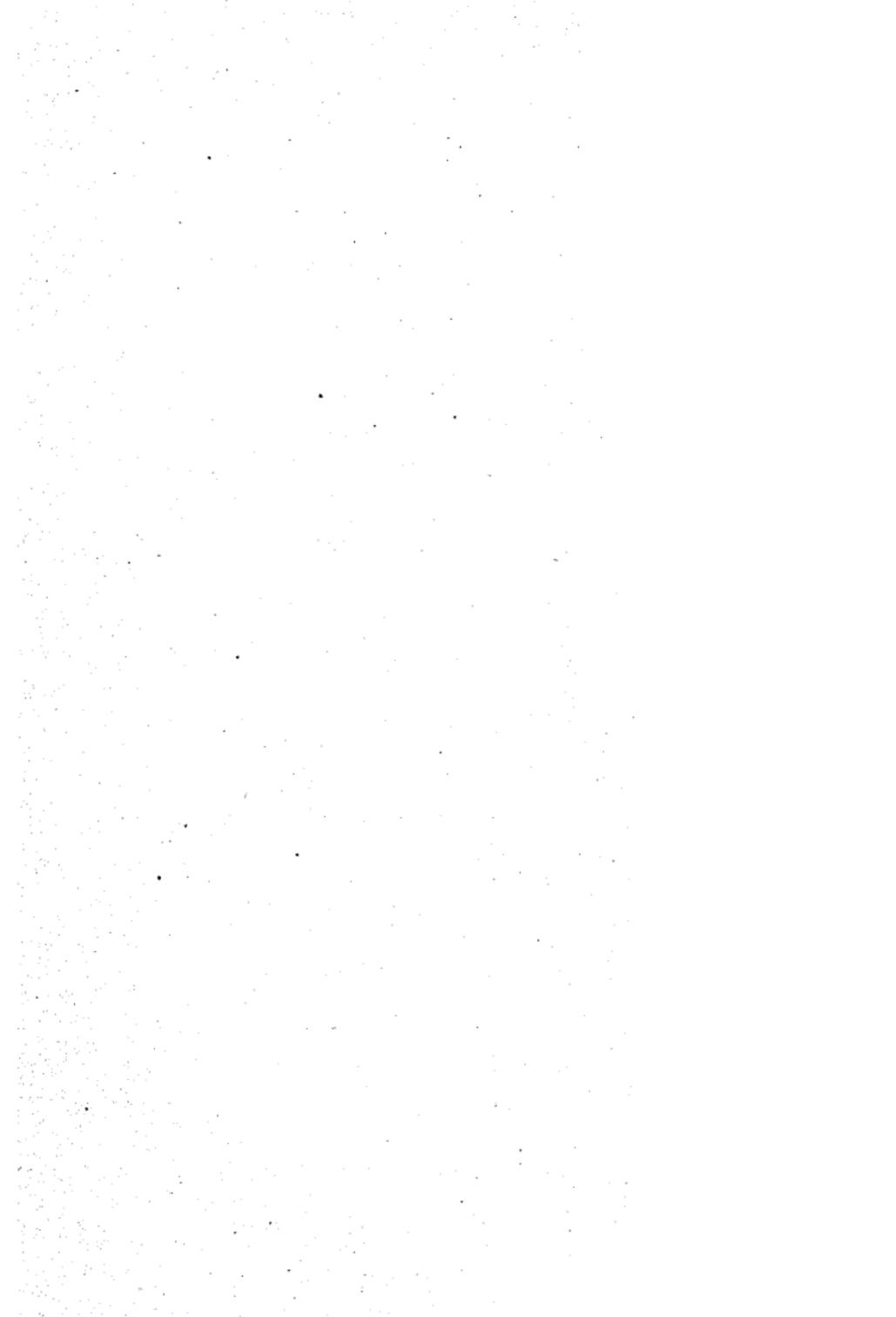
—¿Cuáles son, puesto que así las confesáis!

—La primera y más grave, no haberse fijado en Lisboa, como Castel-Rodrigo se lo aconsejaba. La segunda.....

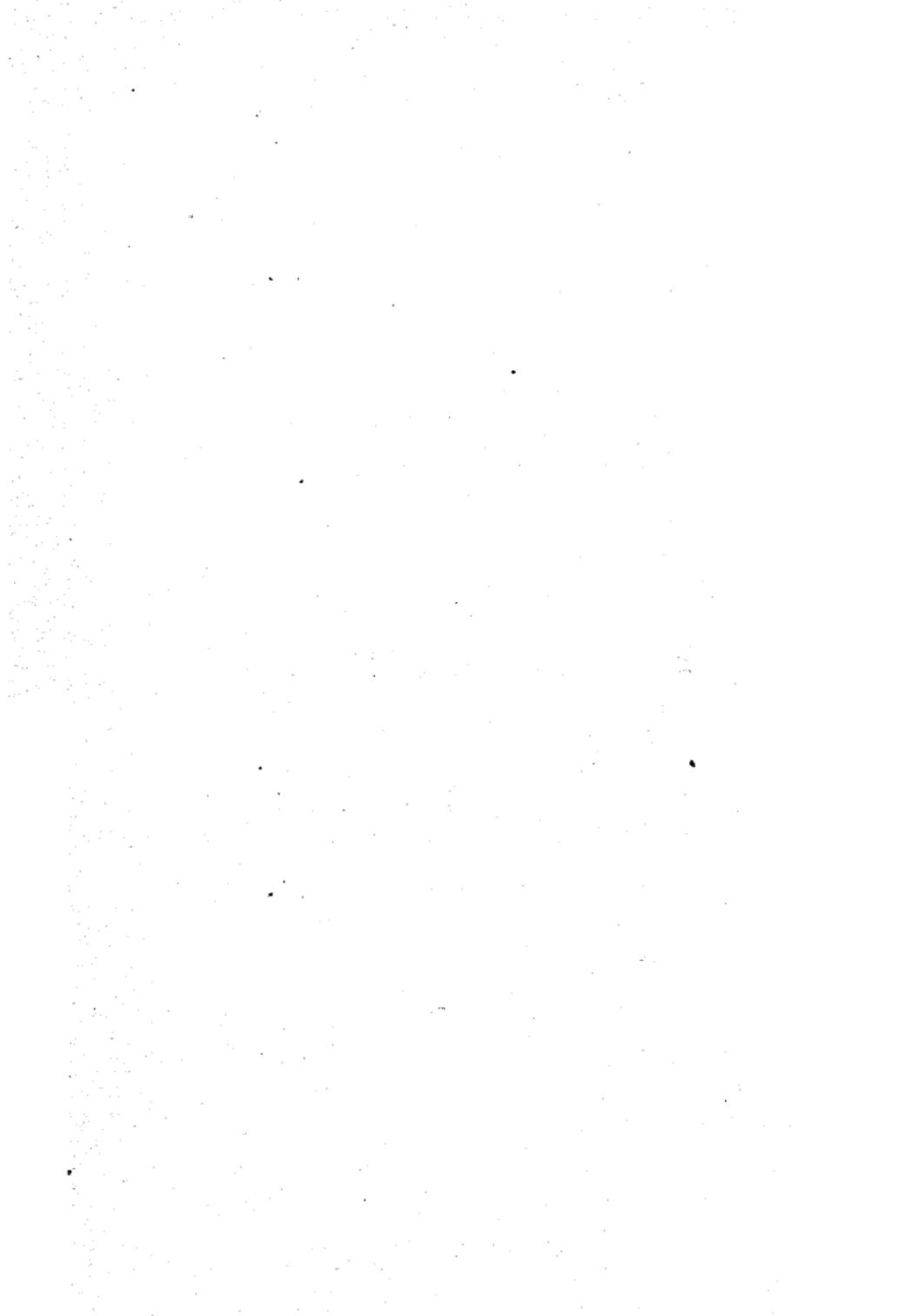
—Acabad, no titubeéis.....

—La segunda, haber engendrado á su hijo Felipe III.





FRONTIS EN PAPEL.





## FRONTIS EN PAPEL

QUE SALE DE PARANINFO

Ó VIENE DE ANTEFECHA Á CIERTOS DISCURSOS, QUE CON LEMA DE  
«CARTAS ESPAÑOLAS», VERÁ EL BENÉVOLO PÚBLICO, ANDANDO LOS  
DÍAS.

---

*Quid verum atque decens curo et  
rogo et omnis in hoc sum.*

HORAC., *Epist.* 1.

La verdad y lo bello son el blanco  
de mi mente, y en esto se fija todo  
mi estudio.

*Reseña de cierta tertulia, cuyos personajes han  
de figurar más de una vez en estas Cartas.*



ANSE á cumplir dos años *circumcirca*  
que se congregaban en tertulia va-  
rias personas, si bien honradas, si  
bien hidalgas, en cierta casa de noble traza,  
de alto frontispicio y relumbrante farol, si-  
tuada en aquel sitio donde más se angosta la  
calle de Leganitos, y cuyo número se calla  
por ahora, con las señas de su puntual cono-  
cimiento, por darle á nuestra relación cierto  
aire de misterio, y no alarmar, ya la modestia,

ya. la tranquila obscuridad de aquellos tertulianos.

Estos, pues, desde el cuarto de vigilia hasta el cuarto del alba, que es decir lo mismo, desde las ocho hasta después de media noche, se entretenían cotidianamente en ejercicios y pláticas de ingenio, viviendo así en útil y agradable recreación las horas que otros pasan fastidiándose elegantemente, hablando de Londres ó de París, ó arruinándose con la mayor cordialidad, estrechados en piña alrededor de una mesa, viendo desfilan por manos (acaso demasíadamente sueltas), sendos pedazos de cartulina, taraceados de bermellón y ocre.

Sería defraudar al leyente de la mejor parte de su placer, si no hiciéramos conocer muy de cerca la condición, figura y talle de esta tertulia: cuyos coloquios, cuyos discursos, correspondencia y aventuras van á ser de aquí en lo futuro, Dios mediante, y ayudante mi buen oficio, el pasto del público, sirviendo de arcaduz y estafeta estas cartas, que saldrán de sorpresa y á la encaminada, cuando menos se les atienda ni aguarde.

Sería gran lástima, digo, que el leyente desconociera la fisonomía de estas buenas gentes cuando nada divierte tanto la curiosidad del viajante, como ver el castillo ó casa gótica que visita, adornada en sus portadas y galerías con los retratos de los fundadores de ella s,

en cuadros almenados y medio carcomidos, cosa que ciertamente autoriza la fábrica y previene en favor la imaginativa del visitante peregrino.

El sujeto, que en verdad merece ser puesto en primera luz, sin que por eso toque en agravio de sus concolegas, es la respetable Baronesa de Barbadillo, que á los diez y seis años de edad la casaron, por razón de estado, con un viejo ochentón, y enviudando, se recasó por su gusto perdidamente enamorada con un mancebo de veinticinco años, cuando ella contaba ya sus cuarenta navidades, disfrutando en ambos consorcios la felicidad que puede figurarse el lector. Su segundo marido tuvo por conveniente emprender un viaje, del que no volvió, cuando las doblas de su cara mitad se redujeron á mínimas y seminimas, y ella al fin se resignó como prudente, al principio aquél de que *el tiempo todo lo cura*. Puesta ya á salvo, por sus años, de que se le supongan pretensiones ridículas, y á cien leguas de los empalagos de la decrepitez, su trato ofrece todo el escrúpulo de la delicadeza y todo el encanto de la urbanidad más fina. No es culta latini-parla, ni de las sabidillas de hogaño; pero habla de modas y trajes con una erudición admirable; los peinados los sabe á dedillo, y es conocedora sublime de telas y todo género de bujerías. En su casa recibe hospitalidad la tertulia, y esto le presta cierta

autoridad que paga galantemente ella, haciendo sacar conservas, bollos y agua de naranja, de tiempo en cuando.

La figura que contrasta admirablemente con el retrato femenil que va presentado, es una persona larga, seca y encanutada, que aunque por tradición se le echan sesenta navidades, cualquiera desapasionado le arrimará algunos lustros de añadidura, bien se le mire de perfil ó bien se le encare frente á frente. Jamás lleva acompañante alguno, ni se le conoce amigo viviente; lo que unido con el elogio que días atrás escribió sobre la *Soledad*, hizo que la tertulia le llamase el *Solitario*, cuyo apodo al fin concluyó por adoptar él mismo, y ya el público tiene algunas nuevas suyas.

Su gusto literario es tal, que muy pocos libros traspirenaicos hallan gracia ante sus ojos, mas en trueque siempre está cercado de infolios y legajos empolvados á la española antigua, y para cuya caza trastea y escudriña los trebejos de las librerías y baratillos. Es celosísimo del habla castellana, y no puede sufrirla mal acompañada de *galicismos*, ni manchada con suciedades de tal jaez. Es muy entendido en el arte de farsar, y muy bien sirvieran sus lecciones de cartilla á los farsantes, si no fuera por la extremada indulgencia que en ellos emplea, vaporeándolos con copos de algodón, cuando debiera blandir disciplinas de disciplinantes.

Otro de los tertulianos más asiduos es don Severo Soriñegas, doctor *in-utroque*, grecista consumado, catedrático que fué de Alcalá, recitador eterno de cuantas leyes se han pregonado, desde las doce tablas hasta el día, y cuya conversación será la más sabrosa y succulenta del mundo, puesto que siempre la ministra lardeada con citas del Vinio y las Pandectas.

Otro miembro, no menos útil que agradable, es *D. Crisófilo Nauta*, comerciante honrado, muy dado al estudio de la Economía y Estadística, y que explica de coro los diversos sistemas economistas, desde Kesnay hasta el puramente fiscal ó mercantil: las teorías de Adams y de Say adquieren en su boca una claridad que nada pide tanto, al parecer, como una inmediata aplicación; pero á renglón seguido añade que siendo ciertos los principios, todavía es de suma dificultad la práctica de ellos, advirtiendo que un error en esta materia hace más daño que una peste, ó la pérdida de una batalla.

En tinieblas andaría esta comunidad literaria si no la alumbrase alguna lucerna poética. Este papel lo desempeña *D. Crispín de Centellas*, de persona diminuta, de carilla redonda y ojos vivarachos, de traza aviesa, entre duende y arlequín, que tiene la memoria embutida con trozos de los mejores poetas latinos, castellanos y extranjeros, y que ya imitando á aquéllos,

ya copiando á estotros, y siempre escribiendo á son y compás de nuestros autores del siglo XVI, suele acertar en tal cual composición, sin desagradar del todo al todo en ninguna.

Cuantas caricaturas van puestas en tabla, hasta ahora, no formarían más que un *pastucho* indigesto, sin esmalte ni contratinta, si no les acompañasen en el cuadro un par de cabezas, que en donaire y frescura desquitasen las brochadas de almagre de aquellos rústicos borrones. Por fortuna, la tertulia puede presentar dos personas tales, que á toda luz merecen aprobación de los conocedores en puntos de delicadeza y buen tono.

El airoso *D. Félix de Menchaca* es el uno, y la linda *Doña Leonor de Cortes* es la otra; aquél, mancebo de veinticinco á veintiséis años, y ésta que apenas raya en los veintiuno.

El *don Félix* es andaluz: su porte, sus andanzas, sus humos caballerescos y de pundonor, su agilidad en castigar un caballo y en rendir un toro, su altivez hidalga y sus nocturnos galanteos, le hacen merecer el nombre que lleva, y que se enlaza con los recuerdos que nos imprimieron las comedias de Lope y Calderón. No es tan rico que se le envidie, ni tan orgulloso que se le murmure. Tiene todos los ribetes de una educación esmerada, explicándose con un desenfado y soltura que bien muestra haber leído mucho, y con la mejor

elección: un madrigal que componga, unas endechas que cante, una cuestión de modas que resuelva, ó un fallo que dé sobre este ó aquel punto de amena literatura, lo hace con tal gala y primor en el decir, que para él solo tiene la tertulia un libro de tafilete, curiosamente labrado, donde se trasladan los destellos de este ingenio ideal y novelesco.

Cualquiera irá á creer que D.<sup>a</sup> Leonor es pareja del *don* Félix en todos los demás adherentes, así como lo es en juventud y buen parecer; pero quien tal piense se engaña en tercio y quinto; ella es una americanita, linda como un oro, en verdad; discreta, cual ninguna, y *goda* por todo extremo; pero las desgracias que ha sufrido con su familia en aquellas regiones, devastadas por sus facinerosos pretendidos libertadores, la han hecho adquirir cierto aire de tristeza y melancolía, que no la dejan tomar parte, con su corazón, en las inocentes frivolidades que divierten á aquel festivo caballero.

El *don Severo*, que es su tío, la lleva no tan frecuentemente como todos quisieran á la tertulia, y aquella noche hay un soplo de vida más y más alegre en todos los concurrentes. Cuando describe las magníficas escenas de aquella naturaleza salvaje, arrebatada: si pinta los tormentos, los suplicios que han hecho sufrir á los españoles leales los feroces bandidos

insurgentes, hace estremecer; y si á su modo combate los principios de aquella rebelión espantosa, enternece hasta el último punto. En fin, es una nueva Atala.

Tal es, pío lector, la tertulia donde asisto y cuyos secretos voy á revelarte, si no para instrucción, al menos para honesto deleite tuyo. No pienses que estos que ya conoces y no más son los actuantes y parlantes que forman la tertulia, de que tú sin saber cómo, eres también familiar; hay alguno que otro andante en Corte (parte berroqueña del auditorio), que se duermen en tanto del certamen, ó forjan al paño algún lindo memorial para la vacante que han de atacar al sol saliente; y, en fin, como que aquellos sujetos no tienen la obligación de la inamovilidad, y la tertulia está abierta para todo hombre de tales ó cuales circunstancias, es claro que por escotillón ó vuelo aparecerán, ó birlaránse nuevos personajes.

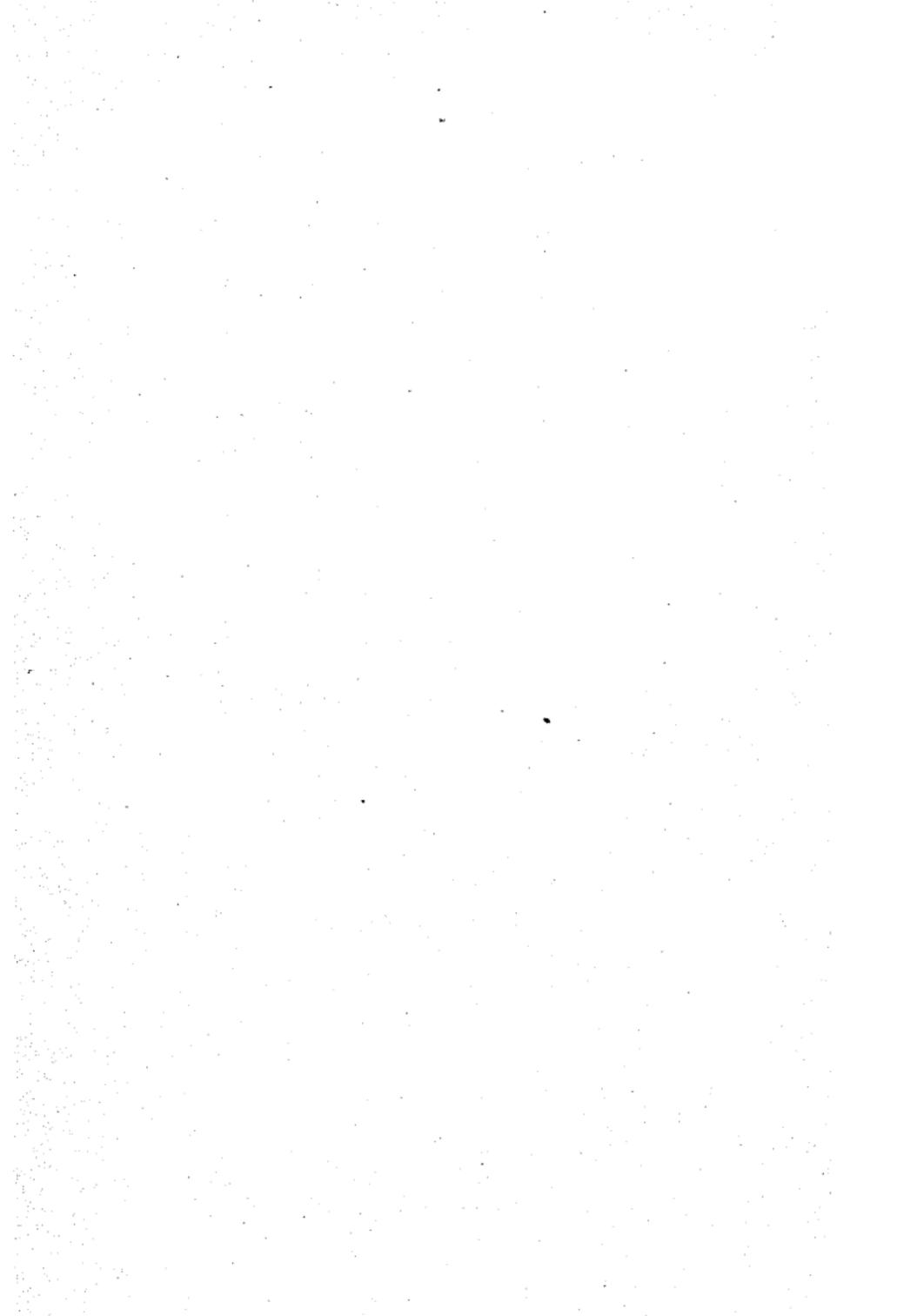
Bien podrás deducir, por lo dicho, que vas á leer, no tomos infolio, no abstracciones recónditas, sino que debes esperar sólo rasgos fugitivos de pluma, discursos volantes, bosquejos de costumbres, escritos lo más castizamente que lo permitan los resabios del siglo; ni tan hondos que lleven el bostezo consigo, ni tan por flor, ni rasantes, que dejen el ánimo insípido y sin impresión alguna. *Est modus in rebus.*

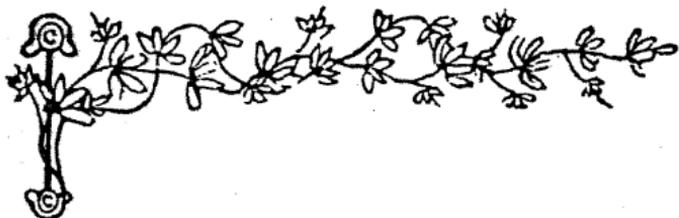
La forma de cartas con que salen á luz estos discursos no la tuvieron primitivamente, como bien puedes considerarlo, pero ausentándose algunos tertulianos á esta ó aquella provincia, y aun también fuera de la península, pidieron y alcanzaron que se les enviara muy por menor cuanto se escribiere y relatase en tertulia. La Baronesa y el Solitario, que á fuer de mantenedores de la pista se hallan en Madrid, reciben cartas del tío y la sobrina que en este punto visitan á Francia, escriben largas epístolas á D. Crisófilo Nauta, que viaja por el Norte de Europa, corresponden con D. Félix, que recorre ahora alguna de nuestras provincias, y hablan y se entretienen con otros amigos en sus recreaciones tertulianas lo más agradablemente del mundo. En consecuencia, ya gota á gota, ó bien de antuvión, aparecerán en estas cartas las obrecillas y observaciones picantes de aquellos viajeros, como todo lo verás en el curso de las semanas y meses, manifestando tú buena voluntad en comprar lo que te se anuncie por cantones y plazas. *Vale.*





DISCURSO.





## DISCURSO

LEÍDO EN LA APERTURA DE LA CÁTEDRA DE  
ÁRABE DEL ATENEO DE MADRID.

---

**S**ÑORES: Repetidas veces nos hemos visto en este lugar para dar principio á unas tareas que si no alcanzan el brillo y el lucimiento de otros trabajos literarios, no habrá muchos, en cambio, que rayen más alto en utilidad y en resultados de grande importancia.

Desde que tuvo principio esta Corporación entró en sus miras el promover, entre otros estudios, el de las lenguas orientales, singularmente el árabe, que por causas muy poderosas, y que están al alcance de todos, merece singular preferencia para los aficionados á las letras en nuestra España.

D. Pascual de Gayangos fué el primero á quien cupo la suerte de iniciar en el Ateneo de Madrid la enseñanza de este idioma en 1835

y en 1836. En la necesidad de alejarse de este país, entré yo en su lugar, si reemplazando en verdad su buen celo, ajeno siempre de la pretensión de poder sustituirle en idoneidad y conocimientos. Obligado yo también á pasar á otras provincias á desempeñar cargos oficiales, hube de dejar vacío este puesto, que lo llenó cumplidamente, aventajándome en su desempeño, D. Carlos Creux, educado en Oriente y familiarizado desde sus primeros años con el árabe vulgar y el erudito, entre los maronitas del Líbano y entre los ulemas, doctores y alfaquíes del Egipto. Llamado D. Carlos Creux á llenar un destino importante en nuestra diplomacia, tuvo esta Corporación el honroso recuerdo para mí de volverme á encargar de la enseñanza del árabe, recuerdo lisonjero, puesto que volvía á sustituir á una persona tan perita.

Los incesantes esfuerzos del Ateneo y los desvelos de los profesores nombrados para el efecto, lograron al fin el fruto que todos deseábamos, y que indudablemente fué el objeto principal de las miras ilustradas de esta Corporación. Cuando las de esta clase logran que el Gobierno tienda una mano protectora á una enseñanza olvidada, aunque utilísima, logran un triunfo glorioso porque han demostrado la necesidad de ella y el deber que el Gobierno tenía de protegerla. Esto se consiguió en 1843, en que el Gobierno de S. M. estableció y dotó

cumplidamente una cátedra de árabe en la Universidad Central de Madrid, llamando para llenarla al mismo D. Pascual Gayangos, que antes había ocupado este puesto, y que durante su permanencia en el extranjero, siguiendo en el cultivo de las letras árabes, había conseguido un nombre esclarecido con la publicación, en idioma inglés, de la historia de España de Al-makkari, y que escribió con el título de *Las dinastias moslémicas*.

Desde este punto, los deseos del Ateneo han quedado cumplidos, pues ha visto ya asegurada la enseñanza de un ramo del saber humano, indispensable de todo punto para las letras españolas, pudiendo considerarse sus esfuerzos en propagar estos conocimientos, no ya como antes para que no acabara de extinguirse la centella de su enseñanza, sino para coadyuvar con todas sus fuerzas á las intenciones del Gobierno. Éste, después de establecida la cátedra en esta Universidad Central, ha inaugurado otras dos allí en donde en pie todavía los muros de los alcázares musulmanes, floridos sus pensiles, corrientes sus aguas y fuentes, y sus aljimeces y paredes incrustadas de cifras, festones y arabescos, parecen no necesitar más que de la habla para realizar la resurrección cumplida de los tiempos de los Beni-Humeyas y Nazeritas, de los Almanzores y Abderahmanes, de las Aixas y las Zoraidas.

Sevilla y Granada cuentan en sus Universidades con esta enseñanza, y acaso no estará lejos el día en que la ilustración del Gobierno conozca que para dar su fruto esta asignatura, deberá dividirse en dos cursos con sus respectivos maestros. Y no será por cierto un lujo excesivo en la enseñanza, ni un prurito extraño á la importancia de la materia, el mirar con alguna predilección estos conocimientos para que lleguen á la altura á que deben rayar. No es sola la consideración general de que cuanto más se cultiven los idiomas y letras orientales, se allegan nuevos datos, nuevas noticias, hechos desconocidos, curiosos pormenores que resuelven dudas históricas, problemas filosóficos que esclarecen la filiación de los pueblos y sus vicisitudes, derramando gran luz sobre las catástrofes de las naciones antiguas, y la marcha que han seguido las grandes familias humanas: además de estas consideraciones generales, que inclinan el ánimo de la sabia Europa al cultivo de todos los idiomas orientales, por extraños y difíciles que parezcan, hay para nosotros razones de indeclinable necesidad que nos obligan á este estudio.

Ello es que dos pueblos que han vivido por siete siglos, no sólo en el mismo suelo, sino casi debajo del mismo techo, han de estamparse, digámoslo así, recíprocamente, mil hondas huellas de respectiva existencia en el habla, las

costumbres, en los gustos y aficiones, en su nomenclatura, con otros mil recuerdos en sus historias y tradiciones, que con el transcurso del tiempo no pueden entenderse ni explicarse sin estudiar detenidamente los documentos de toda especie conservados por el tiempo, lo cual no puede cumplirse sin el conocimiento del idioma.

Como á los árabes les cupo la suerte de ser vencidos, saliendo de aquí expulsos y desvalidos, fuerza es el estudiar su idioma, si los hijos de los vencedores deseamos la explicación de mil frases que pronunciamos, de la nomenclatura de ciudades, villas, montes, ríos de denominación oriental que por todas partes nos cercan, si queremos la interpretación de los manuscritos y pergaminos que ruedan en nuestras bibliotecas, ó que á cada paso se encuentran entre paredes, ó la inteligencia de las monedas é inscripciones que todos los días se hallan nuevamente en excavaciones ó derribos, ó si buscamos, en fin, la causa y fundamento de muchas de nuestras leyes y costumbres, ó nos proponemos restaurar el edificio de nuestra historia, muy desmantelado en las partes más principales de ella, con las relaciones, memorias y documentos que á veces nos proporcionan los historiadores árabes, aunque no siempre tan copiosamente como los curiosos desearan.

Quando los dos pueblos andaban unidos en este suelo, por lo mismo que eran tan familiares y que tan íntimamente se conocían, no era necesario estudio particular para comprenderse recíprocamente y para darse razón de los hechos y de los usos respectivos de cada uno. Por lo mismo, se echa de ver en los escritos del arzobispo D. Rodrigo, llamado por los árabes el almitrán de Toledo, lo familiarizado que se encontraba en todas las historias arábicas, como si hubieran sido su estudio cotidiano y familiar. Es indudable que todo lo que omitió aquel insigne Prelado fué, no porque lo ignorase, sino porque siendo conocimiento vulgar y del común de las gentes, consideraba por inútil é inoficioso el repetirlo.

En nuestras crónicas, en nuestros primeros historiadores, como Garibay, Sandoval y otros, se encuentran rastros indudables de que alcanzaron á ver, ú originalmente, ó por medio de traducciones manuscritas que entonces circularían, muchos documentos de historiadores árabes, que algunos han parecido ya, merced á las adquisiciones que incesantemente hacen de manuscritos orientales todos los Gobiernos de Europa, los Liceos y Universidades de esos países, y aun muchos particulares ricos é ilustrados: otros permanecen desconocidos entre los aduares de África ó en las bibliotecas de las

mezquitas, si es que no han perecido ya para siempre.

Pero desde el siglo xvi el celo religioso y la antipatía de raza dieron origen á persecución tal en contra de la nación vencida, que principiando por el desdén, pasando luego á ser prevención y enojo, se convirtió por fin en el odio más encarnizado y fanático en todo lo que llevase el sello de los antiguos dominadores de la España. Al mismo tiempo que se derribaban las mezquitas, los baños y cuanto pudiera recordar las costumbres moslémicas, se destruía cualquier monumento escrito que se encontraba, se alteraban los usos de la vida para separarse de las antiguas costumbres comunes con los árabes, y en las Universidades y en las Escuelas, y hasta en la imprenta, que entonces principiaba en sus ensayos, se hacía muy particular el estudio en repeler de la frase toda palabra, toda pincelada en el estilo, y de las pláticas y libros toda frase, toda razón que oliese, aunque de lejos, á la dicción, al hablar y al modo de escribir de los árabes.

En la traducción que se hizo á mediados del siglo xvi de la geografía de Appiano Alejandro son muy notables las palabras siguientes que se contienen en el prólogo ó introducción: dice así: «Me parece que traduciendo estas artes en lengua española no se aprofanan, pues entre todas las lenguas vulgares, sin perjuicio

de las otras, se puede bien decir es la más abundante, viril y sonora, y más común á diversas naciones y pueblos del mundo; la cual, con singular diligencia de muchos varones letrados que componen libros con grande industria y sumo artificio, se enriquece cada día, desechando de sí la escoria de algunos vocablos árabes, y tomando muchos latinos, torna á cobrar su antigua nobleza de romance.»

Se llamaba escoria del lenguaje por estos hombres aficionados á las letras, á palabras derivadas de una lengua primitiva, enlazada más ó menos inmediatamente con los idiomas más elocuentes y ricos que se han hablado en el mundo, y enriquecida por miles de escritores, émulos en sabiduría de los sabios nombrados de Roma y de la Grecia. Acaso al ofrecerse al pensamiento dos ó más palabras de ambos idiomas rivales en España para significar una misma idéntica idea, debería preferirse la de origen latino por sernos más familiar y materno, por guardar más consonancia con la base y urdimbre de nuestro lenguaje, y por sernos más clara y perspicua su filiación y procedencia. Pero tomar motivo y causa de aquí para proscribir cuanto sonase á árabe, ó que recordara el dominio y señorío de aquellas gentes, lo consideraremos siempre como un funesto extravío. Las mismas cualidades de sonoridad, virilidad y abundancia que el citado

escritor reconocía en nuestro idioma, las debe indudablemente á las diversas fuentes de que se derivó, todas puras y de caudales límpidos y clarísimos. El imitarse tan felizmente en nuestro idioma los cánticos de la *Biblia*, los sáficos, ditirambos y versos anacreónticos de los griegos, la numerosidad y lo profundo y sentencioso de los latinos, ya en verso, ya en prosa, y en fin, el remedar con tal exactitud los cantos de los árabes en nuestros romances, ó lo encumbrado de sus pensamientos en nuestros conceptos, se debe sin duda á que en el castellano residen elementos vivos y palpitan-tes de todos aquellos idiomas, y recuerdos de los pueblos y generaciones que los hablaron. Es por cierto imagen de la inmensidad, si se quiere atalayar con la vista del pensamiento desde un confín del habla castellana las riberas opuestas de sus grandiosos dominios.

El que lea la *Biblia* de Ferrara y los curiosísimos libros de los judíos, que pase la vista después por la *Crónica general*, *El Conde Lucanor* y otros documentos de recuerdo árabe, y después traslade su lectura á la traducción de Coloma ó á la *Guerra de Granada* de don Diego de Mendoza, se maravillará sin duda de encontrar registros tan varios y opuestos en el mismo instrumento, ó casi le parecerá imposible que tal variedad de ecos puedan reducirse y recogerse á un solo idioma. Por eso la

riqueza del castellano es de tan buena ley y jamás sus términos y palabras podrán considerarse como el fardaje inútil de una palabrería nimia é inoportuna.

Como este idioma se ha trabajado, pulido y cincelado, digámoslo así, por generaciones y pueblos tan opuestos en ideas, tan diversos en origen y tan encontrados en creencias, de aquí sus variadas y ricas entonaciones, porque las palabras han tenido que obedecer la dirección de los diversos pensamientos; se han modificado abundantemente, pero sin confusión, y se han combinado de cien y cien maneras, á veces pintorescas, á veces elocuentes; cuándo en son de sentencias, cuándo en forma de chistes; ora con sublimidad, ora, en fin, con cuantos dotes felices pueden demandarse á la expresión más adecuada de la idea, creándose así un idioma que puede imitar fielmente las entonaciones de las lenguas madres de que se deriva. Si en este punto y bajo esta razón entra en nuestro idioma como elemento tan importante la lengua árabe, no es de seguro menos esencial su conocimiento para la inteligencia de nuestra historia. Muchos problemas oscuros hasta el día, cien dudas suscitadas por las especiosas razones de la mala crítica y muchos puntos vacilantes en la cronología y sucesión de los hechos se resuelven, se fijan y se establecen con toda certidumbre por medio de las historias árabes.

La existencia de Pelayo dudosa, si no negada por algunos críticos del siglo XVIII, se encuentra confirmada, con tantas ó más circunstancias maravillosas y de esfuerzo por los historiadores árabes, y singularmente por un anónimo que escribió los sucesos primeros de la conquista. La batalla de Alarcos, cuya pérdida puso á peligro de nuevo la libertad de toda España, la atribuyen nuestras crónicas á la tibieza, si no á la traición de uno de los primeros ricoshombres, y por la historia de nuestros enemigos se viene en conocimiento de que la jornada se perdió por las evoluciones equivocadas de nuestros escuadrones de caballeros. La mortandad por parte de los moros en la batalla de las Navas de Tolosa, puesta en duda con desdeñosa ironía por la misma laya de críticos del siglo pasado, no hay cosa por cierto más averiguada y de más segura confirmación en los mismos contrarios. Como ellos en sus relaciones no aumentan á sabiendas sus pérdidas para no dar ventaja ni galardón á los cristianos, ni dejan de confesar el número de sus mártires por no defraudar los merecimientos de su martirio, merecen sus asertos indudable fe y crédito. Pues ellos mismos dicen que la matanza fué tan horrible, que quedaron despobladas provincias enteras del interior de Fez y de Marruecos, de modo que atribuyen á este suceso el advenimiento

de los Benimerines que habitaban en la región del Zab, al Sur del Imperio. Encontrando sin habitantes ni guardas aquellas inmensas llanuras, porque unos y otros se habían desquiciado sobre España para la guerra santa, pereciendo en ella, se vinieron entrando en busca de pastos y abrevaderos por aquellos distritos desiertos hasta encontrarse frente á frente con los Almohades, á quienes destruyeron. Ello es cierto que de la inmensidad de gentes y de tribus que acompañaron á Mahomed el Nacer, llamado el *Verde* por nuestros historiadores, pocos fueron los que lograron volver á ver las costas de África y las cordilleras del Atlas.

Fueran innumerables los ejemplos que en tal orden pudieran citarse, y que todos persuaden, si no arrastran, al convencimiento de la necesidad del Árabe para la inteligencia de nuestra historia.

Pues el que cultivando las letras y lleno de hastío por las estériles producciones del día, sin excluir mucha parte de lo que se imprime en Francia, quiera entrar por regiones desconocidas sin dejar de ser españolas, hallando fuentes inagotables de ideas nuevas, de pensamientos peregrinos, de sentimientos y de maravillas y portentos semejantes á las *Mil y una noches*, no tiene más trabajo que el abrir, por medio de las nociones del Árabe, las ricas

puertas de la literatura Aljamiada. Ella es, por decirlo así, las Indias de la literatura española, que están casi por descubrir y que ofrecen grandes riquezas á los Colones primeros que las visiten. Las noticias de esta literatura no se escaparon á la vista perspicaz de Cervantes, que, fuera de sus grandes dotes como ingenio y como escritor, era verdaderamente omniscio en todo lo tocante á España y á los españoles.

La ficción del hallazgo de los papeles escritos en caracteres árabes, dados después á traducir á un morisco, encontrando en su traslado la obra incomparable de Cide-Hamete-Ben-Engeli, da suficiente motivo para esta convicción. De tal modo se borró después la memoria de estos documentos y literatura, que se consideraban sólo como libros supersticiosos de los árabes.

El mismo Silvestre Lacy, dando cuenta de un manuscrito de esta clase que había encontrado, resistiéndosele su interpretación, como no podía menos de suceder, dedujo y publicó que aquél y semejantes manuscritos estaban escritos en el Árabe corrompido de Mascate. El Sr. Conde fué el que le sacó de su error, manifestándole que tales manuscritos eran moriscos, escritos en castellano con caracteres arábigos, y todos salpicados con fórmulas moslémicas y citas y sentencias árabes.

La dificultad de descifrar y entender estos documentos por su extrañeza fué tal, que el mismo Sr. Casiri y otros maronitas que en el siglo pasado trajo el Gobierno para implantar de nuevo en España los estudios Orientales, los bautizaban como turquescos ó persianos, encontrándose con tales notas y calificación del propio puño de aquellos eruditos, muchos papeles de esta clase en la Biblioteca Nacional.

Y no es de maravillar la dificultad de esta cifra, que así podemos llamarla, pues el haber de suplir nuestras vocales, desconocidas en la escritura árabe, por sus mociones de pronunciación obscura y equívoca, el empleo de continuos arcaísmos y de giros extraños y la repetición incesante de las fórmulas y sentencias alcoránicas enunciadas, con muchos términos y palabras tomados con leve modificación del Árabe, ofrecen tal confusión y extrañeza, que sólo con nociones no muy someras de este idioma, con gran pericia en los secretos y curiosidades del castellano y con mucha familiaridad en las costumbres y escritos anteriores al siglo XVII, se pueden explicar satisfactoriamente.

El origen de esta literatura se debe indudablemente á aquella época, en que por las conquistas que hicieron los reyes de Aragón y de Castilla en los siglos XII y XIII, quedaron grandes porciones de terreno, ó acaso

provincias enteras, habitadas por árabes mudéjares ó tributarios, que se miraban aislados, sin comunicación con sus correligionarios y hermanos de Valencia y de Granada. En tal aislamiento iban perdiendo insensiblemente el habla de sus mayores, pero conservando siempre su odio y aborrecimiento á los enemigos de sus creencias, y queriendo estar separados de ellos lo más posible. Por lo mismo, ya que no podían recatarse de sus contrarios en el idioma hablado, creían hacer una obra meritoria conservando sus tradiciones, sus creencias, sus jadicés, historias y secretos de familia, escritos por manera tal que fuesen ininteligibles para sus contrarios, empleando por tal causa los antiguos caracteres de sus padres.

Según todas las señas, son de Aragón los primeros documentos que se encuentran de esta clase, pues allí fué donde primero quedaron moros mudéjares ó sometidos, sin tener correspondencia y comunicación con los árabes independientes; inclinando también á esta creencia los términos é idiotismos aragoneses que se encuentran en los papeles aljamiados más antiguos.

Uno de los documentos más importantes de esta clase es un libro llamado *El mancebo de Arévalo*, que se conserva en la Biblioteca Real. Es una peregrinación escrita por un mancebo que se propone pasar á la Meca,

y en la introducción dice que ha querido escribir su viaje en lengua castellana, *porque es la suya materna*; pero como esta peregrinación suena hecha poco después de la toma de Granada, es época muy posterior que nada puede probar contra la mayor antigüedad de los aragoneses en este ramo de la literatura.

Por lo demás, *El mancebo de Arévalo* es uno de los libros más curiosos que en este ramo pueden consultarse, porque sin tomar en cuenta la abundancia y gala con que está escrito en sabroso castellano, con mil primores de locución árabe, sin rayar en lo enrevesado y extraño que se nota en otros escritos del mismo género, se encuentran en él muchos datos curiosos sobre las costumbres de ambos pueblos en aquella época, y en algunos pasajes tal sentimiento y entonación de melancolía, que hacen impresión profunda en el leyente. El pasaje en que Venegas, pariente inmediato de los Reyes destronados, cuenta al mancebo de Arévalo la pérdida de Granada y la caída de su familia, es una sentida elegía de Messenia.

El poema de José, citado ya por algunos curiosos, y que deberá imprimirse para formar serie con la colección de poetas castellanos anteriores al siglo xv, del Sr. Sánchez, es también un documento muy importante. Es una paráfrasis ó amplificación de la historia de José y Putifar, siguiendo, no la tradición bíblica, sino

el poema persiano, muy conocido y leído por todo el Oriente con el nombre de Jussuf y Zuleika. Esta composición aljamiada es de dimensión y calibre importante, pues cuenta con cerca de 400 cuartetos de versos alejandrinos.

Muchas veces estos versos pierden la medida como fraguados por un poeta cuyo oído falseaba á veces, no encontrando la medida exacta, y se convierten en una prosa rimada. Según los sones de esta composición y los términos y giros empleados en ella, recuerda la época y manera del Rabi D. Santos. Puede servir de objeto para los estudios de los hablistas, y prestar motivo para curiosas investigaciones á los historiadores de nuestra literatura.

La historia de Alejandro el Magno ó de Zu-karnein, como le llaman los árabes, es una rica mina de poesía y de invención, libro que parece traducido del persa y que también deberá ser conocido en cuanto en España permitan las vicisitudes de la época consagrar á esta clase de conocimientos, una publicación ó revista que revele á los aficionados y estudiosos esta clase de curiosidades.

Fuera prolijo el enumerar las riquezas de este género que se contienen todavía en nuestras bibliotecas y archivos, y que van pareciendo nuevamente por todas partes; baste decir que los aficionados á casos de imaginación no hallarán en parte alguna cosa de más rica in-

vención que la historia de Temín Aldaz, la de la linda Cardayona, de la ciudad de Alatón y otras del mismo género. Los itinerarios y otros apuntes de viajes pueden servir de datos preciosos para la geografía. Los recetarios y los papeles aljamiados que á cada paso se encuentran sobre enfermedades, plantas y antídotos pueden dar mucha luz para la medicina, la botánica y la veterinaria, y esto hablando sólo de esta literatura, medio española y medio árabe, pues si tomamos en cuenta la importancia y el número de libros de medicina que se encierran sólo en la Biblioteca escurialense, se pudiera decir que la historia de la Medicina no se escribirá debidamente hasta que se exploten los tesoros allí escondidos.

También en la literatura aljamiada se encuentran libros de historia, pero en número más escaso que los de otras materias, siendo muy importantes los datos que de ellos se desprenden y que prueban la connivencia en que los moriscos estaban con los enemigos de nuestra patria para dañarnos y comprometer la integridad de nuestro país, cosa que explica, sino disculpa del todo al todo la terrible medida que se tomó con ellos.

Son numerosísimos é interesantes por extremo los que versan sobre los usos y costumbres del pueblo vencido, y la manera con que vivían entre los cristianos antes de la expulsión;

sus pronósticos, sus profecías, los sortilegios de que usaban, sus cantares y todos los pormenores de su existencia, revelados en tales documentos pueden dar entretenimiento al curioso y materia de gran novedad para los noveladores y escritores de costumbres, pudiendo separarse del camino trillado de la imitación francesa.

Por último, señores, el empeño que han tenido y tienen todavía muchos orientalistas y sabios de Europa de traer el Alcorán á un idioma vulgar y conocido y que revele todas las bellezas y todos los defectos de ese libro sublime y absurdo á un tiempo, que puso en peligro al mundo de verse esclavizado á sus fallos y preceptos, no podía conseguirse con la perfección que se apetece, sin recoger y coordinar las traducciones de cada sura y de cada aleya que poseemos en nuestras bibliotecas interpretadas por doctores y alfaquíes peritos en el árabe y en el español, y que se entregaban á su tarea con la fe de creyentes y con el entusiasmo de desterrados, que pensaban devolver á sus hijos su religión, su patria y su independencia con la traducción fiel de su libro sagrado. Si Sale y Kassimirski hubieran sospechado siquiera la existencia de estas intepretaciones, acaso no hubieran publicado sus respectivas traducciones del Alcorán sin consultar primero los copiosos fragmentos que nosotros poseemos de interpretaciones semejantes.

No basta, acaso, la utilidad que puede reportarse en el buen nombre literario para llamar la atención de los estudiosos á este ó aquel ramo de enseñanza, siempre es conveniente el que los desvelos y vigiliass del hombre consagrado al estudio de ciertos ramos difíciles, estériles y apartados del saber humano, esperen un galardón cumplido á veces, ó un premio debido, siempre que es merecido, de la ilustración y munificencia del Gobierno.

Aun en este punto pueden encontrar incentivo los que se dediquen á este género de enseñanza. Además de las cátedras, ya establecidas, y que ofrecen un porvenir, sino inmediato, seguro al menos para los estudiantes de árabe, es de esperar que se establezca en la Universidad de Valencia una asignatura de árabe vulgar, y que se aumente otro curso de árabe erudito con su respectivo profesor en la Universidad Central de Madrid, lo cual debe ofrecer empleo honroso y brillante para los que consigan aventajarse en este estudio.

Dado este primer paso, el Gobierno preferirá indudablemente para los consulados en las escalas de Levante, y en las ciudades principales de las costas de África, no á los que presenten certificaciones de haber cursado el Árabe, sino á los que por sus trabajos y publicaciones en el ramo hayan dado pruebas inequívocas de su pericia en él. Este será el medio seguro y

económico á un tiempo de ir adquiriendo con parsimonia y oportunidad manuscritos árabes sobre cosas españolas para enriquecer nuestras bibliotecas, que habiendo sido las primeras de su clase en Europa, han quedado ya en último lugar por el escaso número de sus códices, que antes que crecer disminuyen de día en día.

Tanto para el estímulo de esta asignatura, cuanto en premio de los estudios de las demás lenguas sabias, es regular que se restablezca en nuestras bibliotecas el antiguo estatuto que á cada una asignaba una plaza de Bibliotecario para los peritos en ella y cierta predilección respecto de las plazas inferiores para los alumnos iniciados en los conocimientos del griego, del hebreo, y del árabe. Siendo esto así, no será nada extraño el que dentro de poco aparezca entre nosotros otra nueva generación de arabistas semejante á la de los Banqueris, Condes, Bacas, Merino, Lozano, Asensio y el P. Patricio de la Torre con otros muchos, que dieron á gustar en sus obras las primicias de sus trabajos y que vinieron á malograrse en gran parte con la catástrofe de 1808 y las revoluciones que han seguido después. La gloria inmarcesible que le cabe sin disputa al Ateneo de Madrid y que reconocerán con agradecimiento nuestros sucesores, es la de haber conservado la centella de esta enseñanza, sin permitir que llegara á extinguirse. Si por des-

gracia tal sucediera, no hubiera después el Gobierno conocido la necesidad que al fin se habría sentido de implantar y aclimatar de nuevo estos conocimientos en España, logrando con grandes desvelos y con muchos mayores dispendios, el plantearlos, como sucedió en el siglo pasado, cuando en el gloriosísimo reinado del Sr. D. Carlos III se trajeron los maronitas con tal objeto.

Las personas extrañas á nuestro idioma, á nuestra literatura, á nuestra historia y no familiarizadas con los secretos de las crónicas y manuscritos españoles, con las leyes y fueros, y en una palabra, con la esencia misma de nuestra existencia, como nación y como pueblo, no pueden prestar inmediatamente con sus conocimientos orientales la utilidad que se apetece y se busca para las cosas españolas por más eruditas y versadas que sean en el árabe. No perciben las analogías de uno y otro idioma porque desconocen el vínculo que los une; no alcanzan las diferencias históricas, porque ignoran los documentos antiguos españoles que han de conferir y cotejar y pasan por alto y sin fijar en ellas su atención, bellezas y preciosidades que para apreciarse exigen preliminarmente el conocimiento de nuestra literatura. Por esto en el siglo pasado fué necesario aguardar á la segunda generación de orientalistas, formada toda de naturales españoles, para co-

ger el fruto de los dispendios y afanes del Gobierno.

Esta indicación sola manifiesta claramente los quilates del servicio que ha prestado al país el Ateneo de Madrid, coadyuvando con su buen celo y sus incesantes esfuerzos á la reaparición de estos estudios en España, ahorrando al Gobierno mucho tiempo y no escasos sacrificios, sin necesidad de llamar una colonia extranjera de orientalistas.

Llegados á este punto, no parece ajeno de nuestro propósito, ya que hemos apuntado la utilidad de todo género que traen estos estudios, y que hemos trazado el laborioso camino por donde han venido en España al estado en que hoy se encuentran, señalar también los trabajos literarios que se han hecho sobre el Arabe y que pueden ver la luz pública de un momento á otro.

La Real Academia de la Historia, por medio de la comisión orientalista que tiene en su seno, piensa publicar una España árabe ó una excerpta de historiadores y geógrafos árabe-hispanos, que ilustren y aclaren en toda forma los siglos más oscuros y períodos más complicados de nuestros anales. Como la sabia Europa exige tal esmero en semejantes trabajos, si es que les ha de dar la fe y crédito que merecen, se necesita acompañar el texto á la traducción, con el aparato de notas y eru-

dición que exigen estas materias. En cuanto las circunstancias permitan al Gobierno prestar su apoyo de algún modo á este pensamiento, que trae consigo indispensablemente algunos dispendios, se realizará con gran provecho de la historia del país y gloria de aquella respetable Academia.

Con tal objeto tiene preparada D. Pascual Gayangos una traducción del historiador árabe llamado Nowayri, en la parte relativa á la dinastía de los Beni-Humeyas. Para el mismo fin ha traducido también el que tiene el honor de pronunciar estas palabras, el Ebn-Kutia, historiador también árabe, nieto del rey Witiza, que escribió los primeros sucesos después de la conquista y perdición de España, documento precioso cuanto por él se traslucen los motivos que estimularon á parte de los godos á hacer causa común con los invasores. También tengo traducidos varios jadicés ó relaciones históricas desconocidas hasta el día, halladas en un manuscrito árabe, que á dicha llegó á mis manos. Estos jadicés versan sobre los primeros años de la conquista, y por ellos se fija el día cierto en que Muza pasó á España, el punto en que se verificó su embarco y las playas en que tomó tierra, relatándose también en ellas la dirección que siguió y la disposición en que estaban las provincias occidentales de España hasta encontrarse con

Taric en Toledo. También el mismo D. Pascual Gayangos y el que habla, tenemos prontas para la publicación, unas Flores de literatura aljamiada, que es una colección de las historias, jadices, versos, y curiosidades más notables por su novedad, invención y bien decir, de los escritores de los moriscos de que ya hemos dado arriba una sucinta idea.

D. León Carbonero y Sol, catedrático de árabe en Sevilla, trabaja con asiduidad en la composición de una gramática que sirva para esta asignatura. Don Eduardo Saavedra, joven muy aventajado en estos estudios, y que será lástima que los abandone, ha sacado varias copias con gran limpieza y gallardía de algunos códices árabes, distinguiéndose sobre todo en la copia que le encargó el Gobierno de Su Majestad para un Infante de Sicilia, tío de nuestra Reina, muy aficionado á las letras árabes, y perito en ellas, y que contiene las obras de un escritor árabe siciliano.

D. Enrique Alix, que ha sido alumno de árabe en este Ateneo, cursándolo al mismo tiempo en la Universidad, ha emprendido trabajos, que dándole ya un nombre merecido, son muestras de gloria que adquirirá cultivando este ramo del saber humano. Su traducción del Antar, que es la versión de una novela caballeresca árabe, portento de creación y de riqueza, le procurará un nombre en las letras,

singularmente en las españolas, dando á conocer una invención oriental de muchos siglos de antigüedad, de carácter primitivo que puede ser el tipo de los libros de caballería, y que nos presenta las costumbres de los habitantes del Yémen y del Hagiaz con aquella sencillez y colorido interesante que tanto nos cautiva cuando vemos en los idilios sagrados de la Biblia las aventuras, sucesos y viajes de los primeros patriarcas. El mismo Alix ha sacado muchas copias de varios códices árabes con ejecución de pluma y con corrección y limpieza admirables, siendo más notables aún estos trabajos por la facilidad y rapidez con que los desempeña.

En la numismática arábigo-hispana tiene hechos también trabajos muy apreciables don Antonio Delgado, académico de la Historia, iniciado igualmente en el estudio de esta lengua, y que con ellos ensanchará el círculo de conocimientos sobre esta materia de monedas árabes que ha quedado casi olvidada desde la muerte de D. Antonio José Conde. Todos estos trabajos y tareas, si apreciables siempre en sí, deben subir en estimación al considerar que son fruto de una planta casi ya seca y perdida que ha vuelto á cobrar sávia y vida por el cuidado y perseverancia de algunas personas entendidas y de esta corporación, prometiendo mayores muestras de loza-

nía y fecundidad con el apoyo ilustrado del Gobierno y con nuestro esmero y asiduidad. Prosigamos, pues, en este patriótico intento, pues hay en verdad mucho de patriotismo en cultivar un idioma y unos conocimientos que por fuerza y por su propia índole han de contribuir eficazmente á la independencia de nuestra literatura y lengua, prestándoles originalidad y pureza. Creo que el Ateneo de Madrid y todos nosotros quedaremos cumplidamente satisfechos allegando nuestro grano de arena á esta obra importante y á mi ver eminentemente española. Dixi.





# VIDAS PARALELAS

DE VARONES CÉLEBRES.





## VIDAS PARALELAS DE VARONES CÉLEBRES:

FRASCO COBALEDA Y DON MANUEL DEL BOSQUE, ÉSTE  
GENERAL DE TIERRA Y AQUÉL ALMIRANTE DE LA  
MAR.

---

Es la historia un cedazo,  
Criba y arnero,  
Do mucho bulle el gordo  
Y el chico cero.  
Pero mi pluma  
Por mejor sólo encomia  
Gente menuda.  
DON PRECISO.

**L** relato histórico entretiene y á veces recrea: pero la enseñanza y el documento es en el caso punto dudoso, si la mano que escribe no es muy diestra y la inteligencia muy profunda y sagrada. Por contraria manera, en el cotejo de un héroe con otro héroe, de este capitán con aquel caudillo, de un filósofo con estotro pensador eminente, la cosa corre de muy otro camino; pues del parangón resaltan más las diferencias, las opuestas *calidades* se señalan mejor, el juicio encuentra datos seguros para fallar, y los ejem-

plos así presentados, y como pasados por un crisol, adquieren la fuerza del aforismo ó del axioma. Por eso la obra inmortal de Plutarco, monumento de la antigua sabiduría, debiera servir de modelo é interesante dechado, por el cual tomara continuo ejercicio el cálamo de nuestros *sabiondos* historiadores.

Sin duda que, pasando los ojos por el paralelo de Teseo y Rómulo, de Licurgo y de Numa, de Alcibiades y de Coriolano, de Scipión y de Aníbal, puede sacarse en claro, con la buena ayuda de aquel maestro y amigo de Trajano, cuál fué el más rústico de aquellos dos reyes casi fabulosos, quién el más fullero de los legisladores, cuál el más parricida de los dos magnates, el griego ó el romano (no se habla de España), y quién, en fin, el más grande capitán, si el feroz cartaginés con sus cautelas y crueldades ó el máximo Scipión con la magnanimidad de su corazón y el esfuerzo generoso de su ánimo.

Es cierto que Plutarco tuvo á mano, para trazar aquellos grandes cuadros y retratos, cuantos datos había amontonado la docta antigüedad sobre la vida, hazañas y rasgos heroicos de aquellos grandes hombres; y que, por el contrario, en nuestra España, y para nosotros, sus sabios y escritores, no se hallan más que dos solos archivos que consultar para aco-

meter con fruto semejante empresa, la *Guía de forasteros* y los romances de los romanceros de esquina. Aunque á vista primera puedan parecer discordantes, y aun opuestos estos dos depósitos, si no tesoros de curiosidades y arcanos históricos, nadie, en verdad, podrá negarles expresa autoridad y utilidad de tomo y lomo.

Aquella, con un sólo dictado, con un nombre ó pronombre ensanchado y guarnecido con las costras, superfetaciones y excrescencias de titulones, titulillos y retintines, epílogo compendio, pero solemnemente, siempre pregona cien hazañas, diez provincias restauradas, otras tantas plazas tomadas de asalto, cuatro jornadas navales, y en otro orden de cosas, cien problemas magistralmente resueltos, así en las ciencias exactas como en la política y en la filosofía, y no hablemos de lo que se llamó moral y aritmética digital (que todo es uno), porque eso es la mapa.

Pero en cuanto á los romances nada hay que decir, porque ello mismo se canta, sintiéndose y percibiéndose y casi palpándose el hilo invisible y magnético que une y muda con los susodichos romances la *Guía de forasteros*. El de *Galalón*, el de *Vellido Dolfos* y el de *Valdobinos* y *Carloto* fueran parte bastante por tal demostración, si el romance del que *llevó el diablo á cuestras* no nos enseñara, y aquí muy cómicamente por cierto, que el

*artero* vence siempre al caballero, y que no hay más sabio saber que hacer del contrario dominguillo y escabel.

Pero de estas dos fuentes y orígenes de nuestra historia nacional, la *Guía de forasteros* y los romances, fiamos el cuidado de enriquecer y dar caudal á la primera al curso progresivo de los años, encerrándose por ahora nuestro empeño y laborioso afán en dar alimento y creces á los segundos, formando una biografía de varones célebres y de hombres famosos y afamados, que, sin embargo, salieron del pueblo, y de tener ó que tuvieron vecindad y feligresía en la sola demarcación, entre los términos, y sin salir de los ruedos del mismo pueblo, todo el mundo los olvida, porque la antigua aristocracia, si los alimentaba, los des-cuidaba, y la flamante nobleza los mata de hambre para no tener que cuidarse de ellos.

Bien quisiéramos nosotros encomendar á la memoria estas crónicas y hazañas por el registro, y son con que se cantaba la historia de D. Dirlos y del Marqués de Mantua y otras ciento, pero *ainda* que somos de piedra berroqueña para esto de hacer versos, las circunstancias del siglo, que no es un hombre grande, como se diría antaño, sino un hombre serio, como se dice en las cortes y en Francia, reciben con desabrimiento y aun con enfado todo lo que no venga lozaneándose á los oídos y á

la inteligencia en los menos compases y cláusulas de la majestuosa prosa que todos solfeamos en el día.

Por ello nuestros dos candidatos de ahora, pero con seguridad futuros héroes de nuestra historia, COBALEDA y D. MANUEL DEL BOSQUE, habrán de contentarse, si en vez de ditirambos y versos pindáricos, medida todavía corta para lo que requieren sus hechos estupendos, encuentran sólo en su alabanza una charla prosáica, relación de ciego sin la ostentación y arrogancia y sin el *chicuchín*, redoblante y platillos de la poesía al uso. Pero no frunzáis el ceño, ni os afuféis por eso, ¡oh antorchas, oh luminares de nuestros fastos marítimos y terrestres!!! El solícito celo suplirá la cortedad de los medios de nuestra elocuencia, y lo ancho de la voluntad corregirá lo angosto y encañutado de las facultades de nuestra locuela. A buen seguro que el encomio y la alabanza quedan de talle bajo y chiquitos de cuerpo. Tenemos á la vista cien modelos del género oficial y literatesco (todo contemporáneo), á cuyo son y compás os cantaremos, os alabaremos y os trompetearemos de modo tal, que vuestros mismos rivales se sequen y requemen de pura envidia.

Pero alto y parar, tate y tente en el aire, y el abogado de los imposibles nos asista y coadyuve. ¡Qué crisis, qué problema, qué dificult-

tad!!! ¿Cuál de los dos paladines, el aguado ó el terráqueo, alcanzará el honor, el privilegio de encabezar la letanía, de ser el primer retrato de nuestra galería de hombres célebres? El poner en aspas dos nombres cruzados y á modo de rosa náutica como se acostumbra con los pronombres y cognombres de las *donnas di primo cartello*, fuera medio excelente y zancadilla ingeniosa para hurtar el cuerpo al conflicto, y sin dar prioridad á ninguno dejar á los dos héroes, á las dos temidas divinidades, á Marte y Neptuno, á Neptuno y Marte, en una palabra, á COBALEDA y D. MANUEL DEL BOSQUE, á cada cual en su olímpica esfera girando libremente, *sui juris*, con independencia absoluta y acabada, sin encontrarse ni tropezarse, y sin reconcomios de envidia del uno para el otro.

Mas esta traza diplomática, medio manual y hacedero, tratándose de solos dos nombres, de dos ó más frasecillas ó aforismos, nos fuera de imposible ejecución tratándose de obra mayúscula, como halo de ser ésta, manojos de historias ejemplares, de vidas paralelas, en que las razones han de venir por ristras, las palabras por herpiles y las páginas por millaradas. Enmarañariase tal madeja de renglones y de frases, que para la vista todo fuera una cifra arabesca y enrevesada, y para la inteligencia un logogrifo sin clave ni explicación.

Para tales preciosidades *sufficit* y basta á veces la perla del gobierno, y sobre todo y siempre el comento, las ilustraciones, los reglamentos y las instrucciones deliciosas con que las ornamentan y explanan y amplifican la agradable variedad de direcciones, juntas y congregaciones que han traído y traen abobado, embobado y jorobado al público español *alias* BARTOLO. Ellas son sirenas de la misma especie, cuya blandura y buen atildamiento de palabras y razones se ajustan, como anillo al dedo, con la llaneza, equidad y buena fe de sus disposiciones, interpretaciones, capítulos, adminículos y articulados. Pero la mar nos llama, las escuadras nos hacen seña,

Y no anuncia la partida  
Con estrépito el cañón,

como cantó Arriaza, sino la voz tonante del Almirante de los Almirantes, del Neptuno verdaderamente encuirino, de Conil, Málaga y la Carraca, de Cobaleda, en fin, pez marino, Nicolás moderno, cañón de colisa de á treinta y seis, y Pichincha de la mar, pero con forma humana é inteligencia náutica y fuerza y potencia suficiente para echar á pique con el dedo meñique un navío de tres puentes, y de abrasar con su vista encendida todas las armadas del mundo, sin excluir las combinadas de Sebastopol, si nuestro héroe viviera.

Hélo, hélo por do asoma  
Mi marinero en la playa:  
En la mano los cenachos,  
Descalzo fraile y sin calzas.

Nadie, nadie pondrá en duda que este es Cobaleda, y que es el arquetipo del hombre marinero, porque al ver venir á nuestro héroe, el más lerdo sin tropezar en rama, de corrida y á renglón seguido lo hubiera tenido y fallado si por un héroe crudo y sin compostura, siempre por un héroe, náutico y de la mar bravía. Nunca se le hallaba sino en la lengua del agua, á orilla de la playa ó entre las escolleras y zarpas de la muralla, adonde las olas traían la espuma y las salobres centellas de sus estupendas rociadas. No entre las florestas y verdes troncos del bosque andaba divagando, sino entre las selvas de secos mástiles y marinera perchería que llenaban las marismas; rascándose los lomos no en las pizarras y altos riscos de los quebrados y rústicos paisajes, sino en los bordos embreados de las naves pescadoras, de los palangres, de las escampavías y de las balandras y pataches, animales anfibios, que como propios de nuestra marina, más tiempo pierden tomando el sol en la tierra enjesta que brumando las espaldas de la mar salada. Y si otras señas pudieran ser falibles: ¿quién al ver su traza y adherentes no sacaría en claro que aquel sujeto no era por

lo menos un comodoro ó un almirante? La persona encanutada y enjuta, sin superfluidad de carnes por parte alguna, inclusa la barriga de la pierna y la pantorrilla que comienza allí en donde es el finisterre del espinazo, el ojo melado y vivo, el rostro osado, los brazos prolongos, las piernas largas y de canutillo, el pecho enladrillado de osamenta dura y todo insaculado en una túnica de cuero, si abatanado á modo de correa, curtido en el noque del frío, del calor, de los soles y de los vendavales. Pues sus insignias ¿podían equivocarnos tampoco? Siempre iba manejando en la mano un retal de escoba ó llevaba como banderola su poderosa *traya*. La cabeza casi siempre descubierta ó cuando más algún pañizuelo, que jamás vió peligro de agua, ajustando las sienes: si ciertas solemnidades demandaban que se empavesase la persona hasta el tope, no se despreciaba el toldo, pero en cualquiera de sus tres familias de chapeo, estuche y gabina, el sombrero había de mostrarse sin copa, con brocal solo y como casa en alberca.

En todo caso, los cuatro vientos habían de poder juntarse y contratarse en aquella molle-  
ra. Por eso aquel insigne prefería á veces abrigarse la respetable cabeza con un cenacho inverso, sirviéndole el asa de barbuquejo ó carrillera, sino es que venían á mano dos cuartas de herpil pajero, porque con sus mallas abier-

tas y fallas daban paso á toda buena correspondencia de los elementos. La gorguera descubierta, y si la camisa se atrevía á entrar por los hombros, era tan reservada y corta de genio, que nunca se propasó á trasmontar de la región epigástrica, y en verdad que no hacía falta, pues aquí lo tomaban las *calzillas*, que no zaragüelles, porque la estrechez de sus fauces, impropia y desconforme, hacían tal apelativo. En verdad, que esta prenda no era manca ni mutilada; pero si hemos de ser imparciales, habremos de convenir que distaba mucho de pródiga ni demasiada en sus dos miembros, pues con prudente parquedad apenas llegaban á los menudillos, aunque con amena variedad, pues si ésta remataba á cercén redondo, aquél ponía fin con cierta agradable diversidad de almenas, unas albas y otras de tarasca de encontrados matices. Los dos zánganos ó tibias á palo seco, pero si de filástica elástica al parecer, al parecer también de retorcido arambre, según la fuerza y resorte que mandaban. Las dos biscotelas en que se unían y empalmaban, libres de toda sandalia ó coturno trágico, y si por capricho alguna vez adoptó el calzado, éste, á modo de guerrero romano ó griego, se reducía á una ocrea sola, ligada á la espinera izquierda con algunos torcidos estopines.

En resolución, por el equipaje de nuestro héroe bien se echará de ver que, aunque hiciera

zafarrancho el más vigoroso en su persona, no pudieran sacar dos cuartos de yesca de todas sus galas y atavíos; pero, en cambio, ¡qué efigie de fortaleza, qué símbolo de poder! Aquella era la verdad casi desnuda de la verdad marinera. Aquél era el hombre pingoste, el hombre piramidal viudo, que, clavado en tierra, no se soltaba á tres tirones; era el árbol entraña, que, aun sin raíces, podría acaso bambolearse, columpiarse, pero nunca desprenderse, desarraigarse, y mucho menos levantarse de cuajo. Y si se reparaban sus manos de lija, y sus pies tenaces, y como rabos de papión, ¿qué pudieran decirnos? Pregonaban á boca llena que si al amo y dueño de tales herramientas se le presentaba una guindaleta ó cuerda, treparía por ella más ágil que un ximio, subiendo más alto que la escala de Jacob. Y cuenta que para extremar estas gracias y habilidades, ni nos hemos hecho cargo de la caja de dientes que encerraba en su boca, si dobles como los de la tintorera, firmes como el acero, y que mordiéndolos y aplicándolos al cabo ó cuerda con que se abrazaba como sanguja, braceando y perneando, podía gatear y encaramarse al penol más alto del mayor navío de alto bordo.

Pero ya todos nuestros leyentes *nemine discrepante*, llenos de impaciencia, si no de curiosidad, ó acaso de desabrimiento y enojo, nos dirán, no, nos interpelarán, nos interrogarán,

increparán ó imprecarán desesperadamente: ¿quién es este hombre? Y nosotros, á tan ruidosa interpelación, para confusión de ellos, si para satisfacción nuestra, sólo responderemos con el mayor sosiego: «Este hombre era COBALEDA»; y casi podríamos decir con el mayor enfado, pues con anunciar á medias tan peregrinas prendas, cualidades tan recónditas y del todo inauditas de acumularse, amarrojar y ensartar en otro sujeto, el universo mundo debió adivinar y proclamar: «Ese es COBALEDA.»

Y al llegar á este punto, permite, ¡oh León, coronado de todos los náuticos y marineros, que te ensalce, te salude, te aclame, te eche vítores y plácemes, y que á voz en cuello diga: «Tú, sí, que no Guarinos, eres el verdadero Almirante de la mar, el árbitro y avisador de todos los barcos del Rey, el tapaboca de todos los guapos y valentones, la tarasca temida de arenas y almadrabas, y la campana gorda de los consistorios, cónclaves y capítulos de la gente bravoneta y tremebunda. Salud, salud mil veces, besamanos, besapiés, reverencias á millares, ¡oh varón ínclito! ósculos por detrás y por delante, reverencias y más reverencias, y déjame tomar resuello.

Y Cobaleda era un mito, un misterio marítimo; nadie supo decir si había salido del mar ó de la tierra, si era creado ó increado, si era pez ó gallureta. Quién dice que era compañero

de San Telmo y que había sido maestro del carpintero de la Livonia, y que sus primeros viajes los hizo con el primer navegante; quién aseguraba, viniendo más cerca, que era un Almirante rebajado, que, por haber dado al traste con tres escuadras, practicaba aquella vida marinera para aprender el oficio y volver á perder la cuenta; y no sospechaban que era un paje de escoba, que había llegado á grumete de la carrera de América, y que no habiendo ya más carreras que la de empleado, se entretenía en mariscar y tener la falusa; otros aseguraban que era un soldado viejo de marina, osado, de Julián Romero, que echó á pique tres navíos ingleses en Trafalgar, y que sirvió de brulote con D. Julián José Navarro para quemar en la de Tolón cuatro bajeles enemigos. Pero de todos modos, ¡qué hombre, qué marinero, qué piloto, qué práctica, qué arengas, qué pláticas, y, en fin, qué basas, qué basas para pelear y vencer, y sobre todo para sacar subsidios y tomar bizcocho y provisiones para la Capitana de su escuadra, que era la propia persona! Y el misterio y el secreto de la tal persona de este sujeto era tan profundo, que aun se ignoraba el nombre del Santo, lo que se llama la gracia del bautismo. Y esto no nos arguye contra la clareza de su linaje, que en favor de esa llaneza, democracia marinesca, que siempre se usó en España, siempre se dijo Fajardo, Mazarredo,

Barceló y Gravina á secas, y jamás el señor Almirante Tal ó el señor Contraalmirante Cual, cuando los Generales de tierra siempre llevan enclavado, claveteado, por el bauprés y delantera, un *señor don*, si no es que viene en compartó algún par de títulos, si bien sonantes, revelando conquistas y nuevas posesiones para España.

Pero á las obscuridades y dificultades de poder señalarse rúbrica ó nombre de pila, habían acudido con remedios el pueblo y los muchos é innumerables aficionados y devotos de COBALEDA, con el tino mental y buen seso que les es propio. Hay un Santo en el alto cielo que casi se celebra en el introito del revuelto Octubre, época que los marineros de mi matrícula llamamos por sus borrascas y tempestades el tiempo del cordonazo; hay un Santo, digo, cuyo nombre, paladeado, pronunciado y bisbisado de veinte maneras diversas, cuya raíz, prestándose á otras tantas transformaciones y mudanzas, y que por sus desinencias, contracciones, acrescencias y aprósopes, ofrece tal riqueza de distintivos de bautismo, que por ellos se señalan, no sólo á cien personas diversas, sino significándose al propio golpe, y como de molde, sus cualidades, su efigie y los adherentes y adsentes más varios y enrevesados del sujeto. Ya, por lo dicho y por lo que se calla, se le habrá alcanzado á la perspicacia del audi-

tor ó leyente, aunque sea diputado ó ministro, que queremos aludir y aludimos á la homonimia y sinonimia que atesora el nombre y polinombre de *Francisco*.

Porque si queremos anunciar y *prelugar* á un hombre alto, encaramado, serio, cornuso, longo, guirindola, con visos, con presuntas de rico, de autoridad ó de sapiencia, no hay más que decir sino, ahí viene un *Don Francisco*, y todo el mundo ya está en autos; y puede sentarse por intuición la *medra* filiación de tal individuo. Un Don Paco ya se sabe que es hombre bien tratado de miembros, de no mal gusto, muy compuesto de razones y de no desazonada compostura en la capa y el sombrero, y si le quitamos el Don y queda en Paco, ó le acrecentamos el diminutivo y lo rebajamos á Paquillo, vean mis lectores otros tantos registros para sonar el mismo nombre de Francisco con la cordialidad de concoleaga ó camaradilla allí, ó con la familiaridad protectora aquí, con que pasamos la mano al mozo de café, al caleserillo ó al gracioso de comedias. Y no digamos del remoquete ó alias de *Paquilo*, porque este es dictado de Emperador, y de Emperador que no tendrá sucesor, nieto ni heredero, y que así como sólo él vino, vió y venció, se llamó César, así también el único que lidió sin par, que sin rival corrió y paseó plazas y circos, y que á manojos mató toros como el rayo mata á los

mortales, ese sólo debe llamarse *Paquilo*, y tal nombre ha de encerrarse en un mausoleo guardado por siete dragones para que nadie lo exhume y lo profane, presumiendo adoptarle y prohijarle como quien se aprovecha de apellido postizo ó de fe de bautismo falsa. ¿Vemos un galán con capa bien terciada, sombrero á medio mogate, pulido en la persona y en el vestir, con buena parla y mejor aire, pisando con aseo y desperdiciado en el gentar, ó montado á caballo va de rumbo, escarcea con gracia y sabe castigar un toro con ánimo y sabiduría? pues ese es un Curro, y todo el mundo le mirará así, aunque el padrino que lo bateó y el cura que le puso sal en la mollera, aseguren y perjuren que tiene el pronombre de los Paulas, Borjas, Asisios ó Caracciolos. Pues ¿queréis significar un hombrecillo cachivache del codo á la mano, vivaracho, agible y parlanchín? aunque cien diplomas de la Orden de Carlos III le llamen formalmente D. Francisco, la gente se desentiende de tan respetable autoridad y lo confirman de mala manera, sólo le llaman Quico, y me detengo aquí porque si le atisban otras buenas partes y circunstancias en la persona y trato, al punto le anteceden y le preatan otro mayúsculo Don, forjando y engendrando un D. Quico, estad ciertos de encontraros con un hombre, si en la persona asador ó espátula, acigoñado, descolorido, fisono-

mía de yeso y ojos de linterna sorda; en la condición melindroso, melífluo, ensimismado y entrometido huésped á todas las antesalas, cotidiano á todos los Ministerios, enamorado de todos los empleos y de cuantas novias ricas pudieran tener voto activo, si hubiera electoras en diez leguas á la redonda. Y no quiero traer á colación ni poner en partición y cuenta las desinencias de *Pancho*, *Pachín* y *Pachón*, y otras cuantas, porque ellas mismas pregonan, revelan y ferian personilla altuna ó achaparrada respectivamente, acompañadas de anchuras y holgachas de carnes, rehechas y no sueltas de movimientos; ni tampoco quiero hacerme cargo de la primera semilla que de *Francisco* hubo en España, que fué el nombre de don Francés, porque ello nos cargaría con la obligación de hacer la biografía de D. Francés de Álava, y un análisis de un perfecto capitán, ó de D. Francesillo de Zúñiga, predicador burlón del emperador Carlos V, y que por cierto harta falta nos hace en estos tiempos para contento y edificación de las generaciones futuras; y dejamos todo esto, porque la materia nos agobia y ansiamos por llegar al cabo y rabo de la cuestión; por lo demás, este nombre de *Francisco* es un tema inagotable, un motivo fertilísimo que, como el *gamma* en la música, ofrece motes, motetes, estribillos, cifras, jeroglíficos, apodos, álias y remoquetes para cuantos suje-

tos, señorones, *quidams* y gente alta ó menuda se pasea por el universo mundo.

Si de las esferas que hemos recorrido, si de los diapasones que hemos solfeado y trascorrido, quier de autoridad, quier de festivo, atildamiento y chiste, mudamos el atril para la solfa más de burla y zunga, nos hallaremos con otra mina y venero no menos ricos. Encontramos á un prójimo de cabeza gorda, patizambo, patiestevado ó patizopo, ó con traza de sileno, barriguchó ó barrigón, pues de todos entran en libra, con aire jonyés ó pasiego, y que sin Rután ó Rustilio casi confina con el observatorio rústico de Gregorio Salas, y que no habiendo asistido en Tusculum con Cicerón, es algo agreste y toscó, y posee además el nombre de Francisco; pues á buen seguro que á ese no lo llamen y apelliden *Curro* ó *Paquito*, sino que con toda resolución lo llamarán *Frascorro*, y ó yo me equivoco mucho ó es este tal un nombre significativo, adecuado y que se ajusta á las mil maravillas. Pues este señor que nos sirve de objeto y muestra, además de sus buenas partes, se entra como por su casa, ó por afición ó por naturaleza, en los términos de lo contrahecho, lo caricato, lo ridículo y lo botargo con el aditamento de ser galleguito ó cosa semejante, y al punto, para sacarle de tal embarazo, acude nuestra lengua á su singular flexibilidad y soltura y le llama un Farruco, y el individuo

queda servido y todos nosotros contentos y regocijados. Pero ya es forzoso ciar y volver algún tanto en redondo para venir al distintivo bautismal de nuestro *Cobaleda*, que cuanta labor nos da tanta es la gloria con que circundamos y circunferimos sus heroicas sienes.

Y para estas figuras que no caben en los ámbitos del cuadro; para estos hombres que ellos solos son una guía de forasteros; para estas águilas, cuyas alas, aunque se les recorten y chapoden, tapan el sol de Oriente á Occidente; para estos héroes digo, también alcanza, si es que la poseen, la admirable de esta gracia de *pila*, de este nombre. El hombre que así se llama es intitulado, mentado y rubricado con el título, rótulo y rúbrica de *Frasco*. Este es el *non plus ultra* de los dictados y pronombres; más allá están la fábula y los países imaginarios. Al decir *Frasco* ya se ve un hombre grandoble, jayán, un verdadero hastial con brazos de Hércules y con espaldas de Sansón, y si no alcanzando tales dimensiones ó tanto estómago de fuerzas, todavía merece tal dictado, es porque todo él está hecho por fuera de piel de Moscovia y por dentro de carne de valiente, y porque tiene unas agallas de pedernales. Al guapo de los guapos, terror de los alguaciles y espanto de los escribanos en Lucena y Andalucía, á principios del siglo pasado, y de quien

se escribieron cinco partes en romance, como si dijéramos cinco gacetas, si se llamaba Francisco, se le llamó Frasco Esteban.



# POESÍA





## POESÍA (\*).

### VACACIONES DEL MUCHACHO.

---

En rabos de Marzo  
Viene caballero  
Domingo de Ramos,  
Comienzo de asueto.  
El ayo recoge  
Catones, tinteros,  
Cristus, planas, pautas,  
¡Malditos trebejos!  
A tal, mi viaje  
Al lugar prevengo,  
Que Semana Santa  
Es feria en mi pueblo,  
Pues hoy á las doce  
Andrés y el jumento,

---

(\*) Este romancillo se imprimió en el tomo IV; pero habiendo salido con incorrecciones y faltas, se pone aquí íntegro.

Aquél con su jiba,  
Y éste en lindo arreo,  
Vendrán, y á la vista  
De un pernil y un cesto,  
Cobrarán del ayo  
Mi bulto estafermo.  
Cédula cobrada  
Abreme el encierro,  
Rebrinco en el barro,  
Soy un Gerineldos.  
Saldré por las calles,  
Ya doy, ya tropiezo,  
Dando adiós al Duque,  
Giralda y Humeros.  
Al pasar Triana  
Con galán despejo  
Rebaño á la Toña  
Cuatro ó seis buñuelos;  
Y al salir á escape,  
Gitanos y perros  
Me siguen garlando,  
Baladros, denuestos.  
Llego á Mascareta  
Y en prioral sosiego,  
Las árguenas saco,  
Y el convite empiezo.  
Telera de hostias  
Pringada en torreznos,  
Albures sofritos,  
Y entre nueces queso;

Y Andrés á la hila  
Bebiendo el primero,  
Se ven en la aldea  
Los lejanos fuegos.  
Aguza de gusto  
La oreja el sardesco,  
Trancos menudea,  
Trotos y escarceos.  
Y el casco sonoro  
Indica en el huello,  
Que dejó el terrazgo  
Y bate el empiedro.  
El humo de aulagas  
Sabina y cantueso,  
Dicen que caldean  
Los hornos del pueblo:  
Y en la boca mana  
Con gran saboreo  
De hallullo y aceite  
Goloso recuerdo.  
El rocín aguijo  
Con grande espoleo,  
Devano diez calles  
Y á la casa llego.  
Salen primos, tías,  
Al recibimiento:  
Ellas me espurrean,  
Me agarrotan ellos;  
Y en sus dos sitiales  
Abuela y abuelo,

Dan colmo á la lluvia  
De abrazos y besos.  
Celébranme á pares,  
Pregúntanme á cientos,  
Gracias y desgracias  
De un primer careo.  
Llegan los tertulios  
Y el cura y barbero,  
Tresiete acaudillan  
Oca y cien más juegos.  
Y veinte rapaces  
A un rincón empero  
La tía Peregila  
Y Antón Perulero.  
Comemos y hablamos  
Y en grande cortejo  
Me dejan por huésped  
Del noble aposento.  
La cama con randas  
Oliéndome á espliego,  
Sábanas que albean,  
Y enváinome dentro.  
Me voy arrullando  
Al son estupendo  
Del gato que arrua  
A oretes del fuego.  
Y al cabo el molino  
Me sepulta en sueño  
Con eco incesante  
De apacible estruendo.

Me sueño mil dichas,  
Como, por ejemplo:  
Que burlo á los chicos,  
Que casco al maestro.  
Despiértome al alba,  
Pulcro me proveo  
En cerúleo vidrio  
Pote de Murviedro;  
Mas antes á tientas  
Palpo y más requiero,  
Si hicieron taladro  
Los primos traviosos;  
Que es fineza al huésped,  
Muy más si es invierno,  
Hacer que abundante  
Se riegue á sí mesmo.  
Luego á la mañana  
Con hopa y arreo,  
Me bullo en la iglesia,  
Monago primero,  
Ayudo diez misas,  
El cepo paseo,  
Las lámparas limpio,  
Candelas enciendo.  
Y amén de indulgencias  
(Muy místico premio),  
Birlo sendas tarjas,  
Vinajeras bebo.  
Tal de las campanas  
Ensogo y arreglo,

Que parecen flautas  
Que arregló el gobierno.  
Si hay en pila infante  
Doblo y toco á muerto,  
Si entierro hay de rico  
La gorda va á vuelo.  
Armo en casa altares  
Y al primo más feo  
Le visto de fraile,  
Celébrole entierro;  
Ó le subo en andas  
Baldas de algún remo  
Y á ataúd de veras  
Casi le condeno.  
En tanto las chías  
Con son lastimero  
La pasión anuncian  
Con el prendimiento.  
Se alzan insignias,  
Y los nazarenos  
De sus hermandades  
Los pendones negros.  
Sayones, judíos  
(Que es hoy grande el gremio),  
Visten taracea  
De color diverso;  
Y en las procesiones  
Alcanzo gran puesto,  
Y en pasos figuro  
De ángel malo y bueno;

Voy en tunicela  
Tan cuco; en efecto,  
Que el Arcángel Cuca  
Me apellida el pueblo;  
Jueves llevo el cáliz,  
Y del Cirineo  
Y la Magdalena  
Me hago amigo estrecho.  
Domingo de Pascua,  
Que fué día tercero,  
Diablo soy de veras  
Si ángel fuí de Antruejo.  
Me asestan la bota  
Con gesto risueño.  
Ya el sol se traspone,  
Oyéndose al lejos,  
Campanas de Guines,  
Que llaman al rezo.  
Y acaso allá suenan  
Entre ayes del viento  
Zumba de la recua,  
Canto del recuero;  
Mas cuando tristeza  
Va á asaltar el pecho,  
Con pólvora enmanta  
Mi bulto el cohetero,  
Y al rezar el preste  
Que Dios subió al cielo,  
Me arden pajolillas  
Y hecho un río de fuego

En traques barraques  
El coso placeo.  
San Miguel me sigue,  
Con pies más ligeros,  
Queriendo prenderme  
Llevarme al infierno.  
Le aguardo y le enfermo  
(Apretando el gesto),  
Narices y espaldas  
Con tres malos truenos.  
Encalvo diez dueñas,  
Cien mostachos quemó,  
Hago andar lisiados,  
Hago ver los ciegos,  
Las viejas afirman  
Que yo me merezco  
Quedar de archidiablo  
Sin par y sin pero;  
Por no desmentirlas  
Robo hornazos, huevos,  
Me crezco por diablo,  
Llego á diablo entero;  
Pero allá en la tarde  
Á espaldas del huerto,  
Con las tres Marías  
Muy hombre me vuelvo.





## ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA.....	IX

### NOVELAS Y CUENTOS.

Á D. Luis Usoz y Río.....	5
Cristianos y moriscos.....	7
Los tesoros de la Alhambra.....	105
El collar de perlas.....	119
El Fariz.....	179
Catur y Alicak, ó dos ministros como hay muchos.....	189
Híala, Nadir y Bartolo.....	203
D. Egas el escudero y la dueña Doña Aldonza.....	213
Novela árabe.....	229

### ARTÍCULOS.

El paraguas.....	247
El natalicio ó el día 27 de Abril.....	257

	<u>Páginas.</u>
El sombrero.....	269
Los amigos y los conocidos.....	291
La sorpresa.....	299
Ideas sobre la mujer.....	309
Geografía arábigo-hispana.....	323
Balcones viejos y nuevos de la Plaza Mayor.....	351
Frontis en papel.....	373
Discurso.....	285
Vidas paralelas de varones célebres....	415
Las vacaciones del muchacho.....	437



*Este libro se acabó de imprimir en Madrid  
en el Establecimiento tipográfico  
«Sucesores de Rivadeneyra»  
el día 31 de Diciembre  
de 1893.*

